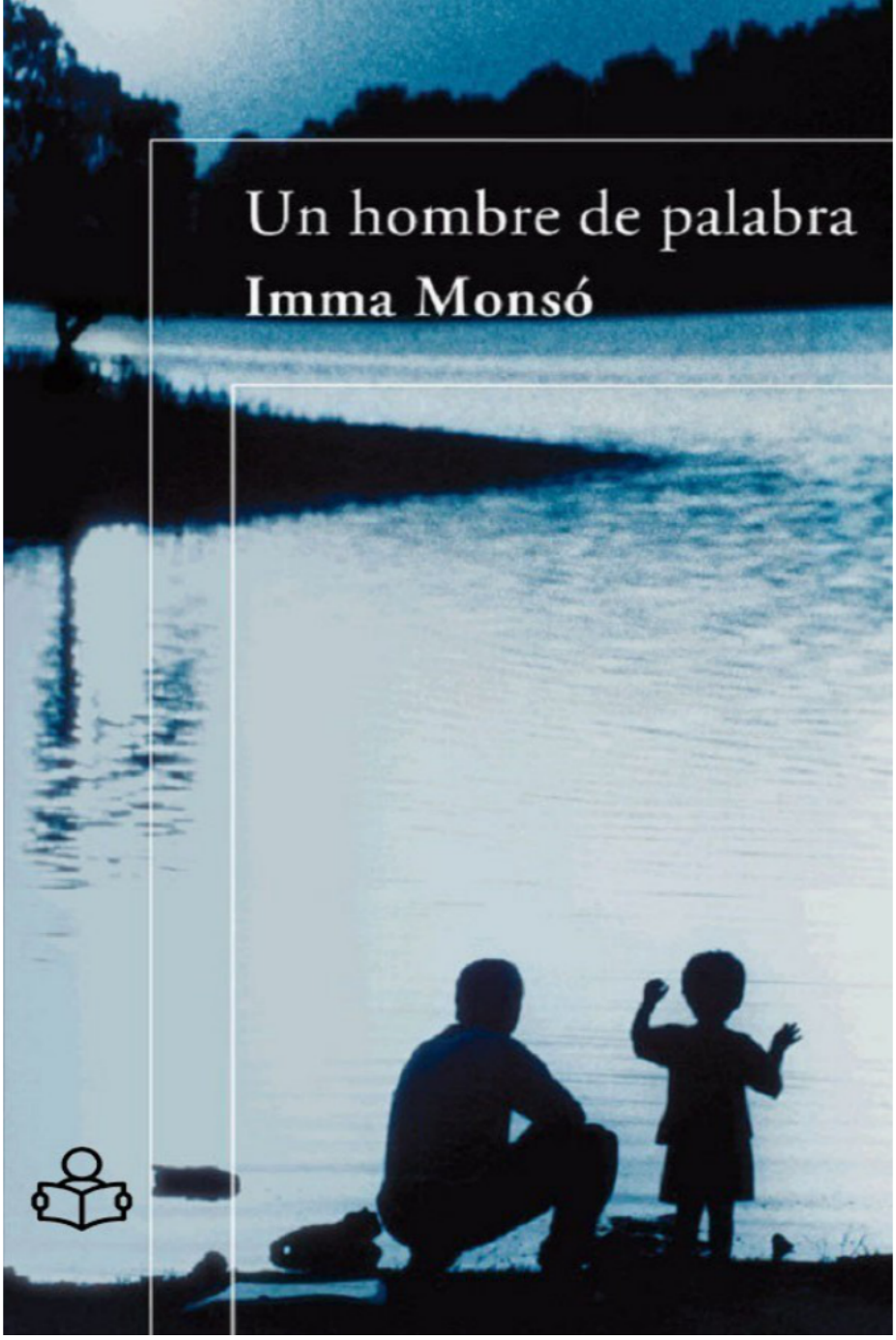

Un hombre de palabra
Imma Monsó

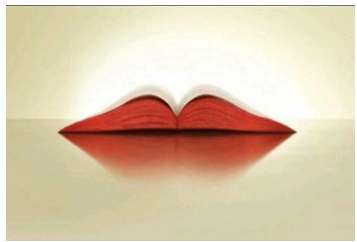
Cuando un ser querido desaparece de nuestra vida, ¿cómo conciliar la necesidad de olvidar con el fuerte deseo de no hacerlo nunca?, ¿cómo conjugar el recuerdo y el olvido de la mejor manera posible?, ¿qué es lo que hace durar, a menudo incomprensiblemente, el amor de una pareja?

Éstas son las preguntas que se plantea una mujer de 43 años a lo largo de estas páginas mientras, con humor y vitalidad, repasa la singular personalidad del hombre con el que convivió dieciséis años, las anécdotas que rodearon su relación, los viajes, la adopción de su hija, la complicidad intelectual que se creó entre ambos…

Una novela que es un singular tratado del duelo y un intento de reconstruir la presencia del ser desaparecido por medio de palabras y humor, las únicas armas que pueden ganarle la partida a la muerte.

Imma Monsó

Un hombre de palabra



Título original: *Un home de paraula*
Imma Monsó, 2006
Traducción: Imma Monsó, 2006

-

Vins
Revisión: 1.0
Fecha: 24/09/2019

A, B, ¿A? ¿B? Introitus

Ya no recuerdo cómo era antes de conocerle. Sólo sé que yo andaba de un lado para otro con mis huevos, en busca de un lugar donde guardarlos todos, porque detestaba la idea de ponerlos en recipientes distintos, de separarlos. Un único cesto, quería yo. Y cuando conocí al Cometa, tras un duro aprendizaje sentimental, conseguí este gran objetivo. El Gran Objetivo. Inquietud, calor, cerebro, ternura, confort… Complicidad y polémica. Pasión y compasión… El sereno fuego de la chimenea y la aventura turbadora, todo en la misma mirada. Amistad profunda y eros salvaje, todo en el mismo nido. Las noches estrelladas y ardientes y el sofá de lectura mientras la pipa reposa en la mesilla, todo en el mismo escenario. Las tormentas de verano y la niebla amiga, todo en el mismo paisaje. No tenía que moverme. No tenía por qué. No tenía adónde. Todo estaba ahí, en un reducido espacio, a mi alcance.

En fin, en principio he hablado de los huevos porque mi imaginario lírico siempre ha sido bastante casero, las primeras metáforas que se me ocurren suelen ser de corte rural, he conservado la añoranza atávica de la tierra profunda, nunca me acabaron de refinar los vapores cosmopolitas de la gran ciudad, menos aún después de vivir dieciséis años con el Cometa. Y, bueno, la imagen de alguien que va con los huevos frescos que acaba de recoger, en busca de un cesto para depositarlos, es, en efecto, muy campestre. Y también muy mía, pues hasta recuerdo cómo se pegó a mi mente para siempre.

Tendría yo unos diez años y vivía con mi madre, cuya llegada diaria a casa nunca era anodina. No creo que le sucedieran cosas muy importantes, pero a las que le sucedían les daba mucha importancia, lo cual la convertía en una enérgica narradora que protagonizaba llegadas triunfales, casi siempre prologadas por una

frase de apertura que yo, sistemáticamente, visualizaba a todo color. «Nunca pongas todos los huevos en el mismo cesto», sentenció en una de aquellas llegadas. Se conoce que por la mañana había hablado con el director de su banco o, mejor dicho, con su director de banco, de las alternativas para invertir sus ahorros. Él le había aconsejado diversificarlos, consejo que sin duda no era novedoso para ella, pero la frase coloreada y granjera le había llegado al alma, y ya se sabe que, a menudo, cosas que entendemos vagamente se iluminan de pronto en nuestra cabeza cuando alguien las resume con la frase acertada.

Ella, convencida por completo, trataba de contagiarme su entusiasmo. Pero no era fácil. Como lanzaba sus palabras con la contundencia de las frases lapidarias y yo, por mi parte, estaba imbuida de una energía polemizadora que nunca se agotaba, me apropiaba sus palabras para darles en mi fuero interno el uso contrario al que en principio estaban destinadas. Y me quedé colgada ya para siempre de la imagen de una niña de diez años, que transita por un prado sembrado de flores silvestres, con huevos recién recogidos en el regazo de su falda, buscando un sitio para guardarlos juntitos. Las palabras «banco», «ahorros» y «distribuir los huevos» quedaron borradas de mi mente en el acto. En cambio, la niña dubitativa que atravesaba prados y bosques con la falda a rebosar de valiosos huevos, me llamó poderosamente la atención. La veía como una versión de la lechera soñadora con su recipiente en la cabeza, pero, a diferencia de la lechera, la niña no soñaba con multiplicar sus ganancias, no, no, nada de eso, nada que tuviera relación con el dinero…

Dentro de cada uno de mis huevos había un universo tejido de pasiones, de anhelos, la mayoría referidos al amor, oh, sí, el amor. Llevar a cabo con éxito una relación amorosa representaba para mí el mayor reto de una vida. Era la época en que la mayoría de mis amigas querían ser ingenieras de la NASA o fiscales del Tribunal Supremo y cosas por el estilo. Y las que tenían como reto la pareja, no era para vivir una pasión sin tregua, sino más bien para fundar esa empresa familia-casa-hijos, que supone querer vivir con un hombre para olvidarlo a continuación y dedicarse de lleno a la casa y a la descendencia, o a la física y a la química. Pero yo deseaba vivir el Amor Absoluto, el amor loco, el amor total, un amor en el

que tenía puestas las más altas expectativas, un amor que se bastaría a sí mismo, un amor difícil, rico, complejo, fuera del cual no hubiera nada, más allá del cual no necesitara nada. Porque allí estaría todo, en el mismo cesto: la física y la química, la música y la lógica, la descendencia y la trascendencia. Nada de distribuir con astucia mi caudal amoroso, ni hablar: quería encontrar la satisfacción de cada uno de mis numerosos y exigentes apetitos en la misma persona, y entonces todo sería para esa persona. Todo debería estar en un único refugio, todo a resguardo. Tenía que ser así, o no ser.

Encontré el cesto en la primavera de 1987, y en el otoño del 2003 ha estallado en mil pedazos. Nadie está preparado para la explosión súbita de *todos los huevos*, a no ser que haya habido una estricta cuenta atrás. Por otra parte, tampoco es muy corriente tenerlos todos en el mismo sitio: son muchas las personas que siguen los consejos de los directores de banco en todos los ámbitos de su vida (yo misma puede que, en adelante, los siga). Y, por ejemplo, si esas personas se sienten cautivadas por el poeta que cada noche convoca a un auditorio embelesado, no necesitan tomarlo por marido: pueden ir a escucharlo y, sin problema alguno, pueden luego regresar al hogar con un compañero que tal vez sólo esté interesado en la contabilidad y en el sudoku. Y si quedan atrapadas por el genial violinista, no les resulta imprescindible llevárselo a la cama, convertirlo en padre de sus hijos y ponerlo a los fogones a hacer *marmitakos*. O si por ejemplo quedan atrapadas por el genio de tal cocinero, no necesitan tener con él, además, conversaciones complejas sobre el malestar de la cultura; en fin, no sienten una necesidad absoluta de que la misma persona que admiran como maestro funcione también como amante, amigo, cocinero, terapeuta, crítico, refugio y compañero.

Afortunadamente para la supervivencia del tejido social, las personas cabales no necesitan ser embelesadas, alimentadas, aleccionadas, entretenidas, controvertidas, acompañadas y divertidas por una única persona multifuncional. Tienen cocineros para cocinar, violinistas a los que van a escuchar, poetas que dan recitales, humoristas para reír, amantes para follar, psicoterapeutas

para desahogar sus neuras, y maridos para convivir con ellos y para que les hagan compañía. Y lo tienen en lotes distintos. Si verdaderamente la gente tuviera todos los huevos en el mismo cesto, la sociedad tal como está pensada funcionaría muy mal. Cerrarían los restaurantes, pararían las orquestas, callarían los poetas… Porque cada uno tendría en su cesto todo aquello que necesitara, y entonces, ¿qué?, ¿eh?

Entonces, ¿qué?

Por eso el Amor Absoluto tiene siempre algo de subversivo. Algo peligroso y asocial. Pues, en un sistema donde los huevos se distribuyen de forma calculada, a uno le puede fallar el amante, puede perder al compañero, al padre, al cocinero, puede ver truncado el deseo de desarrollar su vocación… Pero siempre le queda un ámbito alternativo en el que apoyarse. Yo sabía que con la manía de la concentración corría un alto riesgo. Pero la amenaza de grandes sufrimientos nunca me impidió llevar a cabo mi ambición de encestar, lamento repetirme, todos los huevos juntos. Mereció la pena.

Y después de la explosión, ocurrida hace tan sólo unos días, se hace difícil saber qué sucederá. Naturalmente, lo primero que se le ocurre a una obrera de la palabra a quien le estalla el nido en la cara es tratar de reconstruirlo con palabras. Para nosotros, el más sólido de los medios para conjurar el vacío. Escribir es siempre una buena manera de saber qué pasará. Una va escribiendo y va sabiendo. Va escribiendo y va pasando. Una empieza una historia y no sabe hacia dónde irá, y precisamente la escribe para saber adónde llegará. O, para ser más modestos, una escribe para saber cuál será el próximo paso. Sé cuál será el próximo paso: hablar de él, de cómo era la vida con él, de cómo es la vida sin él. No soy la única que dedica su tiempo a eso, por otra parte. Su huella es profunda y fértil. Su amigo D me habla de una obra de teatro. Su amigo Z, exalumno de talento poco común, me envía de vez en cuando los poemas inspirados por su maestro. Su amigo R dedicará su próximo libro a su infancia común. Yo daré, pues, una de tantas versiones. La mía.

Y es que el Cometa tenía madera de musa. No le hizo falta

morirse para que nos diéramos cuenta. De hecho, era una broma recurrente entre nosotros dos. Puesto que desde siempre le habían dicho que era escritor en potencia, yo le decía, como novedad, que lo que verdaderamente tenía era talento de musa. Él se irritaba cuando se lo decía. Luego se reía. Se irritaba y se reía. Se reía y vivía. Se reía y escribía. Se reía y bebía. Se reía y se cabreaba contra el engaño y la maldad. Se reía y cantaba la pasión según San Juan. Amén.

Y así, con sus evoluciones, nos inspiraba. Es bien cierto que hay personas que tienen madera de personajes, como si de algún modo, involuntariamente, nos reclamaran para explicar su historia, porque a ellos les faltan ganas, o tiempo, o porque, sencillamente, están haciendo otras cosas. Como por ejemplo recitar poemas a una desconocida, escuchar a un amigo con problemas o limpiar anchoas recién pescadas, todo ello con tanta entrega que difícilmente les queda energía para describirlo.

Y entonces, otro se ocupa de hacerlo. Ahora me ocupo yo, por ejemplo. No tengo otro quehacer estos días. Escribo el dolor atroz, el dolor bruto, escribo lo que está destinado a ser borrado. De hecho, lo que aquí se lee está escrito sobre lo que escribo ahora, se lee sobre lo que ya está borrado. Pues el dolor bruto no aporta nada, es empobrecedor y estridente. Cualquier lector sensible puede imaginar fácilmente lo que significa perder al ser amado, si es que no lo ha experimentado en su propia vida. Así que lo mejor que se puede hacer con la estridencia, si se ha dejado fluir, es borrarla, borrarla paso a paso hasta que la fuerza de otro motor de naturaleza distinta toma el relevo. Por ejemplo, la perplejidad. La duración del amor es algo que siempre me asombrará. Que el amor no sea deglutido en pocos años por la convivencia, por la rutina, por la repetición, por el tedio, por los gestos ya conocidos, es algo insólito. Insólito para mí, en todo caso. Nunca antes me había sucedido. Y como motor, el asombro es alegre, productivo: genera enigmas que has de desentrañar. Impulsada por él voy escribiendo, borrando, arrancando sonrisas a las tinieblas, cosa que hago un ratito cada día, nunca más de una hora, porque éste es un libro escrito a pequeñas dosis, como si ardieran las teclas: un ratito y luego me detengo. Quema.

Para explorar este asombro, debo poner orden. Llamaré a mis capítulos A y B. De lo contrario me pierdo con facilidad. Me gusta combatir mi natural tendencia al desorden clasificando y ordenando. Por eso siempre contesto con cifras y porcentajes; o, por ejemplo, en las cartas enumero los temas con pulcritud. De lo contrario, a la menor ocasión, el tiempo deja de contar y me siento libre, libre para perderme. Como me sucede en el coche, cuando no tengo prisa y me dejo ir. Me gusta llegar a mi destino por azar y por instinto. Será por eso por lo que me encanta buscar aparcamiento. Es de los mejores momentos del día, especialmente si el objetivo es un barrio difícil de Barcelona. Pero ahora que él no está y todo el tiempo se ha vaciado de golpe, se me ocurre que me resultará más fascinante que nunca buscar aparcamiento. Es una actividad que no deja tiempo libre para el tedio (te mantiene concentrado en los viandantes que andan de determinada manera, la manera en que uno anda cuando va hacia su coche, como buscándolo o mirándolo desde lejos y bajando de la acera anticipadamente, o desabrochándose el abrigo, o haciendo ruiditos con las llaves), en fin, es una actividad que posee una utilidad relativamente inmediata y una recompensa final. Tarde o temprano acabas por encontrar un hueco, y sientes que has logrado algo útil a la par que difícil, de qué manera tan simple has conseguido matar el rato, que es la gran obsesión, cómo mataré el rato a partir de ahora. Sin duda disfrutaré aún más mi tradicional hábito de perderme por la ciudad o por las carreteras, me da igual por dónde, la cuestión es perderse, sea andando o conduciendo un vehículo. Como si aún no se hubieran inventado los planos y los mapas, ésa es la gracia. Ver si el sol se está poniendo por aquí o por allá, y hacerte una vaga idea de si llevas la «buena dirección», pero sin más referencias. Eso desespera a mis amigas cuando las llevo en coche. «¿Llegaremos?», dicen, cuando se dan cuenta de que para ir de la calle Enric Granados a Francesc Macià estamos dando la vuelta por San Gervasio. «Hasta ahora siempre he llegado», contesto, con la intención de que reflexionen un poco sobre esta certeza incuestionable. Pero no acaban de comprender, me temo.

En cualquier caso, es seguro que mataré muchas horas en esta labor, a partir de ahora. Pero a este punto aún no he llegado, en realidad. Hace pocos días que él está (¿cómo llaman a eso,

«muerto»?), y no puedo permitirme semejantes extravíos. Paso mucho tiempo en casa, sin apenas moverme, delante del ordenador, hablando de él, y en mis salidas (sólo las imprescindibles), hago siempre el mismo itinerario: pongo mucha atención en no desviarme ni un milímetro, porque entonces quién sabe, quién sabe… Una vez lo bastante perdida, quién sabe lo que puede suceder.

Así que para evitar perderme en esta red viaria de palabras, voy a poner orden. Será un orden sencillo, capítulos A, capítulos B. En los capítulos A hablaré de cómo nos conocimos, de la vida con él. En los capítulos B de cómo le perdí, de nuestra hija, de la vida sin él. Me servirá también, pues la memoria me flaquea últimamente, como simple regla mnemotécnica: A de amante, de afecto, A de acurrucarme a su lado. B de bárbaro, de brutal, de broma pesada. B de brotar de nuevo. Por ejemplo.

Es un orden práctico para un posible lector, también; pues le ofrece la posibilidad de leer sólo capítulos alternos, de modo que el lector aprensivo pueda ahorrarse la barbarie de la muerte y la angustia de la enfermedad, y la salida del dolor y la alegría por salir del dolor, en conjunto todo bastante bárbaro, en realidad; y en cambio, aquéllos a quienes aburren las historias de amor logradas (historias que, al ser logradas, siempre tienen un punto de boba complacencia) puedan ahorrarse los capítulos A. Todo ello me lleva al problema de los nombres. En la parte A, narrada en tercera persona, conviene dar nombre a los personajes. Y ésta es una cuestión espinosa. Porque nunca nos fue posible fijar un nombre, un nombre para llamarnos el uno al otro.

De hecho, conocernos y perder el nombre fue todo uno. Es casi lo primero que hicimos, prescindir de ellos. Por mi parte nunca he sabido muy bien qué hacer con el nombre de uno. La idea de oírme llamar por el mismo nombre a todas horas, sea cual sea la disposición, actitud o estado de ánimo míos o de quien me llama siempre me ha resultado extraña. Hasta me cuesta entender la mansedumbre con que la gente acepta su nombre. O el entusiasmo, pues hay quien usa y abusa de ellos con verdadera fruición, incluso cuando el contexto los hace innecesarios, como esa gente que se llama a sí misma, e incluso se riñe y se increpa (y me dije: «Jorge, ¡eso no deberías hacerlo!»). O los que estando solos en pareja se

nombran con insistencia («María Rosa, ¿dónde has dejado el tabaco?»), y si ella no oye repiten la pregunta con el nombre incluido.

Pues bien, en esta aversión a nombrarnos coincidíamos, el Cometa y yo, aunque por distintas razones. Yo sentía esa alergia a dejarme atrapar o a atraparle con el lazo de una identidad permanente, rubricada por un nombre. Él, por su parte, también parecía reacio a llamarme por el nombre, no recuerdo una sola vez que al llamarme o dejarme una nota lo hiciera por mi nombre o por cualquier otro nombre fijo. En cualquier caso, nunca nos duró un nombre lo bastante como para cumplir la función de etiquetaje que se le supone. Los nombres cambiaban, a veces duraban un instante, a veces días, a veces desaparecían y volvían, deformados, abreviados, agrietados, nos hablábamos en lenguajes extraños y nos dábamos nombres extraños. Pero nunca constituían un problema para nosotros, únicamente cuando había que fijarlos se convertían en un problema.

Supongo que por eso tardamos en decidir el nombre de nuestra hija. No en decidirlo, sino en decidir si teníamos que ponerle uno para siempre. Los amigos decían: «A los niños hay que ponerles un nombre. Un nombre fijo. De lo contrario, se desorientan». «Tendrá otros motivos de desconcierto, y más gordos», decía yo. El Cometa era mucho más sensato en lo referente a los hijos. Decía que hay que poner nombre a los críos, lo que pasa es que estas mariconadas de escoger nombre no le motivaban demasiado, realmente no. Así es que entre el Cometa, que se negaba a hacer listas de nombres y a votar por un nombre, y yo, que pensaba que no hacía falta esforzarse demasiado en seleccionar uno porque nunca lo usaríamos, tardamos bastante en decidirlo.

Lo decidimos un día que regresábamos de un viaje a los Alpes Grisones, viaje que por muchos motivos que no vienen al caso, se había convertido para nosotros en una especie de peregrinaje emblemático desde los inicios de nuestra relación. «¿Sils por Sils María?», dije yo, que por entonces todavía creía que la vida era un álbum de cromos hecho de Grandes Momentos Hermosos. «Dejémoslo en María», dijo él, siempre más clásico. Y así lo hicimos. El día anterior habíamos comido en un lugar de Silvaplana donde se oía tan sólo el rumor de las abejas y del follaje de los árboles, y el

tintineo de los cubiertos, una combinación de sonidos especialmente afortunada. Por la noche había caído una impresionante tormenta sobre el Corvatsch, que veíamos desde la ventana de la habitación. Y fue al día siguiente, mientras circulábamos por la carretera húmeda en dirección a la frontera austríaca y empezaba a salir el sol, sin saber, ahora lo sé, que era la última vez que dejábamos juntos aquel lugar, cuando lo decidimos.

A todos les pareció bien el nombre de nuestra hija. María, nombre de nombres, un nombre tan genérico, un nombre tan nominal que casi no parece un nombre. Pensamos que a lo mejor esto nos permitiría salimos con nuestra intención de olvidar rápidamente el nombre y concentrarnos en la persona. Por si fuera poco, habríamos podido liquidar el tema del nombre con toda facilidad, porque la niña venía con un nombre de origen que le había otorgado la institución china que la había encontrado a la orilla del Yang-Tsé. Era un nombre que nos gustaba, pero no era fácil conservarlo ni convertirlo en algo que sonara parecido. Había que entonarlo apropiadamente, cuando no dábamos con la nota musical correcta, la niña nos ignoraba con olímpico desprecio. En cambio, atendió con divertida sorpresa cuando se oyó llamar María, se puso ante el espejo de la habitación del hotel y lo repitió durante horas, como si se descubriera recién estrenada. Por vez primera me reconcilié con los nombres. Igual hasta servían para ser más feliz; en todo caso, era obvio que el nuevo nombre le gustaba, aunque aún no hablaba para expresarlo, quizá lo que realmente le gustaba eran otras cosas de esa nueva vida «con alimento y con besos», como ella suele decir, y todo lo demás fue fruto del azar.

Lo que sí es cierto es que tener una hija me condujo a un mundo real que para mí resultaba hasta entonces casi desconocido. Así descubrí, por ejemplo, que en la vida de un niño el nombre es una cuestión de capital importancia. Y en la de los padres, que en adelante se hartarán de decir: «Soy la madre de Fulanito», y así serán conocidos en el mundo del niño que pasa a ser suyo. Por otra parte, las ocasiones para llamar al niño son numerosas, frases como «ponte las zapatillas», pronunciadas probablemente millones de veces al día en millones de hogares, tienen sin duda un impacto mayor si van precedidas por el nombre, que resta al niño oportunidades de escaqueo. Y en fin, fue una buena idea lo del

nombre, aunque en la intimidad de nuestra pareja, ahora convertida en trío, seguíamos inventando nombres para la niña según el momento y hablándole en lenguas extrañas que cada día nos parecían nuevas, y la niña, encantada de entrar en el juego, parecía disfrutar de las infinitas y variadas combinaciones que los sonidos ofrecen.

Y ahora, después de la tragedia, le sigo cambiando el nombre como siempre, nombre que depende de muchas cosas. Y ella lo hace también conmigo. A menudo, depende de los viajes. A mi regreso de México, se llamó Híjole durante unos días, luego fuimos juntas las dos, y ella se quedó con Churubusco, barrio del Distrito Federal, y más adelante se llamó Pozole durante una noche, porque nos enloqueció la deliciosa sopa que nos hicieron probar nuestros amigos queretanos. Tiene una curiosa relación afectiva con los nombres que da y que le dan, a veces necesita oír determinado nombre, «Hoy sólo quiero nombres que empiecen por Ga», dice, por ejemplo. «Llámame Ga… Gaguín…». Y nos entendemos de inmediato. Sé que eso significa que tiene un día mimoso. En una de sus libretitas descubrí el otro día que ha apuntado varios de los nombres con que su padre la llamaba. Muchos acababan en «ix», no sé si por la afición de ambos al mundo de Astérix. «Píulix» era el último de esta lista. Así la llamaré en esta historia. Bueno, ya tengo un nombre, al menos.

Elegir un nombre para la narradora es algo más complicado. Criatura simbiótica durante dieciséis años, elegiré por supuesto un nombre de los que él me otorgaba. Pero ¿cuál? Algunos no eran dichos para salir de la intimidad. Me los daba según el humor y según el clima y eran, para mí, sus mejores regalos. Podían ser nombres de animales jurásicos, como Velociraptor; o de peces en peligro de extinción, como Celacanto. Nombres de partículas, como Fotón; o de elementos químicos, como Estroncio; o puras sonoridades, como Trumpf, Flips, Kotor. Por lo general, eran nombres con muchas oes, aunque no necesariamente redondos, a veces eran cuadrados, con muchas aristas o con púas. Otras veces sonaban a nombres de enfermedades, o me sonaban a mí a nombre de perro o de gato, pero ¿lo eran realmente? Por ejemplo, Nostos.

De vez en cuando me llamaba Nostos. Me sonaba a nombre de perro, más exactamente de *bull terrier* o de *bull dog*. Sin embargo, significa «retorno» en griego. Yo no lo sabía, tengo inmensas lagunas culturales. O, si alguna vez lo supe, no me acordaba. ¿Se acordaba él?

En estos días me he dedicado a investigar los significados de algunos de los nombres con que me llamaba. Yo los tomaba como venían, no tenía tiempo para pensar si significaban algo o no. Sólo en el caso de uno que duró un tiempo largo me interesé por el significado. Kobolde, me llamó Kobolde durante un tiempo. A mí me gustaba, era confortable y calentito. Me contó que los kobolds eran gnomos de la oscuridad. Yo protesté, pues los gnomos son muy feos. «Pero las gnómidas son bellas», replicó. Yo ni siquiera sabía que los gnomos tenían versión femenina, pero bueno, me pareció apropiado para mí, pues por entonces me gustaban los reinos de las tinieblas y la protección que ofrecen los subterráneos y los sótanos, y no me habría importado ser un kobold, gnomo que habita bajo tierra, espíritu travieso y perturbador, ventisca que arremolina el polvo. Estos días, además, descubro con sorpresa que son parientes de los cobaloi griegos, humanoides enanos amantes de la risa, gnomos que de todo se burlaban y que, por si fuera poco, formaban parte de la corte de Dionisos, sin duda alguna uno de los dioses preferidos del Cometa.

He indagado, también, sobre otros nombres que me regaló de significado para mí desconocido. Muón, Eón, Onsra… Y al desenvolverlos regalitos, me encuentro con varias curiosidades. Muón es una partícula similar al electrón que permanece estable solo dos millonésimas de segundo… Eón es un intervalo de tiempo equivalente a mil millones de años. Vale, podían ser nombres con intención, o jugadas de su inconsciente: palabras que conocía y había olvidado, no es improbable, dada su afición por la física. Pero ¿Onsra? En mi opinión, es prácticamente imposible que él supiera que «Onsra» significa «amar por última vez» en una lengua del sur de Asia… Ah, el azar, ¡menudo cobaloi está hecho!

Total, me quedaré finalmente con el último nombre que me dio. Me quedaré con Lot. Que no procede de Lotaria, nombre germánico que estuvo de moda hace muchos años; ni de Lotis, ninfa permanentemente ocupada en escapar de Príapo; ni de la refinada

flor del loto. Tampoco tiene que ver con el Lot bíblico, la mujer del cual, como sabemos, quedó convertida en sal por mirar hacia atrás, que bien podría ser, pero no. Lot procedía de Papalote, cuyo significado también he debido averiguar. Es decir, uno de estos últimos días, no recuerdo a raíz de qué, exclamó: «¡Papalote!», y yo supe que me llamaba, uno siempre sabe cuándo le llama la persona a quien ama, así que yo dije: «¿Qué?».

Una vez más, no creo que me bautizara así por nada en concreto, ni que recordara el significado exacto, o quizá sí, lo ignoro. En todo caso descubro que Papalote, procedente de «papalote», mariposa en náhuatl, es la versión mexicana de la cometa, de la cometa que los niños hacen volar por el aire. Después de unos días, pasó a ser Lote y luego Lot. Si los nombres eran largos se acortaban enseguida en los días sucesivos. La versión corta duraba más, coleaba durante unos días hasta morir. Pero en esta ocasión, nosotros desaparecimos antes. Así que me quedaré con Lot. Como los papalotes, Lot presentaba una marcada devoción por ser manejada por manos hábiles. Nada en el mundo le gustaba más que ser manejada con talento, aunque siempre acabara haciendo lo que le daba la gana. Vicios.

Por lo que a él respecta, ya está decidido. Le llamaré Cometa. Es el apodo que tenía en la época en que le conocí. Ignoro por qué le llamaban así, pero puedo imaginar mil motivos: porque los cometas escapan siempre. Porque desprenden calor. Porque dejan un largo rastro luminoso. Porque parecen ligeros, ligeros en la distancia, como su cuerpo etéreo y leptosomático, como su figura a lo lejos, esbelta y alongada. Porque (como los cometas de órbita) siempre regresaba, pero, como sucede con los cometas de órbita, siempre cabía la sospecha de que no volviera.

Cometa… Trayectoria coherente. Forma irregular. Hielo abrasador y fuego helado, como el poema que recitaba de forma magistral. Cometa. Yo lo había escogido para un personaje de la novela que estaba escribiendo en los últimos tiempos. Naturalmente, la novela ha quedado interrumpida. Una no necesita imaginar un lago de ficción para darse un baño cuando de repente siente quela inunda todo un océano. En cualquier caso, el nombre le

cuadraba. Y ahora más. Porque los cometas, al desintegrarse, generan a su alrededor lluvias de estrellas. Y aquí estamos, algunos. En las noches de extrema oscuridad, las esperamos. Y siempre llegan.

Me levanto. Voy a ver a la niña. Duerme. «Píulix…», la acaricio. Le retiro, como cada noche, el volumen de Astérix que le regaló su padre incrustado en la mejilla. La marca de cada noche en la piel. La llamo por unos cuantos nombres de cosecha paterna y otros que empiezo a inventarme. Luego, vuelvo a la cama. Me paso el día casi inmóvil, creo que ya lo he dicho. Aunque últimamente nunca sé si he dicho algo o no lo he dicho. Por la mañana, contesto cartas. Y escribo. A mí misma. A los demás. A toda mi lista de correos. Toda la mañana conectada a la pantalla del ordenador. Para escribir no tienes apenas que moverte. Sólo los dedos, muy poquito, sobre el teclado, como si tocaras con la sordina puesta una sinfonía interminable. Me aterra moverme. Como si de un castillo de naipes se tratara, mi cuerpo puede desmoronarse al menor movimiento brusco. Ésa es la impresión. Así que permanezco ante la pantalla hasta que llega mi hija por la tarde. Poco después, llega la hermana del Cometa, delicada como un elfo, cálida y radiante como una llamita. Entonces, la casa se llena de alegría porque ellas son alegres y lo contagian. Luego, llega la hora que durante unas semanas será la más deseada. La hora del Campari. O del Ginfizz. Empieza el dulce aturdimiento que precede a la noche, es decir, el final del día. Fin.

Suave es la noche tras el Campari. Yo sólo tomaba esas cosas en los hoteles, en lugares muy determinados. En casa bebíamos de modo rústico: vino, gaseosa, cerveza, agua. Nada de moderneces, todo antiguo. Sin embargo, a mí me gustaba guardar determinadas bebidas para determinados lugares. El Campari para los hoteles al borde del mar y para nuestro hotel frente al monasterio. El Ginfizz para las salidas nocturnas, sólo en Madrid. Los aguardientes de la tierra para las casas rurales. En fin, los que me conocen ya saben que soy muy rigurosa con mis manías. O debo decir era. Pues ahora todos mis hábitos deben cambiar. ¿Dónde está la enciclopedia de cócteles? Hace tiempo se la regalé al Cometa y no la usó. Nunca fue

muy sofisticado en la bebida, o más bien, para él, donde estuviera un buen orujo que se quitara un cóctel, así que no hizo uso del libro.

Mañana me compro una coctelera, si consigo encontrar la enciclopedia. Si no, entonces me compro la coctelera y la enciclopedia. Ya tengo una misión. Mejor aún: dos. (La misión, la misión, ¡la misión!). Es fundamental la misión. Voy pasando canales con el mando a distancia. Siempre pensé que si algún día tomaba posesión del mando a distancia, me dedicaría a ver los programas más abyectos y a ponerme al día de los cotilleos más mezquinos, ese tipo de telebasura que él no podía ver sin caer en un profundo estado depresivo, por lo cual nunca se ponía en casa. Sin embargo, no lo hago. Sólo me apetece pasar y pasar. No busco nada. De vez en cuando me detengo, me quedo colgada de una frase o de una imagen, que en cualquier caso siempre me conduce al mismo sitio. Ahora me he parado en *La rosa púrpura de El Cairo*.

La película está en la escena en que Baxter, ese explorador con cara de blandengue, sale de la pantalla, se dirige a Alice, la camarera de Nueva Jersey que está entre el público, y le dice: «Señorita, veo que esta película le gusta». Desconcertada, Alice mira a su alrededor y pregunta: «¿Es a mí?». Él insiste: «Lleva aquí todo el día. Ha visto esta película cinco veces». Ella vuelve a preguntar: «¿Me habla a mí?».

Pobre Alice, con los huevos aún por colocar, en la falda, algunos ya mal colocados. Como una alumna adolescente. Cuando les preguntas, los alumnos adolescentes siempre repiten eso: «¿Es a mí? ¿A mí?». «Sí, mujer, sí. Es a ti. Te habla a ti». No es precisamente del tipo de mujeres que toman la iniciativa, esta Alice. Una raza de mujeres que a mí me resulta extraña. Y no es que yo sea una persona emprendedora. De hecho, la mayoría de las veces no llevo a cabo mis iniciativas.

Pero tenerlas, las tengo.

A1. Señorita, veo que esta película le gusta

Era una tarde de octubre de 1987. Ella tenía un día horriblemente triste. Y nada que hacer aquella tarde. Una combinación peligrosa. Decidió dirigirse al lugar en donde pensaba que podía encontrarle. Estaba convencida de que estaría ahí (era un hombre de costumbres regulares, pero de una regularidad nada maniática, que podía romper por cualquier motivo interesante). La regularidad de ella, en cambio, era irrompible. Precisamente porque aquel día era muy especial para ella y la regularidad se había roto de forma espantosa, precisamente porque aquel día, cosa inaudita, no tenía ninguna actividad regular, fue por lo que decidió llevar a cabo esta acción aventurera: observar al Cometa. Observar al Cometa podía resultar una acción arriesgada, de las que le cambian la vida a una. No le resultaba fácil aproximarse. Apenas se conocían. Los encuentros anteriores, casi inexistentes, seguramente no eran significativos para él. Para ella, en cambio, nada era anodino. Ninguna palabra, ninguna mirada, todo era objeto de interpretación. Era, simplemente, uno de sus entretenimientos favoritos. Venía pensando en él desde hacía tiempo, pero nunca hablaban. Un encuentro efímero la primavera anterior («¿La señora quiere una taza de té?»), le había dado la medida de su delicadeza. Desde entonces, se habían visto en el trabajo. Algunos breves saludos, nada más.

Y ahora ella quería medir otras cosas. Medir la capacidad de seducción del Cometa y de su entorno sobre su alma devastada. Por eso aquella tarde adoptó la firme resolución de entrar en aquel lugar para salir transformada. Salir transformada o no salir. Nunca había entrado en ningún sitio (ni siquiera en la universidad) con un proyecto tan ambicioso. Al fin y al cabo, el sitio al que se dirigía no era más que un bar.

Aunque, para ser exactos, era mucho más que un bar. Había oído hablar muchas veces del lugar y tenía acumulada bastante curiosidad. En su atmósfera se respiraba que estaba destinado a entrar, cuando menos, en la galería de mitos locales. Pagar o no pagar la copa era allí un hecho irrelevante, porque los dos hombres singulares que lo llevaban (a la ruina, pero también a la leyenda) no ponían demasiada atención en las cosas del dinero, y podían, por ejemplo, contratar a un gran saxofonista de Nueva Orleans o de Minessota, pagarle el billete y la estancia en un hotel de lujo y tener aquel día el local vacío por falta de promoción y de olfato comercial, que no corrían por sus venas en la misma proporción en que lo hacía la sensibilidad y la ternura. De modo que allí no pagaba casi nadie, salvo el Cometa, que por su extraña relación con el dinero se veía impulsado a pagar siempre y a la menor ocasión, a deshacerse del vil papel con cualquier pretexto, como si se tratara de un material contaminante que quieres mantener lo más lejos posible de tu bolsillo. Situado en el casco antiguo, cercano al monasterio de un pueblo antiguo, el lugar tenía paredes de piedra que reflejaban la luz cálida y amarillenta, el tipo de atmósfera conventual que hace la sensualidad más intensa, el aspecto de casa de labranza que hace el amor más terrenal y salvaje. Durante una larga etapa (seguramente en términos de negocio, demasiado larga), sólo los iniciados conocían su existencia, y el hecho de que nunca estuviera lleno contribuía a hacerlo más agradable aún.

Aquella tarde el portón estaba entreabierto, probablemente estaba cerrado al público, pero como ella sabía poco de horarios de bares y divisó luz en el interior, entró. Había tres personas: en el papel de barman, Philippe, los ojos felinos y bellísimos perdidos en el horizonte, las manos secando vasos con gesto ágil. En el papel de jefe, Miguel, que con su talante gruñón, canalla y tierno, profería *mecagüendioses* mientras trataba de encender una estufa de leña que se le resistía. En el papel de cliente, sentado a la barra, el Cometa. Cuando ella entró, le vio de espaldas, estaba haciendo un signo al barman que dejó de secar y puso, en vista del gesto del Cometa y seguramente por enésima vez, la misma melodía que acababa de sonar, el sonido desgarrado de un saxo que parecía esforzarse lo indecible por arrancar cada nota de las entrañas de la tierra. Era (pero ella aún no lo sabía) la versión de *Loverman* que Charlie

Parker estuvo a punto de no grabar porque no llegaba al estudio y cuando llegó, o mejor dicho, lo hicieron llegar, iba tan colocado que parecía imposible que pudiera mantenerse en pie, pero consiguió acabar la canción a trancas y a barrancas, como se puede escuchar. Era tan extraña que nadie pensó que se pudiera dar por buena. Era más que extraña, era perturbadora. Y así, no sólo salió al mercado, sino que se convirtió en una versión de referencia en la historia del *bebop*.

Pero Lot nada sabía de versiones de *Loverman* por aquel entonces. Lo único que sabía era que alguien tocaba dentro de las paredes de piedra como si se asfixiara. A ella también le faltaba el aire cuando quería dirigirse al hombre de la barra, por eso no decía nada, se limitaba a mirarle, algo que podía hacer sin problema, pues él parecía absorto en la música, concentrado en las notas a las que de vez en cuando lanzaba apasionados besos, luego regresaba a su copa y a su cigarrillo, con un gesto melancólico y pausado, y cuando dejaba de sonar pedía de nuevo la misma canción. Y el barman repetía la operación.

Ni tan siquiera se había dado la vuelta cuando ella había entrado. Sin embargo, el barman le señaló la presencia de la muchacha. Entonces, él la saludó con extrema cortesía (una cortesía tan extrema que a Lot siempre le parecía un mecanismo para controlar una insolencia salvaje que a veces había podido observar en él), y continuó perdido en las notas. Ella se acercó y se sentó en la barra, a cierta distancia respetuosa, para no quebrar la soledad que él tal vez deseaba. No estaban citados. Sólo coincidían en el trabajo. En el trabajo, por entonces, también era un personaje a ratos. Por lo tanto, también habría podido enamorarse de él en el trabajo. Pero ante aquella barra y con las notas de *Loverman* de fondo, en el mundo de referentes cinematográficos en el que se había criado, sin duda era mucho más personaje. Es decir, mucho más novelable. Lo que equivale a decir que para Lot era mucho más real, o, por decirlo mejor, más vivido, a causa de la intensidad con que los personajes nos marcan en comparación con las personas.

El Cometa se enterraba a menudo en las profundidades de aquel bar conventual. Cuando no estaba en la barra, se sentaba en un peldaño de las escaleras de piedra, en un rincón oscuro, y allí, desde su presencia humeante y solitaria, contemplaba en silencio. Cuando

se cansó de *Loverman* sonó *A Love Supreme* una sola vez, luego la música paró durante unos instantes. Por un momento pareció tomar algo más de conciencia de la presencia de Lot, y le dijo al barman: «Pon música para esta mujer». «Mujer» no debió de decir, vamos, ni hablar. Siempre decía «dama», «Pon música para la dama», dijo sin duda. Y su amigo hizo sonar *Sophisticated Lady*, seguramente su amigo pensó que esa canción no podía fallar de ninguna manera, fuera lo que fuese lo que no había de fallar, y cualquiera que fuese la relación que su amigo-cliente tenía con aquella recién llegada. Aquélla era una canción conocida, infalible en la voz de Billie Holiday, de esas que nunca pierden su brutal intensidad, de esas que sólo alguien con la sensibilidad musical de un ciempiés puede conseguir ignorar.

Tras esta lacónica petición, volvió a mirar al frente. Lot le veía de perfil. Por siempre jamás, cuando pensara en él, quizá porque era un hombre de barra más que de mesa, lo visualizaría de perfil. De perfil y con el fondo musical de aquella frase que, aunque no la escuchaba por primera vez, por primera vez se percataba de su contenido en palabras: *Smoking, drinking never thinking…* Esta renuncia a pensar la impresionaba. Al principio se le quedó como a veces se te queda grabada cualquier frase musical, con machacona insistencia. Pero lo cierto es que sería todo un presagio de las relaciones de ambos con el tiempo, de la relación de él con la pasión de pensar, con la desesperación de pensar, con el dolor de pensar… En un hombre como él la huida del compromiso, por diminuto que fuera, sólo podía estar asociada a la barra de un bar, de ninguna otra manera, bajo ningún otro pretexto, podía él ignorar los grandes y pequeños crímenes del ser humano que tanto dolor le provocaban, y que tanto le costaba ahuyentar de su existencia cotidiana.

Más tarde, Lot se daría cuenta de que aquello en lo que Billie Holiday sugería no pensar era el futuro: *Never thinking of future*. Más adecuado aún, pues ésa sería una de las más interesantes enseñanzas que Lot recibiría de él, esa forma de ignorar el futuro con olímpica energía, para concentrarse en un presente siempre más rico, consiguiendo así, paradójicamente, estar siempre en paz con el futuro, pues nunca lo sonsacaba ni rebuscaba en él con especulaciones ni proyectos ni adivinanzas sobre el porvenir. Vivir

junto al Cometa era vivir en una constante apología del presente.

Sin ir más lejos, esta escena es un buen ejemplo de ello. Pasaban las horas, y la situación en la barra no progresaba hacia ningún tipo de futuro. «Pon música para la dama», había dicho. Y nada más. ¿Tenía la frase algún significado, más allá de la cortesía que requería el momento? Probablemente no. No le quedó más remedio que leer en él. Como era novelista, Lot leía pensamientos. Es lo que tienen en común los novelistas con los paranoicos. Lo que les distingue es que los paranoicos están totalmente seguros de que leen correctamente, mientras que los novelistas saben que pueden equivocarse y asumen el riesgo. Lot se concentró en la lectura; pero lo cierto es que no era nada fácil leerle, y aún menos de perfil. Era difícil leerle cuando pensaba, pues era pensador por vocación y formación, y sus pensamientos eran demasiado rigurosos y complejos para ella, que no había estudiado metafísica. También era difícil leerle cuando no pensaba, como en aquellos momentos en que le gustaba «trabajar el vidrio», como solía decir, el vidrio del vaso, se entiende, aquellos momentos en que todos los demonios del día se disolvían en las notas y en que todos los horrores de la humanidad se suavizaban en el acogedor refugio de la noche. Al final, empezó a dolerle la cabeza por el esfuerzo lector, y optó por abandonar y conformarse con leer tan sólo la actitud, que como un rótulo luminoso y disuasivo rezaba: «Dejadme en paz».

¿Qué hacer? Quizá el rótulo de la superficie se correspondía con el pensamiento. Quizá no había modo de llegar a él. Sumergido en su perturbación musical, imperturbable ante cualquier otro estímulo, era muy claro que ella tendría que pensar una estrategia, ya que él en modo alguno saldría de la pantalla para ir a buscarla, como el explorador Baxter había hecho con la camarera. Bien es cierto que a Lot no le hubiera importado seguir viendo la misma película una y otra vez, pero (siempre atrapada por el futuro) *empezaba a querer* que comenzara la escena siguiente. Mientras tanto, Lot se dedicó a evaluar el deseo o el interés que ella podría despertar en él: para ello, contaba con algunos indicios. Eran tres y de poca consistencia, en realidad.

Primer indicio: una mirada. Un año antes, habían coincidido en una comida de trabajo. Ella conocía a poca gente aún, sólo a tres o cuatro compañeros que luego se convertirían en grandes amigos.

Por el sector donde ella se sentaba, se inició una conversación sobre letras de canciones populares. A ella se le ocurrió soltar un despreocupado comentario sobre el tono machista, y a veces quejoso, de las canciones mexicanas que, de hecho, no conocía a fondo. Con picaras sonrisas, algunas voces le advirtieron de que acababa de emitir una opinión muy arriesgada, y le recomendaron que cuidara de que no la oyera el Cometa si no quería ser víctima de su genio zumbón. Sin embargo, los mismos que supuestamente le aconsejaban ocultar sus opiniones para no ser víctima de escarnio público, fueron arteramente pasando la información hasta la otra punta de la mesa, donde se hallaba el Cometa.

Cuando le llegó la información, el Cometa se levantó, erigió su hidalga figura y se dispuso a entrar en combate por la ofensa recibida, por la ofensa que algún ser falto de sensibilidad había dirigido contra sus amados poetas del pueblo, pero cuando divisó a su rival se dio cuenta de que no había reto: «Ah, es una dama», dijo, en su tono más respetuoso, medio decepcionado por no poder entrar en imaginario combate, medio desarmado por el equívoco. Pero de inmediato superó el instante de desconcierto, miró fijamente a los ojos de Lot con su oscura, inteligente mirada directa que nunca huía, levantó la copa como una lanza en ristre y cantó. Cantó una estrofa de *La chancla* para demostrarle a la muchacha que los hombres mexicanos no estaban para bobadas, y que sus poemas no eran victimistas sino valientes y corajudos; cantó unos versos deliciosamente divertidos para demostrarle que tenían un sentido del humor fuera de lo común. Y finalmente, para demostrarle que había en aquellas canciones mucha más ternura que machismo, cantó *La casita (tiene en el frente unas parras / donde cantan las cigarras / y se hace polvito el sol)*. No la acabó por el final, sino por la estrofa que dice: *Pues con todo y que es bonita / que es muy chula mi casita / siento al verla un no sé qué… / Me he metido en la cabeza / que hay allí mucha tristeza!… creo que porque falta usté*.

A continuación, una vez demostrado todo lo que quería demostrar, desclavó sus ojos de los de ella y se sentó. Lot aún permanecía boquiabierta cuando él ya llevaba rato conversando de nuevo animadamente con sus vecinos de mesa y sin duda la había olvidado por completo. De esto estaba tan segura que, bien mirado, este primer indicio de un supuesto interés por ella no podía

considerarse indicio de nada.

El segundo indicio era la cortesía con que la trataba en el trabajo. Pero esto lo hacía con todo el mundo, salvo que se pusiera nervioso por oír alguna necedad superlativa. Por otra parte, ella le rehuía. Le daba miedo. Albergaba la convicción de que con él sólo se podía hablar de Heidegger y de Kant, de cantatas de Bach, de la teoría de los fractales y de otras cosas por el estilo. Así que empezó a leer en secreto la *Crítica de la razón pura* con la esperanza de poder dirigirle un día la palabra. Pero he aquí que una tarde pudo oír, estupefacta, cómo una compañera de trabajo le explicaba, con todo lujo de detalles, una historia aburridísima sobre la pérdida de un pendiente. Se conoce que había perdido el pendiente, el marido la había ayudado a buscar el pendiente, y finalmente habían encontrado el pendiente. El relato, narrado en un ritmo lento y parsimonioso, contenía pormenorizadas descripciones de la joya y un interminable baile de estilo directo, a la manera en que las mujeres solemos explicar las cosas («Y entonces le dije: "¡Pedro!, ayúdame a buscar el pendiente", y él me dijo, y yo le dije»), todo ello rematado a modo de resumen por una trivial reflexión acerca de las casualidades de la vida que hicieron que, justo una semana después, ¡perdiera el otro pendiente!, en el mismo lugar, y así empezó de nuevo el mismo idéntico tedioso relato del episodio, y yo le dije, y él me dijo, y yo le contesté… ¡Y el Cometa la miraba atento y sonriente! Y en su mirada amable y serena… ¡no se apreciaba la menor intención de querer estrangular a su interlocutora! La paciencia del Cometa superaba todas las predicciones que Lot había hecho sobre el carácter de aquel hombre temperamental. De modo que no era imprescindible hablar de Spinoza, ni tampoco de grandes jugadas de póquer, de butifarra o de fútbol, ni de recetas suculentas de cocina, únicos temas que, fuera de lo intelectual, le podían interesar apasionadamente. No, ¡se podía hablar hasta de pendientes sin hacerlo huir! Aquella anécdota le pareció a Lot un buen indicio. Como mínimo, sería educado con ella, casi con toda probabilidad.

El tercer indicio, la escena de la taza de té, había tenido lugar un tiempo más tarde, en la primavera anterior. Después de una comida de trabajo de la que salieron juntos, ella se encontró mal y le apeteció sentarse a descansar un rato en un bar antes de coger el

coche. Encontraron el primer bar cerrado, el siguiente también, y al final él le propuso subir a su casa y le preparó un té. Sólo tenía té. A Lot no le gustaba el té, pero le habría gustado que le gustase, pues le agradaba la gente que tomaba té, siempre más serena y contemplativa que los que toman café. Y, de hecho, le gustó el té a partir de aquel día, como le gustarían muchos otros sabores que él le enseñaría a apreciar. Estaba cansada, mareada, y decidió explicarle por qué tenía el corazón en ruina desde hacía un tiempo. «Es por la boda», le dijo. (Desde que sabía que con él se podía hablar de pendientes, y puesto que para ella «bodas y pendientes» figuraban bajo el mismo epígrafe, pensaba que podía hablarle de eso con comodidad). Él no caía, quizá en el trabajo había oído que ella estaba a punto de casarse, pero sin duda no se acordaba, puesto que probablemente «bodas y pendientes» figuraban, todo hay que decirlo, entre los temas que a él le entraban por un oído y le salían por el otro. Entonces ella le empezó a explicar las dudas que desde hacía un tiempo habían empezado a instaurarse en su espíritu, dudas terribles e insidiosas. Le explicó que no estaba segura de nada. Más aún, le explicó que cada día le decía a su novio: «Estoy convencida de que vamos a cagarla». Le explicó (en aquella forma tan femenina, abusando del estilo directo) lo que ella decía a su novio y lo que éste le respondía. Le confesó que hacía los preparativos de muy mala gana, y que, de aquella manera, nada podía salir bien. (Y ciertamente, los únicos preparativos que llegaron a buen puerto fueron los destinados a desanimar al futuro marido, que, finalmente, convencido de que ella tenía razón, desistió del proyecto nupcial). «No sé qué pretendo diciéndole esas cosas, poniéndoselo todo tan negro», concluyó. El Cometa permaneció en silencio hasta que dijo, con una simplicidad desarmante:

«Pero ¿le quieres o no?».

«No es sencillo…», suspiró ella. «Me gustó mucho al principio, así que le enamoré con la intención de enamorarme yo a continuación, pero luego algo fallaba, no me enamoraba como había previsto, y no lograba quererle. Yo me empeñaba, pues al fin y al cabo lo había decidido, y él reunía las características de alguien a quien querer, pero, cuanto más empeño ponía, peor salía todo. Yo quiero quererle, deseo quererle por encima de todo, pero no puedo.

Él dice que, si no puedo quererle, que le deje. Pero tampoco puedo».

El Cometa dijo, llenando otra vez su taza:

«Las mujeres sois seres muy extraños» (en estas ocasiones nunca decía «damas»). Ella prosiguió:

«Y digo yo: no es Amor Absoluto el que está sembrado de dudas desde el comienzo, ¿no? Quizá Amor Relativo, esa variedad de amor tan usual, pero no Amor Absoluto». Ella hizo una pausa. Tal vez las nociones de «relativo» y «absoluto» despertaran su vena filosófica y él diría algo más orientativo. Pero él, fiel a su costumbre de preguntar siempre lo que el interlocutor daba por supuesto, dijo:

«¡Amor absoluto!… ¿Y eso qué es?».

Para hablar de este tema, a ella nunca le faltaban palabras. Podía decir montones de cosas, pero se acordó de *El sueño eterno*, y dijo: «Amor Absoluto es el que todo lo arregla. El que hace desaparecer todos tus demonios…

No porque desaparezcan, sino porque dejas de verlos. El que borra tus angustias, no porque dejen de existir, sino porque dejan de angustiarte. ¡Todo lo arregla, el Amor Absoluto! ¿Recuerdas las últimas frases que Marlowe y Vivien se intercambian en *El sueño eterno*?».

Vaya, no se acordaba. Sin duda la había visto infinidad de veces, ya que Bogart figuraba, después de John Wayne, entre sus actores preferidos, y consideraba a Lauren Bacall la más adorable de las actrices, pero ni una sola vez el Cometa se acordaba de algo por encargo o cuando se lo pedían, sólo cuando le cuadraba.

«Pues cuando Marlowe ha acabado la investigación y está a punto de irse, Vivien le dice: “Y yo, ¿qué?”. Él pregunta: “¿Qué pasa contigo?”. Y ella responde: “Nada que tú no puedas arreglar”. Entiendes, ¿no?».

Él sonreía, quizá debido a la impulsiva ingenuidad de Lot.

«La idea me entusiasma —prosiguió—. El amor simbiosis. Alguien con quien nada te falta. Detesto esta ideología de “has de encontrarte a ti mismo”, “debes arreglarte por tus propios medios”, “el equilibrio está en tu interior”… ¡Y una mierda! ¿No es fantástico encontrar a un hombre, a una mujer, a lo que sea, que te arregle, te divierta, te modifique? ¿No es alucinante vivir a través de otro en lugar de a través de ti mismo, que ya te conoces hasta el

aburrimiento? Un hombre con quien vivir en perfecta intimidad simbiótica, como… como una rémora y un tiburón».

Entonces se detuvo a pensar que la simbiosis supone ventaja para los dos seres unidos en simbiosis y dudó de si verdaderamente el tiburón sacaba alguna ventaja de la rémora, y quiso modificar el ejemplo, pero no encontró ninguno y concluyó:

«En fin, la noción de Amor Absoluto me entusiasma. Pero sólo podría entregarme del todo a un hombre que me alimentara el alma ininterrumpidamente, que tuviera recursos hasta el infinito… ¿Para qué quieres un hombre, si no es para explotar sus recursos? Siempre buscaré eso. Si no existe, mejor. Así seguiré buscando. Me entusiasma buscar. Pero… ¿y si existiera? ¡Caray! Lo afirman todas las canciones, lo dicen todas las formas de arte, grandes y pequeñas. ¿Mienten?».

Después de su exaltado discurso, esperó. Pero él no decía nada. Ni que existía, ni que no existía. Nada. Y, sin embargo, aquella misma tarde, ya comenzó a arreglar su alma. ¿Cómo? Ni idea. ¿Qué le diría, que le arregló, como mínimo, la tarde? Probablemente, tras aquellas confesiones sorprendentes (sorprendentes para él, ya que apenas se conocían), él debió de decirle algo. Pero realmente, la única frase que ella recuerda que le dijo es:

«¿Más té?».

Tomaron té. Se sintió envuelta en una ternura infinita, pese a que apenas se tocaron, apenas se hablaron. Sólo al despedirse, ella le dio un beso en los labios cuya suavidad nunca ha olvidado. Ella se sentía reconfortada como si hubiera recibido un gran consejo. Pero ¡él no había dicho nada, no había hecho nada! Pronto sabría que ésa era una de las extrañas virtudes del Cometa. Siempre los amigos le recordarían «ayudándoles en momentos críticos», brindándoles una ayuda inestimable… Pero ¿cómo la brindaba? Difícil explicarlo. ¿Por qué frases simples sonaban en él tan sabias? ¿Era su profunda y elegante voz de barítono bajo? ¿Era porque en él pensar y actuar eran lo mismo, y eso se traslucía en su actitud? ¿Era porque no daba consejos ni opiniones, pero de vez en cuando dejaba caer una frase con la contundencia de un latigazo de luz? ¿O era porque, al dar la impresión de que no quería nada del otro, hacía que el interlocutor se sintiera cómodo y respetado, sobrante, y por tanto libre? ¿Qué era? Aún no lo sabía a ciencia cierta.

Pero estamos aún en la barra. Y aquella noche, tras haber repasado los tres indicios, Lot hizo un curioso descubrimiento. Tenía poco más de veintisiete años, en el otoño del 87, pero había vivido amores largos e intensos y se sentía vieja y experimentada. Por primera vez vislumbró por qué los hombres fáciles y amorosos que había tenido habían acabado por despertar en ella una especie de crueldad, incluso a veces una violencia verbal inusitada, una fuerza destructiva que casi le daba miedo, una energía polemizadora que la hacía desgraciada y a ellos también. Comenzó a entender que no podía, o no estaba preparada, para dar amor a cambio sólo de amor y de un puñado de virtudes estándar. Además, no sabía qué hacer con los hombres que venían con las manos cargadas de amor y, al no saber qué hacer, se sentía culpable por ello. Entendió que lo que quería de ellos no era que la adorasen, sino que la hicieran enloquecer de amor. A ella. Le vino a la memoria un libro leído a los dieciséis años, *L'amour fou*, de André Bretón. Había un cielo luminoso en la portada, y una frase sobreimpresa que siempre le había provocado un sentimiento ambiguo. «*Je te désire d'êtrre follement aimée*», decía la frase. «Te deseo que te amen con locura». A los dieciséis años no entendía qué le molestaba de la frase, la sentía como un malentendido que no sabía descifrar. Ahora lo sabía: era la forma pasiva. Ella quería dar, no recibir. La dejaba helada la idea de sentirse reclamada, necesitada, objeto de adoración. La aburría. En cambio, adorar con locura, sentir una sed infinita y demorar la saciedad (la odiosa saciedad), eso quería. Y para eso necesitaba un hombre que no estuviera nunca al acecho de las mujeres. Un hombre que tuviera la delicadeza y la habilidad de hacerla sentir que no la necesitaba. Un hombre que nunca la esperara porque el presente le fuera siempre suficiente. Un hombre que, pese a no tener nada, fuera sobrado. Un hombre dispuesto a preservar su libertad por encima de todo, incluso de ella. He aquí lo que siempre había estado buscando sin saberlo: alguien a quien sobrar.

He aquí al hombre.

Era él.

«No resulta fácil encontrar a un hombre a quien sobrar», se dijo. «O, mejor dicho, no resulta fácil encontrar a un hombre que, sobrándole, no prefiera prescindir de ti».

Los tópicos de la época la habían despistado. Los tópicos de la época dictaban que las *nuevas mujeres* querían hombres detallistas, hombres que comparten las decisiones y las tareas diarias. Y ella, que como no era una mujer vieja pensaba que era una *nueva mujer*, se lo había creído. Pero no, realmente no era una nueva mujer. ¿Para qué quería un hombre que compartiera con ella decisiones? Nada consideraba más odioso que tener que consensuar las actuaciones más banales y cotidianas. Tampoco quería compartir tareas, al contrario: era partidaria de dividirlas y separarlas en función de los méritos de cada uno. Y menos aún deseaba a un hombre detallista, que recordara su cumpleaños, que le trajera detalles. De hecho, los detalles la enervaban. Quizá era hereditario. Recordaba a sus padres, una vez cuando era muy pequeña, ante el aparador de una joyería. Su madre hizo un comentario admirativo sobre un diamante magnífico que se exhibía en un lugar destacado de la vitrina. Entonces su padre dijo: «Tal vez algún día te lo podré regalar». «¡De ninguna manera!», dijo ella. «No soy una mujer caprichosa: si has de regalarme algo, regálame tierras». Tampoco a la madre de Lot le gustaban los detalles.

En cuanto a ella, no quería ni tierras ni diamantes. Pertenecía a una generación que no había pasado hambre y que apreciaba poco los bienes materiales (fue un breve paréntesis en el transcurso de las generaciones, como si fuera un error que se subsanó enseguida). Pero ella conservó siempre el deseo de priorizar los bienes del alma por encima de las cosas prácticas. Y, en consecuencia, lo que buscaba en un hombre era más complejo. Buscaba una vida interior de lujo. Una atmósfera interna que pudiera admirar, por la que pudiera dejarse contagiar y, eventualmente, que pudiera compartir. Eso buscaba.

Pero estamos aún en la barra. Han dado las dos de la madrugada y no parece que el local vaya a recibir a nadie más. No es improbable que hayan olvidado abrir el portón exterior por el que ella se ha colado, y que el local parezca cerrado. Se está haciendo tarde. Ella se devana los sesos pensando en cómo llevárselo de allí, sin tener que pedirle permiso. Llevárselo de allí cuando cierren y, sin embargo, permanecer en esta situación privilegiada. Es

complicado. Siempre ha sido una mujer discreta cuando se enamora. Tenía una madre —sí, la misma que no quería diamantes, la misma que quería poner los huevos en distintos cestos— que le había inculcado que nunca hay que ir detrás de un hombre. Y no piensa hacerlo. Pero, por desgracia, Lot no soporta que un hombre vaya tras ella. En estas condiciones, ¿qué hacer? ¿Quién ha de ir detrás de quién? Y, en el caso que nos ocupa, ¿qué hacer para coincidir? La noche se presenta difícil. Y sólo queda una solución: dejarlo ahí en sus cosas, hasta que decida acabar la noche. Y luego, cuando se vaya, que por lo que parece no será pronto, se irán juntos. Ella caminará a su lado. Ni delante ni detrás.

Y así será, en efecto. Saldrán juntos de allí sin una palabra, silbando él *A Love Supreme*. Sus pasos resonarán sobre los adoquines silenciosos de la calle húmeda que desciende abruptamente hasta la casa donde vive él. Lot tendrá la sensación de que hace mucho tiempo que no ha respirado aire puro. El Cometa la mirará con la perplejidad con que suele mirar las cosas tras unas cuantas copas, siempre como si se acabaran de materializar ante sus ojos como por arte de magia, o como si pudieran desaparecer de un momento a otro. Seguramente, en algún momento le declarará amor eterno, pero al instante siguiente lo habrá olvidado y seguirá caminando junto a ella. Parecerá ausente, pero no con displicencia, ni con desprecio, ni con indiferencia, sino con una delicadeza especial, con una ternura muy suya. Ligero. Ella pensará: «Ahora podría yo desaparecer y no pasaría nada. Podría irme y nunca más me llamaría. Podría evaporarme y él sólo diría: "¡Caramba, qué curioso!"». Ella no puede olvidar el descubrimiento que acaba de realizar, y una vez y otra exclamará en silencio: «Ostras, ¡qué hermosa manera de sobrar!». Y quizá por eso deseará acompañarlo a donde sea, al infierno si es preciso. Y seguirá caminando a su lado, segura de que juntos llegarán a alguna parte.

B1. ¿Es a mí?

Un viernes lluvioso del otoño del 2003. A lo largo de esta semana, una frase ha corroído mi mente («Tengo un presentimiento»), como esas canciones machaconas que se te meten insidiosamente en el cerebro sin que te las puedas sacar de ningún modo, y hasta te has de esforzar por no cantarlas sin querer. Yo también me he esforzado por no decir semejante frase. «Tengo un presentimiento», habría dicho cada día de esta semana. En cambio, no lo he dicho. Mejor así. He evitado decirlo, en parte por superstición. En parte por delicadeza: no vas a decir la frase ante quien es objeto del presentimiento. Es de mal augurio y de mala educación. Así que nadie en casa ha formulado esta horrible frase, ni el lunes, ni el martes, ni el miércoles, ni el jueves. La semana acaba hoy, viernes. En pocas horas, esta frase va a ser conducida por derroteros vertiginosos.

Un viernes lluvioso del otoño del 2003. Han pasado dieciséis otoños desde el encuentro en el bar conventual. También el bar ha pasado por muchas etapas. Los dos copropietarios murieron jóvenes, Philippe con poco más de treinta años, dos meses antes de conocer a su primer hijo, en un accidente. Venía aquella noche de escuchar, de conversar, y sin duda de pasar un buen rato con Miguel, su amigo y exsocio, a quien acababan de detectar un cáncer sin posibilidad de curación. El encanto de esta primera etapa del local se extinguió con ellos, y recientemente un amigo lo ha rescatado y lo ha devuelto a su versión original. No es un lugar que nosotros frecuentemos demasiado. Salimos poco de noche. Sólo de día.

Ha sido una semana extraña, agotadora. Desde hace un tiempo, él tiene un dolor raro, una especie de ardor en el pecho, pero no

relacionado con el esfuerzo. Lo describe como una especie de fuego que lo abrasa y de inmediato desaparece. Naturalmente, ha visitado al médico, aunque no con insistencia porque él nunca ha sido propenso a dar importancia a sus males. «Cervicales», le dijeron, un día que fuimos de urgencias, porque su médico habitual estaba de vacaciones. Como, pese al tratamiento, el dolor continuaba con características peculiares, hace unos días fue a su médico. Es uno de esos médicos intuitivos que tienen una merecida fama de acertar ante los más extraños síntomas. Sin embargo, la medicina es ambigua, y multitud de pequeños errores encadenados pueden contribuir a perpetuar un error, especialmente cuando el paciente no es de esos que se pasan la vida analizando su salud. Hay que decir, además, que en ningún momento ha tenido los típicos síntomas de aquello que dentro de unas horas le asestará una puñalada definitiva. De hecho, él siempre ha sido un chico peculiar, de cuerpo y de alma, los síntomas se manifiestan en él de manera poco convencional. Le cuesta incluso identificar el dolor. Dice que es porque nunca le dolió nada. De pequeño sí, pero ya no recuerda. De pequeño fue víctima de enfermedades antiguas y literarias: un tifus que estuvo a punto de matarle o, por ejemplo, un coma etílico que siendo un bebé le provocó involuntariamente la muchacha de la casa, al prepararle el biberón con el alcohol de curar que contenía una botella de gaseosa que supuestamente debía contener agua. También disfrutó de algunos neumotórax, de muy joven, y de ellos guarda un recuerdo muy grato. Obligado a guardar reposo, recibía sin cesar las visitas de los amigos, mantenía las más fructíferas conversaciones, y leía con una voracidad insaciable mientras sus padres, que rivalizaban en genio culinario, cocinaban para él platos exquisitos…

Es tan entrañable el recuerdo de esta época (en que sin embargo y sin duda tuvo momentos duros, como atestigua la correspondencia que de él guardan sus amigos) que hoy día, cuando le preguntas qué cosa le habría gustado ser que no ha sido, responde a veces que siempre tuvo vocación de convaleciente. Creo que, tras leer *La montaña mágica* de adolescente y luego pasar por su experiencia de repetidos neumotorax, este deseo le quedó convertido en una insatisfecha vocación. Porque en ningún otro estado es posible tener tanto tiempo para pensar y para leer con la

conciencia tranquila de que no estás abandonando ningún deber, y ningún otro estado puede darte esa magnífica lucidez que proporciona a la gente reflexiva la cercanía de la enfermedad o de la muerte. En cualquier caso sus convalecencias fueron épocas enormemente productivas para él. Pero no se repitieron. A partir de los veinte años, pasó treinta sin caer enfermo un solo día, sin acudir jamás a la consulta del médico, sin haber sufrido, según él, la menor molestia. «No tener jamás el menor dolor» es algo tan raro que a mí siempre me hace dudar de que identifique bien el dolor o de que tenga un umbral del dolor tan alto que no tome sus molestias en la adecuada consideración, o que tal vez no quiera molestar con sus molestias.

Todo para decir que como no está acostumbrado a hablar del dolor físico, y menos del suyo, le cuesta describirlo. Debe de ser por eso que, cuando trato de hacer que lo describa, o cuando lo intenta el médico, siempre se muestra evasivo y lo minimiza. Pese a todo, esta semana ha hecho un pequeño esfuerzo para buscar las palabras. «Sólo sé que es la cosa más extraña que he sentido en mi vida», ha dicho. Y cuando le pregunto: «¿No puedes ser más preciso? ¿No puedes ponerle algún adjetivo?».

Dice: «Incandescente».

Y un segundo después ya dice: «Se acabó», ha durado unos, instantes y ya quiere hablar de algo más interesante, y ya está haciendo una cena, cortando cebollas, picando ajos, pensando, silbando, ya se aleja de su cuerpo a velocidad supersónica, se acabó, no quiere hablar más del asunto, se encuentra, como suele decir, *magníficamente bien*.

Hace dos años, después de esos treinta años sin acudir jamás al médico, un cáncer le tocó. Nos tocó, digo mejor, porque él sólo se ocupa del espíritu, y soy yo la que lleva detallada contabilidad de sus recuentos leucocitarios y linfocitarios, de sus síntomas y visitas, de todos esos dolores que él parece olvidar como olvida todo aquello que le pueda, dice él, debilitar el espíritu. El avatar de la enfermedad no nos hizo más infelices, en absoluto. Diría que al contrario. Él con su capacidad para olvidar y yo con mi capacidad para extraer todo lo que hay digno de ser observado en cualquier experiencia y aferrarme a ello con la alegría del investigador todo terreno, hemos pasado dos años excelentes.

Además, el cáncer resultó ser de los que no se reproducen con facilidad, y encima no era de pulmón, que matan en serio y en un alto porcentaje, y que era el cáncer por mí más temido porque había afectado a gran parte de su familia. Éste era para mí un temor tan grande que, con la perspectiva del tiempo, lo veo a él circunspecto y perplejo, sereno ante la noticia, preocupado sólo por mí y por su hija, muy en su estilo de siempre, y diciéndose: «Bueno, esto va en serio». Y me veo a mí misma replicándole a cada momento con entusiasmo, como quien comunica una enhorabuena: «Pero ¡no es de pulmón! ¿Te das cuenta? ¡No es de pulmón!». En efecto, no era de pulmón, era un cáncer de nada, de esos que, una vez te han abierto de arriba abajo en una intervención de siete horas que te cambia el metabolismo para siempre, te quedas como nuevo y encima el tumor tiene pocas probabilidades de reproducirse. A él, por su parte, que no fuera de pulmón no le parecía tan interesante. Pero a mí sí, y mi euforia contribuyó al clima alegre que seguimos respirando, de modo que si él había perdido alguna porción de su alegre vitalidad, ahora era yo quien la aportaba: por fin había llegado el temido cáncer y me sentía (puesto que no era de pulmón) como si nos hubiera tocado la lotería. Es decir, la inmortalidad.

Su inmortalidad (y con el término me refiero a una prolongación indeterminada del futuro, nada más) es para mí, desde que le conozco, la única lotería que me interesa. El cáncer que podía llegar ya ha llegado y ha pasado. Ya no tengo ante mí la angustiosa vivencia del cáncer, porque ya la conozco, la he vivido y en nada se ha parecido a lo que había imaginado. Puede, claro está, llegar uno de pulmón, pero he decidido que no llegará. Punto. Los miedos funcionan así, de forma irracional. Y si el miedo está casi siempre teñido de irracionalidad, prescindir del miedo también lo está. A menudo entre los vaivenes de la enfermedad encuentras un punto en el que te sientes invulnerable, porque has absorbido tu ración de sufrimiento y en teoría ya no debe tocarte otra. Absurdo. Pero lo importante es que funcione. Y a mí me ha funcionado de primera.

Entre otras cosas, desde entonces vivo el presente con mayor intensidad. Aunque aprendí a vivirlo desde que le conocí, me faltaba el toque definitivo, ese toque que sólo da la práctica: su enfermedad me dio el impulso que necesitaba para saber vivir el

instante con plenitud. De hecho, recuerdo este período como un período extraordinariamente pleno. En las primeras semanas, los días se sucedieron con un terror agudo ante cada prueba seguido de una alegría inmensa y profusamente celebrada cada vez que sabíamos que las cosas no estaban *tan mal*. Una vez hablé en un cuento de la belleza colateral de la enfermedad. En ésta nuestra enfermedad la belleza se manifestó a menudo. Aparecía en el lugar más impensado: brotaba de mis amigas, de sus amigos. De esos ejemplares del *Capitán Trueno* que le regaló su amigo, ese que custodiaba con sumo cuidado los tesoros de su infancia común y que nunca se desprendía de nada que tuviera relación con ellos, y que a partir de entonces se convirtió en un ser desprendido. Brotó de pronto de un viaje nocturno y fantasmagórico a los edificios de mensajería del aeropuerto para dejar una biopsia que había que enviar a Boston, habría podido brotar una pesadilla, pero brotó la belleza, el humor, y acabamos cenando y riendo junto al mar. Brotó inesperadamente de la joven enfermera desconocida que acababa de hacerle una gammagrafía (prueba definitiva a la hora de establecer el pronóstico de un tumor, pues detecta las metástasis óseas, que suelen ser irreversibles, y hace inútil la intervención programada). Así que lo que iba a ser una noche de pesadilla hasta el resultado del día siguiente, se tornó motivo de celebración nada más se abrió la puerta y los vi entrañablemente abrazados, ambos con lágrimas en los ojos. Se conoce que él, rompiendo su costumbre de nunca preguntar nada, había preguntado. Y que ella, rompiendo su costumbre de no decir nada, le había dicho que por lo que podía ver todo estaba bien.

Y se emocionaron. Y a la salida, le abracé, me emocioné con él, me enamoré de nuevo. Yo me enamoro de él a cada rato, por una cosa o por otra. Al día siguiente fue por el esqueleto. Fuimos a buscar el resultado de la gammagrafía, ya sin angustia, gracias a la amable enfermera, y cuando la extraje del sobre quedé prendada de la elegancia de sus huesos. «¡Qué preciosidad!», exclamé. Traté de mostrárselo: «¿No quieres ver qué bonito esqueleto tienes?». No. No quiso. Ningún interés en contemplar su esqueleto. Pero estaba contento. Yo me quedé un rato observando la placa: «Te aseguro que entiendo un poco de esqueletos, y éste es de los más elegantes que he visto». Él sabe que digo la verdad, que en mi afición

desmedida por la medicina, que se desboca hipocondríacamente cuando le sucede algo, me he pasado las noches en una interminable búsqueda en la red de pruebas, informes, he visto cantidad de gammagrafías, radiografías de tórax y en general imágenes que tienen que ver con la enfermedad, me he suscrito a dos revistas altamente especializadas y me he dado de alta en una base de datos con el número de colegiada de una amiga mía. Por tanto, puedo opinar con criterio, cuando menos estético.

Estos puntos álgidos eran de una plenitud extraordinaria. Cualquier pareja que se mantenga verdaderamente unida sabe de estos momentos. Desde que nos conocimos, hemos afrontado muertes de personas muy queridas, a razón de una cada dos años, más o menos. Son pruebas duras para una pareja, que tienden a unir o a separar. A nosotros nos han unido, como nos une ahora su enfermedad.

Sin embargo, aun estando inmersos en una unión fusional, el enfermo está solo. Yo no puedo saber ahora qué y cómo le duele, si tiene temores que en su exquisita discreción no me va a revelar. Qué injusta y asincrónica es la relación con el enfermo. Recuerdo, por ejemplo, cuando hace dos años, al finalizar su larga intervención, nos reunimos para cenar cuatro mujeres que le queríamos mucho de distintas formas. Celebramos que la intervención había ido bien y que el resultado de la analítica que se realizaba en el transcurso de la operación, y que de ser negativo podía llegar a hacer que se cancelara *in situ*, había sido bueno. Así que nuestra alegría era inmensa. Los amigos llamaban sin cesar y recibían la noticia con exclamaciones de alivio y de alegría. La tranquilidad y la euforia se extendió como un reguero de pólvora a todos cuantos le amábamos. En la cena nos reímos gracias al formidable sentido del humor de mis interlocutoras. Mientras tanto, él, en la UCI, pasaba la peor de las noches *lovekraftianas* de su vida, según me contó luego. Obviamente, la alegría de la noticia apenas nos dejó simpatizar con su dolor: ante el inmenso gozo tras la angustia indecible, apenas nos quedaba una migaja de compasión por el sufrimiento horrible que él experimentaba en las mismas horas: la alegría de seguir teniéndole, sólo eso contaba.

Y finalmente, tras graves complicaciones en los días sucesivos, llegó la liberación final aquel 23 de diciembre helado en que

fuimos, nuestra hija y yo, a buscarle. Había nevado, pero aquel día salió el sol. Abandonó la clínica algo débil, pero libre y feliz. No tenía que someterse a ningún tipo de tratamiento, y todo había terminado de la mejor manera posible. Han pasado casi dos años desde entonces, y siempre ha recordado con gratitud sus días de baja laboral, donde su sueño de ser un convaleciente modélico se hizo transitoriamente realidad, donde disfrutó de sus paseos al mercado en busca de ingredientes para el plato del día que siempre cocinaba él, los desayunos y las recogidas de setas con su amigo A, las tardes de invierno escuchando con la niña *Pedro y el lobo*, las clases de matemáticas a su ahijada, su renovada fertilidad intelectual, el viaje a la nieve de aquel mes de febrero…

Dos años magníficos, puntuados de angustia por las pruebas que han permitido decir, en cada ocasión: «Todo bien». Y nada más, hasta este dolorcillo. En una semana, su médico, partiendo del diagnóstico de urgencias, cervicales, ha puesto en marcha una batería de pruebas a las que él se ha sometido disciplinadamente. En realidad, todas convergen en la búsqueda de lo que más nos aterroriza, de la palabra que nunca mencionamos (metástasis), mientras en secreto he revisado todo lo que encontraba sobre el tema. Éste es también el temor de su médico, como sabré más tarde. Así pues, si las pruebas de hoy salen bien, no sólo descartaremos el terror de los últimos días, sino que ya no tendrá que someterse a las pruebas de final de año, que son el último control, algo así como el alta de la enfermedad.

La frase machacona que ronda mi mente va a desvanecerse o a confirmarse. Se trata únicamente de abrir un sobre. Esta tarde de viernes llueve con brutalidad sobre la avenida Tibidabo. Contemplo desde el coche los jardines de las aristocráticas mansiones agredidos por el ruido ensordecedor del tráfico y por la lluvia que golpea todo sin piedad. En una de esas mansiones hay una clínica donde los ciudadanos vamos a buscar nuestras sentencias de muerte. Él baja a buscar el informe, yo le espero. Hace unos días le acompañé para realizarse la tomografía. Me fijé en los dibujos, pinturas que algunos artistas conocidos habían regalado a la clínica radiológica. Algunos viven, otros ya no, pero todos ellos expresaban su inmensa gratitud

al lugar donde habían ido a buscar la sentencia. Me resultó curioso. Es decir, es típico del paciente estar agradecido a su cirujano, a su médico, a su enfermera, pero ignoraba que los radiólogos concitaran tanta gratitud. Tal vez se trate de este radiólogo en concreto. A lo mejor es tan buen radiólogo que nunca encuentra nada malo. Ninguna anomalía. Ningún hallazgo maligno. Ojalá.

Desde el coche veo a varias personas salir de la majestuosa mansión. Uno tras otro, salen con el gran sobre y abren el paraguas para guarecerse de la lluvia. Una forma original y refinada, precisa y exacta hasta la náusea, de conocer nuestra sentencia de muerte. Observad un día la cantidad de personas que circulan por Barcelona con un gran sobre en la mano, de esos que nunca sabes dónde poner porque se arrugan en los cajones y no caben en ninguna parte. Son muchas las personas que podrás ver de esta guisa, si te dispones a fijarte en ellas. Pongamos que una parte son usuarios que se hacen pruebas rutinarias y otra está formada por hipocondríacos recalcitrantes, de esos que van al médico a la menor ocasión. Sin embargo, una cierta cantidad, nada despreciable, son personas que van a buscar su sentencia de muerte o bien, al contrario, un indulto siempre provisional.

La reflexión queda abruptamente detenida cuando le veo salir. Sube al coche, se pone al volante y me tira el sobre, como diciendo: «Desagradable misión cumplida».

Él lo dejaría en el coche, sin abrir, hasta dárselo el lunes a su médico. Pero sabe que yo no soportaría un fin de semana así. Sabe que lo voy a abrir de inmediato, y así es. Aún no ha arrancado y yo ya estoy leyendo. Y no. No se observa ninguna anomalía. No se aprecia. No. La más hermosa palabra del mundo.

¡No!

¡No!

Tras esta semana espantosa, mi alegría no tiene límites. Los funestos presagios se evaporan ante las evidencias que contiene el sobre. Él arranca mostrando cierta ironía ante mi euforia incontrolada: «Vaya, así que no me moriré mañana, ¿no?». Lo que en el fondo significa: «Recuerda que soy mortal, no lo olvides ni por un instante». Y creo recordar que me enamoro de nuevo,

constatando cómo, una vez más, su talante socrático intenta compensar mi ingenuidad racionalista. Estamos yendo hacia la carretera de l'Arrabassada, antes de llegar al bosque ya he leído los informes. Básicamente la idea es: «No metástasis, sí pinzamiento». Hay, en efecto, un pinzamiento cervical que lo explica todo. «De hecho, corresponde precisamente a C5», exclamo, justo el sitio donde te duele. Una vez más, no consigo despertar su interés. Da igual. El bosque, bajo la lluvia torrencial, vuelve a ser verde y hermoso. Mi cuerpo se relaja tras la fuerte tensión. Hemos de pasar por casa antes de irnos. Llevamos varios viernes sin ir de fin de semana. Pasamos por casa, pues, para recoger a la niña. Dejo los sobres encima de la cama. Debo hacerlo, es una orden. Ya me gustaría, ya, pasarme el fin de semana investigando sobre pinzamientos cervicales, especialidad que hasta ahora no me había interesado en absoluto. Pero le hago caso, como casi siempre; o como casi nunca. Los dejo sobre la cama. Y nos vamos.

Durante el viaje, apenas hemos hablado. Y ahora acabamos de llegar. Llueve. Hoy no hay niebla, a veces la amada niebla nos falla, y esta semana llueve sin cesar. La casa está fría, sensación agradable. Él está en el sótano, encendiendo la calefacción. Siempre se entretiene un poco, para hablar con los ausentes. Nosotras empezamos a desempaquetar las *pizzas*. Como siempre, se enfría la *pizza*, pero renuncio a mis deseos de llamarle para que venga a cenar. Renuncio por respeto a su excursión al territorio de las profundidades, de la infancia, del paraíso perdido. Y como siempre que estoy separada de él, una pequeña inquietud se extiende por todo mi cuerpo. Pero a estas alturas ya estoy acostumbrada, y no mengua ni un ápice el bienestar de la relación. No me ha dicho, pero me ha parecido notarlo, que mientras veníamos le atacaba de nuevo ese extraño dolor que enseguida se va. Lo he sospechado porque no me ha hecho hablar, siempre lo pide cuando viajamos («Cuéntame algo, lo que sea»), siempre lo pide. Pero el cansancio justificaba el silencio, supongo. Creo que en algún momento le he dicho: «¿Estás bien? ¿Quieres que conduzca?». Pregunta de respuesta invariablemente negativa, ya que, según él, nada altera más su salud que verme conducir. Hemos llegado, pues. Y está en el

sótano. Preparo el violín de la niña para que se lo lleve mañana a casa de la abuela. Hace dos semanas que ha estrenado clases de violín. También estrena abrigo. Mañana por la mañana. Preparo violín y abrigo. Pese a las molestias que he sospechado durante el trayecto, estoy inmensamente feliz, pues los pinzamientos no matan por lo general. La vida recobra su ritmo.

Cuando esperas resultados la vida queda suspendida transitoriamente. Así que mañana la vida continúa. Mañana por la mañana. Abrigo nuevo y violín nuevo. Volver a mirar los planos de nuestra futura casa en Buzy. Volver a mirar revistas de jardinería. Un antiguo sueño infantil. Mío, no suyo. Hace dos años descubrimos un lugar maravilloso, al pie del Puerto de Marie Blanche, en los Pirineos, aunque el paisaje es típicamente normando. Se accede a él por un camino bordeado por una valla de madera pintada de blanco, entre prados de un verde intenso. Un prado luminoso a la salida de un pueblo de casas antiguas, con algunos dólmenes del Neolítico, un lavadero medieval, y unas gallinas sueltas picoteando en la plaza de hierba. Fue él quien, al verlo, exclamó «qué lugar espléndido», pero como jamás tuvo sueños pequeñoburgueses, esa exclamación no expresaba más que su admiración momentánea. Yo, en cambio, de inmediato relacioné aquel lugar con mi sueño de infancia. Era un sueño simple, en realidad, una casita pequeña y rústica para refugiarnos. Descubrí enseguida que el hermoso prado pertenecía al ayuntamiento desde tiempos inmemoriales, y que hacía poco había sido puesto a la venta por un precio muy asequible. Lo compramos. Apenas podía creer que mi viejo sueño estuviera a punto de hacerse realidad.

Por entonces, eso fue hace un año, empecé una novela. Se titulaba *La casa de sus sueños*, supongo que mi título estaba teñido de alguna ironía, pero no lo sé a ciencia cierta. En la novela, la joven protagonista tenía en la casa vecina un hombre que la fascinaba. Decidió hacer de él un padre. Ya de mayor busca una casa parecida, pero nunca la encuentra. Empieza a comprender que no existen las casas sin las personas que las habitan o las han

habitado, que por eso las casas nuevas nunca son la casa de tus sueños hasta que han acumulado la atmósfera de lo vivido. Quién sabe, después de todo, si el refugio en Buzy que estrenaremos el próximo verano será esa casa de mis sueños. Es probable que no, pues las novelas poseen una sabiduría que les es propia, y en ellas, a menudo, intuyes cosas que en la vida consciente apenas puedes adivinar.

En la vida consciente, sí habrá casa. Está decidido. Proyectar una casa: he aquí uno de los entretenimientos más usuales para olvidar la muerte. Y eso que no soy como Iván Illich, a quien el primer aviso de la muerte le pilla colgando cortinas nuevas y de pronto se da cuenta del vacío de su vida, en la que han tenido prioridad los cortinajes sobre los afectos. Viviendo junto a él, tal grado de inconsciencia me habría resultado imposible. Sin embargo, en la vida consciente, tengo una gran capacidad de entusiasmo y, a diferencia de él, puedo obsesionarme ininterrumpidamente durante días hojeando revistas de jardines, o proyectando la terraza de madera donde tomaremos nuestro aperitivo ante el majestuoso paisaje. En la vida consciente hay que pedir una hipoteca, ir a firmar planos, estamos citados para ello la semana que viene. En la vida consciente, esta tarde hemos ido a buscar los informes que nos van a permitir seguir proyectando terrazas con alegría. A partir de mañana. Mañana, porque hoy estoy fundida de cansancio. Mañana hablaremos de nuevo de si queremos la escalera recta o helicoidal. A diferencia de él, hombre de presente, yo no recuerdo una etapa de mi vida en la que no haya estado obsesivamente inmersa en algún proyecto de búsqueda. Buscar el hombre más adecuado. Buscar el hotel más adecuado. Buscar el perro más adecuado. Buscar el diagnóstico más acertado. Mis búsquedas son exhaustivas, obsesivas, suponen a veces una dedicación insomne, casi un vicio. Por lo general obtengo resultados altamente satisfactorios. Pero lo cierto es que nada me proporciona mayor placer que la búsqueda. Sin embargo, esta noche no busco. Es una noche de alivio y de alegría, y de un cansancio tan intenso que creo que me duermo aun despierta.

Sin embargo, tras la cena, vuelve el dolor. (Pero ya no importa,

la ciencia ha dicho que no se aprecia, ¡no metástasis, sí pinzamiento!). «Será un pinzamiento, pero hoy es irresistible», dice. Mis mecanismos de alerta, transitoriamente desactivados por las buenas noticias, se ponen de nuevo en funcionamiento. «Vamos», digo, refiriéndome al hospital que tenemos frente a casa. «No, espera, se me pasa enseguida». Sobre todo, no insistir. Sobre todo, no agobiar. Me pide una aspirina y cuando me dispongo a bajar para ir a buscarla, me dice: «Dame la mano, lo prefiero». Extraña petición viniendo de él, que nunca pide la mano de nadie. Mira hacia delante, a la pared, con la mirada feroz, aguantando lo que sin duda es un dolor de una intensidad insoportable, su perfil. Su perfil. Al cabo de un minuto, dice: «Sí, tomaré esa aspirina». Bajo a por ella. La toma. Pasea por la casa. Dice que está mejor. Me ordena que duerma. «El lunes, el lunes», dice. «Ya veremos el lunes. Ahora quiero esperar».

Tratamos de dormir. Él está viendo una película protagonizada por John Wayne. Lo recuerdo porque dice: «No es de John Ford pero al menos está John Wayne». Eso recuerdo, casi en una nube. Y su insistencia: «Duerme. Llevas días sin dormir». Pero ya de nuevo la alarma ha entrado en funcionamiento y medio duermo sin dormir, me pregunto cómo voy a esperar hasta el lunes; además, mañana hay partido: dos horas con sus amigos en el estadio no deben de ser buenas para las cervicales, sin embargo, ni eso me impide adormilarme esta noche, a causa de las anteriores noches insomnes. Y entonces, no sé cuándo, no sé cómo, él está viendo la película, o ha acabado hace rato, se inclina hacia mí de una manera extraña.

De una manera inusual.

Esto era.

Esto es.

Ya llegó.

Y ni siquiera ahora la reconozco.

«¿Qué pasa, amor, qué pasa?».

(¿Ha de ser así?).

Él no dice nada.

Su mirada serena.

Limpia.

Sale de mí una especie de autómata. Alguien que llama, alguien que, inexplicablemente, coordina sus movimientos y pregunta el número de urgencias, y soporta contestadores automáticos y pide una ambulancia, que no llega, y vuelve a llamar y busca las llaves de la puerta del jardín, y de la puerta del porche, y de la puerta interior. El futuro se encoge de nuevo, confinado a una sala de hospital donde la autómata esperará noticias, y ya se pregunta la autómata cómo resistirá la espera, quizá de horas. Llama de nuevo. Llueve a cántaros. Despierta a la niña, le dice que se vista, llama a la abuela para que venga a buscarla. La abuela, pese a vivir más lejos y venir andando, llega antes que la ambulancia. Le pone el abrigo, el abrigo nuevo, pero olvidan el violín. Cuando la abuela se lleva a la niña por la calle mojada, va llegando la ambulancia, silenciosa, pero la luz anaranjada inunda la calle mojada y la niña, justo antes de desaparecer por la esquina, se da la vuelta. Es por el violín. Oigo su vocecita, «¡el violín, quiero ir a buscarlo!». Quiere regresar y, al darse la vuelta, sus ojos brillan inundados por la luz anaranjada, justo antes de que la abuela le dé un tirón y desaparezcan por la esquina.

Minutos después de los reanimadores, sube el médico. Nuestra lámpara de la mesilla de noche, que nunca había fallado, se apaga de golpe y me piden otra. Mientras desenchufo la lámpara de la habitación de su hermana, el médico me pregunta: «¿Qué enfermedades tenía su marido?». No se me escapa el imperfecto, pero decido ignorarlo, considerarlo un desliz. Le detallo el asunto de las cervicales con una convicción absoluta, como si el hecho de hablar de algo que no puede matar pudiera despistarle, y despistando al mensajero se pudiera cambiar el mensaje. Pero el mensajero es implacable. Es justo al salir de la habitación de su hermana, con la lámpara en las manos, cuando le veo venir hacia mí, y dice: «Estas cosas son difíciles de decir, pero».

No le dejo acabar para no incomodarle, o eso creo. La antigua lámpara cae de mis manos y se hace añicos justo en ese instante, algo que no llego a explicarme, porque estoy segura de que la presión de mis manos no ha cedido ni un ápice. Creo que mientras acaba la frase, le pregunto qué pasa con el maldito pinzamiento, por qué un pinzamiento puede tener esas consecuencias insólitas. «¿Y el pinzamiento?», digo. El hombre hace un gesto como para

recogerme, y no sé por qué, no me siento inclinarme, no me noto caer, jamás caería en brazos de un desconocido. Además, me interesa profundamente el pinzamiento.

Vamos a ver, digo: «¿Podría tratarse de una compresión medular súbita ocasionada por el pinzamiento?». (De hecho, le estoy diciendo: «Tiene usted dos opciones para explicarme lo que ha pasado: una, la peor, metástasis cervicales, descartada esta tarde. Así que le queda a usted la otra opción: explicarme cómo se ha producido ese ataque brusco de pinzamiento»).

Pero el hombre no se da por aludido. Dice: «Es el típico accidente cardiovascular. Son unos veinte segundos para evitar el daño cerebral, luego no hay nada que hacer, o bien quedan secuelas». (¿Típico? ¿Cuán típico? ¿Para quién típico?). Dice: «Nos encontramos muy a menudo con esto». Cuando oigo «accidente cardiovascular» es como si lo oyera por primera vez en mi vida y, aunque empieza a hacer camino hacia mi cerebro, la palabra tardará aún días, incluso semanas, en llegar al procesador central. La carta robada está ahí, ante mis narices, inundándolo todo. Pero no caigo. Sigo preguntando.

Parece mentira lo ciegos que podemos estar cuando un enfoque distinto nos condiciona. Ante un dolor en el brazo izquierdo, hasta el mayor de los tarugos pensaría en un infarto. Pero lejos de la taruguez, nosotros sabíamos demasiado. Sabíamos, por ejemplo, que hay síndromes que se presentan como dolores cardíacos y sin embargo son manifestaciones de las temidas metástasis. Sabíamos que sus electrocardiogramas siempre eran perfectos, sus parámetros circulatorios normales, que sus CPK aparecían correctas en la analítica recién hecha. Eso le digo al señor Samur, ¿cómo va a ser un infarto si no tenía ni uno solo de los síntomas, salvo el síntoma principal? Pero él, que no está condicionado por ninguna prueba previa, por ningún diagnóstico, por ninguna analítica correcta, insiste con tozudez: «Infarto». La autómata abandona. Abandono. Es natural que el buen hombre no pueda explicar cómo un pinzamiento puede provocar una súbita sección medular mortal. Decido preguntar algo más fácil:

«¿Y si hubierais llegado antes?». Lo digo sin el menor asomo de reproche, sólo con vocación de investigar (*Investigart!*, diría el Cometa). El hombre contesta: «Quizá se hubiera salvado, pero el

daño cerebral habría sido irreversible». Respuesta correcta. Es lo que la autómata quería oír. Ella quiere regresar a unos minutos antes, nada más parar el tiempo un poco, hablar, hablar. No espera que le diga, por ejemplo: «Pues mira, si hubiéramos venido diez minutos antes, quizá se habría salvado, pero claro, como estamos habituados a nuestro trabajo nos lo tomamos con calma, y aunque no había un solo vehículo en la calle y aunque sólo hay que cruzar la calzada para llegar a vuestra casa, pues hemos tardado veinte minutos, porque ya se sabe…». Y yo, desde luego, es decir, la autómata, habría dicho: «Sí, claro, nos pasa a todos. Nadie es perfecto». También el hombre habría podido exclamar: «Habríais podido ir al hospital hace horas, capullos». Y yo habría dicho: «Sí, claro, nos pasa a todos. Nadie es perfecto».

Esta autómata dice cosas, y pregunta y llama, es una especie de ectoplasma que sale de mí y me acompaña, no se reúne conmigo y creo que nunca más volverá a reunirse. Quizá en esta separación hay una división entre cuerpo y alma equivalente a la del muerto. O, para los que no creemos excesivamente en los espíritus, es probable que la separación de cuerpo y alma se produzca precisamente no en el que se va, sino en el que se queda.

«¿Necesita algo más?», dicen. «Nada, gracias». ¿Qué va a necesitar? Si él no está, ¿qué va a necesitar? Si puede llegar un día a prescindir de su presencia, sin duda puede prescindir de todo, hasta del aire que respira. Sobre todo de eso. Pero los autómatas no piensan en esas cosas. Nada piensan, nada saben, sólo actúan. Nada penetra a fondo en los autómatas. Ha oído que él ha muerto, y lo asume en el acto, pero lo asume automáticamente. Sabe qué significa, pero no lo cree. «No necesito nada», dice. «Nada, gracias». Una frase arrogante, aunque la dice por consideración, o eso cree.

De este viernes, ahora hace unos días. No sé cuántos. Pocos. De vez en cuando, aún siento vértigo al ver la imagen de la niña mirando hacia atrás para pedir el violín olvidado y topándose con la luz naranja de la ambulancia que baña la calle en el preciso momento en que ésta frena y mi madre le da un tirón para que

prosiga el camino hacia delante. Estos momentos de vértigo espantoso nunca sobrevienen por la noche. En cuanto cae la oscuridad, siento que el atenazador dolor de todo el maldito día se debilita. Y me entrego al mando a distancia. Ya hace rato que dejé *La rosa púrpura de El Cairo* para ver el final de un documental muy oportuno sobre Dizzie Gillespie y sus amigos, y cuando acaba vuelvo al *zapping*, y en la película está Tom Baxter, el explorador que ha salido de la pantalla por amor a la camarera. Le está diciendo a la muchacha: «Puedo aprender a ser real». Y ella, escandalizada, le contesta: «¡Esto no se aprende: se es real o no se es!».

¡Vaya! No, no, Lilly… Las cosas no son tan sencillas. Se puede ser real y no ser de verdad. Se puede ser real y estar muerto. Se puede ser real sin ser actual. Las variantes son complejas; las combinaciones, numerosas… Pero entiendo qué quieres decir, Lilly… «Aprender a ser real» es, por ejemplo, salir del mundo de la noche y de la poesía y dejar que te conviertan en un hombre de piso. «Aprender a ser real» significa dejarte arrancar de las brumas transilvanas donde te mueves como pez en el agua y dejar que te lleven a una casa con su *parquet* y su buzón adonde llegan pólizas de seguros, extractos bancarios… y todo el tinglado.

A2. Nada que tú no puedas arreglar

En las semanas que siguieron a aquella primera noche, Lot comenzó sus visitas a la casa del Cometa. O a los lugares que él frecuentaba. Lo hacía cuando quería, que era la gracia de sentirse sobrante. Pero lo hacía a pequeñas dosis, para no molestar al licántropo, al estilo de la primera noche. No deseaba entrar en la pantalla y compartir con él el decorado. Menos aún sacarlo de allí. No por entonces. No abruptamente. Aún no. Deseaba disfrutar al máximo de su peculiar libertad amorosa. Nadie dijo, claro está, que esto fuera a durar para siempre: un día u otro, dada su naturaleza emprendedora, ella querría incidir en su destino. Un día u otro querría tal vez estar con él cada minuto del día. Pero no tenía prisa por ver llegar ese día. Ella era lenta en sus afectos, los cultivaba con parsimonia, para no abusar de ellos. De momento, le gustaba seguir residiendo en la platea: espectadora de las escenas del Cometa, lectora de sus gestas, oyente de su discurso siempre fresco y renovado.

Nada de lo que en él veía podía calificarse de banal. Había días en que ella tenía la impresión de entrar en un capítulo del *Quijote*, en un cuento de Poe, en un relato de Beckett. Cuando se encontraban, nunca sabía qué clima le proporcionaría él, qué iba a encontrar. Al cabo de un tiempo, aprendió a identificar algunos signos, mayormente musicales. El Cometa paseaba su cabeza musical allá donde iba, la música le invadía, a veces sin su permiso: o la tenía en casa permanentemente, o la silbaba, o la cantaba, y no era para él un simple acompañamiento, formaba parte de su esencia, por eso era la mejor manera de hacerse una idea de lo que podías esperar de él.

Si sonaba Wagner, había que prepararse para lo peor. Sin duda un día peligroso, que presagiaba tempestad. Podía emerger el Cometa más inflamado, su voz retumbando como un trueno por

alguna minucia, como que no hubiera cuajado la mayonesa. Era probable acabar un día así recitando a Rubén Darío o a Quevedo, con lágrimas en los ojos, después, claro está, de haber conseguido la más perfecta de las mayonesas a base de sacrificar muchos huevos. Si sonaba Schubert, era probable que te esperara con un plato delicioso e insospechado, inundado de ideas serenas. Si sonaban los *lieder* de Strauss, era probable que se hallara melancólicamente instalado en el sofá, tomando notas en sus múltiples libretitas, o leyendo a Kant o Spinoza y levantando la vista de vez en cuando con la esperanza de que una espesa niebla le impidiera ver el sol desde la ventana. Si sonaban las variaciones Goldberg, por ejemplo, era probable que estuviera inmerso en uno de aquellos problemas matemáticos que de vez en cuando le atormentaban. Si sonaba Negrete o Infante o alguna canción revolucionaria nicaragüense o mexicana, era probable que te esperara con los frijoles preparados y una larga serie de emociones seguida de una larga siesta. Si sonaba Schonberg o Cage, podías esperar de él la frialdad precisa del entomólogo. Y si sonaba Charlie Parker, entonces, sencillamente (como ni se enteraría de tu presencia), más te valía no esperar nada.

A veces no sonaba ninguna nota (si por ejemplo jugaba el Barça), y los dos podían mirar tranquilamente el partido. En momentos así, Lot concebía esperanzas de que algún día (aunque eso se demorara mucho) él estuviera dispuesto a ser real, tan real como cualquier hombre que se sienta en un sofá a ver el partido y a beber cerveza. Tan real como cualquier funcionario que hace su horario y pone notas. Al fin y al cabo, él también era eso. Pero por la exaltación que ponía incluso en eso, en las clases, en los partidos, en la belleza de las jugadas, Lot comprendió que tampoco aquél era el camino hacia la normalidad.

Por alguna razón, ella vivía con él de sorpresa en sorpresa, en un permanente exceso. El Cometa era exagerado, excesivo. Pero esto no tenía por qué sorprenderla: ella también lo era. No obstante, los excesos de él eran de otra naturaleza. Era excesivo incluso en la prudencia. Lo era en la cortesía, en la serenidad, en la lealtad. Lo era en la exaltación, en la vehemencia, en la elocuencia, en el dolor por el mundo vivido siempre en primera persona, como si cada muerto palestino, pongamos por caso, le arrancara un pedacito de entraña. Ya desde muy pequeño, con cinco o seis años, cuando aún

nadie podía haberle inculcado ningún tipo de conciencia social, se dedicaba a amargar la cena a la familia obligándoles a tomar conciencia del alcance de la tragedia que narraba el telediario, no importaba que la tragedia fuera remota, si era humana, le afectaba (las catástrofes naturales jamás le conmovieron. Al fin y al cabo… ¡eran naturales!), pues nada lo turbaba más que tener que avergonzarse de la condición humana. Era también exagerado en su falta de resentimiento o de envidia (como si nunca hubiera conocido ni la sombra de un sentimiento mezquino, como si no lograra entenderlos y cada vez le sorprendieran). Excesivas, pero nunca suficientes eran las carcajadas que arrancaba a sus acólitos, las frases únicas, la ternura que brindaba, la vida que regalaba, los improperios con que a veces los dejaba helados. La inquietud que provocaba, a veces, con sus desapariciones de sí mismo. Él representaba un mundo fascinante con el que ella tenía una relación ambigua. Era la vida intensa, la vida intensa que Lot siempre había querido atrapar, la vida intensa que te arranca de la cotidianeidad y de ti mismo, la que Lot había oído rugir en el fondo de sus entrañas sin haber hallado nunca el modo de vivirla, la vida intensa a la que se sentía llamada, pero de la que se sentía excluida. Cabalgar la cola del Cometa era la manera de vivirla. Ésa era la manera. Ahora lo sabía. Pero quería más. Especialmente, a medida que pasaban las semanas y él no daba muestra alguna de querer más de lo que tenían, ella empezó a querer más. A querer estar todo el tiempo a su lado.

Al principio, ella pensaba que quizá era posible quedarse con él en la ficción. «Te esperaré en las madrugadas, te acompañaré sin perturbar tus noches, te esperaré en casa, insomne, mientras escuchas *A Love Supreme* una y otra vez. Mientras te conviertes en vampiro. Mientras, envuelto en humo, miras al frente, al muro de piedra de tu local preferido. Mientras…». Pero él decía que no, que la vida a dos no funciona así. Que si llegaban a convivir, tenía que ser con la condición de abandonar el reino dionisiaco que a ella le había seducido. En realidad, era él quien se ponía condiciones a sí mismo. Pero que se las pusiera no significaba que estuviera dispuesto a someterse a ellas, aún no. Tampoco ella tenía prisa, disfrutaba demasiado de la película. Era un tiempo de vino y rosas que Lot quería vivir a fondo, y dejaron pasar unos años. Años sin

prisas, de horas pasadas entre recitales de poesía del Siglo de Oro y notas de *jazz*, entre cenas de amigos, horarios irregulares y escenas intensas. De vez en cuando, sin embargo, Lot se impacientaba y decidía que quería iniciar una vida extensa y ordenada.

En una de aquellas ocasiones, le pidió que le aclarara el futuro. «¿Futuro?», dijo él, como si nunca antes hubiera oído la palabra. «¿Qué futuro?». Ella dijo: «Pues ya sabes, me refiero a que me aclares de una vez si tienes intención de volverte real o qué», dijo ella. Por vez primera, él pareció interesado en complacerla en uno de sus proyectos (al fin y al cabo, estaba enamorado), y dijo: «Esto nuestro es para siempre». Bien mirado, ni siquiera había utilizado el futuro como verbo, sólo el presente que a nada compromete. Es cierto que había un «siempre», pero tal adverbio tiene una temporalidad ambigua, lo mismo puede ir hacia delante y hacia atrás. Así que de pronto Lot perdió la paciencia y exigió concreción:

«¿Nada más que eso? ¿Para siempre? ¿Cómo de siempre? ¿De qué manera? ¿Podríamos estar juntos de esta manera, hacer proyectos, compartir casa, compartir hijo? Es como si llegaras de un planeta extraño… Pareces no conocer ni el futuro ni el pasado, ni la nostalgia ni la ambición… No te sometes a nada, actúas como si todo fuera nuevo a cada instante, como si todo hubiera que pensarlo de nuevo y ninguna convención te valiera. Y eso, para hacer una vida normalilla, es un obstáculo…».

«Mi vida siempre ha sido de lo más normal», insistió, mostrando un desconocimiento de su propia vida que rozaba la osadía o la inconsciencia. O bien sólo pretendía, como siempre, hacerle explicar una vez más qué era para ella una vida normal, para ella y para el común de los mortales. Pero a ella no le apetecía repensar la normalidad en aquel momento (y gracias a esta intransigencia avanzaron un paso, en realidad), y se mostró ofendida: «¡Cómo puedes decir eso!». Él dijo: «¡Anda, mujer, no exageres!». Lo dijo en un tono de Almacellas que usaba a veces, y que por contraste con su caballerosidad ceremoniosa de castellano antiguo, aún lo hacía más irreal.

Ella dijo: «En una palabra: ¿tienes antecedentes en el mundo real?».

Entonces él dijo que sí, y aportó pruebas. Le contó, por ejemplo, que aparte de ser funcionario, había dado clases particulares para

ganarse la vida, como cualquier estudiante. Había estado casado. Había tenido una larga etapa en que había cultivado un huerto y había nadado cada mañana nada más salir el sol. En verdad, ¿hay algo más real que el matrimonio o las clases particulares? Por no hablar de las oposiciones a funcionario, reales hasta la náusea. En cuanto al huerto y la natación, también le parecieron actividades bastante reales, aunque algo más poéticas, y por tanto más sospechosas… Pero en conjunto, Lot quedó más bien convencida.

Aunque por poco tiempo. No tardó en darse cuenta de que las pruebas que él había presentado eran frágiles. Aquí y Alá surgían amigos que ansiaban contarlo que junto al Cometa habían vivido, o que cultivaban las menores anécdotas de su pasado. Así fue como Lot supo que, en efecto, había sido estudiante como cualquier hijo de vecino, pero yendo a clase en cómodas zapatillas a cuadros, y pese a la pinta *a priori* poco atractiva, había cautivado a la más hermosa y rubia estudiante, la de frente más escandinava. Los amigos la llamaban la Bella, lo que da idea de la magnitud de su belleza. Por lo que respecta al matrimonio, es cierto que se casó (con la Bella), pero no es menos cierto que tras haber sido novios durante muchos años (ella Bella, él en zapatillas de lana), el matrimonio fue breve, no más de unos meses, dada la tendencia de él a considerar el hogar como un lugar de paso. Antes de eso, de más joven, casi un niño, había residido en una pensión y estudiado cursos de ingeniería: eran los tiempos en que tenía la habitación empapelada como la Capilla Sixtina, aprendía a tocar la tuba y utilizaba la asignación que recibía para comer en comprar orquídeas para una cantante de *lieder* del Liceo que le fascinaba, hasta que cayó enfermo. Por lo que se refiere a las clases particulares, también eran raras: preceptor de una acomodada y culta familia de Barcelona que le pagaba una cantidad asombrosa por enseñar matemáticas a su hija, era recogido a diario por un chófer que luego le depositaba en casa de nuevo como si se tratara de un valioso y frágil tesoro que la familia debía proteger. Por lo que respecta a la fase de su vida en la que estuvo efectivamente casado durante unos años aunque sin formalizarlo, es cierto que tenía un huerto. Pero las largas conversaciones con las tomateras a la luz de la luna eran de una duración y de un grado de abstracción poco común en las conversaciones con vegetales. En cuanto a la

actividad natatoria, tampoco se parecía en nada al nadar del común de los mortales. Nadaba sólo en soledad, pues poseía un sentido del pudor extraordinariamente gracioso, y en aquella mansión hermosa y antigua podía hacerlo tranquilo, muy temprano por la mañana. Por no hablar de su forma de nadar, que más parecía que se deslizara como ingrávido sobre las aguas, acaso por su constitución ligera y aerodinámica. Entre mujer y mujer había habido un gran número de mujeres que su caballerosidad (o su mala memoria para ese tipo de cosas) le impedía mencionar y apenas recordar. Siempre había, sin embargo, alguien dispuesto a recordarlo.

Ahora renegaba de muchos de esos romanticismos juveniles, también de ir por la calle en zapatillas a cuadros, había evolucionado hacia un modo de vestir sobrio donde los buenos zapatos clásicos eran para él un elemento esencial, de algún modo resultaba clásico en casi todos los aspectos de su vida, pero era capaz en cualquier instante de enloquecer lo suficiente como para hacer la revolución en el momento menos pensado.

¿Merecía la pena, pues, concebir esperanzas de que abandonara de buen grado el mundo seductor en que se había movido con la libertad de un *clochard* la magnanimidad de un caballero, la sabiduría de un griego antiguo y la franqueza diogénica y aterradora que a veces le caracterizaba? ¿Le sería fácil renunciar a la irresistible complicidad de la gente que, en este mundo, le amaba y le esperaba?

Eso se preguntaba Lot cada vez que deseaba que él tomara la decisión de bajar a la platea para vivir con ella. Y un buen día le dio el sí. Sí, aprendería a ser real para ella, que al fin y al cabo, y pese a que era una mujer bastante rara, era una mujer después de todo, y las mujeres tienen esa manía de querer convertir en real todo lo que tocan. Le dio el sí durante un viaje en coche-cama a Galicia. Estaban solos en su compartimento tomando una copa cuando él le hizo una promesa equivalente a un sí. Ella supo enseguida que era una promesa solemne, porque sabía hasta qué punto él era enemigo de jugar con los sentimientos de las personas, y porque le conocía bien. De no haberle conocido bien, habría dudado de sus serias palabras, ya que a continuación, el Cometa sacó la cabeza por la ventana y cantó a la noche estrellada: «Que me ha pillao, que me ha pillao (¡que me ha pillao!) el carrito del helao…». El tren se había

detenido en una estación casi desierta. Un par de muchachas que estaban en el andén se pararon a contemplar el espectáculo del improvisado barítono que cantaba con timbre afinado y potente desde la ventanilla iluminada, en medio del silencio oscuro del campo castellano, blandiendo la copa en la noche como si fuera la oriflama en una batalla caballeresca perdida.

«¡Que me ha pillao!». Concluyó. Las muchachas eran jóvenes y hermosas, y él nunca mentía. Así que les dijo: «Mis queridas damas», y a continuación alguna frase donde manifestaba su admiración y su enamoramiento instantáneo. Una de las chicas se acercó mientras el tren reanudaba la marcha y lo besó con tal ímpetu que Lot pensó que era una vieja amiga. «¿Las conoces?», preguntó mientras él metía la cabeza y subía la ventanilla. «No», dijo él, extrañado de que fuera necesario conocer a alguien para declararle el más encendido de los enamoramientos fugaces.

Obviamente, Lot empezó a comprender que ellos dos nunca harían cosas como darse un beso en el momento oportuno, o brindar porque habían decidido compartir la vida. Y ella, que en algún momento había creído desear estos ritos, se daba cuenta de que le encantaba que nada sucediera como ella lo había previsto o como las películas le habían enseñado a preverlo. Escenas como la del tren le gustaban a Lot, le gustaba que la escena en que él le había dado el sí hubiera culminado con unas fervientes declaraciones sobre la belleza de dos desconocidas. Le gustaba tanto la forma en que él literaturizaba cada instante de sus vidas de la manera más natural, que de nuevo dudó acerca de si era conveniente tratar de encauzar su vida en una senda más convencional. Una vez más, Lot pospuso su proyecto: no le importaba esperar, y en cambio temía que cualquier modificación pudiera estropear aquella embriaguez.

Se sentía ebria de un amor que no menguaba, de una alegría desconocida. Él había hecho en su vida reparaciones maravillosas, le había lavado el pensamiento enfermo, la había sacado del caos, de la confusión, de la sombra y de la locura. La hizo entrar en un mundo en donde la locura era salud y energía para empresas quiméricas y nobles (*¡todo el mundo se tenga!*), la confusión se

iluminaba bajo los rayos del discernimiento más preciso, y la sombra era la parte necesaria sin la cual la luz no brilla. El Cometa la sacó del caos y le enseñó montones de cosas.

Pero… ¿cómo la sacó de ahí?
No hizo nada para sacarla de ahí.
El Cometa… ¡nunca hacía nada!

O, mejor dicho: nunca parecía que hiciese nada para influir sobre nada. Era el encanto del hombre de no acción. El hombre de reflexión que refleja la verdad de tus actos y te los devuelve, para que con tus propias palabras aprendas. El hombre que con su ironía socrática desmontaba nuestras ingenuidades racionalistas sin la menor petulancia…

Así, así la sacó de ahí. Pero ¿de dónde? ¿De dónde la sacó, si ya no recuerda cómo era antes de conocerle?

B2. Profundo como una raíz

La autómata espera que sean las ocho de la mañana o algo así para llamar a los amigos. No está sola. Está la familia. Y gente que entra y sale. Hay burócratas, enfermeros del SAMUR, un médico amigo que firma un certificado, porque se conoce que uno ha de morirse donde está empadronado, si uno no se muere en la ciudad donde está empadronado, las cosas se complican, eso está bien, por lo menos a mí me gusta que en estos instantes te compliquen la vida con cosas que dilaten el momento, cosas relacionadas con el momento, como pensar a qué amigo médico vamos a llamar a las cinco de la mañana para que firme el certificado. Así, con un poco de suerte, a lo mejor te distraes y te pierdes ese momento en que se lo llevan (por la triple puerta de la alegría que le abríamos cada tarde cuando llegaba, la interior, la del porche, la del jardín), el momento de lo más curioso en que *unos desconocidos* se lo llevan *de su casa*.

Y eso que el cuerpo no importa demasiado. Que ni en el instante en que le han «disparado», ni tampoco cuando el señor Samur me ha dado la noticia, en ningún momento he sentido la necesidad de llorar sobre su cuerpo, de gritar su nombre con desesperación. Soy efusiva y mediterránea en mis gestos y siempre pensé que ésta sería mi reacción en un caso así. Pero no es así y me sorprende. Supongo que me inspira una gran extrañeza que él no esté ahí, que no habite su cuerpo, y también un respeto profundo, como si cualquier caricia pudiera violentar su alma: él no puede rechazar mis besos y enfadarse (como hacía por ejemplo cuando por culpa de una de mis caricias apasionadas y torpes se le caía una anchoa del tenedor que estaba llegando a la boca), ni exclamar divertidamente irritado: «¡Hostias, qué inoportuna eres!», y añadir exaltado: «¡El *kairós*, el

kairós!» (se conoce que eso es, en griego, el don de la oportunidad, y se conoce que yo no lo tenía).

Supongo que también deseo evitar (y es que no sé cuánto tarda un cuerpo en enfriarse) el recuerdo de la piel fría. Eso jamás. Besé una vez el rostro de una mujer querida horas después de haber muerto y nunca más he olvidado aquella frialdad: el recuerdo de su mejilla de mármol se apoderó para siempre de los recuerdos de la mejilla viva que yo había besado cien veces. Y ahora no quiero que nada enturbie el recuerdo preciso que tengo de su piel, siempre cálida, de su contacto; no quiero, por si acaso, notar nada distinto. Quiero recordar siempre su exacta temperatura, que me sé de memoria. Por eso, en alguna ocasión subo a la habitación y le beso sólo rozándole, con mucho cuidado. Y eso que incurro en la ilegalidad, pues la ley dice (y los autómatas respetan la ley) que cuando uno se muere sin estar empadronado en el lugar del óbito, nadie puede tocar nada hasta que no viene el juez, por si acaso fuera un asesinato encubierto, por ejemplo.

Así que estamos abajo, en la cocina. Está oscuro fuera, aunque el alba ya permite que se entrevean las rosas a través de la ventana sobre el fregadero. La hiedra aún no, aún permanece confundida entre las sombras oscuras, aún se confunde con la noche. Hay gente que entra y sale, durante toda la madrugada, hasta que ya empiezo a ver las rosas y la hiedra con claridad. La ventana, las rosas, la hiedra marcarán las horas, único indicio del paso del tiempo. De vez en cuando exclamo algo, frases que brotan como latigazos. «Le olvidará, le olvidará, le olvidará». (Hablo de nuestra hija, de quién si no). «¿Has olvidado tú a tu padre?», me dice P, que también perdió a su padre cuando era pequeña. No puedo responder. «Le olvidará, le olvidará, le olvidará», prosigue la autómata. Clamores apasionados e irreflexivos exclaman que no, no, no le olvidará.

«No» a aquello que sí. «Sí» a aquello que no.

Mi padre también murió así, en un día de otoño y sin previo aviso. Yo tenía ocho años. Llegué a la tienda que mis padres tenían y la encontré cerrada. Mamá siempre decía: «No te retrases a la salida de la escuela porque cerramos a la una y media». Divisé ya a lo lejos la puerta cerrada. Miré el reloj de la estación. Recuerdo

perfectamente mi incredulidad. ¿Llegaba tarde? No, faltaban quince minutos para la media. Tal vez el reloj andaba mal, y mientras lo miraba fijamente para tratar de adivinar por qué el reloj marcaba una hora y la puerta de la tienda otra, apareció una vecina a quien habían encargado la misión de acompañarme a casa de unos amigos. Recuerdo pocas imágenes. Soy desmemoriada para los detalles visuales. Quizá por eso cuando una imagen me atrapa, lo hace para siempre. Quizá por eso cuando paso por la Rambla de la estación, si alguna vez por descuido he levantado los ojos hacia el reloj, siempre he visto la una y media. Por eso nunca miro. Y si necesito saber la hora y no la tengo, me dirijo a un transeúnte.

Me pregunto si mi hija olvidará la imagen de la calle lluviosa donde durante tantos años le ha esperado, cuando venía de pasar un rato con sus amigos, hasta divisar su figura esbelta, periódico en mano, al fondo de la calle, su brazo levantándose para saludar como un indio, y ella corriendo a su encuentro para chocar con él y subir a sus brazos al final. No sé si olvidará la calle arbolada donde su padre y sus amigos vivieron una infancia feliz, aventurera y preñada de leyendas, la calle donde su padre la enseñó a ir en bicicleta tantas veces, cuando se la llevaba hasta el campo de fútbol que está al final. No sé si olvidará una noche de octubre extraña en que precipitadamente se va de casa a las cuatro de la madrugada. De no ser por el violín, tal vez ninguna imagen de especial relevancia se habría fijado en su memoria visual. La ambulancia venía en silencio, la niña no la oía. Pero lamentablemente ha vuelto la cabeza y ha visto de pronto la calle iluminada por la luz anaranjada de la ambulancia inútil. Por culpa del violín.

La autómata, cuando la hiedra ya se distingue con claridad, llama a los amigos para darles la noticia. Curiosamente, no para de decir «sí». Porque ellos dicen «no» muchas veces. Los hay que no niegan: encajan el golpe en silencio. Dicen, por ejemplo: «Voy». O preguntan, desorientados: «¿Qué?». Pero otros repiten muchos noes seguidos, en diversos tonos. Contundentes (me tomas el pelo); negadores de los hechos consumados (me niego a creerlo), espontáneos, irreflexivos, en fin, una amplia gama de noes a los que la autómata responde con una amplia gama de síes miméticamente

opuestos. Y si dicen tres noes esperanzados, yo respondo tres síes desesperados. Es lo que tienen las muertes súbitas. Cuando no son súbitas, el interlocutor dice: «Ya». O bien dice: «Ostras…». Pero cuando el interlocutor acaba de despertarse un sábado por la mañana con sus planes para pasar el día que van a cambiar radicalmente, en algunos casos para siempre, es natural decir «no». Nunca perdemos la confianza en el poder (sin duda inmenso, pero no ilimitado) de las palabras. Uno de ellos ha dicho «no» ocho veces. Las he contado. Otra cosa no sé, pero contar cuentan, los autómatas.

A media mañana empieza la vida de tanatorio. Siempre me recuerda a las recepciones de los cócteles literarios, sin cava ni canapés, porque en nuestro país no se suele comer en estas ocasiones. Como en las recepciones y en los cócteles, se hacen y deshacen reuniones, puedes añadirte a una o quedarte solo. Algunos deambulan todo el día en soledad. Deambular solo en un tanatorio no resulta tan patético como hacerlo en un cóctel. Otros se encuentran después de largo tiempo sin verse. Alguien me pregunta: «¿Quién es G?». «El del pelo negro», respondo señalándole vagamente. «No veo a nadie con el pelo negro ahí, ¿te refieres al del pelo blanco?». Y en efecto, observo que lo tiene completamente blanco, y que a lo largo de todos estos años no me había dado cuenta de la transformación.

En un momento dado, mis amigas me aconsejan que llame a la niña, porque si sospecha, dicen, que a su padre le ha pasado algo, necesitará, dicen, oír mi voz. *Mi voz tranquilizadora*. Alguna amiga me ha estado espiando para cerciorarse de que mi voz suena lo bastante tranquilizadora. Se conoce que sí. «Lo has hecho muy bien», me dice luego. Sí. Ya está hecho. Le digo por teléfono: «Papá está en el hospital, está muy enfermo, cariño. Mañana te paso a buscar, ¿de acuerdo? Sobre todo, estate tranquila». «Sí, hombre», replica, «¿cómo quieres que esté tranquila si mi queridísimo papi está en el hospital?». Dice «queridísimo», es muy amante de los superlativos. Y supongo que después sigue jugando a princesas con su amiga Eila, y no le falta la risa cristalina que enamoró a su padre el primer día, en el hotel de Hefei donde, por cierto, él le arrancó la primera carcajada.

Más tarde, alguien me contará que les ha dicho a sus dos

amigos: «Creo que mi padre ha muerto. Porque cuando he ido a darle el beso de despedida estaba muy quieto». Luego ella misma me lo contará y me dejará estupefacta. ¿Cuándo pudo hacerlo? (el beso sin el cual nunca salía de casa), ¿cuándo pudo dárselo? ¿Cuántas cosas sucedieron que yo no pude ver, ni sentir, ni controlar, como la presión de mis dedos sobre la lámpara?

Sigue lloviendo. Llueve sin cesar estos días, como cuando aquello del arca de Noé, los siete días con sus siete noches. Llega la tarde, la hora de cerrar. No deseo que este día acabe. El terror al día siguiente me atenaza, el terror de despertarme con la sensación de que todo ha sido una pesadilla y descubrir que la pesadilla es real. Es una sensación horrible que he conocido en todos los episodios dolorosos de mi vida. Curiosamente, esta vez no será así. Por vez primera después de una desgracia, al día siguiente no despierto con la impresión de que todo ha sido una pesadilla. El sueño profundo no ha conseguido desconectarme de la brutal realidad. Ni profundamente dormida he dejado de saber que la pesadilla es real y no soñada. Pienso por un instante que acaso esto dé idea de la hondura con que se clava el puñal de un dolor: cuando va directo al corazón, directo como una flecha, y se clava profundo, profundo como una raíz, ni el sueño más intenso puede hacer perder la conciencia de lo acontecido. Me despierto, pues, y no hay contraste. Sólo desesperación que no cesa.

Palabras, palabras, palabras. Sus amigos leen sus discursos funerarios. Estoy abducida por las palabras. Moriría de gratitud. No quiero que acabe este día, el día de combatir la desesperación con palabras. Últimamente se cabreaba mucho en los funerales y en las bodas. No soportaba que los ministros de la Iglesia dijeran demasiadas tonterías, a menudo incluso heréticas. La interpretación que hacían de los textos evangélicos le provocaba escalofríos. Yo no entendía por qué los escuchaba. «¿Por qué escuchas? En misa nadie escucha. ¿Quién escucha? ¿Alguien escucha?». Él consideraba que eso era una falta de respeto que no estaba dispuesto a cometer por muy ateo que fuera. Era algo típico de él, escuchar bien, escuchar siempre. Por descontado, decir bobadas no es algo exclusivo de los funerales religiosos, ni mucho menos. Los funerales civiles se llevan la palma, porque al no estar amparados por ningún ritual, las bobadas resultan doblemente insufribles, hasta el punto de que a

veces incluso la más alta conmoción acaba por transformarse en cabreo ante el exceso de pegajosidad.

Hoy no es el caso. Las palabras son lúcidas, profundas, sentidas. Dichas por J, por R, por V y por G, proceden de los tres mundos distintos que él habitaba. Son dichas en tres tonos distintos, de tres maneras diferentes, y las saboreo como un manjar exquisito que no deseo que acabe, las palabras lo recrean más que si estuviera presente, lo recrean de una manera densa, brutal, excesiva, hay un exceso de él, el último exceso, porque la ausencia se hace más fuerte que la presencia y sabe una que este fenómeno, con esta fuerza, no volverá a repetirse.

Y por eso quiero seguir aquí.

Pero no es posible.

Fuera, llueve a cántaros. No reconozco el cementerio ni sé cómo hemos llegado hasta aquí. (Quizá porque llueve a cántaros). En el cementerio hay un ángel caído, esculpido en mármol blanco. A menudo he visto figuras parecidas, incluso idénticas, pero este ángel es un relieve muy bello, como si hubiera sido tallado con inmensa delicadeza por la fuerza bruta de un hacha. Está dormido con la profundidad del sueño eterno, y la rosa que sujeta apenas en la mano está al caer, y siempre crees que cuando regreses la rosa estará ya en el suelo. Pero no. Cuando vuelves, la rosa sigue ahí, entre sus dedos. Lo encargó mi madre para mi padre. Encargar es mucho decir: mi madre no encarga nada, porque jamás ha delegado nada, así que sin duda estuvo literalmente pendiente del marmolista hasta que consiguió el ángel de sus sueños. Ella sostiene que el escultor se esmeró porque estaba especialmente inspirado por la juventud de la pareja que acababa de deshacerse, y que por eso el ángel es tan bello (yo, obligada a sostener lo contrario durante toda mi vida, siempre opiné que exageraba, hasta que hace unos años me percaté de su singularidad). Cada año vengo con ella. Y sólo de esto conozco el cementerio. Pero hoy no es el mismo lugar. ¿He estado aquí alguna vez? No reconozco nada. Una cortina de agua hasta bajar del coche. El resto es fuego.

Después del funeral, el programa tiene varios alicientes. Digo programa, porque ahora más que nunca hay que programar cada segundo de mi vida (ni un segundo vacío, ni un segundo vacío), hay que saber qué hacer cada minuto del día. Y lo que hay que hacer es lo siguiente:

Comer con mis amigas.

Sobremesa con la familia.

Ir a por la niña (que pasa la tarde de nuevo con los hijos de mi amiga en su casa) y decirle que no volverá a ver a su padre. Nunca más.

Primer punto. Se desarrolla sin incidentes. Las amigas han sido un soporte de una solidez inefable. Después de comer, no quieren irse aún, quieren acompañarme al restaurante donde la familia está comiendo. «No, se trata sólo de andar la calle, hasta el final. He de empezar a entrenarme», les digo. «Ya tendrás tiempo de entrenarte, no hace falta que te entrenes hoy», dice M. Pero fiel a mi divisa *cuanto antes mejor me* despido de ellas.

Segundo punto. El restaurante donde come la familia está al final de la calle. Es duro caminar por esta calle. Pero aún estoy anestesiada, y llego al final sin incidencias. Creía que iba a ser mucho más difícil, pero solamente se trata de dar un paso y luego otro. Nada más entrar, siento la cálida acogida, la larga mesa de siempre que a todos reconforta. De pronto, se acerca un conocido. Como no sabe qué decir, tras las condolencias, dice: «Te vi en la tele, el otro día». (¿Ah?). Pues qué bien. Me vio en la tele, el mostrenco. Siento una náusea profunda, no por nada, qué va a decir el pobre, y éste es sólo uno de los pintorescos comentarios que en adelante oiré de las personas que no encuentran, que no encontramos, las palabras adecuadas para encarar la muerte; pero sigue la náusea, no por nada, por todo, y me voy a buscar a la niña.

Tercer punto. La niña, disfrazada de princesa, está jugando con los hijos de mi amiga. Mi amiga, la madre de los gemelos con los

que juega mi hija, es una amiga de infancia. Nos conocimos en el colegio, sobre los siete años. Cuando murió mi padre me quedé sin habla. Ya antes era tímida, pero a partir de entonces creo que inicié una especie de conducta que, aunque no era exactamente autista, se le parecía. No podía hablar en el colegio, me daba miedo oír a los que se dirigían a mí y, si no les hablaba, había muchas posibilidades de que no se dirigieran a mí. Mi amiga me sacó de este estado. Ella era tímida, pero no hasta el punto en que yo lo era. Un día me dijo algo, no recuerdo qué cosa, era algo destinado a sacarme de la oscuridad, y así fue. Entonces entablamos una amistad que aún dura (cuarenta años), y puedo asegurar que arranqué a hablar. Y ahora mi hija habla sin tregua con su hija; juega, distraída, feliz, inconsciente. La dejo jugar más tiempo. Y más. Y más.

En el coche, mientras vamos a casa, silencio. No pregunta. Absolutamente nada. Le pregunto si está bien. Me dice que sí. Pero nada más.

Hace exactamente un mes hicimos los tres este trayecto. Después de cenar en casa de mi amiga con los niños, yendo hacia nuestra casa, nos atrapó un diluvio impresionante. En pocos minutos, a nuestro alrededor, los vehículos se quedaban parados en la calle Academia, y la gente bajaba a empujarlos, porque el agua llegaba a la altura del guardabarros. Estábamos eufóricas ante la aventura. Nosotras, no él. Cuando enfilamos el paseo de Ronda, salimos del peligro. «¡Qué aventura más bonita!», exclamaba la niña, al llegar a casa, y yo suscribía sus alegres palabras. Él, algo irritado por nuestra exaltación, nos dijo que habíamos estado a punto de quedarnos tirados, o peor aún, de ser arrastrados al río, y de allí probablemente al mar, quién sabe si al océano. «¡Oh, cariño, siempre tan exagerado!», le dije. «¿A qué océano habríamos llegado?», preguntaba la niña, con gran interés. «No tenéis la menor noción del peligro, sois de lo más inconsciente», sentenció. «Sí, es cierto… Pero ¡lo hemos pasado tan bien!», exclamé, mientras le perseguíamos con una toalla para secarle y para cubrirle de besos que aparentemente rechazaba, dejando claro que no daba su consentimiento para ser besuqueado por un par de locas imprudentes.

Hoy, la aventura es otra. Nunca más conoceremos la magnífica sensación de «salvados y juntos, eso es lo único que cuenta», que a menudo se tiene al vivir en una familia unida cuando las condiciones fuera son inclementes. La inclemencia está dentro, se ha instalado, supongo que para siempre. Debo procurar que no devaste el corazón de mi hija. Importantísimo. Éste es el primer paso: el anuncio. He esperado a que preguntara, pero no lo hace. De hecho, mejor. No me parece bien decírselo en el auto, mientras conduzco, dándole la espalda. Esperaré a llegar a casa, a nuestra habitación. Cuando tenía un año más de los que tiene ella, tras comprobar que el reloj de la estación marcaba la una y cuarto, me acompañaron a su casa unas amigas de mis padres. Estuve allí un par de días. Muy largos. Me contaron que papá y mamá estaban de viaje. Me pareció extraño. Una tarde de domingo del mes de noviembre, las dos mujeres que habían cuidado de mí en su casa, de la cual no habíamos salido para nada (supongo que para protegerme de la información que involuntariamente podía darme algún conocido), me acompañaron a mi casa. Había pasado una mañana de malestar, llena de negros presagios. Pero ahora estaba feliz e impaciente por ver a mis padres, sólo había un punto negro y era que me picaba el vestido de lana. Cuando llegamos, recuerdo que los presagios se desvanecieron del todo: había visto las ventanas iluminadas, y a través de la puerta mientras tocábamos el timbre, oía ruido de gente que hablaba. Recuerdo haber preguntado a las amigas que me acompañaban: «¿Dan una fiesta?». No sé si por aquella época ya tenía yo la noción de «fiesta-sorpresa», tampoco sé si es por eso por lo que siempre he considerado las fiestas-sorpresa una bestialidad, pero en cualquier caso no hizo falta que ellas respondieran, porque a continuación se abrió la puerta y mi madre dijo aquello de: «Papá-se-ha-ido-al-cielo-y-no-volveremos-a-verle-nunca-más».

Premoniciones, euforia, indulto y anuncio de lo peor. Hasta en eso se parece al viernes de las tomografías: premoniciones, euforia, indulto y anuncio de lo peor.

«Papá-se-ha-ido-al-cielo-y-no-volveremos-a-verle-nunca-más».

La frase fue exactamente ésta. Y nunca la olvidé. Como tampoco olvidé la lana que picaba, la hora del reloj, o a los hermanos de mi padre tratando de comprarme los Juegos Reunidos Geyper que

siempre había deseado tener, hasta que nos fuimos dando cuenta de que no encontraríamos una sola tienda abierta porque era domingo.

Por lo que respecta a la frase, siempre pensé que mi madre debía de haberla ensayado muchas veces y la había dicho como una autómata. El «nunca más» me sonó muy exagerado. Creo recordar que la dijo deprisa, tal vez alguien le dijo aquello de cuanto más claro mejor. Yo he estado ensayando la frase, en el coche. Por si acaso, como yo, la recuerda toda su vida. Nosotros no tenemos cielo, tan útil. Tenemos, eso sí, un sótano lleno de recuerdos de infancia adonde van a parar las cenizas de la familia, junto a las botellas de vino que envejecen, al vinagre que fermenta y a las herramientas y cañas de pescar rodeadas de entrañables anécdotas. Pero para el caso no me sirve el sótano. Habrá que inventar algún lugar parecido al cielo. Le diré que ha muerto, sobre eso no ha de caber la menor duda. Después, del cielo, ya hablaremos. Mientras aparco, finalmente pregunta: «¿Papá está en el hospital? Porque si está en el hospital cuando nos vayamos el lunes ¡no podrá venir con nosotras!». Lo dice en tono de fastidio, fastidio ante la posibilidad de que el lunes no venga con nosotras.

Le digo las palabras exactas que había pensado decirle. Ni una más. Ni una menos. Cuando oye la palabra «muerto» esboza una sonrisa de incredulidad, o de sensación de «gran aventura». Sin duda piensa que exagero. Lo escucha como si escuchara una historia irreal, grandiosa, tan colosal que no es capaz de llorar, acaso una fantasía salida de uno de esos cuentos que tanto le gustan. Al cabo de unos segundos, rompe a llorar. El llanto desgarrador que darías cualquier cosa porque no tuviera lugar.

Mejor recordar, por ejemplo, que pocos minutos después del llanto desgarrador, mientras le enjugábamos las lágrimas que caían a borbotones, ha dicho: «¿Y ahora qué comeremos? Porque a lo mejor papi se ha llevado las sartenes y las cazuelas…». Sartenes y cazuelas son para ella elementos de capital importancia (le encantaba verla comer), siempre está muerta de hambre («Cuando sea mayor papá y yo cocinaremos para ti»), así que es bueno para nosotros los adultos («Así tú sólo tendrás que fregar platos, como una reina») que nos recuerden que hay alguien que piensa en la supervivencia, ahora que nosotros no tenemos ganas de sobrevivir. Yo sólo sé hacer verduras, caldos y filetes a la plancha. Y fregar

platos. Siempre he creído en la especialización. Éramos una pareja altamente especializada, y jamás duplicábamos tareas inútilmente. Él conducía por autopista. Yo por ciudad. Él cocinaba. Yo fregaba cazuelas. Y así en todo.

«Tendrás que aprender a cocinar», dice mi hija, con este adorable sentido práctico que los niños exhiben en los momentos más oportunos.

Olvida. Se distrae. De nuevo rompe a llorar. Se distrae. Pero aún no hemos terminado. La noticia planea sobre su cabeza, pero no ha aterrizado todavía. Al rato, dice:

«Mami, ¿por qué me has dicho eso de que papá ha muerto?».

Hay que empezar de nuevo. Quiere cambiar el mensaje, y yo no puedo permitirlo. Quiere cambiar el mensaje, como yo lo he intentado con el señor Samur («Tiene usted dos opciones: metástasis o pinzamiento, de hecho, sólo una: pinzamiento»). Del mismo modo, ella me está diciendo: «Tienes dos opciones, mensajera: o está en el hospital, o todo esto es una broma. Ya intuyo que no está en el hospital, así que explícame por qué soy víctima de esta broma macabra».

«¿Por qué me has dicho que papá ha muerto?».

No hay que dar tregua.

«Porque es así».

Parece asumirlo, pero al cabo de unos minutos vuelve a preguntarlo, y yo respondo de nuevo:

«Porque es la verdad».

Sólo volverá a preguntarlo una vez más. Y basta.

Y ahora, han pasado unos días. Y aquí estoy, protegida por la noche, como cada final del día. Hoy he hecho un progreso. En lugar de entregarme al *zapping*, veo *Los otros*, de Amenábar. Pero nada, tampoco puedo terminar de verla. Tropiezo con la escena en que el criado aparece de entre las tinieblas y le pregunta a la joven madre sola: «¿La señora quiere una taza de té?». Como un carro atascado en un lodazal, como una espina encallada en la garganta *laseñoraquiereunatazadeté* se me incrusta en el cerebro, un pinchazo y luego ya no siento más dolor. Sólo siento que la película se para, que la larga noche se detiene. Todo quieto. Detenido. Mejor. El

truco está en evitar que llegue la infernal, maldita mañana del día siguiente.

A3. El país del Tedio

El Cometa la rescató del lodo pegajoso del país del Tedio, donde sus amores anteriores (largos) habían naufragado, uno tras otro. Todos tenemos un animal totémico, un monstruo tabú que nos obsesiona. El del Cometa era el tiburón, un tiburón imaginario que sólo atacaba en las pesadillas. El de Lot era el Tedio. Y lo peor del asunto es que ella nunca encontraba interlocutores que comprendieran a fondo su mal.

A la larga se fue dando cuenta de que las víctimas del Tedio no suelen inspirar compasión: si están solas, la depresión metafísica que el Tedio provoca las hace más o menos dignas de piedad. Pero si el monstruo del Tedio las encuentra acompañadas, más les vale callarse. «¿Qué le pasa a ésta? ¿Se aburre? ¿Teme aburrirse? ¿Está aburrida? ¿Aburrida con su pareja? ¿Aburrida de su pareja?». Nadie parece comprender a fondo el sufrimiento de estas personas aterrorizadas por un monstruo que reina (amenaza invisible pero omnipresente) sobre su vida.

Lot trabajaba en un instituto, rodeada de adolescentes que se enamoraban y se desenamoraban hasta los tuétanos, y a menudo detectaba esta diferencia de trato. Un profesor decía, por ejemplo, de una alumna aplicada que de pronto había dejado de estudiar: «Es que la ha dejado el novio y está sufriendo mucho». Tal comentario incitaba a todos a compadecerla, a comprender su situación. Todos ponían cara de circunstancias, preferiblemente mala cara.

Una vez, en cambio, una alumna brillante cayó en profunda crisis por el motivo opuesto: la muchacha había descubierto por vez primera la finitud del amor, la finitud de la pasión, la vivía en carne propia y la decepción le resultaba insoportable. Ella estaba convencida de que aquello era para siempre, o como mínimo, para unos años… Pero hete aquí que al cabo de un año de relación, ya no le latía el corazón cuando su chico aparecía por la puerta. Ya no

sentía ansiedad por verle. Ya el mundo no giraba en torno a él, ni le bastaba su compañía para sobreponerse a las grises tardes de domingo. ¿Qué sucedía? ¿Se había cansado? En ese caso, tal vez debería dejar a su chico.

Pero nadie decía: «Pobrecilla, ¡tiene que dejar a su novio y está sufriendo mucho!». Extraño. ¿Por qué no merecía tanta comprensión o más que las muchachas abandonadas que, al fin y al cabo, se dirigían libres de lastre y de culpa hacia una nueva relación?

No poder amar cuando estás obstinado en seguir haciéndolo es algo espantoso, una de las cosas más tristes que te pueden llegar a suceder. Infinitamente más triste que ser abandonado. Así lo veía Lot, acostumbrada a padecer esta desgracia, habituada a no poder seguir queriendo a aquellos de quienes se enamoraba. Había llegado a un punto en que nada le parecía más desastroso que este cansancio, esta indiferencia mortal que la atacaba un tiempo después de haber iniciado una relación. Quedarse sin hambre, quedarse sin sed, nada hay más terrible que la ausencia de deseo, nada más negro que no desear lo que has obtenido. Es el Tedio. Un túnel sin fin por el que ni tan siquiera avanzas pues no hay objetivo, ni salida, ni deseos de encontrarla. Un túnel opresivo que sólo puede conducir a la desesperación y, naturalmente, al suicidio. Monstruo entre los monstruos, nadie lo ha descrito mejor que Baudelaire. Cuando, a los quince años, Lot descubrió al poeta, sintió que al fin alguien la comprendía en serio. Sí, llevaba toda la razón, en esos versos que decían que «entre los chacales, las panteras, los linces / los monos y escorpiones, los buitres, las serpientes / los monstruos aulladores, rampantes, gruñidores / en esa mezcolanza infame de los vicios / ¡Hay uno más malvado, más lóbrego e inmundo! / Sin gesticulaciones, sin lanzar grandes gritos / convertiría a gusto la tierra en un escombro / y, con un gran bostezo, se tragaría el mundo / ¡Es el tedio!».

El Tedio. A los quince años, estos versos la hacían enloquecer de supuesta lucidez. Al final, el poeta increpa al lector, llamándole hipócrita… Ah, qué adjetivo más oportuno… El lector, que tan a menudo no es consciente de la banalidad en la que vive, que la niega y la deniega, hasta el punto de preferir este tedio sin fin a cualquier cambio, a cualquier imprevisto…

Aparte de Baudelaire, Lot nunca encontró a nadie, ni a los quince años ni más tarde, que le diera la razón en este punto. Tampoco los hombres que había conocido comprendían el terror que ella sentía a aburrirse de ellos. Ni siquiera el Cometa. Así pues, durante años, Lot había caminado acompañada pero sola por las arenas movedizas de aquel territorio monstruoso. Se veía obligada a hacer malabarismos cuando notaba que el lodo cedía, que el monstruo quería tragársela, llevarla hacia las profundidades. Así había sucedido con cada uno de sus amantes. Un breve e intenso período y ¡*choooop*!, el hundimiento.

Dos veces se había enamorado. Un primer amor, adolescente. Durante dos años, lo contempló de lejos. A los quince empezó a salir con él. A los dieciséis, ya recitaba a Baudelaire mientras en el órgano eléctrico tocaba acordes siniestros a la luz de una vela. Mala señal. De todos modos, fue un amor bello y tierno. Pero sí, allí vio de frente al monstruo por vez primera. Un tiempo después, lo que tanto había deseado durante años se marchitaba. Se sentía sedienta de frutos que no había conocido. Se sentía exiliada de un futuro incierto. Se sentía acabada. Recitaba a Baudelaire entrecortada por un llanto incontenible. Sufría infinitamente, como sólo los adolescentes son capaces de sufrir por amor, o por desamor, en este caso. Le quería, deseaba envejecer a su lado, pero… ¡la vejez le parecía tan lejos!… Veía con claridad que no iba a conseguirlo. Veía con claridad que aquello no sería toda su vida amorosa, pero se obstinaba en que lo fuera. Ya no le latía el corazón cuando le esperaba. Pero ella insistía. Estuvieron seis años juntos, hasta que conoció al hombre siguiente. El segundo hombre.

Aquélla fue una relación que apenas conoció un instante de paz. Se sentía profundamente culpable porque el Tedio le había arrebatado el amor por su joven amigo adolescente, y no lograba amar al segundo hombre que, sin embargo, le gustaba. Se sentía atrapada entre el pasado y el futuro. Y como nunca fue lo que se llama una persona diplomática, le decía a menudo: «Tengo la impresión de estar situada entre un antes y un después, entre un pasado y un futuro, entre un ayer y un mañana».

En efecto, resultó ser el perfecto hombre-puente. Según se mire, todo amante es un camino hacia el amante siguiente. Pero los hay que son ideales para esa función. Y no es que ella, que como

sabemos buscaba el Amor Absoluto, empezara la relación con la intención de puentearlo, ni mucho menos. Pero intuyó enseguida que no se quedaría en aquel país, que se trataba sólo de un puente hacia un lugar del que nunca volvería. A menudo sabemos cosas que no sabemos que sabemos. A lo largo de aquella extraña relación, Lot se sintió presa de un malestar permanente: por un lado, no conseguía superar la añoranza de un pasado que, paradójicamente, no deseaba recuperar. Por otro lado, se sentía condenada a un futuro que ella misma se empeñaba en construir con aquel hombre. Era como un bicho que, creyendo construir un nido, está construyendo una jaula.

Por aquella época, estuvo probablemente a punto de darse a la bebida, algo que sólo comprendería más tarde. La cosa funcionaba del siguiente modo: aunque parezca mentira, igual que los niños de muchas generaciones han asociado el pan con vino y azúcar a una saludable merienda, Lot siempre había asociado el *vermouth* a una bebida inofensiva que acompaña a los berberechos, que era lo realmente importante. Si los berberechos daban mucha sed, pues se bebía más *vermouth*. El mismo tipo de asociación hacía con el cava y el jamón. Y, a menudo, el jamón daba mucha sed. El hombre-puente, quizá por su falta de cultura en el beber o por delicadeza, no sólo parecía no darle ninguna importancia a su extraña sed, sino que la esperaba amablemente a la hora de la comida con un plato de berberechos y una botella de Martini, y la esperaba a la hora de la cena con el cava y el jamón. Y así, se fue conformando un patrón dual de estados de ánimo, que consistía en una alternancia enfermiza entre la euforia y la tristeza. La tristeza llegaba con el *vermouth* del mediodía, que le ocasionaba espantosos ataques de culpa respecto a su primer amor, una tristeza infinita que el hombre-puente no asumía, no entendía, como si fuera tan difícil de entender que no puede uno volver al sitio que añora porque sabe que en realidad ya no existe. «No puedes pasarte la vida como la Colometa de *La plaza del diamante*, siempre pensando en el primer amor sin superarlo, encima de que fuiste tú quien le dejó», le decía.

Triste e incomprendida, Lot esperaba el jamón de la noche, que curiosamente tenía la virtud de hacer desaparecer la culpa por completo, y entonces lograba pasar un rato excelente, inmersa en los placeres que la noche destilaba, hasta que llegaba de nuevo la

hora del berberecho. La culpa aparecía tras el Martini y los berberechos y desaparecía con el cava y el jamón, se iba con el jamón y volvía con los berberechos, y Lot no la relacionaba en absoluto con la bebida, sólo con la comida.

Probablemente lo único que la salvó de la adicción fue su peculiar inmunidad al vicio: el mismo tedio que tantos problemas le había ocasionado en el mundo del afecto, la alejaba de la posibilidad de convertirse en adicta a cualquier cosa. Sólo necesitaba esperar el tiempo suficiente: tarde o temprano se cansaba. Así es que al cabo de un tiempo abandonó sin problema alguno el cava y el Martini y se pasó al vino y al Campari. Esta facilidad para abandonar hábitos adquiridos la había salvado siempre de convertirse en adicta empedernida, pese a que había hecho algunos intentos: con el tabaco, con el chocolate, con el *Pac-Man*… Podía entonces quedar atrapada durante un tiempo, pero jamás tenía que realizar esfuerzo alguno por dejarlo, pronto se cansaba y surgía otro apetito, otro deseo, otra sed, que podía parecerse a la anterior o ser radicalmente distinta.

No obstante, es cierto que en los años del hombre-puente tal vez estuvo cerca de convertir aquel alcohol tan idiota en una adicción. Tiene guasa que tuviera que conocer al Cometa, un bebedor experto y apasionado, para que le enseñara que si se tiene sed, se bebe agua. Fue una tarde en que ella llegó sedienta al bar donde habían quedado. Él, que siempre llegaba puntual o antes de la cita, llevaba un rato delante de su *gin-tonic*, entero. Lot preguntó: «¿Puedo?». Y ante el asombro de él lo apuró de un trago. «¡Es que tengo una sed!», dijo, al acabar.

«Tiene sed», le dijo el Cometa al camarero. Y le pidió dos tónicas que ella ingurgitó con la misma rapidez. Eso irritó verdaderamente al Cometa: que fuera capaz de faltar al respeto a su *gin-tonic* de aquel modo, que rebajara una bebida sagrada al nivel de un líquido propio de batracios, y que fuera capaz de bebérselo con la misma disposición y la misma indiferencia con que él se bebía un vaso de agua. Se lo explicó. Ella lo entendió. Era sólo el comienzo de empezar a entender cosas.

Llegar al territorio del Cometa, al otro lado del puente, era como llegar a un país donde todo cobra sentido. ¿Era posible que allí pudiera liberarse para siempre del viscoso lodo del Tedio? A su

lado, no había nada que careciera de importancia. Nada se daba por sabido. Cada cosa se hacía bien, o no se hacía. Se hacía a fondo y se explicaba con razones. A medida que avanzaba su relación con el Cometa, el Tedio y la culpa (elementos constantes en sus relaciones anteriores) no llegaban a hacer acto de presencia. Se sentía libre como nunca se había sentido. Realizó el duelo del primer amor y del segundo al mismo tiempo: por el precio de un duelo, hizo dos. Siempre había ido con la culpa bajo el brazo (por haber abandonado a su primer amor, por haber deteriorado el segundo amor hasta un grado insostenible) y de golpe, se libró de ella. Nada mejor que el contacto con el Cometa para domesticar la culpa. Era un experto en el tema. Bastaba con verle evolucionar para librarse de este lastre. Es probable que, como hacía siempre lo que pensaba, no tuviera nunca nada de qué arrepentirse. Es posible, también, que el hecho de poseer un peculiar sentido del olvido le ayudara a esquivar culpas inútiles. Pero el caso es que Lot no había conocido a nadie que, sin ser un psicópata, estuviera tan desprovisto de sentimiento de culpa. O acaso se trataba de un hombre totalmente educado y, como dice la máxima de Epicteto, «el que está del todo educado, ni culpa a los demás ni se culpa a sí mismo». Finalmente las culpas de Lot se fundieron como hielo al sol, y entendió también lo arrogantes que somos cuando nos sentimos culpables, puesto que para nadie somos imprescindibles.

Aunque la amenaza del Tedio no hacía acto de presencia, el terror que el monstruo le infundía era tan grande que Lot lo acechaba por todos los rincones, le costaba creer que en un momento dado no apareciera. ¿Cuándo se desencadenaría la perversa alarma, la misma que había destruido sus anteriores relaciones? La conocía tan bien… Era una alarma diabólica que le susurraba al oído: «Admite que empieza a aburrirte su manera de hablar, su manera de callar, su manera de follar, su manera de mirar… ¡Haz algo, haz algo!», reclamaba, perversa. La voz no la dejaba marcharse, dejar al otro en paz. Al contrario, obstinadamente le exigía: «¡No te vayas, no huyas, haz algo, provoca un accidente, desata un escándalo, no te aburras, actúa!».

Esta vez no estaba dispuesta a escuchar la voz. Si llegaba a oírla, no se quedaría a martillear al otro, a manifestar cómo le aburrían sus gestos, a tratar de modificarle, no… Se iría, se iría antes de que

fuera demasiado tarde. No escucharía la vocecilla de la perversidad, lo tenía decidido: nunca volvería a ser cruel con un hombre, y jamás sería cruel con el Cometa, nunca más dejaría que la perversidad se impusiera.

La perversidad había sido hasta entonces el antídoto del Tedio. La perversidad nada tiene que ver con la maldad, sólo con el vicio. Cuando sentía que se aproximaba una especie de paz enfermiza que presagiaba el lodo del Tedio, ella siempre sabía qué hacer para romperla: una expresión hiriente, una palabra adecuada para hacerse odiar, un gesto oportuno para mostrar su asco. Cualquier cosa que hiciera estallar la mansa rutina, cualquier cosa que pusiera en peligro aquella odiosa previsibilidad, cualquier cosa antes que ver aparecer al monstruo más temido…

La perversidad tenía sus signos precursores. Eran los «pequeños detalles». El «pequeño detalle» es un pecado venial, venialísimo, intrascendente, baladí… Una trivialidad capaz de arruinar la mejor reputación, capaz de destrozar la mejor primera impresión.

Ella lo llamaba el «pequeño detalle» en honor a su madre, que era quien le había proporcionado el ejemplo y el entrenamiento adecuado para ver los «pequeños detalles». Cuando la madre de Lot, un buen día, tras considerar durante mucho tiempo a una persona un ser adorable decía: «Pero hoy he apreciado un *pequeño detalle*…», tal persona se incorporaba en el acto en su lista negra, poco importaba lo que hiciera a partir de ese momento.

El «pequeño detalle» no es un gran defecto, pero todo lo extermina: es esa frase desafortunada que dice el otro y que nunca más puedes olvidar, esa palabra que pone de manifiesto la tacañería de tu novio, ese pedazo de merluza ligeramente más grande que se pone en el plato y que revela su grosería, esa ligera bajeza que pone en cuestión su talante moral…

¿Acaso ella carecía de rasgos egoístas y groseros, acaso no tenía defectos? ¡Claro que los tenía! Pero ¿qué relación tienen los defectos de ella con el tema? Ninguna. No necesita ser perfecto el perro que busca conejos ni el cerdo que busca trufas. Sólo tiene que oler conejos. Sólo tiene que encontrar trufas. Es su destino. Así, Lot estaba destinada a hallar «pequeños detalles» puesto que dicha práctica, a veces útil y a veces odiosa, le resultaba inevitable: cuando te entrenan para encontrar pequeños detalles no puedes

hacer otra cosa que buscarlos.

Con el Cometa, en principio, nada estaba destinado a ser distinto. Lot, como era habitual, se disponía a ver llegar la nube que crearía el clima tedioso que tan bien conocía. Pero no llegaba. Como no había tedio, tampoco necesitaba buscar detalles para entretenerse. Sin embargo, estando tan entrenada para esta labor, le era casi imposible no tratar de acechar las pequeñas minucias que de él podían desenamorarla… Pero ¿qué sucedía? No encontraba minucias, y no había contado con eso. ¿Dónde estaban los pequeños defectos? ¿Dónde los pequeños fingimientos que disimulaban algún defecto oculto?

No había pequeños defectos: eran gordos y jamás los disimulaba, sino que los rentabilizaba y acababa por sacar partido de ellos. No había fingimientos, el Cometa enseñaba todas sus cartas. Siempre. Y eso desarma al más conejero de los perros conejeros. Pasaba el tiempo y ella constataba con sorpresa que la pasión inicial siempre regresaba, y en el intermedio aparecía la paz y el sosiego de una vida a dos con un hombre que por fin se había vuelto real, o algo parecido, y junto al cual la rutina familiar parecía deslizarse sin obstáculos, una posibilidad que Lot había creído inalcanzable, a causa de su pegajoso problema con el Tedio, a causa de su terrible problema con las repeticiones. Sin embargo, era cabezota y le costaba admitir que aquello fuera tan sencillo. Le sorprendía a cada instante haber encontrado a alguien capaz de resistir a su escrutinio demoledor. Aguardaba el «pequeño detalle», esperaba la decepción, y no llegaba. Un día, le dijo al Cometa:

«¿Sabes una cosa? Me has, me has, me has…».

«Me has ¿qué?», interrumpió él, impaciente.

«¡Es que… Ostras, ahora que caigo… Me has… ! No existe la palabra contraria a decepcionar, no puedo decir me has *desdecepcionado* o me has *nodecepcionado*», constató ella, molesta. «¿Por qué no existe la palabra contraria a decepcionar?… Debería existir, ¿no crees?».

«Quizá…», dijo él, escéptico.

«Pues eso: me has… lo contrario de decepcionar».

Él sonrió, sin alzar la vista del libro que estaba leyendo.

«Pero debería haber un verbo, ¿no crees?», insistió ella.

Pasaban los años y ella continuaba perpleja de poder mantener a distancia el monstruo del Tedio en compañía de aquel hombre. Y se sucedían comentarios y exclamaciones de sorpresa por su parte, una sorpresa que él no parecía compartir:

«¿Te imaginas?», decía ella. «Llevamos diez años juntos y *todavía* me interesa todo lo que haces, todo lo que dices…».

O bien:

«¿Te imaginas? Llevamos doce años juntos y *todavía* te espero cada tarde con la misma ansiedad».

O bien:

«¡Parece mentira que aún sienta esto, después de tanto tiempo!…».

Los «todavía» y los «parece mentira» acababan por irritarlo.

«¿Podrías dejar de vigilar este amor como si fuera un caldo que esperas que arranque a hervir?», le dijo un día.

«Un caldo… Sí, exactamente. Estoy investigando… Investigando los ingredientes, los averiguaré algún día…».

«No sé por qué has de admirarte tanto de ser feliz. ¡Deja de admirarte de ser feliz y sé feliz de una puñetera vez!».

«Hago las dos cosas a la vez, ¿o qué pensabas? Las mujeres podemos hacer dos cosas a la vez. O más…».

Pero la perplejidad que sentía nadando en aquel caldo feliz la mantenía en un estado de constante investigación. Y, lentamente, el terror que siempre había sentido ante la posible aparición del monstruo del Tedio fue desapareciendo, y en su lugar se fue asentando otro terror: el de perder al hombre que lo había combatido y vencido.

B3. De qué hablamos cuando hablamos de matarnos

Me han devuelto el tiempo sin haberlo pedido. El Amor Absoluto da mucho trabajo, absorbe mucho tiempo, mucha energía. Había calcado mi tiempo al suyo. Mis horarios a los suyos. Mi edad a la suya. Y yo encantada. Siempre tuve miedo, desde pequeña, a que el tiempo me sobrara, y en los últimos dieciséis años nunca me ha sobrado. Porque a mis ocupaciones les sumaba las suyas: aunque yo no fuera la protagonista de ellas, aunque fuera él quien las viviera, yo estaba ahí, siempre. Si alguien me pregunta qué hacía el día en que cayeron las Torres Gemelas, puede que no sepa responder con exactitud. Sin embargo, preguntadme dónde estaba él y con quién: puedo contestar con precisión. Cuando nos separábamos durante unas horas, mi cabeza lo acompañaba siempre. Y cuando estábamos juntos, su clima regulaba mi vida, cada sonrisa, cada irritación, cada nuevo plato, cada emoción que expresaba. En pocas palabras: quedarse sin una ocupación de esta magnitud, como se comprenderá, deja el tiempo por venir convertido en un interminable desierto.

Esto por lo que respecta al tiempo. En lo tocante al espacio, experimento, al llegar a nuestro pueblo, de donde partimos el viernes, una sensación sobrecogedora. ¿Habéis tenido alguna vez la impresión de que todo cuanto os rodea es un decorado, un paisaje impostor, un escenario idéntico al de siempre pero absolutamente extraño y nunca antes visto? Yo tenía miedo de ver de nuevo este lugar sin él. Pero esto no sucede, porque no es la misma población, alguien lo ha convertido en un pueblo de *atrezzo*. Como consecuencia, me provoca pavor: lo encuentro engañoso, hostil. Me engaña de la peor manera posible: disfrazándose del pueblo que era. Y por lo tanto, no hay en él recuerdos que me hagan daño, pero tampoco recuerdos que me familiaricen con el lugar. Esta falta de

familiaridad es tan potente que de vez en cuando se convierte en un malestar físico insoportable, especialmente cuando salgo del interior de un edificio y me reencuentro con la calle. A veces, me veo obligada a entrar de nuevo, hasta recuperar las constantes respiratorias. Entonces, puedo irme a casa, con la intención de no volver a salir. A casa, a nuestro refugio, deprisa hacia casa. ¡Deprisa! A casa.

Me imagino que lo que hace al pueblo tan extraño e inhóspito es la indiferencia, es decir, el hecho de que no haya cambiado nada: ningún río de lágrimas lo ha inundado. Ningún cielo negro se ha desplomado sobre sus calles… La gente camina como si nada, todo circula con la indiferencia que caracteriza a los grandes pueblos y a las ciudades, que nunca se mueven en función de los muertos, es decir, no cuando el muerto se muere de forma individual.

En casa, por suerte, todo es distinto. En casa su presencia es poderosa y nos acompaña. Se puede tocar la ropa, los libros anotados, sus ideas sobre la mesa en forma de múltiples papelillos. En casa, los objetos no son indiferentes. Hablan. Hablan los sobres grandes que se quedaron el viernes encima de la funda nórdica de grandes melocotones amarillos, los sobres que contenían el indulto provisional y que él no quiso llevarse. Hablan los objetos de la niña, que reencuentra sus cosas y las relacionadas con su padre. «Mira, éste es el libro que el jueves me regaló papá».

Una de las cosas que más me impresiona estos días es poder decir «el jueves». Todavía no hay que decir «aquel jueves»: el jueves pasado está ahí mismo, tan cercano y tan inalcanzable. «¿Te lo regaló?», le digo al verlo. Él nunca regalaba sus libros, era generoso con todo salvo con sus libros: los había hecho suyos, había intimado con ellos, no le gustaba la idea de prestarlos y si los quería regalar, los compraba.

Pero para su hija apenas tenía negativas. Y el jueves se enamoró de un librito de esos de la colección Crisol, de Aguilar, un libro que ahora veo que es de Juan Luis Vives, de 1944. Supongo que le debía de hacer gracia porque son rojos y chiquitos, encuadernados en piel. Por el título no debió de ser (*La mujer cristiana. De los deberes del marido. Pedagogía pueril*). Recuerdo ahora que el jueves la oímos leer de viva voz el comienzo: «El feminismo de Luis Vives en Valencia de los Edetanos, que luego fue del Cid y luego fue de Don

Jaime el Conquistador, que la purgó de la impunidad agarena…». Luego, la oímos aullar como a un perrillo famélico, lo hace a menudo, hasta que él fue a buscarle galletas. Luego, la escuchamos roer un poco y ya enseguida dejamos de oírla. Debió dormirse de inmediato. Eso fue el jueves. El jueves.

Los objetos del que ya no está cobran de pronto una importancia desmedida. Guardan su tacto y su olor. La niña los custodia con cuidado. Le gusta sentirlos próximos: la chaqueta, la cartera, los libros, las libretas, los regalos que le hacía, las figuritas que le compraba en la papelería, las cuerdas del violín que le cambió el miércoles. El miércoles.

La necesidad de abrazar y acariciar sus huellas en ellos es inmensa. Es un tiempo de rapiña donde necesitas apoderarte en el acto de cada objeto que te viene a la mente, ¿dónde están sus fotos? ¿Dónde, sus plumas? ¿Dónde, sus prismáticos? ¿Dónde, las notas que me dejaba?

Poseída por un súbito frenesí, las busco, yo las guardaba en un cajón. Nunca nos escribimos cartas, sólo notas. Dos líneas como mucho. Eran nuestras cartas, pero entre la mezcolanza de cosas del cajón, ahora sólo encuentro una de las últimas. Un dibujo, un largo gusano de esferas hecho a pluma rápida, y encima dos palabras, «amor eterno» en alemán (en alemán no le debía de parecer tan cursi). Debajo, una advertencia: «Vendré a las diez». Ésta es toda la correspondencia que nos enviábamos. No había lugar para otra cosa. Nunca nos separábamos lo bastante como para tener que escribimos.

Después de unos días, dejas de buscar con avidez. Te limitas a encontrar. Abres la agenda y encuentras un dibujo. Es un esqueleto divertido, ancho, desgarbado, que hizo para la niña en un restaurante de la Toscana cuando le preguntó cómo somos por dentro. Nos acababan de enseñar el pez que iban a cocinarnos. Esperar un rodaballo que le acababan de enseñar fresco y hermoso era una de las cosas que le ponían de buen humor. El esqueleto tenía gracia y lo guardé en la agenda. Las olas, cuando regresábamos por el pasadizo de piedra, junto al mar, nos salpicaban en la noche oscura.

Abres el armario y ves su chaqueta, y él dentro, y sientes el tacto de la piel fresca de niebla cuando llegaba por la noche a cenar.

Abres otro armario y ves el vestido que llevabas a menudo el último verano y piensas con espanto qué sentirás el verano próximo, cuando tengas que decidir si te lo vuelves a poner.

Abres el armario de la cocina y ves aún las alubias que compró en El Barco de Ávila, cuando le atacó el súbito deseo de quedarse a vivir para siempre en un pueblo como aquél.

Abres la pasta dentífrica y sabes que se está acabando, y que la próxima vez ya no será la que él ha usado.

Abres él buzón y encuentras el sobre manuscrito que la librería Vrin («Los únicos que me escriben», decía) le enviaba regularmente, una vieja librería de filosofía de la plaza de la Sorbona que habíamos frecuentado alguna vez.

Abres el congelador y ves el cocido y la fabada (ah, eso ha de estar bien, comerse una buena fabada al cabo de dos meses y poder decir: «La ha hecho él».). Esto, al menos, es interesante.

No hago cambios: quiero que sus objetos me acompañen siempre. Ahora me golpearán, hasta que cada ola, que desgasta el dolor, lo vaya convirtiendo en arena fina y suave. No tengo intención de sacar sus cosas del armario. Sólo la repetición (como el fumador que abandona el tabaco y que cada vez que hace algo que antes hizo fumando siente una poderosa, intensa, insoportable carencia) puede ayudar a incorporar sus cosas hasta que las tengamos bajo la piel, entonces ya no dolerán, y adondequiera que vayamos irán con nosotras. La niña colabora a ello con su alegría habitual. Parece que los objetos que encuentra en cada rincón contribuyen a aumentar la presencia del padre en lugar de entristecerla por su ausencia.

Sin embargo, algún lugar se hace más sombrío. Es el caso del comedor. El lugar donde comíamos sus platos. El lugar donde leía mientras la niña se le subía a la cabeza o le contaba las costillas, el lugar donde ambos escuchaban *Pedro y el lobo* en las tardes de invierno. El lugar donde el miércoles (el miércoles) ella rascó por primera vez el violín y él se emocionó porque últimamente se emocionaba con facilidad, cuando se trataba de ella o de mí. Es también el lugar donde hace dos semanas yo, que nunca ponía mi música, me había atrevido a poner unas canciones de Trénet y él,

que estaba cocinando cocochas, apareció al oír *Que reste-t-il de nos amours* y, cosa insólita, le dio por bailarla conmigo mientras la silbaba, en uno de aquellos arrebatos amorosos que sólo podían surgir de él, porque imaginemos por un instante que le hubiera solicitado yo para bailar: se le quema una cococha y ya la hemos liado. No, no… No era aconsejable jugar con estas cosas, especialmente si andaba cocinando o si había música por medio.

En cualquier caso, el comedor era muy suyo. Y los objetos que hay ahora resultan desafiantes: «¡Sitúame en el presente, hazme útil, dame una función!»… Cuando murió mi padre, en casa perdimos el comedor. Fue como si se clausurara. Nunca volvió a cobrar vida. Claro está que yo pertenezco a aquella generación en que los padres no nos dejaban entrar en el comedor. El comedor era una sala sagrada, impoluta, destinada a los invitados, una sala que siempre parecía el comedor piloto de un piso en venta. Un lugar que los niños no debían contaminar con sus dedos pringosos. Pero nuestro comedor no era sagrado, sólo era *muy suyo*, y ahora nos resulta difícil apropiárnoslo. Hay que hacer algo, algo urgente, no podemos permitirnos perder el comedor. (En la agenda para matar el tiempo: dar una nueva vida al comedor).

Cuando llegue el momento de matar el tiempo, ya tendré la agenda bastante llena. Aunque por ahora ni siquiera he empezado a atravesar el desierto. De momento, me paso el día comunicando. Durante casi un mes, no haré otra cosa. Apenas salgo de casa (y si lo hago, sigo itinerarios muy concretos). Me paso el día contestando llamadas y cartas, de alumnos, de amigos que aparecen del pasado, quien más quien menos dice algo, y si alguien no dice nada, lo digo yo. Cuando tras un mes y medio, las llamadas y las cartas comienzan a espaciarse, tomo la iniciativa: escudriño en el recuerdo para ver si queda alguien que no lo sepa. Compruebo si algún remoto conocido no ha dicho nada, y si es así, le doy un toque y le espabilo. Y cuando se acaban los conocidos, la emprendo con los desconocidos. Cualquiera sirve: el fontanero, el carpintero, el cartero, la comercial de *telemarketing* que pregunta por él… Sí, éstos también desaparecerán: «No, no está». Y, a poco que insistan, sigo: «Murió el viernes». Y dejan de insistir.

La cuestión es postergar el tiempo en que ya no quede nada que comunicar, nada referente al acontecimiento de su muerte (y por

tanto a su vida). Porque cuando llegue este momento, el momento en que ya no quede nadie a quien provocar cierto grado de conmoción, nadie con quien compartir una parte de la conmoción, entonces llega el deber (¿ineludible?) de reconstruir una vida que no deseas reconstruir, de enfrentarte a la ausencia, de volver acaso al país del Tedio adonde no deseas regresar.

Porque… No, no… Nunca más quiero sentir planear sobre mi cabeza la amenaza del Tedio… ¡Antes la muerte!

Desde que le conociste, lo has pensado.

Desde que te fundiste con él, has pensado: «Si él no está, yo tampoco quiero estar».

¿Y entonces?

¿A qué esperas?

Durante años habéis hablado de ello: hasta que llegó vuestra hija (porque cuando se tienen hijos, uno no puede decir *sin-ti-no-quiero-vivir* sin amedrentar al otro de mala manera). En cierto modo, se puede decir que durante años os lo habéis prometido. Pues si no, ¿qué significa «no puedo vivir sin ti»? ¿Es una mentira? ¿Es una metáfora? ¿Qué es, exactamente? Quizá es que todo te lo tomas al pie de la letra, es un defecto que siempre has tenido.

Pero ahora es el momento de pensar en ello: ¿cuál es el sentido literal de una frase como ésta? No es una frase rara. Las parejas, cuando llevan un tiempo unidas, acostumbran a pronunciarla como prueba de su entrega mutua: «Ya no puedo concebir la vida sin ti». Anoche, sin ir más lejos, abrí un libro de Saúl Bellow y encontré una dedicatoria a su mujer: «A Janis, la estrella sin la cual no podría navegar». Pensé: «¿No?». Pensé: «Habría que verlo». Si Janis desaparece, ¿seguirá navegando? ¿Qué expresamos cuando decimos esto? ¿La intensidad que de ningún otro modo podríamos expresar? Y ¿hasta qué punto se trata solamente de un modo de hablar?

Yo no albergaba la menor duda de que en nuestro caso esta frase expresaba un deseo profundo. Y en mi caso, más: los narradores somos a menudo muy frágiles, muy dependientes de alguien que está detrás de nosotros y que lo es *todo*, a menudo personaje admirado, fuente de inspiración, apoyo sin límites, maestro, amor, amante. Y no sólo me tomaba esta frase muy en serio, sino que

siempre me ha sorprendido constatar que hay parejas dispuestas a sobrevivir al otro sin el menor escrúpulo. Así por ejemplo, recuerdo a una amiga que me comentó tras la pérdida: «Menos mal que no tuvo el infarto unas horas antes, cuando estaba conduciendo». Yo, que siempre había contemplado la posibilidad de una muerte en familia como un regalo del cielo, se lo hice repetir: no entendía de qué me estaba hablando.

Y la cuestión es que sucede lo que más temías, y no te mueres. Y te resulta asombroso. No piensas aún en matarte, porque claro, una muerte por amor te la imaginas lenta, lenta, y esperas que empiece la agonía. Es tal la sorpresa al ver que nada grave le sucede a tu cuerpo que a veces tienes que mirarte al espejo para creértelo: te sorprende que tu organismo pueda resultar indemne de tanta catástrofe interior. Me veo andando con el carrito en un centro comercial, y el contraste entre lo que veo y lo que siento es tan acusado que no puedo dejar de destacarlo. Aparentemente, soy una persona viva que camina y empuja el carro. La cara es bastante normal: el rictus devastado, sí, pero vamos, es un rostro entero, no se agrieta, no se desmorona. El cuerpo también continúa aquí, sólido, en pie. Y aunque soy yo quien me apoyo en el carro, casi parece que realmente lo controle. Los espejos, engañosos, silencian el dolor. El cuerpo silencia el dolor. El cuerpo se mantiene. ¿Cómo es posible semejante divorcio? ¿Cómo es posible que un estúpido coágulo pueda matarte y que, en cambio, no lo haga una pena de esta magnitud?

Esperas y esperas (empiezas a sospechar que tal vez no seas la Isolda que estabas destinada a ser), pero lo único que consigues es una ligera anemia y una silueta envidiable porque no tienes apetito. Te cansas de esperar y piensas que acaso deberías poner algo de tu parte. No basta con comer poco, o nada, al contrario, nada mejora más la salud que no comer, en una época en que todo lo comestible nos intoxica poco o mucho. Hay que colaborar un poco más, dar un empujoncito al destino. Pero ¿cómo?

Un colega me envía un correo: «A mí me fue muy bien irme a Irak cuando estaba tan jodido». Algo a tener en consideración. En mi agenda para matar el tiempo, apunto mentalmente: «Hacerse corresponsal de guerra».

Naturalmente, está la niña. Pero a la vez que supone un

impedimento para tus planes de desaparición, es también parte del motivo que te impulsa a desaparecer: lo último que desearía es darle una vida triste. Lo tengo claro: antes una madre muerta que una madre triste e intoxicadora. (… Pero ¿acaso no serás la madre triste que crees que serás?).

En realidad, durante la mayor parte del día consideras gráficamente, visualmente, plásticamente y a todo color la posibilidad de matarte. Como un modelo que no te acaba de convencer, te asalta a menudo el prototipo suicidario de tu adolescencia, la imagen de Sylvia Plath con la cabeza en el horno mientras sus adorables hijos meriendan en la habitación contigua el pan con mantequilla que ella les ha dejado. Entonces me parecía un gesto heroico. Liberarles de una madre que (pese a poseer una de las miradas que mejor han expresado la euforia de estar viva) no conseguía esquivar la desesperación de un invierno crudo y miserable y de un amor traicionado. Este modelo preside estos días mis ideas sobre el suicidio, repetitivas, obsesivas, seriamente consideradas.

¿Muy seriamente? Nunca lo sabremos. Siempre tienen algo ridículo las ideas de suicidio que no se realizan. Sabes que deberías aprovechar el tiempo en que estás ebria de dolor para llevarlas a cabo, pero cada vez que pasa un día y no las llevas a cabo se vuelven ligeramente más ridículas. Y mientras tanto, hablas de ello. De un modo abstracto, claro está.

«Es antiestético de narices», me dice mi amiga cuando le comento la imagen de Sylvia. «La cabeza en el horno, ¡jamás!».

Mi amiga es experta en gente que quiere matarse y en gente que se mata. Es psiquiatra. Nos conocimos a los quince años, cuando leíamos con delectación a Virginia Woolf, a Katherine Mansfield, a Sylvia Plath y a otras escritoras por el estilo.

«Aparte de que tu horno es eléctrico…», dice con un ligero estremecimiento.

«Mujer, lo del horno es una manera de hablar», puntualizo.

«Yo siempre lo he tenido claro», dice ella. «En caso de decidirme algún día, una cuchilla afilada en un baño calentito».

«Demasiado lento para mí: yo es que estas cosas, cuanto antes

mejor». Suspiro ante la dificultad de elegir: «Lo cierto es que es la hostia que resulte tan complicado quitarse de en medio», digo.

«¿Complicado?», dice. «¡En absoluto!».

«¿Ah, no?».

«Potasio en vena».

«¿Qué?».

«Cloruro potásico directo a la vena. Pastillas, ni se te ocurra. Tengo un paciente que la semana pasada se tomó cincuenta ansiolíticos y está como un pimpollo».

«Vaya…».

«Sí… No dejaba de hablar de matarse, y cuando lo intenta, ¡va y la caga!».

Durante el resto de nuestra cita, hablamos de la relación que guarda el suicidio con las ideas de suicidio. La creencia de que los que hablan de él nunca pasan al acto es falsa. De hecho, la mayoría de los que lo llevan a cabo han amenazado con hacerlo y han hablado del tema una y otra vez. También los hay, sin embargo, que nunca han mencionado el tema. «Reconozco a un suicida en cuanto entra por la puerta de la consulta», dice mi amiga. «Nunca me he equivocado». Y de pronto añade: «Y tú no lo eres».

Suspiro, no sé si de decepción o de alivio. Y de pronto reparo en un detalle: «Pero es que yo nunca he entrado en la consulta», le digo.

Se queda en silencio, la alusión a su trabajo ensombrece su mirada. Hace días que me dice que carece de perspectiva, que al haber entre nosotras una fuerte unión, no puede establecer la distancia adecuada: no puede tratarme como a una paciente porque soy una amiga, y no puede tratarme como a una amiga porque me ve como a una potencial paciente.

Sin embargo, quizá tenga razón al decirme que no reconoce en mí la madera del suicida. Sin proponérmelo, utilizo constantemente un arma poderosísima para conjurar la añoranza de la muerte: la palabra. La palabra esculpe la idea, la modela hasta convertirla en pasta manejable, pasta de suicidio maleable y blanda, cada vez menos seria, cada vez más cómica. Las palabras desvisten de solemnidad el deseo funesto, las palabras se llevan la energía que

necesitarías para pasar al acto. Y, finalmente, me pasa con mis planes de autodestrucción lo mismo que a veces me pasa con los planes de viaje: hablo tan exhaustivamente de ello, los considero desde tantos ángulos que, al final, ya no me apetece hacer el viaje porque siento que ya lo he hecho. Y ahora, lo mismo: agotar el tema de matarse contribuye a hacerte sentir como si ya te hubieras matado.

Así pues, continúo hablando, en abstracto. Hablo de ello y me hablan de ello.

Estamos comiendo en casa de nuestros amigos donde comemos los domingos. Han estado presentes siempre, y ahora están atentos al menor desfallecimiento. Me han preparado un fin de semana en un balneario y un viaje a Roma en primavera, los tres con nuestras hijas. X mira vuelos económicos y cuando me intereso por ellos, me dice sorprendido: «Ah, pero ¿tú y la niña vais en avión?». Sabe que hacía lo imposible por evitar el avión, que sólo volaba si era imprescindible, Y ahora se sorprende de que los planes de vuelo me resulten indiferentes. «Claro que sí», le digo. «Como nunca querías volar…», dice él, concentrado en la pantalla. Se oye la voz alegre de su mujer que, mientras escurre la pasta, exclama: «Sí, pero ahora es distinto. Ahora ya no le importa matarse». Hacemos, pues, la reserva con la compañía más económica que encontramos. Luego, pasamos a la reserva del balneario.

Nos lee la lista de tratamientos: «Baño con inmersión», dice. «Es como el de burbujas con esencias, pero debajo del agua».

«¿Y te abogan?», pregunto. «Con suplemento», dice él. Y prosigue: «Baño de eucalipto, baño de pétalos, baño de sales de mar… ¡Eh!, baño de sangre, éste puede interesarte».

Y así, el poder milagroso de la palabra triunfa sobre la acción. La idea de matarse, gracias al uso y abuso de la palabra para distanciarse de ella, se hace cada vez más insignificante. Es cierto que durante un tiempo permanece ahí, protectora. Pero cada vez que aparece el horno y tú no has metido la cabeza en él, tienes un motivo más para reírte de ti misma. ¿Qué hay entre los suicidios no consumados (siempre algo patéticos, incluso cómicos) y los suicidios consumados (que, en cambio, nos consternan)? ¿Qué distancia media entre ambos, tan pequeña y sin embargo tan inmensa? ¿Cuál es el paso? Según mi amiga experta, sólo un

momento de obnubilación, un instante de obcecada agresividad. En cualquier caso, una persona con ideas de desaparecer siempre se quedará sin saber si ha estado muy cerca o ha estado muy lejos de ese instante.

En un pueblo donde pasé algunos veranos, conocí a una mujer que reunía muchos motivos para detestar la vida: marido maltratador, problemas económicos, trastornos depresivos y una larga retahíla de desgracias. Más de una vez, entre sollozos, la oí exclamar esta curiosa frase: «¡Te juro que, si el tren pasara por el pueblo, ya me habría tirado cien veces!».

Sin embargo, el tren pasaba por el pueblo vecino. Le habría bastado andar cuatro kilómetros.

Hoy almuerzo con mi amiga experta. Ya llevo días pidiéndole libros sobre el proceso de duelo («Quiero saber qué me espera»), y esta vez se ha acordado. Cuando nos despedimos, abre el bolso y dice: «Te traigo lo que me pediste».

«Estupendo», le digo, pensando en que hoy ya tendré lectura para llenar el momento de la dulce tregua nocturna. Pero veo que son sólo dos folios, dos folios cuyo título es: *Elaboración del duelo: pautas para evaluar el duelo patológico*.

«¿Sólo esto?», le digo, decepcionada.

«No necesitas nada más», me dice. «El resto lo rellenarás tú».

A4. Manual del buen carismático

No había nada en el mundo que Lot apreciara tanto como los buenos ratos que los carismáticos le proporcionaban. Desde pequeña, estos seres tocados por la gracia la magnetizaban y le contagiaban deseos que sin ellos no habría ni sospechado que existieran. Sentía hacia ellos una inmensa gratitud. De no ser por ellos, no habría aprendido nada: al ser tan propensa al aburrimiento, necesitaba ser seducida para recibir cualquier tipo de enseñanza, de afecto, incluso de información. Apenas conseguía escuchar si no se sentía seducida, he aquí otro de los inoportunos trastornos que su propensión al tedio le ocasionaba.

Cuando comenzó a escribir, se sintió aún más deudora de los carismáticos: se alimentaba de individuos con madera de personaje. Se diga lo que se diga, la literatura nunca se ha nutrido de personalidades anodinas, cosa que de ningún modo quiere decir que se alimente de aquellos que más brillan a primera vista, no… A menudo, las personalidades esenciales se descubren en una segunda aproximación, o en una tercera… pero están repletas de matices, de riqueza, de complejidades.

Los encuentros con carismáticos habían sido el gran aliciente de su vida, y la habían marcado para siempre. En primer lugar, su profesor en la ciudad de la niebla, poseedor de una personalidad que le evocaba la de su padre recién desaparecido. Probablemente esto marcó la pauta de los carismáticos que le interesarían en el futuro: los que le abrían ventanas en las paredes, a menudo duras, del pensamiento. También había habido un par de amigas carismáticas. Luego, el Cometa que, dotado de un carisma consensuado por un número lo bastante significativo de personas de distintas edades y condiciones, parecía haber llegado a su vida para ilustrar, depurar y rematar la idea confusa que ella tenía de la noción de carisma, una noción que no es fácil delimitar. Como el

pintor que pinta muslos va a la caza de muslos interesantes, y un buen día puede llegar a encontrar El Muslo que para siempre le servirá de modelo, así se enfrentó Lot al carisma del Cometa, convencida de que, tomándolo como modelo, podría acaso desentrañar el misterio que envolvía aquella noción vaga y oscura.

Y ya desde el inicio de la relación, lo estudiaba a fondo, observaba cada elemento de su personalidad y se preguntaba dónde estaba la clave, ya que es evidente que el carisma no es la suma de los elementos que lo componen, sino una nueva entidad, cuya fórmula secreta ella había de encontrar. ¿Dónde estaba el enigma? ¿Por qué, al profundizar en aquella relación, cada paso se le hacía irresistiblemente atractivo, cuando hasta entonces, según profundizaba en una relación, todo se le hacía insoportablemente repulsivo?

Ya antes de conocer a aquel hombre, se había dado cuenta de que había muchos malentendidos en torno a esta noción, algunos de ellos propagados por los envidiosos de carisma, fácilmente reconocibles porque tuercen el gesto cuando alguien proclama sentirse abducido por otra persona, y en cambio encuentran perfectamente normal que uno entregue su devoción a una pintura de Brueghel, a un canal de Venecia, a un edificio o incluso a un gorila albino. La envidia de carisma se le hacía a Lot difícil de entender. A ella no le habría importado tener carisma. De hecho, le habría encantado, pero había disfrutado tanto del de los demás que, si le hubieran dejado escoger, habría preferido esto último.

Al fin y al cabo, el buen carismático suele ser muy generoso con su carisma, ya que lo ha recibido gratis. La propia etimología de la palabra (del griego *kharisma*, don ofrecido gratuitamente por los dioses) denota que el carismático no ha tenido que esmerarse lo más mínimo para merecer tal distinción. El carismático ha nacido con estrella: cosas que a otros se les reprochan, a él se le permiten. Frases que en otro suenan desafortunadas, en él suenan magistrales. Otro hace la misma gracia, y nadie se ríe. Otro da la misma definición, y nadie se detiene a reflexionar como si hubiera escuchado una gran verdad. No han de sudar demasiado: han recibido el don.

Por todo ello, Lot era consciente de que el carisma podía resultar irritante para algunos: no sólo para los envidiosos, sino también

para los amantes de la meritocracia, para los desconfiados crónicos, para los que recelan de toda fascinación, para los débiles que temen ser doblegados por una personalidad poderosa, para los obtusos que, encerrados en la estrechez de sus propios intereses, resultan impermeables a toda seducción. Y finalmente, para los seguros de sí mismos, que de ninguna manera están dispuestos a poner en peligro su seguridad a cambio de una verdad más bella, o más libre, o simplemente más atractiva, y que se obstinan en no perder el norte, aunque su dirección sólo les lleve a una fría y desolada estepa vacía de toda idea, de toda emoción.

Al observar al Cometa pudo perfilar algunos detalles más de la noción: puesto que el carisma puede irritar, es conveniente que el carismático posea aspectos débiles con el fin de hacerse perdonar haber recibido el don. Era el caso del Cometa. El carisma se le perdonaba bastante. Quizá a causa de su aspecto ingrávido, quizá a causa de sus huesos largos de apariencia vulnerable. O acaso porque poseía una cierta cualidad franciscana que le aseguraba el afecto incluso de las bestias más impresentables (era curioso ver, por ejemplo, cómo un perro extremamente violento de unos amigos y a quien nadie osaba acercarse, se dejaba acariciar serenamente por el Cometa como si fuera un dócil conejito). A lo mejor era a causa de la delicadeza que le hacía estar siempre pendiente de los que parecían necesitarla, o quizá a causa de una absoluta falta de pragmatismo que le hacía privilegiar los intereses ajenos por encima de los propios. En cualquier caso, alguno de estos rasgos o todos ellos constituían el precio a pagar por hacerse perdonar el carisma. Y lo pagaba a gusto, pues ni siquiera sentía que pagara precio alguno.

Más adelante, Lot, a medida que avanzaba en sus investigaciones, llegó a una nueva conclusión: bien mirado, hacerse perdonar el carisma debería formar parte del carisma mismo, y ha de ser propio del buen carismático, puesto que el buen carismático debe ocuparse de que su don revierta en la vida de los que le rodean, debe contagiar el placer de saber y la curiosidad de buscar, ha de hacer que el otro se ponga en contacto consigo mismo, extraer de su interlocutor lo mejor y no lo peor.

Una a una, las ideas que habían contaminado en su mente la noción de carisma fueron revisadas al tomar al Cometa como patrón

para medir el resto de carismas.

Cuando era joven, ella asociaba a menudo el carisma al magnetismo erótico. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que pese a que el carisma apela a una pulsión erótica inmediata, ésta no es de tipo necesariamente sexual, no apela directamente a los órganos genitales, como lo demuestra el hecho de que a menudo al carisma se es receptivo sin distinción de sexo ni de edad.

Durante mucho tiempo, pensó que el carisma estaba muy cerca del ingenio. Pero no es así: el ingenioso es un individuo que, muy consciente de su seducción, se ha construido un repertorio de ocurrencias. Repite lo que considera gracioso, y cuando no lo repite es porque sabe que no resulta gracioso repetirlo. Utiliza trucos y sabe tocar los resortes adecuados para «hacer gracia». Pero la gracia no le viene dada de forma natural y gratuita. El carismático, en cambio, nunca usa el ingenio para lucirse: lo pone al servicio de las ideas que intenta comunicar.

A menudo ella misma había asociado el carisma con cierto tipo de simpatía radiante. Pero no… De hecho, al repasar a los carismáticos que había conocido, se daba cuenta de que no eran especialmente simpáticos. El Cometa tampoco. Amable, divertido, histriónico, delicado, gentil… Todo eso sí, pero simpático jamás. Podía pasar días con una actitud taciturna, o toda una cena sin abrir la boca, o semanas enteras, en su trabajo, leyendo en un rincón, concentrado e inabordable. Era capaz de hacerse a veces tan imperceptible que casi desaparecía de la vista. No conocía la timidez, pero no era especialmente extravertido.

Una vez le pareció encontrar una noción sinónima: le pareció que el carisma y el encanto eran hermanos gemelos. Pero con el tiempo llegó a la conclusión de que no eran más que parientes lejanos. Una persona silenciosa y angelical puede ser encantadora. Un niño puede ser encantador. Hay algo angelical (y sólo angelical) en el encanto, mientras que en el carisma, paralelamente al ángel, corre un aire ligeramente demoníaco, voluptuoso y transgresor.

Obviamente, había oído mil veces a su alrededor asociar el carisma a la capacidad de liderazgo. A menudo escuchaba comentarios en los que se confunde el carisma de un líder, de un dictador, de un político, con su capacidad de alienar al público, de enfervorizar a las masas, de hipnotizarlas para persuadirlas de

algo… Ciertamente, el carismático suscita adhesión con sus discursos, por lo tanto, posee a menudo un poder que podría usar para determinados fines. Pero un carismático que utiliza su carisma para una finalidad premeditada pervierte automáticamente la naturaleza de su don. ¿Cuál podía ser, pues, la adecuada relación del carismático con el poder?

Por lo que se refiere a este punto, Lot descubrió un texto revelador en un diario del Cometa. Durante un breve lapso de tiempo, él había llevado un diario. Exiguo y brevísimo. Un diario cuya contraseña ella había tratado de averiguar por todos los medios, salvo uno: preguntársela directamente. Cuando lo hizo, tras unos cuantos juegos, obtuvo la respuesta, y desde entonces, merodeaba por él de vez en cuando. Era un diario extraño: en las pocas páginas que contenía, apenas tres veces hablaba de lo que entendemos por vida íntima, de él mismo o de sus afectos. Y ello pese a que lo iniciaba declarando abiertamente que iba a dejar allí sus más íntimos secretos, que consistían básicamente en su relación con el mundo y sus conflictos. Era tan poco propenso a las confesiones que no se confesaba ni consigo mismo: cuando tenía algo que confesar, prefería las declaraciones públicas.

Pero en este caso, ella encontró un pequeño texto confesional, que le sirvió para aclararle la que acaso debiera ser la relación entre el carisma y el poder. Teniendo en cuenta que el Cometa era un hombre que siempre se había manifestado alérgico a las más diminutas formas de poder, un hombre a quien el menor atisbo de poder (como ponerle nota a un alumno) disgustaba de una forma casi enfermiza, lo primero que este texto provocó en Lot fue una amplia sonrisa. Decía así:

Os contaré mi trágica relación con lo político.

Sé que estoy destinado a mandar como otros lo están a obedecer. No es que esto me guste, de hecho no me veo dando órdenes y tiemblo ante la debilidad y el miedo ajeno. No soy un hombre fuerte; para serlo se precisa una buena dosis de cabezonería que siempre va acompañada de cierto grado de estupidez, y en mí no hay rastros de todo esto. Tampoco poseo aquella fortaleza que es consecuencia de la iluminación mesiánica; nada tengo de Mesías, no

conozco las soluciones para ningún problema humano, no traigo mensaje alguno dirigido a mi prójimo.

Con todo, estoy sinceramente convencido de lo que dicta mi estrella: soy un hombre destinado a mandar.

Ya sé que a muchos les gustaría mandar, que el deseo de una parcelita de poder es motivo dominante de muchas vidas, si no de todas. Pero éste no es mi caso, yo no quiero mandar, vivo muy tranquilo haciéndome estas reflexiones o despistando el alma con unas botellas rodeado de mis amigos. (Aunque no me angustio por ello, sé que nunca nadie me exigirá que mande). En realidad, hay gran diferencia entre querer mandar y saberse destinado al mando; es más, querer el mando viene a ser síntoma de no estar destinado a mandar. Hablo del destino, de una determinación no querida del carácter, de una necesidad involuntaria, de algo impreso en el fondo de uno que nada tiene que ver con el deseo.

El Cometa ponía aquí de manifiesto la ambigüedad entre el carisma y el poder. En efecto, para llegar a mandar es preciso desearlo. Pero para saber mandar es preciso no desearlo, de lo cual se infiere una irresoluble paradoja que explicaría gran parte de la vida política y social, si no toda. En el texto demostraba también ser consciente de la autoridad moral de la que le investían los demás, pese a que se negara a utilizarla para algo que le fuera particularmente útil. Lot anotó mentalmente: «Autoridad moral concedida por los demás», y ahí se le abrió una nueva vía de investigación.

Ya desde niño, su grupo de amigos tenía tendencia a convertirlo en consejero o en salvador, a obedecerle en momentos críticos, que eran muchos, porque en aquella época lo más inofensivo que hacían las criaturas salvajes era tenderse en la vía hasta que el tren estaba a punto de pasar para ver quién resistía más tiempo a punto de ser arrollado y, en general, discurrían y llevaban a cabo un montón de barbaridades que hoy en día nos pondrían los pelos de punta. También en su propia familia era requerido a menudo para dirimir conflictos, especialmente entre su madre y su tía paterna, a quien le

entusiasmaba la polémica, lo que le colocaba a menudo en una situación de arbitrar que normalmente le desagradaba. «Yo las albondiguillas las hago a la bilbaína, siempre les pongo una zanahoria picada», decía, por ejemplo, la tía Goldameier. «Pues yo no. Les pongo cebolla, ajo y perejil, pero zanahoria, ¡jamás!», replicaba su madre. Entonces, los ojos de ambas mujeres convergían inevitablemente en él: «¿No es verdad que las albondiguillas quedan mucho mejor si les añades una zanahoria picada?», decía su tía, atravesándole con sus negros y picaros ojos. «Yo es que albondiguillas nunca hago», aseguraba él con vehemencia, tratando de evitar pronunciarse en favor de una de las dos. Pero su tía, más amante de la polémica, solía insistir: «De acuerdo, nunca las haces. Pero *en el caso de que tuvieras que hacerlas*, ¿a que les pondrías una zanahoria picada?».

Estas constantes interpelaciones a su arbitraje sobre las más diversas cuestiones le habían perseguido a lo largo de toda su vida. Podía ser requerido para un asunto cotidiano, como la cocina o el fútbol, podía tratarse de una discusión política con los amigos, o de una inquietud social. Pero de la misma forma que no habría soportado sacar provecho de su carisma más allá del afecto o la adhesión de los que le querían, tampoco soportaba que le explotaran las dotes mesiánicas por encargo. En ocasiones, la insistencia en apelar a su juicio o en rogarle una respuesta le contrariaba intensamente: «¡No soy el Oráculo de Delfos!», protestaba airado. «¡Cómo os gustan los oráculos!», exclamaba encendido.

Finalmente, otro texto, esta vez de Kleist, le dio a Lot la pista final para rematar las pesquisas sobre su amado concepto. Se trataba de la historia del muchacho que sale del baño y que, viéndose reflejado en el espejo en el instante en que pone un pie en el taburete, se queda extasiado ante la belleza de su propia imagen. En vano intentará reproducir el gesto, y cuantas más veces lo intente, gobernado por la vanidad y el interés, más se alejará de la gracia, hasta el punto en que:

Desde aquel día, desde aquel mismo momento, se operó en el joven una misteriosa transformación. Comenzó a pasar días enteros mirándose en el espejo; y le abandonaron sus encantos uno tras otro. Un poder invisible y misterioso pareció apresar como una red de hierro el libre discurrir de sus gestos, y cuando hubo transcurrido un año, no se podía descubrir en el joven ni siquiera una huella de su pasada hermosura…

Así, Lot comprendió que el carisma había de poseer por fuerza un substrato fundamental de gracia, lo que de nuevo lo acercaba a la etimología de la palabra: el buen carismático es gracioso. Y la gracia, paradójicamente, sólo aparece en el desinterés, en el olvido de uno mismo, cuando no se busca. Por el contrario cuando se busca, aparece la afectación, enemiga mortal de la gracia. «Cero afectación», anotó Lot en su libreta imaginaria. De modo que si la gracia nunca surgía por encargo ni de un modo premeditado, sólo podía surgir por accidente. «Accidente, imprevisibilidad», anotó Lot. Una noción importante: la personalidad del Cometa estaba indisociablemente unida a la imprevisibilidad. Una imprevisibilidad, por cierto, difícil de definir.

El Cometa era un hombre de palabra de honor y de puntualidad británica. Uno de esos hombres en los que la palabra dada es acción. Detestaba improvisar y sus rutinas eran precisas. Paradójicamente, podía alterarlas en cualquier instante: por su carácter temperamental, por su franqueza demoledora —que lo hacía incapaz de callarse si veía al emperador desnudo—, por su absoluta inmersión en el momento presente, que lo hacía estar en lo que estaba sin horarios ni límites que pudieran disuadirle, por sus enamoramientos instantáneos y exaltados. A la pesadez del intelectual académico, él oponía su ligereza alada. Al arrastre melódico, sus *pizzicatos* picantes. A las frases mil veces oídas, oponía las suyas, que, como la nota negra al final de las frases de Mozart, a menudo contenían una sorpresa, chispa inesperada, ¡*flips*!, imposible de prever.

Intensamente entregado al presente, en un *suquet* o en un bacalao al pilpil, en una clase o en una salida al mar, en una discusión o en un himno revolucionario se podía dejar media salud.

¿Cómo podía el interlocutor permanecer indiferente, viéndole tan vulnerable a la belleza, a la pasión, a la compasión? ¿Cómo podía no comprender que si le atrapaba una frase musical de infinita belleza, o un amigo que necesitaba hablarle, o una causa que él considerara justa, el tiempo dejaba de existir para él? ¿Cómo podía quien estaba a su lado no envidiar estos instantes de éxtasis en que, como sugiere la etimología, salía de su posición (*stasis*), no a la manera de ella, soñadora atrapada por el futuro, sino a la manera del extático para quien el pasado y el porvenir quedan completamente borrados?

Un hombre así, como es natural, nunca pertenece del todo a su familia, ni a su mujer, ni a nadie. Y esto era un reto extraordinario para Lot, porque convertía la espera diaria del Cometa en una especie de aventura. Puesto que el instante extático, verdadero sucedáneo de la inalcanzable eternidad, podía de pronto alejarlo de su rutina, verle llegar a casa provocaba en ella una alegría siempre desproporcionada al tiempo que había estado fuera (unas horas a lo sumo). Tanto si venía del trabajo, de una comida, de comprar pescado o del bar, Lot se había habituado a recibirle como si viniera de la selva o como si llegara de la guerra. Había en él algo evanescente y vaporoso, como si estuviera recubierto de la precariedad de las cosas preciosas y efímeras. «Eres el hombre mejor recibido de la comarca», le decía a menudo ella, que sólo se sentía plenamente serena cuando le abrazaba.

Se necesitaban. Mucho. De un modo algo neurasténico, seguro. Él la llamaba si se iba a retrasar diez minutos. Ella le esperaba como si no fuera a volver. Y cuando llegaba, él se reía cuando la veía a través del cristal de la casa de las tres puertas bajar las escaleras a toda velocidad y luego saltar de alegría enloquecida. Las llegadas de él, especialmente en la casa de la ciudad de la niebla, se habían convertido en un hábito festivo que heredó su hija. Ella también se acostumbró a saltar. Él (a quien jamás nadie vio saltar) parecía feliz de ver a través de la puerta a dos mujeres saltarinas que se abalanzaban a abrazarle. Pasaban los años y el sonido de la llave en la puerta del jardín seguía siendo el sonido más deseado, el más hermoso que Lot había oído en su vida. «Que nunca, nunca, nunca deje de oírlo», pedía por las noches. Y sentía que pedía un imposible, como cuando era pequeña y pedía al Niño Jesús

recuperar cosas irrecuperables.

Y es que el miedo a perderle crecía día a día. Corría paralelo a su afán por explorar y anotar los ingredientes de la fórmula secreta, como si confiara en que, si algún día él desaparecía (ella nunca consideraba la posibilidad de desaparecer antes que él), podría llegar a reproducir unos cuantos Cometas de laboratorio para hacer felices a unas cuantas Lots. Creía en esta cocina-laboratorio de una manera vaga, como de pequeña había creído en el cielo. Por eso anotaba los ingredientes, pero mientras tanto (por si acaso la cocina, como el cielo, acababa por resultar un timo) se dejaba llevar por la alegría más intensa cuando escuchaba, hacia las diez de la noche, chirriar la puerta del jardín. Y con el tiempo se fue creando una necesidad tan grande de aquel sonido que, una vez, él quiso poner aceite en las bisagras y ella le pidió que no lo hiciera.

B4. Cosas que dice la gente

En las semanas posteriores a su muerte, llegan a mis oídos un buen número de frases pintorescas. Estoy en la fiesta de entrega de unos premios. Se me acerca una conocida y, al decirme que se ha enterado del fallecimiento, entre emocionada y alborozada, exclama: «Es el tipo de cosas que una siempre piensa que sólo les pasan a los demás, ¿verdad?».

Pues no. «Óyeme bien, tarambana: yo en cambio siempre he pensado que es el tipo de cosas que podían pasarme precisamente a mí». Eso diría. También podría decir: «¿Nunca te han contado, en tu ya larga vida, que la muerte es la única certeza que te espera, infinitamente más segura que la cita que tienes el miércoles para depilarte?». Pero no digo nada. Convencerla de que no es inmortal me llevaría mucho tiempo. ¿Y para qué?

Además, sé disfrutar de los comentarios. Los que me dejan de piedra son mis preferidos. Todo lo que me deja de piedra me gusta, y ahora más, si cabe. Otro ejemplo: el día siguiente del viernes fatídico, una vecina muy decidida asoma la cabeza por la puerta de la cocina y, exactamente en el mismo tono que usaría para preguntar si me falta detergente para la lavadora, inquiere: «¿Ya tenéis libros para afrontar la muerte?». Pienso: «¡Jesús, si en esta casa no hay otra cosa más que eso!». Pero no, ella no habla de Shakespeare ni de Coetzee, no habla de Spinoza ni de Schopenhauer ni de Montaigne. No habla de poesía, ni de ficción, ni de filosofía. Ella se refiere a los libros de autoayuda, ese tipo de libros de los que se ha extraído lo que es propio del pensamiento (es decir, el pensamiento mismo) para reducirlo a unas fórmulas para «encajar la muerte». O para encajar lo que sea.

Más funesto resulta el comentario del jardinero. Al día siguiente de su muerte, cuando le pedimos que siguiera viniendo de vez en cuando a mantener el jardín, dice: «Si le parece, lo que ya no haré

es plantar flores. Total, *¿pa qué*?».

A mi alrededor, compruebo día a día cómo nos desarma la tragedia de nuestro interlocutor. Naturalmente, hablo de «la gente», no de los amigos. Los amigos siempre saben cómo hablar o cómo callar, los amigos están un poco o bastante en el mismo barco que tú. Hablo ahora de la gente más o menos conocida, de los vecinos, de los primos lejanos. En general, la gente es muy amable. Incluso cuando olvidan serlo, lo son. Tratan de decir cuatro palabras que saben inútiles, conscientes de que es vano ofrecer una tirita cuando la sangre mana a borbotones. Y pese a la desproporción, a mí me encantan las palabras. Me distraen. Son formidables, las palabras. Las prefiero mil veces a los silencios, aunque haya silencios tan explícitos y demoledores… Pero yo prefiero las palabras. Las saboreo con delectación, y tanto si me producen perplejidad como si me hacen reflexionar seriamente, tanto si me hacen reír como si me hacen llorar, tanto si me dejan estupefacta como si me dejan en vilo, las agradezco, las saboreo, las amo. Incluso en estas ocasiones, en que tan a menudo recurrimos a los tópicos, me gusta escuchar cómo cada cual los utiliza. Las palabras se autorregeneran, se reproducen, se fertilizan y nos fertilizan. Entre todas las que recibo no hay palabras inútiles, no hay palabras anodinas: me interesan todas, todas llegan a algún destino.

Y vive Dios que hay comentarios dignos de figurar en una antología de las condolencias. Empecemos por los tópicos. Uno de los tópicos de las condolencias es la edad del finado. Si el finado es mayor, pongamos más de setenta, la gente opina que hay un motivo de consuelo: el finado ha completado una vida que se ha acabado en un punto razonable. A veces, los vivos de mayor edad que el finado, no lo ven de ese modo: «Era muy joven», dicen, si por ejemplo el finado tiene setenta y ocho y ellos ochenta y cinco. Porque claro, una vida nunca está hecha. Ni tampoco por hacer. Él era demasiado viejo para morir joven, y demasiado joven para morir viejo. De lo que se deduce que acaso murió a la edad ideal, puesto que no hay edad ideal para morir: todas son buenas, todas son malas.

Otro comentario tópico es el que se refiere a la belleza o a la

bondad del tipo de muerte. La mayoría opina que ha sido hermosa. «Ha sido una muy buena muerte», dicen algunos. «¡No dudes que es la que él habría deseado!», dicen otros (pero él nunca se pronunció al respecto, nunca concretó, con esa manía que tenía de resistirse a elegir entre cosas que no se pueden elegir). Sin embargo, es cierto que nos gusta pensar, como si existiera un amplio catálogo de muertes, si nos gustaría morir aquí o allá, así o asá. De modo que este tema se suscita a menudo, después de una muerte: «¿Ha sido buena?», «¿no ha sido buena?». Alguien me insiste: «Ahora no lo valoras, pero ¡lo valorarás más adelante!». Bueno, de momento no puedo valorarlo, todavía.

En estos casos, es también usual que los interlocutores te ayuden a desmontar los perversos condicionales compuestos: cada vez que dices «si hubiera hecho», «si hubiéramos sabido» o «si hubiéramos pensado», alguien opone una frase reconfortante que dice exactamente lo que quieres oír. Si dices que no soportas la idea de no haberte puesto como una fiera para obligarle a ir al hospital, alguien te replica que ponerse como una fiera no es lo ideal para alguien que está al borde del infarto (y tú te quedas aliviada, porque imagínate que tiene el infarto después de haberte visto hecha una fiera en lugar de después de cogerle la mano, ir a buscarle una pastilla y dormirte a su lado mientras él ve una película de John Wayne). Si dices que ojalá se hubiera hecho un electrocardiograma aquella misma tarde, alguien te explica que un tío suyo, justo después de hacerse un electro que salió perfecto, cayó fulminado al bajar las escaleras de la clínica (y tú te quedas aliviada, porque siempre es mejor morir descansando en la cama en que naciste que rodando por la escalera de una clínica). Si dices que ojalá hubieras previsto esta posibilidad, tú que lo preveías todo para él, y que nunca te perdonarás no haber tenido en el botiquín una ampolla de nitroglicerina, alguien te dice que su padre pinchó a su abuelo nitroglicerina directa al corazón tras el primer síntoma de infarto y que, pese a ello, murió en sus brazos (y tú te sientes aliviada por la muerte de un abuelo hace cincuenta años, porque traduces que si hubieras pinchado nitroglicerina directa al corazón no le habría hecho efecto alguno). Si dices que ojalá el primer día que notó el dolor, hace semanas, los médicos hubieran acertado con el diagnóstico, alguien te replica que hay infartos que mucho antes

del coma son irrecuperables, como el caso de un hermano de no sé quién que entró con un pequeño dolor en el brazo y se quedó un mes ingresado para acabar muriendo de todas formas, pero con retraso (y tú te sientes aliviada porque en lugar de pasar el verano en un hospital conociendo la condena, lo habéis pasado en Córcega y en Ávila apilando hermosos recuerdos). Y, finalmente (éste es un clásico), si dices que ojalá se hubiera salvado, siempre hay alguien que replica que podría haberse quedado en una silla de ruedas.

Y tú, claro, te sientes momentáneamente aliviada, cuando la verdad es que habría sido la excusa perfecta para no andar, cosa que detestaba a no ser que anduviera buscando setas, pescando en el río, o haciendo algo que tuviera que ver con un placer que no fuera estrictamente deportivo.

Pero es distraído escuchar. Mientras escuchas, la Bestia que de vez en cuando te da una dentellada en las entrañas está entretenida. Mientras hablas, la Bestia pierde fuerza, el tiempo pasa. Escuchas y hablas, repites y te repiten lo mismo, desgastas las imágenes más insoportables. Y, finalmente, con estas argucias domésticas, consigues deslucir el dolor, de tanto roce.

Aparte de esgrimir tópicos, es muy habitual, también, establecer comparaciones. Por lo general, el objetivo es ofrecer el consuelo solidario de «a mí también me ocurrió». «Yo perdí a mi padre hace poco», me dice una muchacha y, con delicadeza, se apresura a añadir entre paréntesis: «Claro que no es comparable». Otra me dice: «Tengo una amiga que perdió a un hijo», y a continuación añade: «Que dicen que es lo peor». Por lo visto hay un concurso donde la pérdida de un hijo puntúa un diez y la de un padre, un seis. Sin embargo, conozco a personas que han experimentado un dolor más intenso a la muerte de un padre que a la de un hijo. ¿Alguien osa afirmar que hay algo anómalo en el dolor de esta persona? No sé qué es comparable cuando se trata de dolor. Sin duda la muerte de un hijo es una experiencia atroz. Pero los infiernos de cada cual son pozos insondables, ¿quién se atreve a hacerlos objeto de clasificación?

Y, sin embargo, hay un esquema del duelo al que, en cierto modo, te obligan a ajustarte. Si al cabo de dos días te ven riendo a carcajada limpia, los que están a tu alrededor pensarán que lo haces para hacerles sentir bien, o que es una postura artificial, o que has

perdido el juicio. Ahora bien, si al cabo de diez años lloras a tu amado como si hubiera muerto hace cuatro días, nadie se acordará ni siquiera de que te sucedió algo. De hecho, no es necesario esperar diez años. Al cabo de seis meses, hablo con una conocida que estuvo muy atenta tras la muerte de él, y cuando me pregunta cómo estoy y le digo que mejor, me dice: «¿Has estado enferma?». Desde fuera, el duelo de los demás pasa a un ritmo muy distinto. Cuando pierdes a alguien muy querido, pasan cosas extrañas, imprevisibles, intransferibles. Los comentarios que escuchas a tu alrededor dan idea del abismo que se abre entre el duelo de los demás y el tuyo.

Con todo, me gustan más estas frases frescas, recién cortadas, que las frases insípidas de los libros llamados de autoayuda que por primera vez hojeo. Y es que algunos conocidos (que no me conocen lo suficiente) me los hacen llegar con la mejor de sus intenciones. Incluso yo misma, en mi estado de ofuscación, me acerco a comprar un par de ellos, también con la mejor de mis intenciones, también con cierta esperanza y, sobre todo, con el consabido objetivo de matar el tiempo. Pero, en general, me disgustan. Me asquea la idea de «superación» que contienen. «¡Tú puedes!» es su lema básico. Joder, ya sé que puedo, pero el problema es si quiero. En todo caso, mi decisión está tomada: no tengo la menor intención de superar nada de nada. No de la forma que me proponen. Quiero incorporar, no superar. Nada de superación.

Paso página, por si hay algo más interesante. Ah, mira… «Tendrás ganas de morirte, pensarás en el suicidio. Querrás desaparecer». Bueno, eso se ajusta bastante a lo que siento. Pero a continuación, leo: «No te inquietes. Es normal». ¿Cómo? ¿Me están diciendo que me preocupe por mi «normalidad»? ¿Es normal que a alguien que acaba de perder al ser amado le preocupe si los deseos de morir que siente son normales o anormales? No doy crédito. Mi amiga asesora de lecturas me recrimina estos deslices. «Para eso es preferible que te leas una tragedia griega», me dice. Al día siguiente me trae una película para matar el tiempo por la noche. No es exactamente una tragedia griega. Es *Dublineses*, de John Huston.

Entre las frases que voy recolectando no todo son tópicos, frases

pintorescas, condolencias convencionales o libros de autoayuda. Las hay que se salen del tópico, por una u otra razón. Por ejemplo, las de los poetas. Es propio de los poetas salirse del tópico, como también es propio de ellos manifestar su sensibilidad en estas ocasiones. Poetas no faltaban a nuestro alrededor, y ahora les nacen palabras que se extienden como estrellas en el firmamento, versos donde hablan de orgías báquicas y de mares anárquicos, de potros indomables y de primaveras que fertilizan todos los orificios, de Beowulf y de Quijotes, de caminos circulares y de molinos…

H, compañera en el trabajo y en las letras, me escribe y me regala un recuerdo. «Corría el año 1987, nadie sabía que estabais juntos. Os vi salir charlando animadamente y, de pronto, en un gesto muy suyo, él te rodeó el hombro con el brazo, y esto me hizo entender que os queríais». Esta imagen tan simple me conmueve a la manera de un poema. Es como cuando alguien te regala una foto que no esperabas y que te han hecho sin tú saberlo de una escena que creías irrecuperable. Me resulta curioso el paralelismo: en el 99, la muerte de mi profesor de la ciudad de la niebla me afectó profundamente. Le escribí a su mujer con una pequeña ofrenda muy parecida: una imagen de ellos que jamás se me había borrado. Era de hacía muchos años, una víspera de Navidad que les había visto pasear por la calle Mayor, cargados de paquetes, sin duda juguetes para sus hijos, hablaban animadamente y de pronto él le rodeó el hombro con el brazo y siguieron andando. No los saludé, para no interrumpir la magia del instante. Se alejaron y se perdieron enseguida entre la niebla.

Pero no todos los que se salen de los tópicos lo hacen mediante la poesía. Están, por ejemplo, los incondicionales exaltados, que se salen de los tópicos por pura devoción, que a veces se extralimitan en mi presencia, y hasta pueden acabar por conseguir efectos opuestos a los que quizá pretendían.

Seis meses después del evento, estamos comiendo unas veinte personas, la mayoría viejos amigos de él. Una amiga se levanta y brinda. A continuación, sentencia: «Reconozcámoslo. Ninguno de los que estamos en esta mesa dejará la huella que ha dejado él». Ovación y brindis. Yo, emocionada, ovaciono también. Brindo, y me dispongo a sentarme de nuevo. Pero ella repite la frase y, mirándome fijamente, me interpela: «¿Es cierto o no es cierto?». Le

sonrío en silencio, y creyendo que una sonrisa es respuesta suficiente hago ademán de sentarme, pero nadie se sienta. Ella sigue al otro extremo de la larga mesa, veinte pares de ojos están esperando mi asentimiento. Me viene a la memoria un capítulo del libro que él estaba escribiendo cuyo título es *Borrar las huellas*, y se me ocurre una posible escapatoria: «Puede que no estuviera demasiado interesado en dejar huella…», digo. Pero la incondicional entusiasta no está dispuesta a dejarlo correr, y replica: «Dejar o no dejar huella no es algo que dependa de él. Él ya puede cantar misa, la realidad es que la ha dejado y ninguno de los que estamos aquí…» (y entonces repite la frase punto por punto).

La situación se me hace insostenible. ¡Es mi hombre! Cada vez será menos mío y más de todos, pues los muertos son de quien se los apropia. Pero todavía es *mucho* mi marido, y siento una especie de pudor… Y en fin, yo bien que estoy dispuesta a no dejar tanta huella como él: por mi parte, ningún problema. Los amigos masculinos también parecen mansamente dispuestos a reconocer que no dejarán tanta huella y, conscientes de mi violenta situación, van retomando sus conversaciones. Nadie parece querer competir por la huella y espero que el tema se acabe aquí, pues, a mi izquierda estoy empezando a detectar un rictus extraño en mi compañera de mesa, que acaso sí quiera competir por la huella.

Pero no se acaba: la insistente camina directa hacia mí, dispuesta a obligarme a reconocer en privado lo que no he querido reconocer en público, y se sienta entre la del rictus y yo. Ya no tengo escapatoria, porque dos amigas se nos han unido y cuando ella repite de nuevo la frase, asienten y la corroboran, así que yo parezco la única empeñada en cuestionar su huella. La del rictus estalla de pronto y salva la situación, declarando: «Pues mira, oye: yo aún tengo esperanzas de dejar una huella importante». Las demás contraatacan, destacando los motivos por los cuales la huella de él siempre será mayor que otras huellas, y yo estallo también. Finalmente exclamo: «Vamos a ver, ¡también tenía defectos!». «Sí, claro, claro», se apresuran a asentir ellas, «no hemos dicho que no los tuviera» (y es cierto, sólo han hablado de la huella, no de los defectos). Y entonces comienzo a desgranar los defectos, y si no son lo bastante gordos los exagero un poco (como hacía él con sus defectos y con los míos), y continúo poniéndole verde. La presión

disminuye. El rictus de la que está junto a mí se suaviza algo. Ya todos parecen conformes con no dejar tanta huella.

Otros se salen de los tópicos por pura franqueza, que de pronto se les va de las manos. Pocas semanas después del día funesto, asisto a una cena como miembro de un jurado. Durante la reunión me siento agonizar, en un mundo vacío y extraño donde lo único que me acerca al mundo de él es el interesante relato que está haciendo O a propósito de las entrevistas que está realizando para su libro sobre los años de Ava Gardner en Madrid. Un miembro del jurado se acerca a darme el pésame. Me habla de una amiga suya que perdió a su compañero hace años: «La pobre nunca más hizo nada de provecho», concluye. Y pienso: «Cojonudo». Últimamente, en presencia de la gente que me habla, y por la que siento tanta gratitud, mi pensamiento se ha vuelto minimalista. Sólo pienso: «Cojonudo», o «joder», o «Jesús». Y nada más, Luego, ya volveré a pensar en ello. De momento, todo comentario es bienvenido.

Finalmente, otros se salen de los tópicos porque siempre han huido de ellos. Es el caso de N, una amiga de su familia (noventa años llenos de lucidez, una inteligencia afilada como una navaja). Acaba de llegar de México, donde vivió cuarenta años de exilio y donde ahora pasa seis meses al año. Al enterarse de su muerte me llama y, sin previo saludo, me suelta: «Lo tengo en la carpeta». «¿Cómo?», pregunto. «Sí, nena. Tengo una carpeta que lleva por título *Los que no volverán*. Ahí guardo las necrológicas de los amigos». «Me gusta el título», le digo (no deja lugar a la duda). En la carpeta tiene un par de maridos y un buen número de grandes amigos. Últimamente, su carpeta está engordando. A continuación N, que se declara roja hasta la médula, me hace saber que se siente muy orgullosa de haberlo encarpetado el mismo día exacto que a otros dos amigos suyos, Manolo Vázquez Montalbán y Juana Doña. Lo interpreta como una señal inequívoca del destino: «Tres rojos *tan personas* muertos casi a la misma hora, por fuerza ha de significar algo». «Pues a lo mejor», digo.

¿Fue rojo? No lo sé. Le recordamos denunciando los peligros y

las trampas de las ideologías, provocando a sus amigos socialistas con canciones falangistas y nazis, y a sus amigos de derechas con la Internacional, hasta el punto de que su ahijada, hija de su buen amigo ultraecologista y ultrarepublicano, acudía a su colegio ultraecologista y ultrarepublicano cantando «Despierta ya, burgués y comunista», o la hermosa «*Ich hatt' einen kameraden*» cuando tenía cuatro años, lo que podía inducir a error a algunos estrechos de miras para quienes cuenta más que la canción sea un símbolo fascista que no un himno conmovedor al camarada caído, creado ciento cincuenta años antes de la Segunda Guerra Mundial. *Camisa azul* también estaba entre sus canciones preferidas para tocar los huevos, al fin y al cabo la había cantado durante dos meses cuando, adolescente que se afirmaba ante un padre intensamente republicano, ingresó durante un breve período veraniego en unos campamentos de la Falange.

De todos modos, si lo que N insinúa es que el rojo marxista era el verdadero destino oculto de él, tal vez no ande tan desencaminada. Una semana antes de morir, abrió de pronto la puerta de la habitación donde escribo, cosa que hacía a menudo para comunicarme en persona decisiones súbitas acerca de su vida, declaraciones de amor o revelaciones especiales: «Finalmente», dijo, «al final de mi vida, sé lo que soy: soy un rojo peludo, el más rojo y peludo de todos los rojos peludos, y así quiero acabar».

Antes de colgar, N toca el tema de la edad apropiada para morir: «Cuando me veo a mí misma» (pese a su lucidez padece achaques propios de la edad) «siento envidia de los que mueren jóvenes».

Pero en cambio. ¡Virgen Santa!, todos aspiramos a la decrepitud. Trabajamos día a día con ahínco para poder llegar a esta decrepitud, al igual que los hombres trabajan tan a menudo para lograr su esclavitud. Nos esforzamos en lo posible para llegar a ser como la «pobre tía Giulia, qué aspecto tan macilento tenía cantando *Ataviada para la boda*»…

Al caer la noche veo *Dublineses*. Escucho con atención el magnífico monólogo del marido (tantos años para darse cuenta…) que, pensando en su mujer y en Michael Furey, que de joven dio la vida por ella, dice: «¡Qué pequeño papel he representado en tu vida! ¿Por qué siento este torbellino de emociones? ¿Qué las ha despertado? ¿El recorrido en el coche de punto? ¿Su indiferencia al

besarle la mano? ¿La fiesta de mis tías? ¿Mi estúpido discurso? ¿El vino, el baile, la música?… Pobre tía Giulia, qué expresión tan macilenta tenía mientras cantaba *Ataviada por la boda*. Pronto será también una sombra…».

Dice el marido: «Sí, los periódicos tienen razón. La nieve está cubriendo toda Irlanda. Cae sobre toda la oscura llanura central, sobre las colinas despobladas. Cae suavemente sobre los pantanos de Allen… Y más lejos, hacia el oeste. Cae suavemente sobre las oscuras y revueltas aguas del Shannon… Uno a uno, todos nos convertiremos en sombras».

Dice el marido: «Es mejor pasar a ese otro mundo impúdicamente, en la plena euforia de una pasión, que irse apagando y marchitarse tristemente con la edad. ¿Cuánto tiempo has guardado en tu corazón la imagen de los ojos de tu amado diciéndote que no deseaba vivir?».

Dice el marido: «Yo no he sentido nada así por ninguna mujer. Pero sé que ese sentimiento debe de ser amor. Piensa en todos los que alguna vez han vivido desde el principio de los tiempos. Y en mí, transeúnte como ellos, fluctuando también hacia su mundo gris, como todo lo que me rodea. Este mismo sólido mundo, en el que ellos se criaron y vivieron, se desmorona y se disuelve».

Dice el marido: «Cae la nieve, cae sobre este solitario cementerio en el que Michael Furey yace enterrado, cae lánguidamente en todo el universo, y lánguidamente cae como en el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos, y sobre los muertos».

Eso dice.

A5. Musas y contramusas

Las palabras les entusiasmaban. De manera distinta a uno y a otra.

Entre ambos, como suele pasar en toda comunicación de pareja, había de vez en cuando errores y malentendidos. El rigor del Cometa a la hora de dialogar, que tanto agradecían otros, resultaba extenuante las veinticuatro horas del día para Lot. A ella le gustaba lanzar las palabras un poco a lo tonto, y clasificarlas después de haberlas soltado. A menudo su modo de hablar recordaba la expeditiva actitud atribuida a aquel enviado del Papa que cuando se disponía a exterminar a los cátaros ordenó: «Quemadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos». Del mismo modo, abusivamente, Lot decía lo que le pasaba por la mente, con la esperanza de que el Cometa seleccionara lo que más le convenía o separara el grano de la paja. Por eso escribía: escribiendo, aspiraba a hacer la selección que era incapaz de hacer hablando.

Por su parte él, en lugar de escucharla, prefería leerla. Y, si tenía que escucharla, prefería los monólogos. Le encantaba que ella le narrara historias. Cualquier historia. Incluso las malas películas que él no habría soportado ver le gustaban si ella se las contaba. O las historias mil veces repetidas. A menudo, él le pedía que le hablara para tranquilizarle, o para entretenerle mientras conducía. También para dormirle, honor que ella compartía con José María García, *El Butanito*, que en la radio de aquellos años el Cometa escuchaba hacia la medianoche. Le bastaba escuchar una sola palabra de aquel hombre para quedarse frito, de modo que cuando el programa desapareció, nunca más volvió a conciliar el sueño con facilidad.

En cuanto a ella, le gustaba más que nada en el mundo escuchar el discurso tempestuoso, contundente, imprevisible de él. Y, en definitiva, puede decirse que ambos se comunicaban con un grado de perfección que Lot no había conocido antes con hombre alguno,

siempre y cuando evitaran el diálogo.

Claro está que las exigencias de él respecto al diálogo no eran ni mucho menos corrientes. Entendía el diálogo a la manera socrática, como una fina mayéutica muy alejada del típico ponerse a discutir sin ton ni son que en general se practica. Conseguía imponer este rigor a los amigos, a los alumnos…

Pero a Lot… Lot no respetaba nada cuando se trataba de llevar el agua a su molino. Esto irritaba al Cometa profundamente. Detestaba la manera femenina de utilizar los sofismas, el empecinamiento y las estratagemas que ella usaba a menudo al inicio de su relación. Se saltaba la lógica más elemental con todo tipo de argucias, él las desarmaba con habilidad, pero de inmediato ella se rearmaba sin reglas, sin prudencia, y finalmente el motivo que había originado la discusión acababa por resultar irrelevante: era el fracaso del diálogo lo que a él le molestaba de veras: «¡El *logos*, el *logos*, qué manera de despedazar el *logos*! ¡Con qué facilidad enviáis el *logos* a tomar por el culo, señora!», se exasperaba. A menudo utilizaba la segunda persona del plural, que era a veces un plural mayestático para compensar un poco la violencia de su ataque, y otras veces equivalía a un «vosotros» indefinido en el que Lot se sentía confortablemente incluida, mezclada con un montón de gente que intercambiaba soliloquios sin rigor alguno, con quienes podía compartir la responsabilidad de haber fulminado el *logos* una vez más.

«¡Está decidido!», dijo un día mientras conducía. «No dialogaremos más. De hecho, una pareja no tiene por qué dialogar, eso es una gilipollez. En adelante, si has de decirme algo, que sea por escrito. Yo también te contestaré por escrito».

Lot rompió a reír. Al cabo de un rato, cuando la discusión ya estaba olvidada, preguntó:

«¿A qué hora nos vamos el viernes?».

«Por escrito. Pregúntamelo por escrito».

Sólo el humor los salvaba de la catástrofe dialógica una y otra vez. Pero a ella, aunque el rigor metafísico la extenuaba… ¡nada le gustaba más que intentar alcanzarlo! Y nada enervaba más al Cometa que ella tratara de alcanzarlo. «Eres narradora, ¡déjalo

correr!», le decía. «¿No tienes bastante con eso? ¿Puede existir una felicidad mayor, una libertad más ilimitada que la que tenéis los narradores?». Pero ella no quería dejarlo correr. Nada en el mundo había deseado ella con mayor entusiasmo que poseer una cabeza metafísicamente privilegiada.

Sin embargo, de haber sido así, tal vez no se habrían completado tan ajustadamente el uno al otro. Porque es cierto que cada uno de ellos, en cuestión de palabras, completaba los deseos y las carencias del otro. Y del mismo modo que Lot insistía en declararse una amante enfervorizada del pensamiento riguroso, él, por su parte, afirmaba que su mayor deseo siempre había sido poseer la independencia y la soberanía que el narrador ejerce sobre el mundo que crea. En cualquier caso, él no era lo bastante obsesivo como para perderse en un mundo propio, o bien carecía de las ganas suficientes, y una historia tenía que aparecérsele con muchísima potencia para que se sintiera impulsado a contarla.

Aparte de tener por vocación, cada uno de ellos, la naturaleza del otro, se alimentaban mutuamente con sus respectivas capacidades. A ella, en tanto que narradora, le era fundamental el rigor de él. Bebía de las fuentes de su pensamiento, y estaba convencida de que no habría escrito de no haberle conocido, no porque le faltara imaginación, sino porque necesitaba ponerle límites, fronteras y organización. El Cometa le ordenaba el pensamiento disparatado, cosas que ella había sospechado confusamente pero que era incapaz de expresar, las entendía de repente con una explicación de él, con una broma o con una palabra demoledora. Él le transmitió la convicción de que al escribir debía poder rendir cuentas de cada palabra, de cada punto, de cada coma. Que jamás podía escribir una frase insincera, es decir, que cada frase tenía que estar dotada de sentido, incluso aunque este sentido se le escapara. Al fin y al cabo, es sabido que el narrador no tiene por qué dominar todos los resortes de su historia.

Así que cuando se instalaron ambos en la vida diurna, ella empezó a escribir. Él, curiosamente, también, aunque su necesidad de escribir no era tan acusada. «Entiendo que no sientas esta necesidad apremiante», le decía ella. «Si yo pudiera satisfacer a un auditorio como lo haces tú, si me acompañara la contundencia del gesto, de la voz, de la mirada, si tuviera tu capacidad de

improvisación, ¿qué más podría necesitar?». Cuando ella le elogiaba esta habilidad, él, en consecuencia, se dedicaba a desacreditarla: «La palabra hablada es sucia», le decía. «Está impregnada del engaño de la seducción. En cambio, la palabra escrita es limpia».

Ah… Pero eso a ella le daba igual, limpia o sucia, habría deseado poseer el don de la palabra elocuente, justa, improvisada, que las frases le fluyeran bellas y cargadas de sentido a la vez. ¡Le habría gustado tanto tejer palabras que a continuación se llevara el viento, seducir con la palabra hablada que envuelve el gesto y la mirada y las manos y la voz, siempre la voz!

Pero escribir le resultaba más fácil. Él, en cambio, a causa de su propensión a borrar y de su exigencia, se encontraba con más obstáculos para fijar de forma definitiva lo que pensaba. Siempre había tomado notas por doquier. Libretas de todas las medidas y todos los colores dejadas a medias contenían sus elucubraciones. No importaba dónde estuviera, con qué tipo de personas o en qué ambiente, era siempre a través del pensamiento hecho palabra que gozaba o hacía gozar de aquello que le llamaba la atención. Un partido. Un amigo junto a él en las gradas. Un balón que no entra. Su amigo que protesta. «¡Calla! Estoy pensando», le corta el Cometa. Al día siguiente, le entregó al amigo un texto singular sobre la geometría del gol. Llevaba por título «Los tres palos». Era uno más de esos textos sin continuidad que había escrito a lo largo de toda su vida.

Y luego, un día, empezó a escribir con un proyecto más preciso. Coincidió con el hecho de empezar a convivir con ella. Aproximadamente, ambos comenzaron a escribir por las mismas fechas. Ella escribía historias: primero una, después otra, luego la siguiente. Él inició una farmacia de palabras, siempre la misma. Pequeña tela de Penélope que parecía no tener fin, escribía mucho y borraba mucho más. Un tema unificaba aquellas páginas: el olvido y sus virtudes, el olvido sin el cual nos sería imposible vivir.

Año tras año, el Cometa se levantaba a las cinco (nunca había necesitado dormir más de cuatro o cinco horas) y se sumergía en el té o el café y en el humo, leía un buen rato y luego se ponía a escribir. En aquellas horas en que aún reinaba la oscuridad, escribía y borraba. La farmacia de palabras que pretendía construir se convirtió en el libro eterno, el libro que siempre estaba escribiendo,

el libro que nunca daba por acabado. Suprimía mucho. Despreciaba textos que a ella le parecían valiosos. Muchas cosas a las que él andaba dando vueltas durante un tiempo a ella le servían de inspiración. Al fin y al cabo, él siempre había sido, para ella, una musa.

Ella tenía también la pretensión de haberle inspirado algunas interesantes reflexiones. De hecho, a veces pensaba que, si no era su musa, sí era al menos su contramusa. Las contramusas son a menudo tan eficaces como las musas, si no más. Las contramusas son aquellas personas que con su actitud te inflaman el pensamiento, y ya se sabe que toda inflamación genera una respuesta inmunológica que crea montones de anticuerpos y otras biomoléculas activas. Para el Cometa contemplar la manera que Lot tenía de enfrentarse con el futuro era una fuente de inspiración *a contrario*. Verla constantemente proyectando le resultaba extraño, casi incomprensible. Los excesos de su actividad voraginosa (siempre hacia delante, siempre viviendo con anticipación) sin duda distaban enormemente de lo que él deseaba para sí mismo: un presente vivido extrayendo de cada detalle la máxima riqueza, una vida contemplativa centrada en el instante preciso. De eso hablaba mucho en su libro eterno. Y ella estaba convencida de que algo tenía que ver en ello. O eso esperaba.

En septiembre del 2003, le dijo a Lot: «Ya está. Sólo he de rematar algunas cosas. Te lo voy a regalar en noviembre, en tu cumpleaños». Lot se extrañó al escuchar una promesa de este tipo, no era su estilo planear el futuro con tanta anticipación. Sabía, por otro lado, que era el mejor regalo que a ella podía hacerle. Después, empezó el curso, comenzó el dolor, dio comienzo el otoño que, como cada año, los atropellaba con sus múltiples exigencias, y al cabo de unos días él le dijo: «Quizá te lo regale por Navidad». Ella sonrió. Le había tomado tanto gusto a esta obra que nunca se acababa, que ya no sabía si deseaba que acabara algún día. Y el mismo hecho de que él no la acabara nunca (por pudor, por autoexigencia, por una cierta propensión a malograr su talento) le confería un valor añadido en este mundo tan repleto de cosas acabadas y falsas, de obras hechas a toda prisa y de ideas huecas

vendidas a precio de oro.

A comienzos de octubre le dijo: «Ahora ya es seguro que por Navidad estará acabado». Lot casi sintió pena. Se le hacía tan raro que lo acabara que casi deseó que encontrara alguna excusa para no terminarlo.

B5. Atravesar el día

Han pasado seis meses, siete, ocho. Parecen años. Minutos dilatados, hinchados, abotargados, que evolucionan despacio hacia el minuto siguiente. Y claro, algunas cosas empiezan a cambiar. Algunas obsesiones se van diluyendo, o empiezan a aburrir, porque lo de ser propensa al aburrimiento tiene sus inconvenientes, pero también sus ventajas.

Las crisis más agudas de desesperación también se van espaciando. La Bestia me concede largas pausas para respirar. Pero nunca hay que estar desprevenido con ella. De hecho, cuando una tiene la sensación de que podría comenzar cierta normalidad, es justo el momento en que no se debe bajar la guardia: mientras te despistas siendo un poco feliz, la Bestia aprovecha la tregua para afilar todos sus puñales. Y entonces se te abalanza con una ferocidad implacable y te encuentra desarmada. Así es que la mantengo a distancia. Mi truco es no hacer nada para enmascarar el sufrimiento. Nada para despistarlo. Mantener una presencia constante de aquello que me falta. De todo él. ¿Hay algún motivo para sacar la ropa de su armario? No. Cuando necesite más espacio, como no protestará, su espacio disminuirá. Pero ¿hay algún motivo para sacarla *ahora*? ¿No basta con que se haya ido el cuerpo, debo además ahuyentar sus cosas? Me resulta incomprensible tal idea. Así que convivo constantemente con ellas, de modo que se me hacen cotidianas y no me provocan sufrimiento. Y así, sin apenas darme cuenta, genero una continuidad de su presencia, que se incorpora a la casa como el aire que en ella se respira. A veces tengo la impresión de haber hecho con él cosas recientes, y cuando compruebo las fechas, caigo en la cuenta de que las he hecho sola, que él ya no estaba.

Los «si hubiéramos sabido» empiezan también a perder sentido, así como las obsesiones por los «signos premonitorios». En esta

historia, los hechos y los signos han confeccionado un dibujo que es difícil no contemplar con cierto asombro. Me refiero a esas coincidencias que Paul Auster denomina «patrones»: dibujos del destino que presentan formas tan regulares que parecen responder a un misterioso designio, y que por más que una no desee ver en ellos más que el fruto del puro azar, hay que reconocer que resultan chocantes.

Es chocante que mi hija haya perdido el padre a la misma edad que yo. Es chocante que pasáramos el último domingo en casa de unos amigos hablando del toque de muertos, porque él se negaba a suprimir «tocar a muerto» de una traducción que me había hecho de «Los alegres funerales de los parientes de Burdeos». Yo le sugería «tocar a difuntos», él opinaba que esta expresión era una mariconada, así que lo sometimos a votación en casa de nuestros amigos, que, como era habitual, le dieron la razón. Es chocante que el viernes de los hechos yo comprara un libro de Coetzee titulado *Desgracia*. Pero fácil de explicar, puesto que alguien en quien confío lo había recomendado por la mañana en la radio. De todas formas, nunca compro libros que me recomiendan y, en cambio, compré éste. Tampoco el crítico que lo recomendó habla cada día de libros que se titulen *Desgracia*. Es chocante que, después de trabajar durante quince años en su libro, asegurara a principios de octubre que estaba prácticamente acabado. Es chocante que aquel regalo que me prometió no haya sido un regalo, sino una herencia. Y es curioso que en su libro hable tanto de la muerte, aunque fácil de explicar. Es curioso también que el último verano dijera: «¡El último baño de mi vida!», en Córcega. Pero fácil de traducir a una de sus bromas, sobre todo si tenemos en cuenta que llevaba muchos años sin nadar y que, por lo tanto, podía considerar que no volvería a hacerlo. También resulta chocante que, teniendo en cuenta que nunca leíamos lo mismo, el último verano releyéramos *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez y *La despedida* de Kundera, pero fácil de explicar porque se nos acabó inesperadamente la lectura y en el quiosco del pueblo los dos únicos libros de bolsillo que encontramos a nuestro gusto fueron éstos. De todas formas, él también leyó *Lawrence de Arabia*, aunque solo, y yo otros libros que no recuerdo, sola.

Chocante sí es. Pero a la vez, ¿qué tiene de extraordinario que

presintamos la muerte? De hecho, lo raro es que no estemos pensando en ella todo el tiempo. También es muy posible que sepamos cosas que no sabemos que sabemos o que, como en «La carta robada», de Poe, algunas cosas no las veamos porque, cegados por lo que nos rodea, somos incapaces de ver lo que tenemos ante las narices y que debería llamarnos poderosamente la atención. De modo que no soy partidaria de buscar explicaciones a los patrones: al fin y al cabo, ¿por qué los acontecimientos de nuestro destino no pueden responder a patrones más o menos ordenados, como lo hace la naturaleza, que crea formas basadas en patrones sorprendentemente regulares?

Y, pese a todo, al comienzo me asombraban tantas coincidencias. Y aunque no buscaba interpretaciones, me parecían sorprendentes, como me lo parecen los cultivos de cereales del condado de Wiltshire y las composiciones increíblemente simétricas que acaso el viento, o no se sabe qué o quién, dibuja en los campos.

Los actos cotidianos evolucionan también hacia vías menos dolorosas, no porque el tiempo pase, sino porque el paso del tiempo va acompañado de múltiples e infinitas repeticiones de los actos dolorosos. Por primera vez he acudido a cenas a las que solía asistir con él. O he acudido a cenas a las que nunca me acompañaba, y él no me esperaba en casa, para jugar juntos, como solíamos hacer, a que el relato de la cena fuera más interesante que la cena misma. También he vuelto dos o tres veces a la casa de las tres puertas. Volver a las casas es terrible. Sobre todo, cuando las visitas son poco frecuentes.

Por lo que se refiere a la intensidad de las fotos, va menguando, tal como me temía. Por eso siempre, la niña y yo, las cambiamos, para tener fotos nuevas y verle con un nuevo gesto. Sin embargo, he guardado la voz como último recurso. Escuché un par de veces, los primeros días, una grabación en que él recitaba poemas de Rubén Darío una noche de vino y rosas. También escuché cintas que algunos alumnos habían grabado de sus clases y que luego me habían regalado o prestado. Pero enseguida guardé su voz, con la pretensión de no desgastarla, en una caja de recuerdos. Compré cajas de distintos tamaños y, con el objetivo de poder encontrar

cualquier cosa en cualquier momento de necesidad con el mínimo de búsqueda, puse en cada una de ellas los distintos recuerdos: imágenes, pequeños objetos, notas, grabaciones.

Pero hoy, ordenando una estantería, he encontrado una cinta descarriada. Con una inscripción a lápiz que reza: «Comida gaita». De inmediato me viene a la memoria una comida que hicimos con unos compañeros de trabajo, a la que unos alumnos gallegos, amantes del *jazz*, saxofonistas y gaiteros, estaban invitados. Era en casa de Mi, en Vallirana, una casa capital en nuestro proceso de enamoramiento. No llevábamos juntos mucho tiempo, tal vez un par de años. Yo estaba por entonces inscrita en un curso de postgrado de análisis del discurso oral. Me interesaba mucho el análisis conversacional. El analista conversacional representa que va por el mundo grabando conversaciones y fragmentos de conversaciones para compilar material. Y gracias a eso ahora me encuentro con esta cinta, que de pronto me ofrece la esperanza de hallar lo que es para mí en estos momentos un tesoro de valor incalculable: de nuevo su voz.

Así que la escucho con atención. Durante un buen rato, oigo sólo nuestras voces. Del grupo de compañeros que entonces formábamos, casi todos se fueron a vivir a otras ciudades y apenas hemos vuelto a vernos. Pero lo que más me impresiona es el cambio en las voces: ecos lejanos de un pasado que destila una despreocupación cristalina, algo que no se percibe en absoluto en el tono de nuestras actuales conversaciones. Estamos muy acostumbrados a mirar fotografías y decir: «¡Cómo hemos cambiado!… Observa las entradas, las arrugas, las bolsas bajo los ojos, los párpados cansados…». Pero la voz, la voz es algo muy distinto. Extrañamente, preferimos guardar y remirar imágenes en lugar de guardar y reescuchar voces. Pero la voz es más viva que la imagen, evoca el gesto y la mirada y el estado de ánimo preciso.

«Comida gaita». Eran voces alegres, chispeantes, joviales… Por lo menos las nuestras, porque la de él no se escucha, se conoce que tenía el día taciturno. Durante unos minutos, anhelo una palabra suya, un carraspeo, una tos, cualquier sonido que, por diminuto que sea, yo reconoceré en el acto. Pero nada. Hablamos, reímos, hacemos ruido con los cubiertos. De pronto, una esperanza. Una amiga le llama y le reclama un bolero. Nada. Insiste la amiga: «Por

favor, un bolero». Se oye su voz lejana, impasible, que por toda respuesta pide más café. La amiga repite su petición: «Venga, hombre, por favor, un bolerito…». No hay respuesta. Y no hay bolero.

Alguien descorcha una botella de cava. Al cabo de unos minutos, habiendo renunciado a convencerle, iniciamos una discusión sobre peces: la eterna discusión acerca de la similitud entre la anchoa y el boquerón. ¿Es el mismo pez tratado de dos formas distintas? ¿Son dos peces distintos? La misma amiga que antes reclamaba el bolero se dirige a él: «¿Tú qué dices?». Por fin se oye lejana su voz: «La verdad es que no lo sé». «Pues tendremos que votar», dice la amiga. «De momento, ya tenemos aquí un voto indeciso». Y ahora sí, la voz de él adquiere potencia para replicar, indignado: «¡Cómo indeciso! ¡No estoy indeciso! ¡Estoy firmemente decidido a sostener que no lo sé!». Risas. Ruidos. Una muñeira. De nuevo el sonido de la gaita. Luego, la cinta se acaba y guardo el tesoro en la caja de las voces.

Finalmente, también comienzan a esfumarse las ideas autodestructivas y los planes de suicidio considerados más o menos seriamente. Un buen día, te dices: ¿por qué he de precipitarme? Lo que me recuerda una vez que tuve un cólico nefrítico. Al cabo de unas horas de intenso dolor, me dije: «Dejaré que el dolor discurra, como si yo no estuviera ahí. Que discurra mientras espero». No hay por qué precipitar las cosas. Ni potasio en vena, ni cabeza en el horno, ni siquiera hay por qué hacerse corresponsal de guerra. Basta con esperar. En ningún lugar he hallado esta idea tan formidablemente expresada como en mi relectura de Rulfo esta noche.

Algún día llegará la noche. En eso pensábamos. Llegará la noche y nos pondremos a descansar. Ahora se trata de cruzar el día. De atravesarlo como sea para correr del calor y del sol. Después nos detendremos. Después. Lo que tenemos que hacer por lo pronto es esfuerzo tras esfuerzo para ir deprisa detrás de tantos como nosotros y detrás de otros muchos. De eso se trata. Ya descansaremos bien cuando estemos muertos.

Esta frase de *El llano en llamas* será en adelante mi estrella polar. Es un consuelo oscuro que consuela profundamente. No todos los consuelos son luminosos, los hay que son como la sombra fresca de una alameda en un mediodía de fuego abrasador, umbríos, reparadores. Y éste es uno de ellos. Un paso tras otro, como el primer día, cuando anduve nuestra calle de punta a punta para acudir al restaurante donde comía su familia tras el funeral. Con el libro abierto, sin pasar página, pienso de pronto: «Hoy comienza el resto de mi vida». Es así como empiezan las vidas de los supervivientes. Un paso tras otro. Mecánicamente. El resto.

Los restos tienen algunas ventajas: a los restos no se les exige nada. Todo es demasiado, cualquier cosa es un regalo inesperado. El resto sólo puede llegar cuando consideras que has vivido (corto o largo) lo que más deseabas y que sólo te queda lo que en principio nunca te interesó de forma especial: no necesitabas nada más. Pero ahora, de pronto, ahí está el resto. Puedes despreciarlo o simplemente decidir atravesar el día como puedas. Paso a paso.

Cuando él murió, interrumpí el diario que había llevado desde que le conocí. Pensé que iba a continuarlo. Pero ahora comprendo que se trata de una interrupción definitiva, y esto avala lo dicho. Se trata del resto: por eso no necesito diario. A lo largo de miles de páginas sentí la necesidad de fijar cada acontecimiento de estos últimos dieciséis años, como se toman instantáneas de los momentos que crees que querrás recordar. Ahora, la vida duplicada carece de sentido. La vida que se mira al espejo, admirada de su cualidad, ya no existe. Un diario, a diferencia de una novela que se hace para destilar la vida, es más bien una crónica que trata de copiarla. Ahora, me basta con el original, no necesito copia. Por fin, nada más que el presente puro. No necesitar nada te inmuniza contra cualquier adversidad.

Inmersa en el dulce fatalismo rulfiano, siento que la serenidad tras el naufragio me invade, y me dispongo a comenzar el resto de mi vida con el optimismo que últimamente sólo me asalta por las noches, cuando de pronto una llamada intempestiva me saca de golpe de mi estado.

Ya no suena el teléfono con la asiduidad de las primeras

semanas, las llamadas también se han dispersado, y ya sólo quedan llamadas extemporáneas de algunos rezagados que acaban de saberlo o bien de personas que por estar en circunstancias especiales no han llamado antes. Es el caso del que llama esta noche. Es un vecino del pueblo en donde hemos pasado la parte más entrañable y productiva de nuestros veranos en común, cerca de Poblet. No ha llamado hasta ahora, quizá ya le bastaba con el peso de su propia historia.

A6. La puerta abierta

La mujer del vecino murió un mes antes que el Cometa. Su simpatía cristalina y cascabelera alteraba de forma agradable la paz del paisaje de olivos y de almendros donde los dos pasaban parte del verano. De camino al trabajo, cuando la vecina veía al Cometa leyendo en el jardín, asomaba la cabeza por el seto para saludarle, casi a oscuras. Se intercambiaban unas palabras y Lot, aún en la cama, se despertaba sintiendo que el mundo era perfecto y se dormía de nuevo. Después, la vecina cayó enferma. Durante siete años luchó contra la enfermedad. Murió en septiembre, y Lot y el Cometa fueron al funeral.

Solían combinar los hechos luctuosos con una compensación gastronómica, así que antes del entierro se quedaron a comer en un restaurante del Coll de Lilla donde a menudo comían los primeros años y al que no habían vuelto desde hacía tiempo. Emprendieron una larga conversación sobre la incidencia del pasado en el futuro. Momento de comunión. Después de comer, salieron a contemplar el paisaje. Él aprovechó para llamar a sus amigos de la comida del viernes. Ellos sabían que estaba en un funeral. «¿Paco?», dijo el Cometa cuando se puso su amigo. A continuación, prorrumpió en una sonora carcajada. La sorna vasca de su amigo siempre le ponía de buen humor. Lot andaba subiendo y bajando de una roca mientras él hablaba, a unos metros. «¿De qué te reías tanto?», le preguntó ella cuando hubo colgado.

«Paco, que nada más ponerse me dice: "¿Qué, ya estáis delante del fiambre?"».

Casi llorando de risa, él le suplicó: «Por favor, júrame que cuando me muera vas a decir lo mismo, o algo parecido».

Y ella, cabreada. «Por favor», insistió el Cometa, muy animado. «Júrame que dirás esto: "¡Menudo fiambre!", ¡por favor!».

«No me hace gracia», dijo ella, pero no era cierto, y finalmente

se lo juró (un mes después, ella no cumpliría el juramento, pero es fácil hacerse cargo del porqué). Le habría jurado cualquier cosa, aquel día, con tal de continuar su discurso interrumpido por la llamada. Subida a la roca, continuó perorando ante el magnífico valle soleado, se sentía tocada por la inspiración: los conceptos se le encadenaban con precisión de relojero, todo encajaba con una lógica aplastante (le pasaba a veces, tras dos copas de Priorato), todos sus razonamientos sobre el pasado perfecto e imperfecto le parecían de una claridad meridiana.

Y de pronto, él, conmovido, la abrazó y le dijo: «Ah, mi querida reina filosófica». La estrechaba muy fuerte, mientras ella seguía con su perorata. Al Cometa no le gustaban las demostraciones públicas de afecto: decía que eran propias de adolescentes o de degenerados, era extremamente pudoroso. Pero esta vez, sí. Esta vez, la abrazó y dejó reposar su cabeza contra el pecho de ella (como era alto, era siempre ella la que tenía el pecho de él contra su cara, y no al revés).

En silencio, mientras le acariciaba la nuca perfectamente amelonada bajo el suave cabello castaño, se sentía eufórica por haber sido proclamada no princesa, sino ¡directamente reina! No importaba que lo hubiera dicho con tierna ironía, lo que importaba era que, puesto que no le reconocía la *naturaleza* filosófica, al menos le reconociera la *vocación*. No estaba mal, cierto reconocimiento, dado que muchas veces, cuando se cabreaba porque ella le rompía el *logos*, él le decía: «¡Conmigo no habrías aprobado jamás!».

Gran mentira, por otro lado, puesto que el Cometa aprobaba siempre, no soportaba la condición de juez y, cuando no podía aprobar porque era imposible, hacía dos exámenes, tres, diez, hasta que el alumno aprobaba a costa de la desesperación o de la neurastenia de su profesor.

Durante un rato, aquel día espléndido, consiguieron olvidar la ceremonia fúnebre, que por otro lado no les había causado un gran impacto porque su amiga llevaba mucho tiempo en estado terminal. Así que Lot pudo sentirse plenamente feliz al constatar durante la comida que la viveza al comunicarse con él continuaba incólume.

Una alegría que se incrementó al poder pontificar subida a la roca con aquella claridad y que finalmente había llegado a la cúspide con el sorprendente abrazo y la repentina coronación. No, las rutinas que impone la vida familiar no habían minado el interés que cada uno de ellos sentía por los monólogos del otro: aún tenían de vez en cuando días de gloria, días de enamorados recientes, con largas conversaciones inagotablemente monologales. Le gustaba tener la sensación de que todavía le quedaban cosas por aprender a su lado. Al fin y al cabo, a él nada le satisfacía más, nada le conmovía más en el mundo que su vocación de maestro. Era un maestro vocacional.

Se entregaba sin medias tintas, y los alumnos le devolvían con creces la pasión que depositaba en sus actuaciones. Su capacidad de actuar nunca les dejaba indiferentes. Quizá precisamente porque no actuaba: es decir, no interpretaba los personajes, los era. «Somos muchos. Esto se ha dicho hasta la saciedad. Pero pocos actúan como si fuera cierto», escribió en su libro que nunca acababa. Era obvio que él, lo de ser muchos, se lo tomaba al pie de la letra. Incansable a la hora de desplegar su vitalidad y sus habilidades analíticas, cautivaba a los oyentes con facilidad, y aunque decía que la palabra oral es sucia, y aunque decía que estaba cansado, muy cansado de enseñar, en realidad no podía vivir sin aquellas miradas ávidas, de modo que los días en que las miradas no se encendían, se le notaba perdido como un perro vagabundo necesitado de una caricia: no estaba acostumbrado a eso.

Y sin embargo, los cambios que en aquellos últimos años se habían producido en la enseñanza le afectaron sin duda. Las cosas habían cambiado mucho. A lo largo de casi toda su carrera había vivido en un tiempo en que la enseñanza aspiraba todavía a la transmisión del saber como objetivo esencial, y no se había convertido aún en esta extraña mezcla de funciones burocráticas, presidiadas y de entretenimiento en que se ha convertido. En aquellos tiempos las relaciones que se establecían entre maestro y alumno eran otra cosa. En aquellos tiempos, que fueron casi la totalidad de su vida, el Cometa podía permitirse comenzar el curso dirigiéndose a sus alumnos para enseñarles la puerta: «Sabed que estáis todos aprobados. A partir de aquí, el que quiera venir, que venga. El que quiera irse, que se vaya con toda libertad. Siempre, en

el momento que lo deseéis, en el momento en que os aburráis, ahí tenéis la puerta». Sabía que casi ninguno saldría por la puerta, que más bien se le añadiría algún oyente. Muy a menudo las clases se prolongaban más allá del final, ni él ni sus alumnos tenían prisa.

Era su lado vanidoso: no toleraba pensar que alguien estaba con él ni un segundo por otra obligación que no fuera la devoción que sus palabras suscitaban. También en el amor era así, como si te invitara constantemente a irte, haciéndote sentir que sobrabas sólo para hacerte sentir libre, cómoda y sedienta de su presencia.

Las cosas se habían mantenido así durante años. Pero en los últimos tiempos, se declaraba fatigado de enseñar. Sentía que se iba abriendo un abismo profundo entre él y las generaciones más jóvenes. Decía que había llegado el momento de dejarlo. Que ya no le gustaba ser maestro. Decía: «Estoy harto». Decía: «Me hago viejo».

Decía: «Esto ya no me interesa». Pero una y otra vez, volvía a salir de clase como quien ha triunfado en una plaza hostil. Incluso veinticuatro horas antes de morir, Lot le oyó decir: «Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien en una clase». La tenía a las ocho de la tarde. Diez minutos antes sintió un dolor intenso en el brazo y dijo: «Quizá tenga que irme». Cinco minutos después, dijo: «Estoy perfectamente». Subió a dar la clase, y cuando salió, le dijo a ella, que le estaba esperando: «Me siento perfectamente. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien en una clase, y ellos también, lo he notado en sus ojos, lo he notado en sus ojos…». Una lágrima furtiva (de esas que Lot se quedaba mirando como un pasmarote mientras él le decía: «¡Aparta!») le hizo brillar la mirada. Nada en el mundo, aparte de los actos heroicos de las películas de John Ford, podía emocionarle más que ver cómo en la mirada de un alumno se encendía, inquieta, la llama del saber. Y no era preciso que se tratara de alumnos en el sentido estricto del término, cuando la vocación le llamaba, cualquiera que tuviera a mano le servía como alumno improvisado.

Un invierno nevó en abundancia y las comunicaciones se hicieron impracticables. Durante tres días permanecieron encerrados en casa. Al segundo día, hacia la hora del inicio de sus clases, el Cometa entró en la habitación donde ella escribía, envuelta en edredones porque hacía mucho frío y se habían

quedado sin calefacción, y bajo el pretexto de comentar el plato que pensaba preparar para la cena, comenzó su discurso, luego prosiguió, y finalmente acabó por darle una clase de dos horas, la clase que habría dado si hubiera estado ante sus alumnos aquel día, punto por punto. No importaba dónde estuviera acababa por ejercer de maestro, era su destino.

No obstante, lo que ella aprendía de él no era fruto de clase alguna: un buen día caía en la cuenta de algo gracias a él, y acto seguido procedía a investigar. Un día, por ejemplo, se dio cuenta de que él nunca se sentía en deuda con respecto a lo que recibía: afecto, invitaciones o regalos. Y, a la inversa: nunca esperaba compensación alguna por aquello que daba. Cuando ella le hizo notar su observación, él le dio algo así como un consejo: «Sólo debes dar lo que te sobra». Ella se detuvo a pensar qué le sobraba. No mucho, a decir verdad. Pero él, que daba sin pensar, que era pródigo en tiempo, en dinero, en afecto, ¿acaso andaba sobrado de todo ello? A partir de aquel día, ella empezó a poner en práctica su consejo. Y, con sorpresa, fue comprobando que, cuantas más cosas daba, más cosas le sobraban.

Otro día se dio cuenta de que, ante un interlocutor, el Cometa siempre parecía inaugurar la relación, como si cada vez le diera una nueva oportunidad. En general, cuando se nos acerca alguien a quien previamente hemos etiquetado como un pelma, tenemos tendencia a pensar: «Ya está aquí el pelma», e incluso inconscientemente le tratamos como a un pelma, no le permitimos salirse del papel que le hemos atribuido, y en consecuencia se comporta como un pelma. Cuando se nos acerca alguien que no sabe escuchar, crea en nosotros un automatismo: él no escucha y como consecuencia, nosotros no le explicaremos nada interesante, con lo que aún escuchará menos. Pues bien, el Cometa parecía no tener en cuenta este tipo de apriorismos. Y con este procedimiento, permitía al otro demostrar su inteligencia o su cretinez. Para el cretino es muy pedagógica esta actitud. Pongamos que soy un cretino: todos los que me rodean lo saben, y en cuanto me aproximo a ellos no me dejarán comportarme más que como el cretino que soy. Pero he aquí que encuentro a alguien que, como si viniera de otro planeta, me permite cierto desahogo. Y según voy dejando fluir mi natural cretinez, me voy dando cuenta de ella y, como

consecuencia, la rebajo unos grados. Cualquiera que fuese la actitud del interlocutor, éste solía sacar lo mejor que llevaba dentro en presencia del Cometa, gracias a esta falta de prejuicios con que él lo trataba.

Cuando ella se lo comentó, él dijo que esto le pasaba por su mala memoria que (ocupada sin duda en otro tipo de archivos) no archivaba nunca apriorismos sobre los demás. Nunca guardaba en su interior «la oscura flor del resentimiento» y, ante la duda, preguntaba siempre, siempre mantenía las compuertas abiertas. Así, era frecuente que en su presencia, el arrogante se mostrara humilde y el prepotente pospusiera la exhibición de su potencia. A partir de aquel día, ella empezó a practicar esta actitud. Pero no le resultaba fácil: necesitaba perder un poco de memoria para lograrlo.

En otra ocasión, se dio cuenta de qué poco le importaba lo que podríamos llamar «la opinión de los demás», de lo que solemos llamar «los conocidos». Y, en cambio, era extraordinariamente cuidadoso con la imagen que dejaba a los desconocidos, cuando era un ser anónimo en algún lugar al que ni siquiera pensara volver. Aparentemente, sólo le importaba sentirse a gusto consigo mismo, no tener nada de qué arrepentirse, llevar una vida, como él decía, «digna de ser vivida». Cuando ella se lo hizo notar, él replicó: «Prefiero ser despreciado por lo que soy que amado por lo que no soy». A ella le pareció una idea interesante. La opinión de los conocidos hacía años que no le preocupaba. El problema para ella era que tampoco le importaba la opinión de los desconocidos. A partir de aquel día, decidió que para siempre trataría de actuar como si su comportamiento lo estuvieran observando mil ojos o, por decirlo de otro modo, no hacer nada que pudiera avergonzarle contar.

Otro día se dio cuenta de que había en él una extraña mezcla de extremo pudor y de exhibicionismo extremo. Por un lado, nunca ocultaba nada: todo lo que era, si era preciso, lo aireaba a los cuatro vientos, lo que le permitía convertir debilidades en fuerzas, defectos en virtudes. Por otro lado, nunca confesaba nada: era incapaz de confesarse, lo mismo que nunca le había oído propagar una sola noticia personal, un rumor o una novedad. Cuando ella le hizo notar su observación, él respondió que de nuevo la responsable era su mala memoria: los comentarios personales, concretos, nunca

conseguía recordarlos. Por ello nunca hacía comentarios acerca de la vida de los demás, porque los olvidaba enseguida, y los demás debían de intuirlo porque a menudo le elegían como confidente. Y sin embargo, abominaba de la discreción farisaica que tan a menudo se practica. Era incapaz de hipocresía alguna, totalmente inepto para el fingimiento.

Otra vez, se dio cuenta de que nunca le había visto atemorizado ante el tipo de cosas que a ella le asustaban. Nunca le había visto amilanarse ante una discusión o ante un estallido de violencia verbal. Ciertamente, en estos casos él contaba con un arma afilada que le colocaba en condiciones de superioridad: su capacidad de improvisar con la palabra, sus andanadas difícilmente rebatibles. Pero cuando la palabra no era posible, también manifestaba este coraje: no le vio retroceder un milímetro la tarde en que un adolescente preso de un ataque de locura se le abalanzó con una barra de acero que le impactó de lleno en la clavícula. Era un tipo de coraje peculiar porque, en cambio, había cosas que le debilitaban enormemente, a menudo las más absurdas y triviales: algo para ella tan banal como entrar en un banco le resultaba a él casi imposible. Se irritaba, se impacientaba, se transformaba, sólo deseaba escapar, firmar lo primero que le pusieran ante las narices, huir. Los motivos de aquella aversión que casi llegaba a somatizar eran insondables, acaso tuvieran que ver con su peculiar problema moral con el dinero y las instituciones que lo manejan. Por fortuna, había entre él y Lot una sincronía complementaria en casi todos los campos: a ella, la neutra iluminación fluorescente de estos lugares le tranquilizaba el ardiente espíritu. Cuando ella le dijo que ambos podían intercambiar lecciones de coraje, él no manifestó interés alguno por superar sus aversiones. ¿Para qué aprender a estar a gusto en un banco? No le vio la utilidad. Era ella quien se ocupaba de los trámites burocráticos y financieros. Ella, quien se ocupaba de la vida práctica. No hacía falta duplicar esfuerzos. El coraje de él, en cambio, era más difícil de imitar. Los referentes épicos que poblaban la vida de él nunca habían hecho mella en la vida de Lot. De todas formas, no se angustiaba por ello. Enseguida dejó correr el asunto de la épica sin problema alguno: algunas enseñanzas le resultaban asequibles además de deseables, otras las dejaba correr.

De las cosas que quiso aprender de él, algunas le salieron cada

vez mejor. Otras nunca consiguió aprenderlas. Otras no le salieron bien hasta que ya nunca más le tuvo a su lado.

B6. Los inconsolables

«Yo era un ser indómito y fui domado». Quien así habla es Z, un exalumno de él que ha venido hoy a verme. Ha llegado la primavera. Fuera, el día se alarga más y más. Sentado en el sofá donde leía su amigo y maestro, se le ve incómodo, todavía. Lo conozco de haberlos visto juntos, de nada más. Él me conoce aún menos. Por lo tanto, no sabe cómo empezar esta súbita intimidad. Es alto, corpulento, tímido, extremamente educado, y empieza así, con algo de brusquedad: «Yo era un ser indómito y fui domado». Después, la historia fluye.

Es un gran tipo, Z. De una inteligencia fuera de lo común. De pequeño, dio un mordisco a un compañero en una discusión: le arrancó un cachito de oreja. Se conoce que no se adaptaba al sistema. Adolescente rebelde, violento con todo aquello que consideraba injusto, se creaba problemas a menudo. Después del asunto de la oreja, como es natural, y tras ser expulsado, pasó a ser recordado como «el alumno que se comió una oreja». Luego, tras unos años, regresó a los estudios con una disposición totalmente nueva. Ya no tenía quince años, sino diecinueve. Fue entonces cuando lo conoció. «Yo venía a sacarme un titulillo de esos que dan para poder entrar a la universidad y estudiar física. Sólo pretendía eso. Pero la vida me cambió para siempre». Él se dio cuenta enseguida de su talento poco común, y también de que era un lector voraz de literatura, de filosofía y de ciencia. Un día le preguntó si escribía.

«"¿Escribes?", me preguntó. "Algo", le contesté. La verdad es que llevaba toda mi vida haciéndolo. Entonces me dijo: "Si te apetece, me gustaría leerlo". Busqué lo mejor que tenía y traté de mejorarlo. Modifiqué adverbios y adjetivos, lo perfeccioné cuanto pude, utilicé toda mi astucia para impresionarle. Y se lo entregué».

Hace una pausa. Enciende un cigarrillo. Sonríe.

«Un par de días más tarde, me lo tiró a la cabeza: "¡Esto es una puta mierda!", me dijo. Me quedé helado. Pasaron unos días y me dijo: "¿Tienes algo más para mí?". Entonces me di cuenta. Me había dado los días justos para pensar en el asunto, ni uno menos, ni uno más. "El muy diablo sabe lo que se trae entre manos", pensé. Y desde entonces supe que podía contar con su sinceridad sin concesiones. Después nos hicimos amigos. Ya sólo había una crítica que me hacía a menudo: "Sobra rabia", me decía. "Aún sobra rabia, vigila la rabia…"».

Yo he leído cosas suyas. Es bueno el muchacho. Cosa seria. Y no sólo cuando escribe. Ha sido un alumno brillante a lo largo de sus estudios de física, que acabó hace dos años. Le pregunto si se siente solo, si se siente cómodo. Últimamente él se preocupaba por Z, se preguntaba si se adaptaría a las mezquindades del sistema académico, si malograría su excesivo talento… Y, ciertamente, observando su tipo de sensibilidad, al que se suma un gusto cultivado y un océano de talento, me pregunto qué bomba lleva en su interior: ¿cuántos escalones tendrá que bajar, de cuántas cosas bellas tendrá que abjurar, a cuántas cosas justas tendrá que renunciar? Aún es joven y tierno, y se rebela contra quienes le tratan como a un fenómeno: «Aduladores sin criterio», dice, «aunque les tenga afecto procuro prescindir de sus servicios». Se rebela también contra amigos y conocidos que «ponen cara de incomprensión y te miran como si hablaras de cosas ultramundanas cuando sólo estás haciendo referencia a cuestiones tan terrenales como la belleza, la lealtad o la amistad…».

«En definitiva», dice, «sólo me siento en comunicación con los que pasamos aquellos años por sus manos. Tengo amigos de aquella época que están completamente dentro del sistema, con hipoteca, empresa, hijos y matrimonio, quizá nunca más han vuelto a abrir un libro de filosofía, o quizá sí. Pero cuando nos miramos, sentimos que hemos aprendido algo que nos une, algo que es para siempre: a abrir los ojos».

Las palabras bellas se le hacen difíciles, porque el maestro les educó en la desmitificación de los maestros, en la convicción de que no existen los oráculos ni los pensadores irrebatibles. Pero:

«Necesitaba decir a alguien estas palabras», dice. Huérfanos ambos, alumnos domados ambos, tenemos cosas en común, él y yo. «Hubiera querido decírselas a él, pero he llegado tarde. Siempre llego tarde», añade. Yo también tuve esa sensación cuando murió un profesor muy querido hace unos años. Hasta que con el tiempo he llegado a la conclusión de que llegar tarde es parte de la gracia.

«Todo lo que hoy me has contado ¿se lo contarás a mi hija algún día?», le digo, aun sabiendo que seguramente llegará tarde él, o llegará tarde ella.

«No te quepa la menor duda», me dice, con la tímida solidez que le caracteriza.

Antes de irse, recordamos el último día que quedaron citados. Él recuerda cómo le vio llegar y yo recuerdo cómo le vi marchar. Habían quedado en algún lugar cerca de la estación. «¿Recuerdas de qué hablasteis?», le digo. «Del telescopio que le había prometido hacer para vuestra hija. Y de la luna». Y añade, antes de irse: «Durante muchos años, hablamos de filosofía y de física. Últimamente, sin embargo, sólo hablábamos de la luna».

Por la tarde, he ido a ver a una amiga nuestra. Roza los setenta, pero tiene una vitalidad envidiable. En muchos aspectos, ella fue su maestra, y de eso hablamos. Ella replica: «Sí, pero con los años, se cambiaron los papeles, y él me enseñó algo fundamental que nadie me había enseñado: a pensar el mundo. Vamos, si se puede decir que algo pienso, ese algo me lo enseñó él, sin sermones, sin discursos, sin tonterías…». Entre *whisky* y *whisky* le centellea la mirada, suspira y de pronto suelta: «Es curiosa la vida… Él me enseñó a pensar, mi marido me enseñó a querer, y el que conocí después de morir mi marido me enseñó a follar. Y, cuando ya lo sabía todo, ¡hala!».

«¿Hala?», sonrío. «¿Qué quieres decir con “hala”?».

Pero se niega a hacer una traducción, del estilo de «cuando aprendemos a vivir la vida se acaba» o algo así. Ella es expeditiva, y se limita a concluir: «No sé qué quiero decir, da igual. El asunto es que, cuando ya lo sabía todo, ¡hala!», insiste.

En fin, encontrarse con un buen maestro está bien. No siempre se da este azar, en la vida. El problema es que un día u otro se acaba el chollo. Has de empezar a apañártelas. Coger las herramientas que te ha dado, y hacerlas tuyas. Para ir tirando. O para hacer algo nuevo. Recobrar tus propias herramientas para hacer cosas distintas. Una mezcla extraña.

«Hay tantas cosas que nunca has hecho», me dice mi amiga, la del potasio en vena. Ansiosa porque rehaga un mundo propio, me dice: «¡Te queda una larga lista de cosas por explorar!». En efecto, junto a él había infinidad de cosas que no hacía ni necesitaba hacer. Pero puedo transformarme en una persona adaptable. Con una ventaja añadida: en el resto de la vida, no existen los miedos. Salvo los que se refieren a mi hija, he perdido todos los miedos. Así que estoy preparada para comenzar una vida de acción, o de novedades.

Si me pongo a pensar, hay montones de cosas que nunca he hecho y que siempre pensé que algún día sería interesante hacer: montar a caballo, cantar en un coro, cultivar hortensias, tener un perro, tomar antidepresivos, dejarme hacer masajes, conocer Nueva Inglaterra… Pero esta primavera, período de tránsito después de la explosión, es ambigua y extraña, y desigual. Empiezo por el balneario, una de las cosas que me han preparado mis buenos amigos.

En el balneario, no ha habido baño de sangre, ni mucho menos. Al contrario, he retomado posesión de mi cuerpo. Durante todo este tiempo me ha resultado extraño que al dolor interior no correspondiera un dolor físico: habría preferido sentirlo. Pero mi cuerpo, saludable, no sentía nada, aparte de las punzadas en el estómago provocadas por el propio estado mental. Se había extraviado, mi cuerpo, tal vez en el intento de seguirle a él. Ahora, de pronto, en el balneario, me encuentro dentro de un cuerpo con el que apenas contaba. Abandono la huelga de hambre. Descanso. Siento los copos de nieve que caen sobre mi piel, mientras contemplo a la niña, en la piscina, que con los niños de nuestros amigos gritan de euforia porque nieva sobre el agua caliente mientras cae la noche. Frío, caliente, caliente, frío, voy entrando en mi cuerpo despacio. Experimento literalmente, bajo los masajes y las duchas escocesas, la sensación de situarme en mi piel como si entrara en un vestido muy ceñido, lentamente, como el agua llena

un globo de muchas protuberancias, primero una, después otra, plop, plop.

Roma, en cambio, es otra cosa. Viaje doloroso, del que sin embargo me queda un recuerdo singular, intenso. Aunque nunca había visitado Roma con él, eso no importa. Porque Roma se fragmenta en mil pedacitos y se convierte en una constelación inagotable de rincones, de esquinas, de cielos, de lluvias, de céspedes, de aceras, de adoquines y de mesas de bar compartidas con él. Cae un chubasco sobre las cúpulas de Santa María Maggiore, y Roma ya no es Roma: es Salzburgo (empapados hasta los huesos, aún sin la niña, el primer bar para refugiarnos resulta ser el de un hotel, un ático de cristal desde donde vemos caer sobre los tejados de Salzburgo el aguacero sin tregua). Cae una mirada sobre una copa vacía mientras esperamos la carta, y Roma ya no es Roma, es Zúrich (en la copa hay una avispa, estamos con unos amigos esperando un tren en un restaurante junto a la estación, una amiga da la vuelta a la copa y encierra la avispa dentro para que no moleste, él se siente incómodo comiendo con la visión de la avispa encerrada en el interior de la burbuja de cristal, la libera, la amiga protesta). Cae un rayo de sol sobre unos adoquines húmedos de la plaza Navona, y Roma ya no es Roma, es Praga (un paseo tranquilo por una calle de Praga mientras renunciábamos a ver la casa de Kafka porque había seis personas en la cola). Cada rincón parece tener su correlato, evocar una referencia, y Roma se convierte en las decenas de ciudades que hemos visitado juntos y felices: nada se pierde a la hora de hacer daño. Es un dolor intenso, porque es inesperado, el que proporcionan estos espacios que irradian una imagen súbita. Y los dolores, lejos de casa, resultan especialmente peligrosos.

Sin embargo, lejos de casa no estamos: estamos con nuestros amigos: G y C, las hijas de nuestros amigos, enseñándome a enviar SMS en los jardines de Villa Borghese, las risas de los cinco tratando de manejar una bicicleta imposible y las quejas constantes de mi hija por tener que andar *tanto y tanto*, siempre con su helado en equilibrio entre los viandantes. Habría sido muy mala idea hacer un viaje solas en este momento. Pero me porto bien: me dejo querer.

Fue mi amiga Ml, con quien estamos en este viaje, quien me dijo al día siguiente de su muerte: «Sólo te pido una cosa: déjate querer». Me conoce bien, por eso lo dijo casi en tono de súplica, como si se lo dijera a un cactus o a un zarzal. Sabe que siempre me ha gustado ser yo quien más quiere y ser correspondida en la medida justa, sin agobios, ni un grado de más. Pero en aquel momento me prometí hacer todo lo posible para seguir su consejo.

A lo largo de esta primavera, he salido a menudo. Fiestas, cenas, comidas y cócteles, casi todos derivados de la actividad literaria. Los asistentes que me conocen se extrañan: «¡Si nunca ibas a ningún sitio!», exclaman. Pues claro: prefería quedarme en casa. Pero ahora es distinto. Sin exagerar, no obstante. Soy tan perezosa y estoy tan habituada a divertirme sola o a dos, que para mí salir a «divertirme» equivale a una suerte de terapia a la que me obligo y que consiste en aceptar invitaciones que antes habría rechazado. Sólo eso. Y aunque no es gran cosa, he conocido a más gente en estos meses que a lo largo de toda mi vida.

Con todo, la dureza de esta primavera no disminuye. Y eso que, aparte de él, nada me falta. Ni siquiera un más que amigo, por así decirlo. En junio me escapo clandestinamente a París con un amigo encantador, una persona que ha decidido cuidarme con una firmeza desconcertante y conmovedora. Desconcertante porque tiene otras cosas que hacer, en mi opinión más interesantes, y cuesta entender la obstinación con que se vuelca en esta relación. Conmovedora porque siempre resulta conmovedor que alguien ponga tanto empeño en cuidar de un zarzal. (Pero, *déjate querer*, me dijo Ml, a quien he nombrado asesora mayor. Y me dejo). Y sin embargo, nada puede frenar el descenso en picado de esta primavera. En París, mientras él está en una reunión de trabajo, me escapo un momento al cementerio de Montparnasse, que tengo frente al hotel, en busca de una atmósfera que me sirva de bálsamo. Me gustan los epitafios, sobre todo los que tienen alguna gracia. En una lápida, leo el siguiente: «*Il m'attendaitet je suis venue*». Es el epitafio de Marfa. Comparte tumba con su marido, muerto treinta y cinco años antes. Ella, treinta y cinco años más tarde, es enterrada bajo este epitafio. ¿Cuándo ideó Marfa esta frase? ¿Quizá a la muerte del marido, sin saber que le sobreviviría treinta y cinco años? ¿Quizá no fue ella quien tuvo la idea? Porque si fue ella, demuestra un magnífico

sentido del humor. O un optimismo a prueba de bomba. «Me esperaba y ya he llegado». Pues sí.

Hasta ahora, he tenido la impresión (aunque siempre que decimos «hasta ahora», las impresiones son engañosas) de que manejaba el duelo bastante bien. Entre otras cosas, lo vivía con calma. «Tengo toda la vida por delante para vivirlo», me decía a mí misma. «No hace falta apurar el dolor en dos días». A veces, cuando ha tocado olvidar a un amor, he tenido prisa, y la prisa ha concentrado el dolor. En este duelo, en cambio, no tengo prisa, pues no deseo que acabe.

Pero ahora, todos los consuelos que he estado compilando en mi lista imaginaria se revelan inútiles. «Todo es inútil si tienes los niveles de serotonina bajos», me dice el médico, y también mi amiga experta. Yo me resistía a usar medicación, siempre a la espera de un tiempo peor en que pudiera necesitarla. «¿Peor?», dice mi amiga. «¿Peor que qué?». Sin embargo, mi ánimo es tan volátil que si espero lo suficiente, siempre remonta el vuelo sin ayuda alguna. Esperaré. Pero sólo un poco. Otra persona, que trata de disuadirme, me dice: «No, no: química, no». Se refiere a la química producida en laboratorio, claro, porque remedios naturistas sí toma, y poco le importa que la molécula depurada en laboratorio sea en muchos casos idéntica a la que ha salido de la planta, a ella lo que le va es la planta en bruto —aunque a veces es más peligrosa que la sustancia obtenida en el laboratorio—, porque es *natural*. Durante un tiempo se medicó, y parecía estar a gusto. Le pregunto por qué lo dejó: «Notaba que yo no era yo», me dice. «Ahora vuelvo a ser yo». Me pregunto cómo narices puede saber que aquel yo no era suyo y este de ahora sí lo es. ¿Cómo? No lo sé. Pero desde luego no es para mí un argumento convincente. Estoy dispuesta a probar lo que sea, aunque no por ahora. Por ahora deseo descender un poco más, un poco más hasta saber qué hay en el fondo.

Hoy he comido fuera y al regresar, como es viernes, le propongo a la niña que veamos juntas *Vive como quieras*, de Frank Capra, la historia de una simpática familia de lunáticos que ha de conocer al formal novio de su hija, James Stewart en el papel. Y cuando el abuelo de la familia Sycamore le dice al presuntuoso señor Kirby:

«¿Para qué quiere tanto dinero? ¡No se lo puede llevar a la tumba! Tal como yo lo veo, lo único que uno se lleva a la tumba es el cariño de sus amigos»… me quedo atrapada por la frase, como en los primeros días, pero la sensación no es agradable esta vez. Sólo la visita, casi diaria, de su hermana me saca de este estado hasta que vuelve a irse, ya de noche.

La novedad es que la noche ya no me consuela. A la hora de cenar, la niña ha puesto *La flauta mágica* para un deber de la escuela, y cuando se va a su habitación, me deja con el final del primer acto. El arte tiene la peculiaridad, muy a menudo, de ser extraordinariamente oportuno. ¿No os pasa a vosotros, que escucháis una canción y habla de *eso*, abrís una novela y habla de *eso*, veis una pintura y habla de *eso*? A mí sí. O quizá es otra cosa que tenemos en común los escritores con los paranoicos. Ahora que la noche, por primera vez, ya no me consuela, oigo a Tamino que canta: *O ewige Nacht! Wann wirstdu schwinden? Wann wird das Licht mein Auge finden?* Y oigo la respuesta: *Bald, Jüngling, oder nie!*

«Oh, noche eterna… ¿cuándo acabarás? ¿Cuándo mis ojos recobrarán la luz?». «Muy pronto, joven. ¡O nunca más!».

Lo peor de las noches de duelo es que son infinitas. ¿Es esto lo que hay en el fondo del fondo, una noche infinita? De todas formas, prefiero quedarme con la última frase: «Muy pronto. O nunca más».

Porque es que yo, para las noches infinitas, no tengo mucha paciencia.

A7. Lo único que uno se lleva a la tumba

Hay hombres con madre incorporada, hombres con exmujer, hombres con perro. Él era un hombre con amigos. Lot se dio cuenta enseguida, y lo respetó, no imaginaba que pudiera ser de otro modo: su verdadera familia no venía determinada por la sangre. Era un hombre con amigos, y con ellos formaba un paquete indisociable: lo tomabas o lo dejabas. No había negociación posible. Tampoco ninguna obligación al respecto: no tenía por qué frecuentarlos, ni tan siquiera conocerlos. El Cometa le ofrecía más libertad de la que nunca ella se habría tomado. Pero el tiempo que él les dedicaba era innegociable. Para Lot, a quien horrorizaban los compromisos que obligan a un miembro de la pareja a conocer el entorno social del otro miembro, esta vez fue fácil. Era fácil querer a sus amigos, como era fácil querer al resto de su familia o a su calle: porque eran parte de él con tal intensidad que era inconcebible quererle a él sin querer a la vez todo el resto.

Curiosamente, él era de naturaleza muy sociable. Pese a que sus gustos exigentes y su rigor a la hora de dialogar le habrían podido condenar con facilidad a un cierto solipsismo existencialista, su necesidad de comunicarse lo evitaba. Una necesidad que no era la de narrar la vida, sino la de estar rodeado del calor de los amigos, para discutir vagamente acerca del mundo y sentirse vivo y acompañado. Esta sociabilidad, sin embargo, se limitaba a tres mundos de amigos que conformaban tres ambientes muy distintos, regidos por músicas distintas, por relaciones diferentes, por tratos muy distintos, y él era un hombre distinto en cada uno de ellos. Y no le gustaba mezclar los trasmundos. Lot entabló relaciones también diferentes con cada uno de ellos. Si el mundo de amigos en que había conocido al Cometa en aquella barra la había fascinado, el mundo de los amigos metafísicos le infundía serenidad y placidez. Y el de la infancia la ligaba a un pasado atávico en la

ciudad de la niebla que ya no sabía si era sólo de ellos, o si ella había participado también.

Sus amigos de infancia, criados en familias numerosas de los tiempos de la dictadura, destacaban por su profunda y cálida humanidad. Sin duda, en los años en que corrían por los cañizales y se jugaban la vida a la orilla del canal y en la vía del tren, él les había aportado muchas cosas: prudencia, medida, soluciones inteligentes en momentos críticos. Pero ellos también fueron una buena escuela para él: una escuela de austeridad, de fuerza, de vitalidad, que él siempre llevaría dentro. Entre la familia de él y las de sus amigos había pocas coincidencias: el padre del Cometa era rojo y proamericano, combinación muy usual en los cincuenta. En su casa se hacían cosas «diferentes», como suprimir la pared entre la cocina y el comedor para estar juntos mientras se cocinaba, o poner árbol de Navidad cuando lo habitual era montar el belén. Unía a los padres de todos ellos, sin embargo, una característica común: la honradez, la defensa del débil y el buen trato al prójimo, valores inculcados a los hijos por encima de cualquier otro valor.

Con ellos inventaba o frenaba gamberradas, con ellos jugaba al fútbol en los campos soleados, con balones improvisados, a veces fabricados por ellos mismos a base de cuerdas y trapos. Con ellos compartía el Gran Manzano, tan inmenso que había una rama para cada uno, de modo que podían pasar horas acomodados en el árbol sin necesidad de bajar al mundo real. Lo aprendieron todo juntos, se enamoraron a la vez, juntos se fueron a estudiar fuera de la ciudad. Más tarde, la vida los distribuyó por diferentes puntos del mapa. Pero nunca dejaron de verse. Cada Navidad, cada verano, rememoraban sus antiguas aventuras con renovado entusiasmo. Con ellos Lot y el Cometa pasaban las fiestas, comían en el campo, hacían brasas en la torre de Fernán, entre los frutales. Con ellos se jugaba la tradicional partida de cartas en el sótano de Ricar, el día de Sant Esteban habitualmente envuelto en niebla, con ellos pasaban en el estadio las escasas tardes de gloria que les deparaba el equipo local. Con ellos despedían el año: toda una noche de repertorio cancionero, dando la vuelta al mundo, alrededor de la mesa en la casa de las tres puertas: habaneras y corridos, milongas y garrotines, y así hasta que no se podía más, mientras los niños cenaban y celebraban sus cosas en la cocina. Con la repetición y con

la edad, alguno olvidaba la letra, algún otro comenzaba a desafinar… Pero casi siempre se repetían los mismos instantes mágicos que salvaban la noche: la milonga de Álvaro, Palestrina a dos voces con Pepe, Fernán cogiendo la guitarra y dando comienzo a la última pieza que había ensayado, o el Cometa cantando *La chancla*. Y casi siempre se repetían, también, los instantes peligrosos, cuando, entre los efluvios del último alcohol, algún amante de Sabina se obstinaba en cantar una canción de su ídolo con el fin de provocar al Cometa, y él, invariablemente, acababa por entonar la Internacional, el himno de la Legión o un aria de Wagner, que para el caso daba lo mismo, y amenazaba con irse a dormir o cosas peores. Eran siempre unos doce, como en la Ultima Cena. Y a menudo lo parecía, por el ambiente apocalíptico con que se vivían los últimos minutos.

El día siguiente le gustaba a Lot de manera especial, recoger las colillas, las copas, los ceniceros, las botellas, y recogerse ambos en casa. El cielo acostumbraba a brillar después de unos días de un gris lechoso en la ciudad de la niebla, y las calles estaban desiertas, un día para acostarse temprano.

Por alguna razón, se produjo entre este mundo de amigos y Lot una comunión especial. Aquellos encuentros tenían algo de eterno, de ellos formaban parte los amigos que habían muerto a una edad muy temprana y a quienes Lot no había conocido, y era claro que no importaba quiénes desaparecieran antes o después, quiénes estuvieran presentes o quiénes ausentes: mientras quedara uno solo de ellos estarían todos. Y ella querría estar cerca.

El segundo mundo de amigos era el de las filigranas metafísicas, las amistades entabladas a lo largo de los estudios y en la universidad, los que tenían la filosofía como pasión privilegiada en sus vidas. Hacía años que los viernes se reunían para comer alrededor de libros que tomaban como pretexto para hacer estallar nubes de ideas frescas y fértiles. Hablaran de lo que hablaran, cuando atrapaban un concepto, sabían cortar radicalmente toda relación con el exterior, y volverse así indiferentes a las seducciones de los tópicos. Este modo de hablar era el que el Cometa pretendía practicar cuando podía, pero como es poco corriente, sólo allí podía

sentirse tranquilo y acompañado, sólo allí le embargaba la serenidad por no tener que luchar contra los que no dialogaban con sutileza, que eran tantos y tan queridos.

El tercer mundo lo constituían los amigos de la población donde vivían. Se trataba de una curiosa mezcla de herederos rentistas, propietarios de grandes empresas y *clochards*. Mientras que los otros dos mundos del Cometa eran más bien convencionales en sus formas afectivas y familiares, en este tercer mundo la vida bohemia de los sesenta había arraigado firmemente y con éxito, dando lugar a una gran familia bien avenida, donde los amigos ricos ayudaban a los amigos pobres y los amigos pobres jamás se sentían en deuda con los amigos ricos, las damas se enamoraban de los vagabundos, las exmujeres se hacían amigas íntimas y los hijos de diversas etapas y procedencias iban juntos de excursión. Sentimientos como los celos eran borrados de su vocabulario, y palabras como matrimonio no existían en su diccionario vital.

Fue este mundo el que él abandonó más bruscamente cuando se fue a vivir con Lot. Por un lado, porque al Cometa le entró una súbita pasión por la ciudad de la niebla, adonde iban con más frecuencia los fines de semana. Por otra parte, porque esos amigos formaban parte de una vida nocturna y desenfrenada, de la vida en la pantalla, *a priori* bastante incompatible con la vida en la platea.

Y, pese a su cambio de vida, él siempre tuvo esta parte de su pasado en gran estima. Probablemente con ellos, infancia aparte, había vivido las más altas intensidades de su vida. Y aunque nunca añoraba nada, si algo podía él añorar era este grado de intensidad. Era lo que él denominaba «la llamada de la selva». Cuando la selva lo llamaba, es decir, la noche y el alcohol, nada en el mundo le habría contenido. «Jamás pude imaginar que existiera alguien que pudiera contenerle», le dijo a Lot un amigo del Cometa, poco después de que éste iniciara la vida diurna y ordenada. Se refería a ella, claro. Y se lo dijo en un tono de sorpresa admirativa a la par que de velada recriminación por haberlos privado de la presencia del Cometa en las noches mágicas del lugar. La declararon a ella dique de contención. A él, ola salvaje. Entre un dique de cemento y una ola salvaje, francamente, no hay color. Pero le había tocado ser

dique. Y sin embargo, era él quien había tomado la decisión, y posteriormente nunca la cuestionó: ignoraba qué era el arrepentimiento, jamás lamentaba una decisión tomada. También aseguraba ignorar en qué consistía la nostalgia.

«Creo que no sé qué es la nostalgia», le dijo a Lot un día. «¿Me lo podrías explicar, tú que eres experta en estas cosas?». Y al final de la explicación, por más que ella se había esforzado en establecer algún tipo de empatía, él aseguró: «No, nunca he sentido nada parecido. Siempre pienso en el pasado con una agradable melancolía». Pero una mañana le dijo: «Hoy he tenido un sueño. Y en él creo que por primera vez he sentido eso que llamas nostalgia». «En este sueño era joven, salía de El Mesón, rodeado de amigos, circulábamos a toda velocidad con un descapotable lleno a rebosar, lo conducía una mujer muy bella, yo sacaba las piernas por fuera porque no me cabían dentro. Me sentía inmensamente feliz. Por un momento, he sentido un dolor agudo al saber, dentro del mismo sueño, que esto era el pasado». Se conoce que es lo más parecido a la nostalgia que el Cometa sintió en toda su vida. Y encima fue en sueños.

En cualquier caso, ¿cómo no añorar aquel mundo donde corrían el alcohol, las ideas, las mujeres, los sueños, y donde en cada encuentro surgía el imprevisto? El alcohol era en este mundo un elemento importante. El Cometa, nacido al pie de una vid braseniana, veneraba el alcohol. En ocasiones había jugado con él hasta el límite, y tuvo la suerte de poder extraer lo mejor de él y librarse de lo peor. Nunca renegó de él. Y, sin embargo, tampoco quiso adoptar jamás la postura del *enfant terrible* a quien entusiasma hacerse pasar por un canalla: había vivido al límite como el que más, pero aspiraba constantemente a la placidez y a la prudencia, y la transmitía. Cuando algún amigo a quien el médico había prohibido beber le explicaba su desgracia, él lo tranquilizaba. «Ya nos emborracharemos hablando, o mirando la luna».

Por su parte, llevaba años bebiendo con moderación, pero cuando hablaba en profundidad, con el corazón en la mano, siempre expresaba una gratitud ilimitada al fruto de Baco. «Es cierto», decía, «que me ha hecho perder mucho tiempo a lo largo de mi vida… Pero también es cierto que lo que me ha dado a cambio no me lo ha dado nada ni nadie en el mundo: ni las mujeres, ni los

libros, ni las cosas más magníficas que haya podido vivir, ¡nada! Nada me ha hecho vivir instantes parecidos… Acaso la música, pero… nada más. ¿Cómo podría no estarle agradecido?».

Al oírle hablar de ese modo, Lot se preguntaba a qué clase de instantes mágicos, intensidades insólitas y extraordinarias se refería. Ella, usuaria pedestre de un alcohol que sólo utilizaba para dormir o para comer berberechos, no tenía ni idea.

Así pues, sin atisbo alguno de nostalgia, él ingresó en la vida diurna, se adaptó al horario danés de Lot como si fuera el suyo de toda la vida, e hizo de las salidas nocturnas una excepción. Del mundo de la madrugada conservó, sin embargo, una asiduidad: la asiduidad del amigo más tierno. Afectuoso como pocos, su amigo Andrés le esperaba a todas horas, ajustaba sus horarios a los suyos, le siguió en sus horarios diurnos. Si el Cometa ya no salía de noche, él salía de día. Quedaban para ir a recoger setas en otoño, para ir a pescar atunes en primavera. Quedaban para ver los partidos, para ir al mercado, para desayunar juntos o para dejarse convencer o timar por la pescadera. Lot había pensado muchas veces qué pasaría si uno de ellos perdía al otro. Habían vivido juntos mucho tiempo, de jóvenes, conformando una verdadera versión alternativa de *La extraña pareja*. Cuando estaban separados de mujer, compartían casa. Y cuando vivían en pareja, el que estaba solo en aquel momento formaba parte de la familia del otro. Durante los dieciséis años que el Cometa convivió con Lot, los domingos comían juntos con regularidad, en la casa de La Floresta. El amigo tierno tenía el aspecto del Capitán Haddock en más afectuoso. *Los novios*, los llamaban Lot y Giséle, sus mujeres, cuando los veían discutir alrededor de la espalda de cabrito o del arroz a banda, mientras ellas dos no daban un palo al agua porque nunca habían aprendido a cocinar (¿para qué?).

Cada uno de los tres mundos de amigos estaba representado por un brebaje diferente y por una música distinta. El *jazz* le unía al mundo de los amigos del pueblo donde vivían, una relación hecha de destilados nocturnos, y de una atmósfera en que era habitual romper todos los límites y no respetar convención alguna. En un ambiente muy distinto, la música popular acompañaba las

celebraciones con los amigos de la infancia en la ciudad de la niebla, una relación hecha de recuerdos, afectos entrañables y tranquilos carajillos, de los que se toman en el bar del pueblo y duran horas. Finalmente, los clásicos le acompañaban en su relación con los amigos metafísicos, una relación tejida de complicidades intelectuales y regada por botellas de Nuits-Saint-Georges y de Château-d'Yquem, que se bebían con la consideración que se merecían. En la abstemia soledad de la vida diurna, eran los clásicos quienes siempre le acompañaban, Schubert, Bach o Haydn sonaban a todas horas. Lot se despertaba cada mañana con estos aliados angélicos, y así sabía que todo estaba en su lugar y que el orden reinaba en la cabeza del Cometa. La música suponía una provocación infinita, que había que evitar a toda costa para preservar la paz familiar. Tanto si la detestaba como si la adoraba, la mirada del Cometa podía oscurecerse de pronto, hacerse beligerante si pretendía impugnarla, o buscar cómplices con quienes compartir su pasión desbordante y montar una escena formidable. Lot había quedado a menudo cautivada por aquellas escenas, pero ahora era dique, y la función de los diques es contener, es su cometido. Y no era fácil. Porque como habitualmente tenía la radio clásica a todas horas, en cualquier momento podía surgir de las ondas un aliado demoníaco (como por ejemplo Wagner o Parker), y entonces había que estar preparada para hacer saltar los plomos si era preciso. El Festival de Bayreuth, retransmitido en verano, era un momento de especial peligro. Aun el último verano, ella había bromeado con la niña: «¡Socorro, viene la muerte de Isolda, hay que bajar el diferencial!». Confiaba en que la niña aprendería que la muerte de Isolda era peligrosa para papá. Pero no fue así, al contrario. La niña se convirtió pronto en aliada de las desbordantes pasiones musicales de su padre: las irreproducibles exclamaciones de placer del Cometa le provocaban carcajadas infinitas, y sus fogosas manifestaciones de emoción, una aguda curiosidad musical. En cualquier caso, no había nada en que el Cometa no estuviera dispuesto a hacer concesiones salvo en la música. Ni las intensas discusiones sobre política que mantenía con sus amigos, ni las discusiones sobre fútbol le hacían perder la tolerancia, que era, precisamente, un rasgo esencial en su personalidad: sólo la música.

Finalmente, había una cuarta dimensión donde habitaban

amigos apenas entrevistos, encuentros medio olvidados que de pronto podía evocar, aunque de manera excepcional. Una mañana, Lot recibió una llamada de un amigo que le habló de otro amigo común desaparecido desde hacía años, a quien el Cometa llevaba veinticinco años sin ver. «Dile al Cometa», le dijo el amigo a Lot, «que mi padre me ha hablado de Juan el Mexicano. Parece que le han visto por San Luis Potosí». Ella le transmitió el mensaje al Cometa. «¿Quién era este Juan?», le preguntó ella. «Un amigo. Un amigo con quien conviví hace muchos años, luego nunca volví a verle». No tenía talante de narrador y aquel día no le contó la historia. Pero pocas semanas más tarde, Lot subió a tomar café con los amigos metafísicos, como solía hacer el viernes. Acostumbraba a llegar sobre las cinco, tras comer con una amiga, justo en el momento en que ellos habían abandonado a Kant, a Heidegger y los Nuits-Saint-Georges por el ron de Motril que MI les traía de la tierra de sus padres. Inmersos en una animada sobremesa, habían empezado escuchando tangos de Gardel y acabado con el Trío Calaveras, quienes en aquel momento cantaban una canción que Lot había oído silbar o cantar a veces al Cometa.

Cuando se fueron los dos, ella no se la podía apartar de la cabeza, y en el coche la tarareaba: «*Han nassido en mi rancho tres arbolitos*». Normalmente, él la dejaba equivocarse, otras veces la corregía, como en esta ocasión: «Son dos, *dos* arbolitos». «*Dos arbolitos que paressen gemelos*», prosiguió ella. A continuación, él la retomó silbándola hasta el final. «Le encantaba a Juan el Mexicano», dijo de pronto. «… ¡Cuánta gente que ha contado en mi vida ha desaparecido y nunca he vuelto a saber de ellos!», dijo, inusualmente melancólico. Entonces, le habló de Juan: «Por aquel entonces, yo vivía con Javier el Peruano, con Fred, un arquitecto canadiense muy simpático a quien llamábamos el Kas Mansana, con Juan el Mexicano, y con un tipo argentino que hacía prólogos, Pano Paluria, hoy conocido intelectual, aunque entonces sólo hacía prólogos y fichas, muchas fichas. Juan era como un indio, pelo muy negro y liso, ojos negros y profundos, nariz aquilina… Sabio. Tan sabio que no le cabían en la cabeza las cosas que sabía. Se podía hablar con él a fondo de Shakespeare, de Mondrian, de Bacon, de cualquier cosa… Fue él quien me hizo ver el agujero de *El columpio*, en el cuadro de Renoir… Un agujero que a primera vista pasa

desapercibido y a través del cual se puede ver el bosque. Un día llegué al piso donde vivíamos. Se había rapado al cero, en una época en que eso no era nada habitual. Se le veía muy extraño. Y muy alterado. Me dijo: "Átame, átame a la cama ahora mismo, para que no me tire por la ventana"».

Con un nudo en la garganta, el Cometa prosiguió su historia. Explicó que había buscado una sábana, la había hecho jirones y con ellos, le había atado a la cama. Javier el Peruano, gran tipo, le ayudó. Paño Paluria estaba horrorizado:

«Gritaba: "Pero ¿qué estáis haciendo? ¿Qué es esto?". Le hicimos callar. Estos intelectuales siempre tienen mucho miedo, se asustan enseguida con cuatro improperios y un *melavasachupar*. Juan el Mexicano estuvo tres días atado a la cama, sin moverse, en mi cama. Yo dormía en el suelo junto a él, y le daba de comer como a un niño. Al tercer día, me dijo: "Ya puedes desatarme, amigo. Ya todo pasó". Le desaté. Me abrazó. "Se me pasaron las ganas de tirarme, pues", me dijo».

Para interrumpir la emoción que sentía, el Cometa siguió hablando de lo extraños que eran aquellos tiempos, unos tiempos en que la gente vivía haciendo cosas raras, o no haciendo nada. Javier y el Cometa estudiaban, Juan no hacía nada, el arquitecto canadiense experimentaba sin cesar, Paño Paluria escribía prólogos por amor a los prólogos y, en definitiva, muchos de ellos vivían de la nada. «Se podría hacer toda una teoría», concluyó el Cometa, «de estas relaciones intensas y fugaces a la vez, encuentros y desencuentros, separaciones que no eran vividas como tales».

Juan el Mexicano regresó a su país. Poco después, alguien lo encontró perdido en un bosque de Huatulco. Buscaba un calcetín. El Cometa sabía de él de vez en cuando gracias al amigo que había llamado, cuyo padre trabajaba en la embajada de Nicaragua en México. Entre otras cosas, Juan decía también que le habían colocado unos microchips en el cerebro, «unos aparatitosss», decía él. «Un tipo extraordinario», sentenció el Cometa. «Noble, sabio. Demasiadas cosas sabía. No pudo resistirlo». Lot nunca olvidó esta historia. Aunque al cabo de una semana ya volvía a cantar «Tres arbolitos», y el Cometa a corregirla: «¡Que son dos, mujer, que son dos!»…

El Cometa nunca volvió a ver a Juan. No se dio la ocasión. No

obstante, era poco partidario de los reencuentros. Y quizá pensaba en Juan el Mexicano cuando en su libro que nunca acababa, escribió:

El cazador es inaccesible, para ello debe tocar lo menos posible el mundo que le rodea, evitar dejar señales en nada ni nadie. El cazador no usa el mundo, no usa a las personas, no usa a los seres vivos. Toma lo que necesita y se aleja. Y eso vale para todo, también para el amor. (¡Maldito amor ese que atrapa, oprime y desgarra, esa pasión posesiva y febril que zarandea lo amado hasta hacer caer de él el reconfortante asentimiento de la correspondencia! ¡Maldito amor ese que marca territorio y mea sobre lo amado una y otra vez hasta impregnarlo totalmente de su olor! ¡Polilla amorosa, aprende del caballero de la carreta, que olvida su condición y se expone al oprobio y la vergüenza para salvar a su amada!).

Vale también para los encuentros fortuitos, de los que algún tipo de afecto se desprende. ¡Valiente manera de gastar ese afecto, de dejarlo raído y exhausto, la de forzar los reencuentros y rebuscar los avatares por los que uno y otro han pasado entretanto! —«Qué tal te fue», «qué se hizo de aquélla», «qué estás haciendo ahora»—, cuando tantas veces ocurre que aquellos que rozan tu vida una sola vez y desaparecen de ella para siempre dejan un perfume único y permanente (y a veces, y fruto de este roce, hasta introducen una pequeña y afortunada deriva en tu rumbo).

Las derivas que, en su rumbo, introducían los amigos (fijos u ocasionales) eran para siempre. En forma de fiases, palabras o expresiones, se extendían a Lot y a su hija, al resto de sus amigos, a su familia, a los que les rodeaban. Todos heredaron los amigos del Cometa.

B7. Un cielo azul cobalto

«¿Nos habría acompañado papi?», pregunta mi hija mientras arrastra su parte de equipaje por la terminal del aeropuerto. «Bueno, no sé. Pero sé que prefería otros lugares, y también quedarse en casa. Y no creo que Boston fuera uno de sus destinos preferidos. Vamos, que hay un montón de cosas que habríamos hecho igualmente si él estuviera aquí, y otro montón de cosas totalmente distintas de las que habríamos hecho con él. Ésta es una de ellas».

Nos dirigimos a Nueva Inglaterra, donde pasaremos un mes en un pequeño pueblo de Maine acompañadas por unos cuantos desconocidos. Pero antes pasaremos unos días solas en Boston. Espero que ningún cielo de Maine me recuerde a ningún cielo visto antes, y que los rincones de la ciudad, a diferencia de los de Roma, no se fragmenten con facilidad en pedacitos de lugares conocidos. Por eso he escogido un sitio bastante distinto a nuestra cotidianeidad. Podría haber escogido un lugar más distinto, claro está. Pero de las posibilidades que tenía, ésta es la que me he visto con ánimos de llevar a cabo. Cuando te distancias de tu entorno habitual, no puedes andar jugando. Cada partida, cada llegada, provoca un dolor agudo y un intenso tráfago de recuerdos antiguos y nuevos. Entras en un marco distinto, en el cual no resulta difícil perder el contacto con la realidad y entrar en crisis.

Nada más llegar, sin embargo, me doy cuenta de que ha sido una buena elección. En Thomaston, Maine, todo parece recién estrenado. Los faros de las cercanías y las casas blancas, el rojo y el azul de las puertas, los prados inmensos, los bosques interminables. Y, sobre todo, la gente. Todos parecen recién estrenados. Nadie es de por aquí. Cada dos por tres el pueblo estrena habitantes. Todo lo que nos rodea ofrece una agradable impresión de lugar donde te puedes instalar y ser estrenado, mientras tú estrenas también

amigos, conocidos, vecinos y habitaciones. Entras en una casa y no bien empiezas a imaginar el pasado de la familia que ahí vive, mientras observas atentamente muebles y chirimbolos, te enteras de pronto que sólo llevan seis meses viviendo allí y que compraron la casa con todos los enseres, incluidas las fotos de los parientes del antiguo propietario. Así sucede con la casa en la que dormimos por las noches, presidida, entre otras fotos de parientes postizos, por una fotografía de Bush y esposa, cuyo marco está aderezado con un ostentoso lazo. En la casa donde pasamos el día (tenemos una casa durante el día y una habitación alquilada en otra casa), nos acoge una familia de mentalidad abierta, como es habitual en este estado de tradición demócrata, y que por el aspecto parece directamente desembarcada del Mayflower. En la casa se aloja un monje tibetano refugiado que ha visto matar ante sus ojos a toda su familia, y un editor coreano que tras haber sobrevivido en la selva a base de serpientes y ratas, se hizo editor de poesía en Corea y ahora malvive dando clases en Harvard. Los vecinos que conocemos también han venido de otra parte: Marianne vino desde Suiza por amor. El amor terminó, pero ella se quedó. Erika vino de Seattle a cuidar a su hermana. Su hermana murió, pero ella se quedó. Los propietarios y anfitriones nacieron en Irlanda, y tras vivir en cinco países decidieron tener hijos aquí. Aquí todos vienen de alguna otra parte. Eso buscaba. Cuando eres joven, cuando eres estudiante, resulta fácil encontrar sitios donde nadie es del sitio y todos han venido de otro sitio. Pero cuando pasas de los cuarenta es muy distinto. Y si, por alguna razón, necesitas ir a otro lugar donde nadie es del lugar, no lo tienes nada fácil. Las personas maduras siempre son de algún lugar. Especialmente en Europa. En Europa, salvo algunos pueblos permanentemente desterrados, siempre hemos estado acostumbrados a ser muy del lugar del que somos.

Pero para crearte la ilusión de que estrenas vida, aunque sea durante un verano, necesitas dos componentes: que todo sea nuevo y que, al mismo tiempo, todo te resulte lo bastante familiar. Es decir, no podría estrenar vida, no del modo que deseo, en la Patagonia o en la selva de Madagascar. Ha de ser un lugar que, pese a ser nuevo, esté sembrado de puntos de referencia que me permitan tener la impresión de que (otra vez) tengo la oportunidad de estrenar, no *una* vida, sino *la* vida. Y cuando necesitas algo así,

Thomaston, Maine, es ideal. Podría decirse que aquí siento la impresión inversa que sentí el día que regresé por primera vez sin él al pueblo en que vivimos. Aquella impresión espantosa de que el pueblo se escarnecía a sí mismo, se convertía en un decorado falso, impostor del que yo conocía.

Aquí me embarga la impresión contraria, y es agradable: un pueblo desconocido que, sin embargo, enseguida me resulta familiar, pese a que sé que lo estoy estrenando. Un pueblo donde puedes sentirte cualquier cosa salvo un extraño. Ayuda mucho, supongo, el hecho de encontrar interlocutores en cada esquina. Aquí resulta impensable permanecer en silencio junto a un desconocido mientras esperas el autobús. Es impensable que la vecina que acabas de ver por vez primera asomando la cabeza por el seto no se ofrezca a prestarte su bici a la primera de cambio. Las conversaciones, eso sí, son limitadas. Durante el largo pero solitario trayecto del lugar donde hemos ido a pescar hasta la casa donde dormimos, mi hija ha contado cinco «*Catchedany fish?*» de los cinco únicos caminantes con quienes nos hemos cruzado a lo largo de la carretera. «*Catched any fish?*», le pregunta una pareja de ancianos que pasea un *greyhound* del que mi hija (que está esperando a tener perro) se queda prendada. «*Catchedany fish?*», le pregunta un gordo policía que parece directamente extraído de un telefilm de serie B. «*Catched any fish?*», le espeta un chaval que pasa con una bolsa llena de *baggels*, y a quien ni siquiera el hecho de tener la boca llena de *baggels* le impide realizar el esfuerzo de preguntar si ha pescado algún pez. Finalmente, cuando llegamos, también la vecina y nuestra anfitriona le preguntan lo mismo. Y ella responde por quinta vez que no, que no ha pescado nada. Deja la caña en el garaje y dice: «Por hoy, ya he hecho bastante el ridículo». «No, mujer», la tranquilizo, «es sólo una manera de entrar en contacto».

Entrar en contacto. ¿Qué clase de contacto? Yo, que siempre he considerado que todo contacto que no estuviera destinado a durar hasta la noche de los tiempos era superfluo, nunca he mantenido esta clase de contactos superficiales y amables. Diría que es justo lo que ahora necesito. Necesitamos.

Es un verano extraño. De estreno. Estreno un coraje

desconocido. Dejo que la niña haga cosas que antes me habrían hecho sufrir y habría tratado de evitar, por el simple procedimiento de no venir a un sitio como éste. La dejo nadar en el océano gris marengo pese al agua gélida. Permito que vaya en canoa sin GPS. Vamos a pescar sin temor a que en este paraje siempre solitario el individuo que se nos ha quedado mirando fijamente sea un psicópata. La dejo montar a caballo sin temor a que el caballo artrítico que he escogido para ella se recupere de golpe. Vamos de excursión por los bosques de Maine sin temor a perdernos o a que un alce nos ataque con su gran cornamenta, le invento brujas y duendes para hacerle el paseo emocionante, como hacía mi abuelo en nuestras largas caminatas por los bosques del Montseny. Vamos a ver ballenas un domingo ventoso, sin temor a que la pequeña y vetusta embarcación que el oleaje levanta como una pluma nos haga naufragar. Le permito jugar con los hijos de Terry, vecina a quien apenas conozco, quien los deja al cuidado de una canguro japonesa de quien no tengo referencia alguna. En fin, lo de estrenar vida infunde una gran tranquilidad. Una tranquilidad parecida a la que se tiene cuando se es joven y presuntamente invulnerable a la desgracia. Intento pasar de nuevo por los pasillos de la infancia, cuando aún no tenía miedos, junto a la niña. Estrenarlos de nuevo.

También decido estrenar pastillas. Una gran idea de mi amiga la experta, que hizo que dejara de darle vueltas al asunto y me decidiera. A menudo creemos que la medicación es algo así como una panacea, o la asimilamos a una pócima que nos revelará aspectos insólitos de nuestra personalidad. Sin embargo, no siento nada especial cuando a medio verano decido tomar la pócima: tan sólo un leve incremento de la serenidad que me resulta altamente benéfico. Las crisis no son tan profundas ni los éxtasis tan elevados. El caudal de lágrimas disminuye en un cincuenta por ciento. De todas formas, mis niveles de serotonina nunca han sido altos. Y en cualquier caso, esta rebaja en la intensidad del dolor me permite insistir en un proyecto que desde el comienzo del duelo me esmero en llevar a cabo: no ahuyentar ningún recuerdo por doloroso que sea.

Regresamos de Thomaston con el editor coreano y llegamos a

Boston, donde él se queda en casa y nosotras almorzamos antes de ir al aeropuerto. Últimas horas en esta ciudad, que siempre recordaré como el lugar donde se creó un vínculo nuevo con mi hija, más fuerte e indestructible, un vínculo hecho de complicidad y de gratitud: yo, profundamente agradecida por su actitud alegre, atenta y servicial, que la convierte en una ideal compañera de viaje. Ella, profundamente agradecida por mi tolerancia: a cambio de su gentileza, la dejé trotar y galopar por la extensión interminable de pasillos enmoquetados que llevan del Prudential Center a Copley Place. Es una gran pasión la que ella siente por el trote y el galope. Y cada día, en Boston, atravesábamos todo el Prudential para dirigirnos al centro de la ciudad, y ahorrarnos así un par de kilómetros de avenidas desangeladas. Cada día ella preguntaba: «¿Puedo?», con su mirada implorante. E iniciaba la transformación: al paso, al trote, al galope, relinchar, resoplar, cocear, detenerse para ver si yo la seguía, con un giro de cuello indiscutiblemente equino, esperar mientras se sacudía las imaginarias moscas con la imaginaria cola, apartarse la crin y emprender de nuevo el trote. Nunca antes, ella (que galopa donde puede y donde la dejan) había tenido dos kilómetros de moqueta urbana para trotar y galopar, todo un lujo. Entre aparador y aparador, los viandantes le dedicaban tiernas miradas, y al verlas nunca podía evitar pensar en cómo serían estas miradas si fuera yo quien, por ejemplo, emprendiera el trote —y es que a veces siento un irresistible deseo de imitarla—, o cómo serían estas miradas si, por ejemplo, ella tuviera veinte años. Es probable que con veinte años un día vea un lugar como éste y sienta aflorar este viejo deseo. Las miradas, sin duda, no serán las mismas. Por no hablar de las consecuencias. En fin, siempre me ha parecido algo siniestra nuestra predilección por las cosas pequeñas. Pero el caso es que no tiene veinte años y que yo tampoco cedo a mis deseos de imitarla, lo que nos permitirá poner a Boston en la lista de los aliados benéficos, pese a haber trotado y relinchado a diario por el Prudential Center.

Por todo esto, el reencuentro con Boston es grato. Y este último día, cuando miro al cielo de la ciudad para despedirme de él, constato que me depara un último regalo: un azul cobalto insólito, como solo lo he visto en algunos cuentos de Poe, pero nunca antes en un cielo real. A medida que lo observo va adquiriendo

tonalidades verdosas, como si lentamente fuera cayendo entre él y yo un velo esmeralda, hasta que al fin estalla una tormenta de una violencia tal que más parece que en lugar de en el centro de una ciudad estemos en la cima de una montaña. Y eso me hace feliz.

Los viajes siempre han sido para mí como un gran lavado automático, y este diluvio que nos cae mientras nos dirigimos al aeropuerto se parece al aclarado final. En los viajes consigo una desconexión radical de mi vida cotidiana, incluso de mi vida literaria: nunca tomo notas (siempre pienso: lo que merezca la pena, quedará). A menudo, y ahora aún más, viajo con una especie de espíritu nómada que contiene la plena disposición a dejarme atrapar por el lugar y, si se tercia, quedarme para siempre. Pero nunca me quedo.

Al contrario, ahora más que nunca, justo al final de este viaje, tomo conciencia del peso enorme que han adquirido en mi vida los amigos. Las uniones tejidas por mediación de él, y también por mi cuenta (amigos entre los cuales incluyo a la familia, o también podría decir familia en la cual incluyo a los amigos), han pasado a formar parte de mi vida de un modo más definitivo. No diría que han adquirido más importancia (siempre la tuvieron), lo que han adquirido es un alto grado de presencia, vías de entrada a un hogar que hasta ahora, en lo tocante a mi parte, resultaba inexpugnable. Se pierde con ello una sensación única de cobijo, de resguardo, de madriguera, de caverna. Él apreciaba la caverna, pero no como yo, ni mucho menos: sólo a los desabrigados (y él nunca perteneció a esa casta) la caverna proporciona sensaciones de abrigo inigualables. Sé que nunca volveré a conocerlas, entre otras cosas porque ya no puede pertenecer a la casta de los desabrigados quien alguna vez tuvo un abrigo. Y al dejar de pertenecer a la casta de los desabrigados le resultará ya para siempre imposible sentir la sensación de nido de esa forma poderosa, magnífica. A cambio, mi nuevo hogar gana variadas y numerosas vías afectivas, que entran y salen de nuestra vida como corrientes de aire fresco.

Me doy cuenta, al final de este viaje, de que la idea de aterrizar en Maine entre desconocidos y acaso quedarse es más una vieja manía adquirida a lo largo de los años que un auténtico deseo. Un viejo deseo que pierde sentido. Me doy cuenta de que el único paisaje que me interesa está hecho de afectos, no de bosques ni de

edificios ni de seres anónimos. Ha pasado casi un año, y en este sentido empieza a dibujarse con cierta precisión el panorama afectivo que quedará fijado más adelante. Algunas relaciones que hemos heredado se han hecho gigantes. Otras se han quedado igual, aunque reforzadas con cada nuevo avatar. Algunas, muy pocas, se han diluido por falta de intereses comunes. Otras han efectuado una deriva curiosa. Casi todos los amigos, en cualquier caso, me han dado más de lo que puedo asumir. Más de lo que puede asumir un cactus o un zarzal, en todo caso. Las ganancias han sido considerables. Los afectos nuevos y antiguos han creado una nueva composición, pero también a nosotras nos han cambiado.

Siempre resulta curioso constatarlo: mueves una pieza humana, y no sólo se modifica la composición general, sino que cada una de las piezas se modifica también.

A8. Patinando en Central Parky

En una ocasión, Lot le propuso pasar las Navidades en Nueva York. Llevaban tres o cuatro años saliendo juntos. Él asomó la cabeza por la cortina de la ducha para exclamar: «¡Nueva York! ¿Qué cojones se me ha perdido en Nueva York?». Buena pregunta, a la que Lot improvisó alguna respuesta que no debió de gustarle, porque sintió que bajo la ducha él se irritaba a cada segundo que pasaba. Finalmente, declaró que mucho antes estaba en su lista de prioridades hacerse el harakiri que visitar Nueva York. Entonces, Lot se ofendió. Le insinuó que, como no había viajado, quizá descubriría algo que nunca había imaginado. «*Alezeia, alezeia!*», empezó a ironizar mientras salía de la ducha. «Eres de las que se creen que de repente uno puede ver la luz, como San Pablo tras caerse del caballo». Lot se quedó pensando si lo de *alezeia* sería griego o latín, decidió que griego, mientras él le aseguraba con vehemencia que no era el tipo de persona a quien le gusta caerse del caballo y ver la luz. «Estás muy equivocada si crees que vas a convertirme en un viajero», dijo a la defensiva, como si ella le hubiera propuesto convertirse en teleadicto, en legionario o en alguna otra cosa igualmente estrambótica. «Simplemente, no me interesa», dijo.

Siempre se había negado a viajar. Natural. Los cometas pasan, efectúan su trayectoria, impasibles. Los cometas no hacen turismo. Nómada de espíritu y sedentario de cuerpo, felino como era, su territorio era reducido, un triángulo de poca extensión delimitado por el trabajo, su casa y el bar. Ocasionalmente los amigos le habían arrastrado a pequeñas aventuras. A las montañas de Camprodon, a Soria para husmear en sus raíces, a Galicia, al País Vasco… Cosas así, sencillas y amables. También algunas salidas más aventureras, como las travesías del Cabo de Creus con sus amigos marineros, y las noches en el velero que le habían hecho descubrir al hombre de

mar que llevaba dentro desde que de pequeño había leído *Moby Dick*. Aun así, sólo había viajado literalmente arrastrado. Obligado.

«Y nunca cambiaré de opinión», concluyó, saliendo de la ducha.

Y, en efecto, nunca cambió de opinión.

Pero viajó. Y mucho. Los Grisones. Alsacia. De nuevo los Grisones. Y Normandía. Y otra vez los Grisones. Cornualles. La Borgoña. El Perigord. Y de nuevo el Perigord. Y otra vez los Grisones. Baviera. Jutlandia. Los Valles del Rin. Y otra vez los Grisones. Normandía de nuevo. El Báltico. Los Alpes austríacos. El Macizo Central. La Provenza. Y de nuevo los Grisones. El Danubio arriba y abajo. Abajo y arriba. Carreteras comarcales de todo tipo y condición. Durante años, Lot le hizo circular por la geografía europea más recóndita: la historia de su amor se construyó a través de los viajes, porque únicamente en los viajes él era suyo y de nadie más. Ella le había seguido siempre en su vida social y familiar. Era, pues, de justicia que él se sometiera a los planes de viajes que ella programaba para las vacaciones. Ambos creían que era bueno que la pareja funcionara con un alto grado de especialización.

«Viajar es tu deseo», había acabado por aceptar. «Haremos lo que tú quieras, durante el mes que nos toca viajar, tú decides adonde ir. Yo te acompañaré», decía como quien se inmola en santo sacrificio. Cada vez que tenían un viaje en perspectiva, él lo tomaba como una cruz que le había tocado por tener la mujer que tenía, y por más que sus amigos viajeros se empeñaban en decirle que era un hombre de suerte, por más que a ella le dijeran, entre admirados y emocionados: «¡Le has hecho salir! ¡Le has hecho ver mundo!», él *no cambiaba de opinión*. Como a ella le gustaban tanto los retos, se esforzaba en prever el mínimo detalle, puesto que él detestaba viajar y, en estado itinerante, cualquier cosa podía perturbarle. Conseguir que el felino no se sintiera excesivamente desterritorializado, evitar ir a parar a un restaurante *a priori* delicioso pero que por ejemplo tuviera como música ambiental a los Indios Tabajara, todo esto no es tan fácil como parece. Por otro lado, de casi todos los lugares él tenía referencias literarias muy sólidas que el paisaje real sólo podía estrechar y deteriorar. No era cierto, como decían algunos amigos devotos de los viajes, que ella

le hubiera hecho ver mundo. Él había visto mucho, y con más claridad. ¿Qué podía aportarle el Báltico o el Davos de los años noventa, en comparación a lo que le había aportado el Báltico de *Los Bud denbrook* o el Davos de *La montaña mágica*?

Él siempre había practicado un nomadismo hecho de curiosidad inagotable y de lecturas con las que se había construido un universo propio. No le interesaba contrastar lo aprendido en el universo de la ficción con el llamado mundo real. En cambio, curiosamente, viajar con él suponía todo un mundo de referentes al que uno tenía acceso sólo por el hecho de estar a su lado. Siempre sabía en qué consistía un plato, un condimento, un cultivo, y si no lo sabía, sabía preguntarlo. Y así, si entraba en un restaurante sabía qué pedir, si pasaba por un mercado sabía qué comprar, los libros habían hecho de él, en verdad, un auténtico hombre de mundo. Lot, en cambio, viajaba de manera inquieta, siempre a la caza de nuevas emociones y, sobre todo, de recuerdos. Era un poco como los que van siempre con la cámara en ristre y nunca miran a su alrededor si no es a través de la cámara, era como ellos pero sin cámara. A través de su cámara imaginaria lo veía todo como si fuera el pasado de un hipotético futuro. Elegía los escenarios como si estuviera recreando y reviviendo la historia mientras la vivía.

Quizá por eso, para su primer viaje largo empezó por uno de los escenarios más trillados: el que provenía de sus referentes básicos en cuestiones de romanticismo, cimentados en la infancia y en la adolescencia: Manhattan, el París de su generación. Cuando tenía diez años, los novios de *Love Story* patinando sobre el lago helado de Central Park le hacían soñar, y cuando tenía veinte, las parejas de Woody Alien paseando bajo el puente de Brooklyn eran su modelo básico. Manhattan había sido siempre el paisaje imprescindible para pasar en él unos días inolvidables. Había tardado mucho tiempo, y nunca había estado en Manhattan porque esperaba ir allí con el hombre de su vida. Y aquel hombre parecía serlo. De todo esto, claro está, no le dijo nada aquel día de la ducha en que él exclamaba *Alezeia*, porque nada más habría faltado decirle esto.

Pero fueron a Nueva York.

No patinaron en Central Park, ni que decir tiene. Pero él, una vez más, la sorprendió al proporcionarle algunos momentos singulares. Lot se habría olvidado del Metropolitan (como de tantos otros museos adonde iban a ver retahílas de pinturas, una tras otra), de no ser por el encuentro del Cometa con la vaca de Dubuffet. Fue un encuentro glorioso. Primero, le oyó saludar: «Holaa», le dijo, con un marcado acento del Segriá. La vaca le devolvió el saludo. Estuvieron un buen rato unidos, hombre y vaca. Luego, Lot se unió a ellos en mística comunión. Aquel encuentro prefiguró otros encuentros que ambos tendrían con sucesivas vacas a lo largo de su vida en común. Cinco años más tarde, en una granja del Loira, una tarde que después de cenar salieron a pasear por el campo, se produjo de nuevo la misma sintonía que aquel día se había producido en el Metropolitan con una vaca mágica, aunque esta vez se trataba de una vaca de carne y hueso.

Más tarde, en su libro inacabable, él escribiría: «La vaca de Dubuffet vive pintada en un lienzo enorme, aislada, sin paisajes, sin prados, sin hierba, sin fondo alguno, sólo ella. Y mira. No es una vaca, es, efectivamente, *la vaca*. La experiencia de toparse con este cuadro es singular, uno se siente impulsado al saludo, "¡hola!", a decirle al animal alguna cosa. Esta pintura consigue una inmediata e inevitable aproximación a la animalidad del hombre que la mira, el museo estalla, se hace pedazos. Es una experiencia alegre, un momento luminoso en el sombrío y fatigoso paseo cultural».

Al leerlo, a Lot le agradó saber que no todo en los viajes se le hacía pesado, aunque despotricara a menudo y nunca fueran para él objeto de deseo. A veces, era el propio despotricar el que acababa por ser una fiesta. La noche de Fin de Año, por ejemplo. Aquella noche, los cuatro (porque habían ido a Nueva York con una pareja amiga) estuvieron cenando con un amigo del Cometa que era escultor y estaba viviendo allí. El escultor había intimado con una joven funcionaría de la ONU y durante la cena les invitó a sumarse a la fiesta que ella daba en su piso, junto a otros funcionarios y gentes del mundo del arte. Cuando llegaron a la fiesta, que se celebraba en un apartamento de Murray Hill, no muy lejos del hotel donde se alojaban, la amiga del escultor se hallaba golpeando una sartén con un cucharón a guisa de campanadas. Unos cuarenta invitados se iban autopresentando maquinalmente con la copa en la

mano. Al cabo de un rato saludando a desconocidos y asistiendo a un alarde folclórico de catalanes en el exilio sumamente gazmoño, el Cometa empezó a dar muestras de impaciencia. No dijo nada, pero se le veía incómodo, y aunque Lot y sus amigos se habrían quedado a falta de otra cosa mejor, le propusieron marcharse, a lo cual él accedió encantado.

Probablemente no habría dicho nada más acerca de la fiesta, pero Lot le provocó con un «tampoco estaba tan mal», y entonces (entonces) estalló. Andando los cuatro por la Segunda Avenida, porque no era fácil encontrar taxi aquella noche, el Cometa se entregó a una demostración hilarante de su perplejidad por el hecho de que aquello que acababan de ver fuera denominado «fiesta». Ni las vistas cinematográficas sobre el East River del fabuloso apartamento, ni la compañía de su buen amigo escultor le habían hecho perder de vista la insipidez de aquella reunión, si la comparaba con el concepto que él tenía de una noche embriagadora. «¿Fiesta?», repetía indignado al recordar la circunspección de los presentes con la copa en la mano. Al ritmo de su invectiva contra la manera de brindar en la fiesta, y de su apología desopilante de las orgiásticas fiestas en el Bebop o en casa de sus amigos, donde los *whiskys* bebidos se contaban por piscinas y los instantes mágicos por constelaciones, Lot y sus amigos caminaban doblados de risa, y él andaba también a grandes zancadas (*veloz holocausto*, le llamaba ella), y de vez en cuando daba fuego a alguien que se lo pedía o contestaba con desparpajo los *happynewyear* de los viandantes y regresaba de nuevo a su filípica. Indiscutiblemente, aquella noche lo pasaron mil veces mejor caminando por la Segunda Avenida y acabando la noche en el hotel, porque la indignación del Cometa se convertía muy a menudo en una fiesta de marca mayor.

Como buen felino, cuando perdía el territorio familiar se sentía a disgusto. Entonces, al llegar a un lugar nuevo, se encontraba algo perdido, algo triste y desorientado, un sentimiento que se atenuaba pasadas unas horas. Al día siguiente, sin embargo, parecía que toda la vida la había vivido allí, y daba la impresión de estar con una amiga a quien le enseñaba el lugar del que era oriundo. Todo ello le

llevaba a disfrutar enormemente en los viajes. Pero él nunca cambiaba de opinión: su idea de que las pequeñas aventuras son superiores a las grandes, y las distancias cortas, más fértiles, era firme: «¿No es mucho más divertido cruzar la calle y poder contarlo con la misma pasión que si hubieras cruzado el Amazonas, que no al contrario: cruzar el Amazonas y no poder ni contarlo porque las sanguijuelas que tenías pegadas apenas te permitían concentrarte en lo que te rodeaba?».

«Es posible», decía Lot, mientras subrayaba algo en un mapa, pues estaba siempre programando un viaje u otro, habitualmente uno de aquellos viajes de larguísimo kilometraje en los cuales, como si les hubieran encargado una guía de hoteles y restaurantes con encanto, sólo veían hoteles encantadores y restaurantes, y sobre todo carreteras, a veces ni tan siquiera el paisaje: si la carretera tenía setos, como es el caso de las de Cornualles, sólo veían setos.

Y si en lugar de restaurante habían decidido preparar un pícnic, entonces el kilometraje se multiplicaba, siempre a la caza del rincón idílico soñado por Lot (solitario, sembrado de gencianas, surcado por transparentes riachuelos), el rincón que ella tenía que grabar con su cámara oculta, paisajes idílicos siempre difíciles de hallar, que les habían condenado un par de veces a comer una barra de pan a mordiscos a las cinco de la tarde al volante del coche.

Eran opuestos en su forma de moverse. Ella disfrutaba los viajes con anticipación y con posterioridad. En medio, estaba el presente, es decir, el viaje propiamente dicho.

Y no bien había llegado, él la veía, sorprendido, hacer caso omiso al lugar adonde tanto había deseado ir y ponerse a proyectar en cuerpo y alma el objetivo siguiente. Él, en cambio, necesitaba un día para situarse, al cabo del cual empezaba a sentirse a gusto, un placer que para él crecía conforme aumentaba la familiaridad con el lugar. Probablemente, la pereza que experimentaba al llegar es lo que hizo que nunca cambiara de opinión en relación a los viajes.

Al contrario, ella sí cambió de opinión. Aunque siempre conservaría el placer de viajar por el simple hecho de moverse hacia otra dirección, comprendió junto a él una dimensión nueva. Los lugares adquirían un relieve especial bajo su mirada: lo adquirían cuando se quedaba extasiado ante *El entierro del Conde de Orgaz*, único momento relevante de un viaje fugaz que habían hecho a

Toledo, o cuando le veía arrodillarse ante el cocinero o el *maître* (que a menudo les iban a saludar a causa del entusiasmo del caballero). Lo adquirían cuando se detenía a hacerle notar la luz especial de la mañana que ilumina la casa de Wagner en Tribschen, o cuando interpretaba a una criatura mitómana tratando de identificar la roca que cita Nietzsche en *Así habló Zaratustra*, en el camino sembrado de cascadas que, bordeando el lago, tantas veces habían hecho juntos. Como una buena herramienta que arranca con eficiencia la hierba precisa, la mirada del Cometa extirpaba los detalles más sabrosos y se los mostraba. Y ciertamente, no necesitaban escenarios espectaculares porque él sabía sacar provecho del más inhóspito yermo. «¿Qué clase de pájaro es éste?», decía de pronto, sacando los prismáticos. Y por alguna razón difícil de explicar, sabía contagiar una curiosidad irresistible. En cualquier caso, Lot aprendió pronto que sacaría mucho más partido de él si le llevaba al más inhóspito yermo sobrevolado de grajos o a un pueblo perdido de los Cárpatos: donde no había nada que ver, él le mostraría mil delicias, en cambio, obligarle a hacer cola para ver los Uffizzi en un caluroso día de verano en una Florencia atascada de cuerpos sudorosos, era como tirar una cerilla ardiendo a un pajar y esperar que no se incendie.

Quizá por esto solían frecuentar zonas rurales, donde las aglomeraciones son raras. Todos sus viajes estaban regidos por un hambre que ella nunca parecía saciar: el hambre de verde. Desde que alcanzaba a recordar, añoraba el verde y el agua, añoranza que provenía de la mejor parte de su infancia: los veranos con sus abuelos en el Montseny. Creció con una nostalgia extraña de los lugares lluviosos y de los prados bañados en niebla, como si fuera gallega o bretona. Recordaba con exactitud la primera vez que sintió lo que enseguida identificó como una tristeza infinita: tenía seis años y no podía olvidar el lugar donde había pasado el verano, la casa de sus abuelos, solitaria y blanca en medio del bosque. Tenía dos edificios, la diminuta casita que hacía las veces de hogar y el pequeño edificio que era la escuela. Allí, ella empezaba el verano recogiendo fresas y lo proseguía inventando historias y regando los macizos de hortensias que separaban la casa de la escuela. Después entraba en la escuela desierta (de la que su abuela era la única maestra y cuidadora) y se erigía en reina todopoderosa de los libros,

de la pizarra, de los pupitres, de los tinteros, de los mapas, del globo terráqueo. Por las tardes atravesaba los bosques de castaños con su abuelo (que reinventaba para ella la botánica, contestando a todas las preguntas con nombres inventados, como más tarde descubriría). Adoraba la lluvia, y solía salir a cantar bajo el agua, o bien oía cómo los abuelos la llamaban para que se resguardara mientras ella se escondía bajo los macizos de hortensias, porque le encantaba el sonido de las gotas de lluvia sobre las recias hojas. La añoranza del verde era una herencia atávica. O, mejor aún, hecha de palabras: su padre había crecido en la alta montaña. Su madre le había conocido allí, en medio de una fuerte nevada. En cuanto a su madre, la que no quería diamantes, había llevado junto a una hermana una vida silvestre en el Ripollés, donde los juguetes se improvisaban con pedazos de leña, los compañeros de juego eran conejos y gallinas, y los enemigos el zorro y el gavilán. Había también un pobre que vivía en una cueva y a quien las dos hermanas llevaban clandestinamente huevos que nunca sobraban en casa, y un padre lleno de imaginación (el mismo que más tarde reinventaría la botánica para su nieta) que el día de Reyes salía de madrugada a marcar en la nieve falsas huellas de camellos, metros y metros de huellas. Y había también un bosque espeso, donde, como Hansel y Gretel, las dos hermanas e incluso los padres se perdían a menudo.

Todo esto, a Lot, siempre le pareció el colmo del lujo. Como vivía en una tierra más bien árida, a lo largo de sus primeros años de vida, la embelesaban las ilustraciones de jardines británicos desordenados, las cumbres alpinas donde todo era puro, las Heidis libres y felices que vivían junto a un abuelo taciturno. Le bastaba con que el inicio de una novela transcurriera en una casa junto a un lago o en un bosque de arces noruegos para que de inmediato le interesara. Por el contrario, la visión de un campo árido rebajaba drásticamente su nivel de alegría.

Con los viajes verdes junto al Cometa llegó a saciar buena parte de su hambre de verde. La niebla y la lluvia les gustaba a ambos. A él, porque detestaba el calor. Sin embargo, como no era estrictamente un hombre hambriento de verde, tanto verde se le empezó a indigestar. Incluso ella, que nunca llegaría a poder prescindir del todo del verde, se estaba empezando a hartar. El

punto crítico se dio en un pueblo austríaco, donde no paraba de llover pese al bochorno y donde las paredes empezaban a oler a podredumbre mientras comían un abundante plato de bolas de patata servido por una camarera vestida de tirolesa que apestaba a sudor. Allí Lot se dio cuenta por vez primera de que la humedad no lo es todo en esta vida. Y dijo: «Quizá deberíamos hacer otro tipo de viajes». «O ningún viaje», opinó él. Se pusieron a hablar del asunto y, finalmente, él sugirió algunos lugares cálidos, como Grecia o Castilla, uno de sus paisajes preferidos. La avidez de verde que ella sentía era tan grande que, de todas formas y como a él le daba igual, es probable que el verano siguiente hubieran aterrizado en Asturias o en el Oberland suizo, de no haber sido porque en septiembre les comunicaron que iban a hacer un viaje que lo cambiaría todo: su manera de viajar y también todo lo demás.

Unos años atrás, ella le había pedido un hijo. A él le resultaba difícil de entender. No había nada del hecho de tener hijos que pudiera considerar atractivo, salvo el hecho de tenerlos. Es decir, ningún problema si de pronto se le aparecían siete hijos: era un hombre de hechos consumados. Pero «desear un hijo» estaba fuera de su capacidad de comprensión o, como le dijo un día, con humor: «¿Cómo puedes desear algo que no existe, algo que no es, es decir, la nada? ¡Desear *nada*, qué deseo tan extraño!». Su vida con Lot le gustaba como era: íntima, cómplice, tranquila y excitante. La mayor parte de motivos por los cuales la gente tiene hijos le resultaban ajenos: ¿Educar? Ya tenía alumnos que le satisfacían plenamente. ¿Cuidar? Adoraba a los perros y nunca quiso tener ninguno por esta razón: cuidar plantas o animales no entraba dentro de sus prioridades, siempre tenía la cabeza demasiado ocupada y no conocía un instante de vacío que lo impulsara a desear estas pequeñas cotidianidades. ¿Proteger? La idea de tener que abandonar a un hijo por una muerte precoz le horrorizaba, tenía más de cuarenta años y se consideraba mayor: nadie en su familia había conocido la longevidad. ¿Amar? Sus afectos estaban cubiertos, rebosaban. ¿Proyectarse? Éste era el punto que menos podía entender: no necesitaba proyectarse ni duplicarse, y sin duda prefería no dejar copias, que a menudo son peores que el original.

El problema era que a Lot se le hacía muy difícil convencerle de lo contrario, especialmente porque a ella… ¡le sucedía exactamente lo mismo! Desconocía por completo lo que denominan «instinto maternal». Le resultaba imposible no ver todo lo relacionado con las tareas del hogar como una pérdida de tiempo. Sabía que una actividad como bajar a un bebé al parque y hablar con otras mamás estaba fuera de sus competencias. Tampoco le atraía en absoluto el asunto de proyectarse, más bien al contrario. Por lo que respecta a amar, sentía terror a que la carga brutal de amor que sentía por el Cometa se dispersara: pensaba que en todo caso se tienen hijos cuando la carga de pasión y de afecto por el cónyuge ha disminuido. Ése es el momento, y para ella no había llegado.

Y, sin embargo, como era tan futurible, quería, no exactamente ser madre, pero sí haberlo sido. Es decir, le preocupaba que, por ejemplo, con sesenta años se arrepintiera de no haber tenido hijos. «También puedes arrepentirte de haberlos tenido», le decía el Cometa. «Pero es mejor arrepentirte de lo que has hecho que de lo que has dejado de hacer», replicaba ella. Y así lo siguió pensando. Como además, los hijos no llegaban, ella tenía mucho tiempo para pensar en el tema, aunque de modo diferente al de muchas mujeres que convierten la idea de tener hijos en un deseo irrefrenable, pues en su caso la aprensión llegó a acrecentarse hasta convertir la idea en una auténtica amenaza.

Y, pese a todo, seguía adelante con su idea (por si acaso a los sesenta). Como no deseaba contaminar su vida erótica con ningún proceso clínico, la adopción le pareció un procedimiento ideal, más aún teniendo en cuenta que todos decían que se trataba de un proceso largo y complejo, tan largo y complejo que acaso durara muchos años, quién sabe si treinta, de tal modo que la criatura llegara al cumplir ella sesenta, con un auténtico don de la oportunidad. La madre de Lot la invitaba de vez en cuando a ver niños adoptados, como quien va a ver pisos: «¿Sabes? La pianista ha adoptado una niña monísima». «¿Sabes?, los Forqué han adoptado un niño ruso». Y así sucesivamente. La madre de Lot siempre había tenido debilidad por las adopciones. Por motivos distintos a los que podía tener el Cometa, la llamada de la sangre no la motivaba en absoluto. Por otra parte, ella también había contribuido a que el deseo de Lot fuera futurible: nunca la oyó decir «qué hermoso es

tener hijos», sino «qué hermoso es haberlos tenido». En definitiva, así las cosas, una noche, Lot, que se había pasado la vida planchándose el pelo, vio un reportaje sobre el abandono de niñas en las zonas rurales de China y se decidió. Una amiga le dijo que no era ésta la manera de decidirse, pero Lot sabía que se equivocaba: sabía que por irrelevante que sea el motivo que te impulsa a tomar una decisión, nada tiene que ver éste con el modo en que te enfrentarás a la decisión que has tomado. Sin ir más lejos: el Cometa emprendía los viajes sin ningún tipo de deseo, y cuando llegaba al punto de destino se mostraba como un viajero mil veces más avezado que ella. Inversamente, ella había visto a demasiadas madres que deseaban un hijo con locura convertirse luego en madres desastrosas.

Cualquiera que fuera su decisión sobre el modo de tener hijos, el Cometa mostró siempre hacia el tema un profundo respeto. No colaboraba, pero nunca se habría opuesto a la decisión de ella en una materia tan delicada. No es improbable, sin embargo, aunque nunca se lo dijo, que considerara éste uno más de los proyectos de Lot, uno de esos proyectos que una vez cumplidos dejaban de motivarla. Es posible que temiera que, como en los viajes, una vez tuviera la criatura en los brazos, ella se dedicara a proyectar nuevas actividades y dejara al crío en manos de él, que, pese a no haber expresado nunca deseo alguno de ser padre, tenía sin duda más madera de padre tierno. Era razonable que pensara esto. Tampoco ella habría puesto la mano en el fuego por su papel de madre. Podía suceder o podía no suceder.

Con toda esta incertidumbre y pese a todo, Lot inició los trámites. Sin prisas. Pero el azar no cuenta con las expectativas de la gente, tiene una sabiduría que le es propia: su proceso fue fácil, sencillo, y tan rápido que en lugar de tener que esperar ansiosamente los documentos, a menudo la llamaban para avisarla de que estaban a punto de caducar. En verdad, durante todo aquel proceso, el temor no hizo más que crecer, ansiaba apurar junto a él esta vida que tanto le había costado encontrar, y el hecho de que presumiblemente una tercera persona iba a modificarla la inquietaba sobremanera. Y ya un día, no pudiendo postergar más el asunto, fue a recoger toda la documentación por el simple hecho de que estaba al límite de la caducidad. Y la envió, como si lanzara

una botella al mar con un mensaje dentro y, secretamente, esperara que se perdiese. O como si esperara que el azar decidiera por ellos e hiciera lo mejor para todos.

Y el azar lo hizo, con la perfecta eficacia que le caracteriza.

En septiembre, pocos días después de regresar del pueblo austríaco, una llamada les hizo saber que había una niña esperándoles. La reacción de ambos fue la que cabía esperar de cada uno: él despertó de inmediato a la paternidad (no necesitó ni una fracción de segundo): la lágrima furtiva, la emoción absoluta, la disponibilidad total. Ella, en cambio, se quedó petrificada junto al teléfono: tuvo exactamente la sensación de haber jugado con fuego y haberse quemado. Esta sensación le duró unas horas. Hasta que tuvo entre sus manos un papel. Un fax borroso que le entregó una funcionaría, donde apenas se veía el rostro de la niña. Unos cuantos caracteres en mandarín, algo parecido a un ojo, una grapa. Un nombre.

Aquello operó en ella un cambio radical. ¿Puede un papel cambiar tantas cosas? Era la no marcha atrás. Era el «me está esperando». Era el «me ha tocado», «me ha sido destinada». De un modo parecido a como le sucedería tras la muerte del Cometa, aquel día y para siempre perdió la mayor parte de los miedos. No todos, pero sí los más importantes.

Ante aquel viaje, como es natural, los otros parecieron de pronto una especie de ensayo. Prolegómenos. Esto debía de pensar él también, que escribió en su diario: «Duermen las dos. Hoy hace un año que emprendí el viaje más hermoso de mi vida». He aquí una frase de aquel diario breve que Lot espiaba, una de las tres únicas «confesiones íntimas» que contenía. Algo, por otra parte, insólito en él, que, al igual que ella, no solía recordar aniversarios.

B8. Ella está aquí

Ella está aquí. Pieza de capital importancia, antes y después de la muerte de él. Excelente compañera de aventuras, excelente compañera junto al fuego del hogar. En eso se parece a su padre: está donde quiere estar. Quiere estar donde está. Y no desea moverse. Vive el presente, con plenitud.

Está aquí, con sus doscientas palabras por minuto, con sus prolijas explicaciones y relatos de lo que hace y de lo que va a hacer, con sus preguntas sobre su padre, con sus canciones de antes y de ahora, con su galope por prados y pasillos, con el eco de aquella risa que él le señaló a Lot el primer día en el hotel de Hefei («¿Has visto cómo se ríe esta niña?»).

Está aquí. Y también su perro, que naturalmente se llama Ideafix, nombre adecuado porque le ha costado años conseguirlo. «¡Fiiiiiiiiiiiiix!», oigo cada dos por tres, porque al pobre pequeño cazador le ha quedado el nombre recortado, como si de un rollo de cinta adhesiva se tratara.

Ella está aquí. Pero me resisto a que adquiera una importancia capital. «Es el centro de mi vida». O: «De no haber sido por ella», o: «Me dedico en cuerpo y alma a mis hijos». Siempre he detestado este tipo de frases: me niego a que ella sea mi vida entera. Deseo ser ligera, ligera, ligera como él, aprender a ser ligera para ella, aprender esta ligereza (¿cómo?). No lo sé. No deseo pesarle.

En los primeros tiempos tras la pérdida, la niña ha hecho preguntas de niña. Algunas, difíciles de responder. «¿Por qué?». «¿De qué manera?». «¿Dónde está?».

Eso es. ¿Dónde?

Tiene una edad en que sus compañeros no son ni lo bastante pequeños para no hablar de ello, ni lo bastante mayores como para saber de qué hablan. Como consecuencia, a menudo llega a casa con esta pregunta renovada y algunas respuestas pintorescas. El

cuerpo, en concreto, les interesa mucho a los niños, y sus amigos de clase le ofrecen todo tipo de teorías sobre la cuestión. Hoy una niña le ha dicho que probablemente su padre es ahora un tulipán. «¡No es un tulipán!», protesto. «Sí», dice ella, «lo mismo le he dicho yo, le he dicho: "En todo caso, un petirrojo o tal vez un calamar"». Ostras tú. Le digo: «Ya resulta curioso que haya gente empeñada en creer que nos convertimos en tulipanes, en chopos o en gorriones, cuando existe una reencarnación más que evidente, que es la que hacemos nosotros mismos con los seres queridos». Ella sabe de qué estoy hablando. «Sí, le tenemos dentro, ya lo sé, pero ellos no lo entienden». «Vamos, en todo caso yo soy partidaria de prescindir de plantas y de animales: ¿no es reencarnación suficiente que las personas amadas se nos queden en la piel y en las vísceras, que cambien nuestros hábitos, que nos abran los ojos cuando ellos los han cerrado, que hablen a través de nosotros?… ¿Puede existir una reencarnación más carnal?». Me pregunta qué significa «vísceras».

«Pues vísceras son órganos como el cerebro, el corazón, el estómago, las vísceras son entrañas, pura carne, no hay nada más carnal».

Pero hoy, en la bañera, quiere saber más. Quiere saber dónde está el cuerpo. La bañera está llena de espuma, apenas sobresale un poco el tubo de Snorkel con el que respira. De pronto saca la cabeza, me mira a través de las gafas de buzo y dice: «Diana me ha dicho que cuando nos morimos se nos comen los gusanos y se nos descuelga la piel». Y vuelve a sumergirse, ahora sin tubo. Tarda tanto rato (no puedo entender cómo aguanta tanto) que me da tiempo a pensar un poco. Cuando vuelve a asomar la cabeza dice: «¿Es verdad?».

«Mmm, sí, pero no es el caso de papá. Papá es ceniza, algún día todos seremos ceniza, todos seremos polvo». A continuación le elogio las virtudes del polvo y de la ceniza, pura, ingrávida y demás. Le recito los versos de Quevedo, «Cerrar podrá mis ojos la postrera», sólo la primera y la última estrofa, el resto no me lo sé. Le destaco el verso final, «polvo serán, mas polvo enamorado», porque confío en que la palabra «enamorado» le llame la atención lo suficiente como para cambiar de tema. En efecto, he desviado su atención. «Polvo enamorado, huyyy», dice. «Es el primer libro que me regaló tu padre, la poesía completa de Quevedo», le digo.

Levanta las cejas y sonríe con la picardía que siempre le despierta la palabra «amor» y sus derivados. Yo prosigo: «Se los sabía de memoria, pero es que además, los recitaba tan bien…».

«¿De memoria?».

Sí, creo que he alejado a los gusanos.

«Sí, de memoria, como aquel poema del señor López Fresquillo que no encontraba el cepillo, eso que recitabas el otro día, ¿cómo era?».

«No me acuerdo», dice. Y se sumerge.

Sale de nuevo. Ha rebobinado. «¿Polvo enamorado?», dice. «¿Eso significa que aun hecho polvo papi sigue enamorado?».

«Bueno, eso no es fácil saberlo… Pero yo sí lo estoy». Creo que esto último no lo ha oído, se ha vuelto a sumergir. Pero de inmediato vuelve a salir y pregunta:

«¿Y nunca dejarás de estarlo?».

«Imposible, es demasiado tarde», le digo.

«Entonces, si vuelves a enamorarte, ¿estarás enamorada de dos?», pregunta.

«Supongo», le digo. «No tengo ni idea». Pienso un segundo en ello y le digo (*Investigart!*): «Puede resultar interesante, nunca me ha ocurrido».

Pero de nuevo regresa al tema:

«Y ¿el polvo es un montón muy alto, alto como él, quiero decir?».

«No, no… Es una cantidad más o menos así», le digo, haciendo un gesto con las manos.

Y entonces llega la pregunta, que en todo este tiempo todavía no ha hecho ni una sola vez.

«¿Y dónde está el polvo?».

«Bueno, el polvo está en una urna».

«¿Una urna?», dice.

«Sí, bueno, es una especie de jarrón».

Se sumerge y tarda, como si estuviera pensando bajo el agua y cuando sale, con unos cuernos de espuma que le rodean la cabeza al estilo del peinado de Maggie Simpson, exclama con gran énfasis:

«¿Está dentro de un jarrón?».

Da igual, se sumerge otra vez. El peinado se deshace. Cuando sale de nuevo le digo:

«Hala, ya está la toalla preparada, te espero».

«¡Dentro de un jarrón!», exclama admirativa. A continuación, suplica una última inmersión. Cuando asoma de nuevo la cabeza, el peinado ha cambiado de forma.

«Y ¿dónde está el jarrón?», pregunta.

«Vale, ostras. ¿Cómo puede importarte un jarrón? Ya no hay cuerpo, sólo hay alma. ¿Qué importancia tiene un jarrón? El alma que nos anima está aquí, aunque no la veas. ¿O acaso puedes ver las cosas más importantes de tu vida, como la alegría, el cariño, el amor por tu amigo de quinto o la manía que le tienes a tu amiga pija? Lo tenemos en el corazón, punto».

Ya no me oye. Se ha sumergido de nuevo. Cuando sale, ha estado elaborando bajo el agua una de sus teorías:

«¿Quieres decir que este polvo sube al cielo, viaja dentro de las nubes y luego nos llega al corazón a través de los bronquios y los alvéolos?».

«¡Correcto!», le digo, encantada de oír una explicación tan plausible. Añado: «Tampoco tienes por qué decir "a través de los bronquios y los alvéolos", ¿eh?, no hace falta ser tan materialista. Pero vamos, sucede exactamente como lo has dicho».

Se queda repitiendo «alvéolo», porque la palabra le resulta graciosa. Le digo: «¿Sabes que también se dice alveolo? Las dos son correctas, creo».

«Alveoooolo», exclama, y se troncha de risa. Dejamos el tema mientras hace pareados con alvéolos y alveolos, y ya me está preguntando por la rima, tema acabado por hoy. Pronto cumplirá ocho años. Nunca le he hablado de la muerte de una manera distinta a como me hablaría a mí misma.

Tiene muy claro que no está. Y, en cambio, tiene muy claro que lo tiene. Recuerda anécdotas con precisión. Cuando hacía payasadas para ella y se ponía un pañal en la cabeza. Cuando le mostraba el firmamento. Cuando intentó afinarle el violín por primera vez y las cuerdas empezaron a estallar inexplicablemente. Cuando le tostaba pan con ajo y aceite. Cuando le cocinaba cocochas con el delantal de caballero de la Mesa Redonda que yo le había comprado en Tintagel y ella se ponía a sus pies, sentada contra sus pantorrillas. Cuando le enseñaba a respetar las distancias con los vehículos de delante, y otros temas para él fundamentales en la conducción.

Sabe muy bien que el cuerpo no regresará. Pero guarda con su padre cierta relación material a través de las fotos. Las cambia. Para tenerlo nuevo, dice. Coge su cámara y fotografía las fotos. Las vuelve a cambiar. Hoy ha colgado una nueva foto. En el jardín de la ciudad de la niebla, están los dos haciendo pompas de jabón. Anochece. Es el verano de sus cuatro años. Está desafiante en esta foto. Avanza los labios sensuales para soplar en el círculo de plástico y mira directamente a la cámara. La niña, junto a él, hace exactamente lo mismo. Ambos sentados en el jardín de Lérida entre las hiedras, en el mismo lugar donde leyó mi primera novela mientras yo esperaba su veredicto en el interior de la casa. Tiene una foto idéntica.

Está con dos amigos, tras la reja del campo de fútbol. No tendrá más de catorce años, delgado, rubio y bello, la mirada provocadora e irreverente. Está haciendo con los labios el mismo idéntico mohín ante un cigarrillo que sostiene entre los largos dedos. Y otra. La niña y él con la noche de Barcelona al fondo, en la cubierta del *ferry* que nos llevaba a Génova. Hace mucho viento. Su cuerpo esbelto y flexible parece un junco interrogante, ambos están curvados por el viento, riendo a carcajadas.

La niña habla a menudo de las «dos vidas». Ha acabado por adjudicarle una vida real, que es ésta, cuyo reflejo es «la otra vida», la que vivió en el pasado. Por eso dice a menudo: «Cuando papá *vivía fuera* de nuestro corazón…», como si lo normal fuera vivir dentro de un corazón en lugar de fuera. Con esto deja claro que para ella hay dos vidas, una que él vivió, y otra que los vivos vivimos por él. Piensa mucho más en la suerte de haberlo tenido que en la desgracia de haberlo perdido (es algo que le dije el primer día, pero nunca pensé que daría tantos frutos).

Este exceso de presencia invisible de su padre parece serle benéfica. De hecho, nada es pernicioso cuando es fuente de creación, de alegría, de enriquecimiento, de regeneración constante… Todo es dañino cuando es fuente de tristeza, de aniquilamiento, de limitación del pensamiento… Es obvio que para ella ésta es una pasión alegre, rica. Cuando la veo tan obstinada, me viene a la memoria el juramento que se hizo la Laura Díaz de Carlos

Fuentes respecto a su hermano muerto: «Pero te juro que [la vida] la vas a vivir a mi lado, en mi cabeza, en mis cuentos, en mis fantasías, no te dejaré escapar de mi vida […] no sé cómo, pero te juro que lo haré». A mi hija nadie le ha exigido tanto celo. Pero nadie se lo ha impedido, en ningún momento, con una mirada tensa, con un denso silencio. Las reflexiones sobre la muerte son frecuentes. Hablamos a menudo de ella. Sabe que es un tema importante, que no hay que esquivar, si no quieres que cuando te atrape te deje el alma arruinada.

Por todo ello, mantiene con la idea de la muerte una relación peculiar. Valiente y amistosa. Tan amistosa que se ha pasado este último año cantando todas y cada una de las partes, solos incluidos, del *Réquiem* de Mozart, que ha acabado por aprenderse de memoria antes que yo. Algo que siempre quise hacer y nunca había hecho es cantar en un coro. Dudo que resista mucho tiempo las exigencias de tiempo y de disponibilidad del coro en el que canto, se trata de un grupo casi profesional, al que he accedido gracias a unos amigos. Pero en cualquier caso, a lo largo de todo el año, viajamos en coche cantando réquiem de aquí para allá. Un día le pregunto si sabe qué está diciendo, y le explico de qué va la cosa. «Ah, perfecto. A papi le gustará que se lo cante», dice. Y prosigue. Pero al final de curso, cuando prepara la despedida de un amigo suyo de sexto curso que se va al instituto, me dice: «Me ha pedido que le cante algo. He pensado que le cantaré el *Réquiem*». Trato de disuadirla. Ella replica: «¿Quieres decir que es demasiado largo? Pues le canto sólo el *Rex Tremendae*», me sugiere. «No, si no es por largo, aunque también… Lo que pasa es que no es exactamente una despedida para alguien que se va al instituto, sino para alguien que se va para siempre, ya te lo expliqué». «Ya», dice, pensativa. «Y claro, a lo mejor no lo aprecia», le digo. «Ya», dice, algo decepcionada. Pero a continuación ataca uno de los retazos que prefiere, y que por la euforia inmediata que contagia debe de ser también el preferido de los principiantes. «*Quam olim abroe, promisisti*», canta. Me uno a ella y ambas bramamos con entusiasmo.

Al cabo de unos días, mientras se está peinando con la parsimonia que la caracteriza, me dice: «¿Sabes?, en realidad, ha

ganado papi». «¿Cómo?», le digo. «Sí, la muerte ha perdido. Él ha ganado. O sea: si uno va decidido a llevarse algo pero se deja lo más importante es que ha fracasado. Imagínate que voy a buscar un violín, y sólo me llevo el estuche». «Ya», pienso. «Se ha llevado el cuerpo, pero se ha dejado lo más interesante», me aclara. «Ya», digo.

Así es como ella lo encaja.

Por lo que respecta a él, resulta indigesto pensar que le quedaba tanta hija por disfrutar. Él, el hombre sin proyectos, un día, sólo uno, concibió un proyecto. Muy sencillo, a su medida: «El verano que viene compraré un libro de árboles». Lo dijo mientras paseaban por el bosque, junto al monasterio de Poblet donde pasaban la parte sedentaria de los veranos. La niña le daba la mano, siempre a su lado, ya se sabe, padres e hijas. Entonces, ella también estaba ahí, intensamente, y su vocecilla no callaba. Nunca. Siempre que andaba por el bosque imaginaba pasear por el fondo del mar. Le daba instrucciones precisas. «Y ahora tú me dices: "¡Cuidado con el pez-bola! ¡Es peligroso!", bueno, peligroso entre comillas, y yo te grito: "¡De acuerdo, pasa por detrás de los corales!", ¿vale?». Y así caminaban por el fondo del mar. Él le seguía la corriente, era imprescindible ajustarse al guión. Agotador. «Y ahora tienes que gritar: "¡Ojo! ¡Es la aleta de un tiburón!", pero dilo con voz muy fina, recuerda que eres un bebé calamar». Y él repetía la frase con voz de calamarcito. Voz de calamarcito. Insólito.

Sin embargo, no está nada mal, bien mirado, el papel que le ha tocado interpretar en lo que concierne a su hija. Freudianamente hablando, si alguien ha de tener una vida simbólica para el hijo, es mejor que sea el padre, que tradicionalmente ha sido un referente poco presente, un modelo a evocar, mientras que la madre siempre ha contado más por su presencia material. No, no está mal el papel que le ha tocado. Él se queda fijado para siempre, eternamente joven y parado en el tiempo, mientras que yo, si no hay novedad, iré envejeciendo, sucumbiré a la enfermedad y al deterioro físico. Él, en cambio, en la casa salpicada de fotografías seductoras de sus

últimos años, permanecerá radiante y espléndidamente conservado, el muy cabrito.

Por lo que a mí se refiere, verla a ella sin él es lo peor del duelo. En cierto modo, tu propio duelo queda en segundo plano cuando lo vives en paralelo con el de un niño. A menudo, el padre que duele opta por el silencio: las frases de los niños llegan cuando menos las esperas y hacen daño. En nuestro caso, el silencio, ni que decir tiene, estaba totalmente descartado. Sin embargo, yo no calculé las consecuencias que para mí podía tener el hacer de su padre una presencia continua. Ella ha seguido hablando de él con más frecuencia que yo, y a menudo me encuentra desprotegida. Los niños no avisan. Un niño se está poniendo un calcetín y de pronto exclama: «Fue una gran idea por tu parte encontrar a un novio como papi. ¡Qué gran idea tuviste!». Y tú has de sonreír y no mostrarte evasiva, porque si lo haces, la próxima vez, callará. Así es que sabe que puede decir lo que quiera y, teóricamente, yo sonreiré.

A veces, sin embargo, cuesta sonreír. El domingo pasado, por ejemplo. Regresábamos de Lérida por la autopista A7. La A7 es el lugar donde más difícil me resulta disimular. En la A7 han pasado las cosas más importantes de nuestra vida. La A7 ha sido para nosotros más que un hogar. Nos gustaba la vida de coche. Allí teníamos largas conversaciones, allá discutimos, reímos, cantamos réquiems, cantatas, *lieders*, rancheras, boleros y jotas. Allí escuchamos a Camarón y a Cage y a Carosone, y más tarde *El gato con botas y La ratita presumida*. En la A7 decidimos el título de mis novelas. En la A7 decidimos ir a buscar a la niña, es decir, lo consensuamos ambos. En la A7 pasaron miles de cosas. Reconozco que era una manía mía. Hay dos lugares que me gustan por encima de cualquier otro: el coche y la cama. Posiblemente, es la similitud del coche con la cama lo que lo hace para mí un medio de transporte tan agradable, ya de pequeña soñaba con una cama rodante que me transportara a todas partes, una cama-coche, un coche-cama. La A7 fue también el último paisaje que él contempló, antes de llegar a la casa de su infancia y quedarse allí para siempre. Así que en la A7 el ánimo de ella y el mío se resquebrajan con facilidad.

Y ahora, es rodando por la A7 donde la niña acostumbra a soltar las andanadas más importantes. Cargas de profundidad que, en

cierto modo, esperas. A punto de cumplirse dos años de la pérdida, una tarde la veo rara por el retrovisor y le pregunto: «¿Qué te pasa?». «Ya lo sabes», me dice. «Bueno, pero dímelo», le reclamo, pues es viernes, acaba de salir de la escuela tras una semana de actividades y son muchas las cosas que pueden bailar en su cabeza. En un tono ligeramente indignado, me dice: «¿Es que no te acuerdas o qué, de eso tan grave que nos ha pasado?». «Sí, cariño. Sólo quería saber si te pasaba *alguna otra cosa*».

Y esbozas una sonrisa. Otras veces, sin embargo, la sonrisa tiende a congelarse de golpe. Hace dos domingos, por ejemplo. Hace dos domingos, regresábamos de la montaña. Yo conducía relativamente contenta, indiferente a todo lo que no fuera la conducción, y cuando me estaba preguntando si adelantar o no a un camión, oigo: «¿Sabes lo que me gustaría por encima de todo?». En este momento yo ya sabía lo que iba a decir. Pero la dejé que dijera toda la frase, y al decirla (que-cuando-llegáramos-hoy-a-casa-la-puerta-estuviera-abierta-y-papá-estuviera-allí-esperando) no pude evitar visualizar aquella puerta abierta y la sonrisa de él, afectuosa y divertida, y sentir el dolor más atroz, que es el dolor que no es tuyo y no puedes controlar de ningún modo, por ejemplo el que se siente por un hijo que expresa un deseo totalmente irrealizable y para siempre condenado a la decepción. Me hallaba yo cayendo por un precipicio infernal cuando, justo a media caída, suspendida como si dijéramos a las puertas del infierno, oigo de nuevo su vocecilla: «¡Pobres tocinos!».

Un camión de cerdos al que íbamos adelantando había fulminado de golpe la decepción eterna, el desconsuelo perpetuo. Mi caída también quedó suspendida en el aire.

Es lo que tienen los niños. Te dejan con el rictus congelado y ellos, imparables, siguen dando vueltas a su vertiginoso y multicolor carrusel de recuerdos y de olvidos.

Este deseo de reencuentro imposible que expresó hace quince días es recurrente en sus sueños. Me los explica cada mañana. Se enfada cuando hace días que no sueña con él. «Él sabía soñar por encargo, me lo contó un día. Pero yo no lo consigo», me dice. «Yo tampoco sé hacerlo», le digo. Hace una pausa y prosigue: «Aunque da igual, porque me los paso cuando estoy despierta». «¿Te los pasas?», digo. «Sí, clico “abrir”, y ya está. Todos los sueños donde

sale él no he dejado que se pierdan, he clicado “guardar” y se han guardado en mi cabeza».

Vive con alegría este tipo de sueños, aunque más tarde, cuando está a punto de cumplir nueve años, empieza a vivir el despertar como una trastada desagradable. Son sueños típicos, o eso creo, cuando se ha perdido a alguien importante: le regalan un *puzzle* que, una vez montado, será su padre; un ángel le devuelve la vida; le hago un regalo sorpresa y de dentro sale su padre, etcétera. Es el tipo de sueños que yo tenía cuando perdí al mío.

En cambio, esta vez, no los he tenido. De hecho, la primera vez que sueño que él regresa es en el viaje a México. Un año y medio después. Y no se puede decir que sea un regreso con todas las de la ley.

A9. La irrupción de la Bestia

Corrían buenos tiempos cuando la Bestia irrumpió en sus vidas. En esta ocasión, en forma de enfermedad muy temida. Su hija tenía cinco años. Los viajes habían adquirido una nueva dimensión, a causa de la insaciable curiosidad de la niña. Cascadas, ríos, caballos, pícnics, aves rapaces, todo era para ella motivo de alegría. Y, sobre todo, las palabras. Una palabra como *cauchemar*, porque le evocaba un cerdo de mar, podía provocarle un sonoro ataque de risa de dos horas. Una palabra como *fragola*, que aprendió en Positano cuando le preguntaron de qué quería el helado, podía hacerle más cosquillas en la lengua que el hecho de degustar la fresa que designaba.

Hacía tiempo que habían dejado de buscar la lluvia, porque con niños resulta molesta. Aquel verano, dos meses antes de la irrupción de la Bestia, fueron al sur de Italia y a Megève. Acertaron en la elección del lugar y del hotel, un acierto que Lot se había ganado a pulso: había estado buscando durante meses. Ahora la programación de los viajes se había complicado aún más. Porque la playa no les gustaba, pero Lot la consideraba conveniente para la niña.

Lo único que deseaban era una playa tranquila y limpia, y como siempre que habían ido de vacaciones, la prioridad para ella era la desconexión de la cotidianeidad. Ella tenía una idea muy radical de lo que significaba desconectar, por lo que era precisa una planificación estratégica del sitio que descartaba un sinfín de lugares: Cadaqués, donde veraneaban desde siempre los amigos de él, Menorca, donde veraneaban los amigos comunes, Ibiza, donde veraneaba su hermana, y un largo etcétera de lugares donde era probable encontrar a gente querida que pudiera requerir atención. Era preciso, igualmente, evitar el avión. A ella no le gustaba viajar en avión si no era imprescindible, lo que descartaba muchos lugares

atractivos, desde Túnez a las Antillas, y de cualquier forma, a él no le gustaban los trayectos pesados. Era preciso evitar que la playa fuera el único aliciente, dado que a ellos no les interesaba, y tener acceso a otros placeres, gastronómicos, culturales o paisajísticos.

Aquel año se decidió por el sur de Italia. Con él no podía contar, «haz lo que quieras, seguro que juntos lo pasaremos bien», era la única consigna que conseguía arrancarle. Así pues, verían Nápoles y las ruinas de Pompeya. Comerían bien. Ella recordó un viaje que había hecho a Capri cuando era adolescente, recordó que nunca había visto un mar tan azul. Era preciso, pues, volver a ver aquel azul. Establecidos todos los requisitos, sólo era preciso encontrar el hotel que los reuniera.

Comenzó la búsqueda en enero. Muy pronto comprendió que, para ver aquel azul intenso propio de las vistas desde los acantilados, el hotel tenía que estar en uno de ellos. Este detalle descartaba los hoteles frente al mar, que eran los únicos que suelen tener playas de arena, mientras que los que se hallaban al borde de un acantilado, o bien no tenían playa o bien ésta era rocosa. Era preciso, pues, conseguir un hotel con playa de arena pese a que estuviera situado en un acantilado. Encontró uno que casi. Pero le faltaba un detalle: era que desde el bar, lugar en donde el Cometa se quedaba a leer porque nunca se bañaba, se divisara la playa, pues a él le gustaba verlas y saludarlas de vez en cuando. Esto descartaba los acantilados excesivamente altos, así como los hoteles que no tuvieran un bar atalaya con vistas al mar.

Con cada sitio que encontraba casi ideal nacía un nuevo requisito para buscar uno nuevo, ¡cómo disfrutaba de estos retos que rozaban lo imposible! Nunca antes, además, se había enfrentado a tantas condiciones, múltiples e incluso contradictorias. ¡Estaba exultante! Desde enero hasta el día de abril en que ya no pudo evitar reconocer que lo había encontrado al fin, pasó horas diarias inmersa en el buscador, con la proa dirigida a expresiones como *spiaggia sabbiosa y a picco sul mare*, pues estas dos condiciones fundamentales, que tuviera playa de arena y vistas en picado sobre el mar, se convirtieron en el principal criterio de búsqueda.

El hallazgo final fue un hotel aislado en un acantilado entre Praiano y Positano. Disponía de una pequeña playa de arena a la que se accedía por una serie de tres ascensores excavados en la roca

y por túneles oscuros que parecían los pasadizos de la línea Maginot. Tenía un bar en la terraza desde donde el Cometa podía ver si ellas se ahogaban. La perfección sufrió un momentáneo rasguño cuando, tras el interminable descenso, las dos llegaron a la playa y vieron un gran cartel que prohibía el baño a causa de los desprendimientos de rocas. Pero enseguida constataron que no se puede decir que estés en el sur de Italia a no ser que te saltes como mínimo diez prohibiciones al día.

II Tritone era un lugar idílico, el tipo de hoteles que solían frecuentar antes de la niña. Envuelta en un voluptuoso silencio, su terraza invitaba a largas conversaciones de sobremesa y a alegrías más hedonistas que las que deparan las criaturas. Sin embargo, a los italianos del sur les entusiasman los niños, y tanto caso le hacían a la pequeña, tantas palabras le dedicaban que ella saboreaba con placer, *bambola, bambina, bellissima, signorina*, que lo pasaba en grande, correteando sin cesar y haciendo ondear su vestido de rayas típico de Positano. Eran los tiempos en que ellos la llamaban *Marisol, la flor de mi jardín*, porque andaba siempre saludando y sonriendo a todos y como consecuencia su madre le había enseñado la canción que dice que la vida es una tómbola, cuya letra siempre la había sumido en profundas meditaciones.

En lugares como aquél, ella podía sentir aún la atmósfera de cuando viajaban solos, y allí, por primera y última vez, sintió cierta añoranza de sus cenas ensimismadas, de sus apasionados intercambios de monólogos, de las miradas cómplices antes de acostarse, y por primera y última vez se preguntó si algún día tendrían la ocasión de volver solos a aquel paraíso. Se lo preguntó una de aquellas noches. Cada atardecer, después de cenar, pasaba un yate en el que estaban de fiesta permanente. Siempre sonaba Renato Carosone, allá abajo, como un eco lejano. A diferencia del mar de las mañanas, que era azul Capri, el del crepúsculo estaba cubierto de una neblina de plata. Toda la costa desde Positano a Amalfi es una pura cornisa. Positano, a la derecha, les ofrecía generosamente la visión de sus casas apiladas envueltas en buganvillas. Era un momento de calma, todo silencio, salpicado por el eco lejano de Carosone (*Tu vuoi fare l'americano, mericano, mericano, ma sei nato in Italy*), y por la inconfundible melodía del claxon de los autobuses de la Sita, cuyos conductores hacen todo lo

posible para que los pasajeros tengan vistas en picado sobre el mar cuando trazan las curvas con una temeridad que los ha hecho célebres. Así que por la noche, bañados en aquella paz sensual y con la única compañía de una docena de comensales, la voz cascabelera de Píulix expresando alguna queja caía de súbito como una colleja (simpática colleja) sobre el cogote de sus ensimismados padres. Las quejas solían consistir siempre en lo mismo: «Tengo tanta hambre que no me puedo aguantar», exclamaba, no bien había acabado de engullir el último bocado de una opípara cena para adultos. En lo tocante al hambre, sólo conocía dos modalidades: «Tengo tanta hambre que no me puedo aguantar» y «tengo mucha hambre pero me aguantaré». Si se trataba de la primera, venía Gennaro a traerle lo que fuera, más aceitunas, más polenta, más helado, más pepinillos… Y luego Antonio a llamarla *bambola, bella, bellissima*, y ya estaba el lío montado, ya los ensimismados se veían rodeados como si les rondara la tuna, mientras la niña degustaba y, al cabo de unos bocaditos decía con parsimonia: «Aún no sé si me gusta», y nunca se dio el caso de que no le gustara, ya podía tratarse de ostras o de boniatos, de higos o de sopa de ajo, todo acababa por sucumbir a su apetito, tras una estudiada prueba inicial.

Así pues, nada de instantes ebrios en Il Tritone, nada de sobremesas hedonistas y voluptuosas. A cambio, y no es poco, *la flor de mi jardín*.

Sintieron cierta pesadumbre al abandonar el hermoso lugar. Pasaron a continuación unos días cerca de Megève, en una casa alquilada en Champagny, donde entre anémonas y gencianas consiguieron hallar los mejores escenarios de pícnic de toda su vida. Qué raro es que aquellas vacaciones resultaran tan perfectas. Qué extraño resulta que ella las mirara más que nunca, quizá porque eran tan especialmente hermosas, con su cámara oculta de atrapar escenas, como si se tratara de un último verano, que no lo sería. Pero, en cierto modo, fue el último verano de la inmortalidad.

Lo que ella tanto había temido a lo largo de los años comenzó una mañana de septiembre. Siempre la habían preocupado las enfermedades oncológicas a las que toda la familia de él había sucumbido a edades precoces, tanto los que se cuidaban mucho

como los que se cuidaban poco. Cuando le conoció, acababa de perder a su padre. Dos años más tarde murió la madre. Poco después, la tía Goldameier, una mujer fuerte y divertida, de una generosidad inmensa, que fueron a cuidar a Ibiza cuando se encontraba en estado terminal. En cuatro años, tres de las personas más queridas de su familia habían muerto. Los abuelos también habían muerto jóvenes. En la familia sólo se recordaba una tía abuela, prima de Espronceda, que según vagamente evocaban había vivido hasta una edad avanzada, lo que deducían del hecho de que todos la recordaban en la cama con una larga melena blanca rodeando su demacrado rostro, aunque es obvio que nada de esto es necesariamente signo de longevidad, y bien podía ser que la tía abuela tuviera sólo treinta años algo ajados. No eran en absoluto precisos, en cuestiones de edades o de enfermedades, y a Lot, que parecía ser la única interesada en investigar la salud familiar para conseguir al precio que fuera la longevidad del Cometa, le resultaba difícil realizar un estudio genealógico como Dios manda. Pero tenía un convencimiento firme: aunque el Cometa, de joven, parecía haber heredado la rubia y perfecta belleza de la parte materna, cuyos integrantes tenían la fortaleza de un roble, según se hacía mayor iba absorbiendo todos los rasgos físicos del lado paterno: la piel morena, la figura flaca, los rasgos de una delicadeza agitanada.

Así es que ella había temido tanto que aquello pudiera ocurrir, y había imaginado tantas y tantas veces cómo podía empezar a ocurrir, que como sucede a menudo cuando lo has imaginado tanto, cuando empezó a ocurrir ni siquiera lo reconoció.

En septiembre, atropellados como de costumbre por la vorágine del otoño, llegó al fin el primer fin de semana de reposo y se fueron a Tossa, donde Andrés quería enseñarles una casa recién comprada, muy hermosa, en el bosque y frente al mar. El Cometa estaba algo taciturno, pero ella aún no sabía por qué. Al regreso, con sus amigos y las niñas, almorzaron en Llagostera. Al día siguiente, ella se levantó con el peso de comenzar de nuevo el curso, no de muy buen humor, porque las vacaciones habían terminado. Hacía rato que él estaba leyendo en el estudio, o escribiendo. Ella pasó por allí con el café, y aunque siempre desayunaba en la cama leyendo o mirando la televisión, se sentó frente a él con el café, para quejarse un poco del final de las vacaciones. Y justo cuando se disponía a abrir la

boca para quejarse, o tal vez ya había empezado a quejarse, él la interrumpió y dijo: «Creo que debería hacerme una revisión». Era tan extraordinario oír esas palabras de su boca, ya que en cincuenta y un años jamás había usado la tarjeta del seguro, y nunca había vuelto a ver a un médico desde los neumotorax de sus veinte años, que ella sintió que el techo caía literalmente sobre su cabeza.

Sin embargo, no tardó mucho en rehacerse. Se convenció de que no iba a ser nada serio, contrariamente a lo que hasta entonces siempre había pensado. Del todo inconsciente de que había iniciado un camino sin retorno, se puso en marcha y, con sus gestiones de búsqueda en las que era tan eficaz, le consiguió citas y pruebas hasta que en menos de una semana obtuvieron un diagnóstico y una fecha para la intervención quirúrgica, única solución posible.

En un primer momento, el diagnóstico fue un cáncer y las malas noticias se encadenaron: era profundo, era agresivo, era terrible. Sin embargo, después de la cruenta intervención, se sucedieron las noticias positivas: no era tan terrible, no era tan agresivo, no era tan profundo. Y, lo mejor de todo: las posibilidades de recidiva eran tan escasas que no sería necesario ningún tratamiento posterior. Cualquier noticia era, en aquellos días, objeto de gran conmoción. La gris atmósfera del final de las vacaciones había desaparecido por completo en la mente de ella. En su lugar se había instalado un festival de emociones, en que se pasaba de los instantes de frío terror a los momentos de lágrima fácil con una rapidez sorprendente.

Por su parte, él se lo tomó, como era de esperar, con filosofía. Digno y tranquilo, no le pareció que aquello fuera muy distinto de lo que había estado esperando toda su vida. Siempre había vivido junto a la muerte. Ningún problema. Sin embargo, aquella proximidad tan obvia no le dejó indiferente. Y, sin duda, había algo que le helaba la sangre: imaginar que las dos mujeres a quienes amaba tuvieran que convivir en un momento dado con su sentencia de muerte. Pero esto no llegó a suceder: no hubo sentencia.

En cualquier caso, hizo todo lo que el médico le recomendó: dejó de fumar, que era como abandonar media vida. Verle sin el cigarrillo resultaba casi antinatural. Pero en aquel momento, albergaba un deseo por encima de cualquier otro: ser un enfermo impecable. Se comportaba como si de un momento a otro fuera a

bajar de la Montaña Mágica un doctor Behrens para juzgarle, como si quisiera hacerse merecedor de las elogiosas palabras que el médico le dedica a Hans Castorp, comparándole con su primo Joachim: «Usted tiene algo más de paisano, de confortable, de menos guerrero que ese soldadote. Usted sería un enfermo mejor que él, puedo apostarlo. Veo, de primer golpe, en el aspecto de cada uno, si hay madera de buen enfermo, pues es preciso talento para eso. En el campo de maniobras no lo sé, pero para ser enfermo no vale nada de nada. ¿Me creerá si le digo que quiere marcharse? Siempre quiere marcharse, insiste y pincha, y arde de impaciencia para hacer el novato allá abajo». No, el Cometa no era de los que siempre están a punto de irse, desde luego. Nunca lo había sido y jamás lo sería. Tampoco estaba dispuesto a fracasar en una vocación de convaleciente modélico para la cual se había preparado prácticamente durante toda su vida.

Entrar en el sistema hospitalario es una aventura de comienzo claro y de final imprevisible. Hubo momentos duros y momentos bellos. Todo se complica cuando cada uno de los dos está básicamente preocupado por el bienestar del otro. Luego, una vez acabada la convalecencia, Lot prosiguió con aquella energía que la enfermedad de él le había proporcionado: había pasado tantos años temiendo por su salud, que ahora que lo que tanto había temido acontecía, se sentía fuerte: por fin estaba en posición de atacar, de hacer frente al enemigo. El enemigo daba la cara y ello hacía que el temor difuso que le había pesado durante años se esfumara. Por primera vez llevó a la práctica (la teoría ya la había repasado con él) la manera de vivir el presente del Cometa. La entendió de lleno gracias a esta circunstancia adversa. Perdió toneladas de miedo. Gozaba en plenitud cada momento a su lado, cada hora. Ya no esperaba nada, ni el fin de semana, ni las vacaciones, ni los viajes: sólo deseaba vivir el día desde el principio hasta el final.

Sin embargo, también esto lo hacía de un modo distinto al de él. Su inevitable dinamismo la impulsaba a buscar incesantemente, a pasarse las horas enganchada en los informes similares a su caso, conocía de cabo a rabo la página del Johns Hopkins y del Memorial Sloan-Kettering. Leía y releía artículos, buscaba ensayos clínicos de

nuevos productos… Sólo eso la tranquilizaba. Exactamente lo contrario le sucedía a él: no le decían nada los descubrimientos, los casos clínicos similares, las estadísticas. No parecían interesarle ni los avances que prometían futuros imperfectos, ni los porcentajes que tanto la animaban a ella. «¡El ochenta y dos por ciento se cura por completo!», le decía entusiasmada. Él asentía en silencio. Y cuando ella le preguntaba cómo era posible que aquella información no lo alegrara, él respondía: «Trataré de explicártelo. Estás en el *Titanic* y te dicen: "Ahora se hundirá el barco. El ochenta y dos por ciento os salvaréis, y el dieciocho por ciento, no". A mí esto me da igual. Lo único que cuenta para mí, ahora, es que estoy en el *Titanic*».

En cambio, Lot, como nunca estaba donde estaba, sobrevolaba el buque, buceaba por debajo del casco, buscaba puntos por donde escapar. Por educación y porque le conmovía la exhaustividad de ella con su enfermedad, la dejaba hacer y callaba. Le agradecía su eficacia, su celeridad en cuestiones de burocracia y de llamadas, sus conocimientos médicos, que se multiplicaban sin cesar al ritmo de las dolencias de él. Sin duda, algunas de estas aptitudes les fueron útiles. En cambio, y eso lo lamentaba ella profundamente, no tenía madera de enfermera. Hacía lo posible por hacerlo bien, tenía paciencia y buena fe, pero era torpe y, a menudo, inoportuna. El tipo de enfermera que en un gesto inepto derrama la sopa en la cabeza del enfermo cuando va a depositar la bandeja o que de un traspiés desconecta el respirador sin querer.

Menos mal que el Cometa era un buen enfermo, autónomo y austero, que nunca perdía el humor. Incluso en un momento muy crítico, una semana después de la intervención, cuando necesitó múltiples transfusiones porque no sabían qué sucedía ni por qué perdía tanta sangre, la hizo reír. Y eso que el humor, como es lógico, se le había vuelto negro. Aquel día había recibido la visita de toda su familia. Estaba también su hermana, que compartía con Lot el acompañamiento diario del enfermo. En comparación con la hermana del Cometa, náyade delicada que parecía haber sido creada para hacer la vida agradable al prójimo, Lot era una calamidad. Aquel día decidió reconocerlo públicamente, y expresar su admiración por las bondades de la hermana: «Es un lujo para un enfermo poder tener a alguien como ella», dijo Lot. Entonces, la

hermana del Cometa —siempre cómplice de su cuñada— protestó por el elogio, y manifestó una ferviente admiración por el dinamismo y la naturaleza luchadora de ésta. En eso estaba cuando el Cometa terció: «Hay que reconocer que mi pequeña Lot tiene muchas cualidades. Pero entre ellas no está la de ser la mejor enfermera del mundo». Con su rostro recién salido de las tinieblas, su mirada oscura, la voz profunda y el tono solemne, añadió: «De hecho, creo que, como enfermera, lo haría mucho mejor una serpiente de cascabel». La comparación le provocó a Lot una genuina carcajada, que tal vez hubiera resultado inoportuna de haberse dado en presencia de otro tipo de familia con un sentido del humor menos saludable.

Por primera vez, Lot y su hija pudieron comprobar cómo era la vida sin él. Fueron días muy fríos. La nieve cubría el bosque de Valldoreix, donde estaba la escuela, y cada mañana Lot dejaba a la niña en un paisaje de postal amenizado por las canciones navideñas que emitían los altavoces de la escuela. Tras dejarla, atravesaba los túneles y llegaba al hospital, todo un refugio donde él (el esperado) ahora la esperaba a ella. Habitualmente escuchaba durante el trayecto las canciones de Renato Carosone que habían comprado al regreso de Praiano.

Salió del hospital dos días antes de Navidad. La niña llevaba casi un mes sin verle y ambos estaban locos por abrazarse. Era el primer día que el sol brillaba tras la intensa nevada. Y dos días después, se fueron a pasar la Navidad a la casa de las tres puertas, a su entrañable ciudad de la niebla. En aquel paisaje insólitamente escarchado, comenzó el tiempo de convalecencia. Sería un invierno en que él dedicaría muchas horas a su libro inacabado, a sus amigos, a su hija, a la cocina. Ella siempre guardaría de aquel invierno un recuerdo entrañable y cálido.

De hecho, se encontraba pletórica de energía y de ánimo. No entendía qué le sucedía. No temía nada: sentía crecer en ella una fuerza inmensa cuya procedencia ignoraba, una fuerza que nunca antes había conocido. Anidaba en ella el convencimiento de que los sacrificios realizados, el abandono del tabaco, la intervención y el resto habían sido el pago por una longevidad a prueba de bomba. Más que nunca, creyó firmemente que el Cometa llegaría a viejo. De nuevo comenzó a hacer planes, como siempre, para el futuro. Pero a

más largo plazo. Nunca había hecho planes para la ancianidad. Ahora sí. Se sentía (lo sentía) invulnerable. Al mismo tiempo, era consciente de que cada instante podía ser el último instante de felicidad.

Él, en cambio, una vez hubo pasado la alegría con que se enfrentó a la convalecencia, se sintió vulnerable por primera vez en su vida muy seriamente. Jamás emitía una queja. Pero se le veía de vez en cuando taciturno o melancólico. Cuando acababa de limpiarse los zapatos, sacaba del cajón la cajita de Váida o de Juanolas, la abría y fijaba la mirada en un punto indeterminado, a través de la ventana, en silencio. De pronto, como si ahuyentara a una mosca inoportuna, se levantaba del asiento, esbozaba la más afectuosa de las sonrisas y exclamaba: «¡Haya poder contra la muerte!», un verso de Macedonio Fernández que se conoce que le gustaba repetir para darse ánimos.

Tal vez se daba ánimos a sí mismo, para irse a trabajar o para disponerse a cocinar un bacalao o unas codornices, o quizá daba ánimos a los que tenía al lado por si un día habían de vivir sin él. En cualquier caso, se sacudía bruscamente la debilidad y exclamaba:

«¡Haya poder contra la muerte!».

El ser no tiene ley, todo es posible.

B9. Nopales, pozole y escamoles

Nunca recuerdo los sueños. Y los pocos que recuerdo carecen de interés. Apenas conozco a nadie que tenga sueños tan aburridos. A mi alrededor, mis interlocutores habituales se muestran sorprendidos y orgullosos de sus sueños. Yo, nada. Mis sueños habituales, de tan triviales, a menudo interfieren en mi vida cotidiana. Por ejemplo, puedo pasar la noche en una cola para pagar en la caja una botella de lavavajillas que realmente necesito. Apasionante. Luego, la pago en sueños. La coloco en el armario, en sueños. Y cuando voy a comprar, no me la llevo, porque ya la he comprado (en sueños). Al abrir el armario porque la necesito, no la encuentro. Penoso.

Ya me gustaría, en lugar de perder el tiempo tontamente, soñar que él me visita y despertarme luego llena de luz. Pero no. Tan sólo bastante tiempo después de su muerte, tengo en México un sueño que recuerdo con detalle al despertar. Y no es agradable.

Estamos él y yo en el aeropuerto. Un altavoz se dirige a nosotros. Es la voz de la Muerte, que dice: «Lo siento. Me equivoqué cuando me lo llevé». En efecto, él está junto a mí. Le abrazo con alegría y le digo: «Sabía que era imposible, lo sabía». Él, como de costumbre, me reprocha mi excesivo optimismo, y la Muerte le da la razón: «Me equivoqué, pero no en el momento, sino en el procedimiento. Tenía que ser lento. Una larga enfermedad». Siento un dolor intenso, como si me clavaran los pies al suelo. Él no se inmuta. Encaja el golpe como siempre lo hacía, con humor y estoicismo. Pero yo me niego a encajar nada, y quiero reclamar. «¿A quién piensas reclamar?», dice él, como con ganas de dejar correr el asunto. Observo el altavoz y distingo el logo de Mexicana de Aviación. Le tomo la mano (confía en mí, amor, confía en mí) y andamos por los pasillos, deprisa, en busca de un mostrador de la compañía. Llego y reclamo. Pero otro altavoz tras el mostrador me

dice que ellos ya no se encargan de enviar la Muerte, porque les ocasionaba problemas y lo dejaron. «Inténtelo en el mostrador de Líneas Aéreas Aztecas», propone el megáfono. Caminamos de nuevo y llegamos sin aliento a este último mostrador. Tras él, al fondo, vislumbramos una fiesta de esqueletos que bailan y ríen (sin duda evocación onírica del cuadro *Gran fandango y francachela de todas las calaveras*, de José Guadalupe Posada, que he visto en un libro en casa de Frida Kahlo), y uno de ellos se nos acerca. Pero al acercarse, el cráneo se transforma en megáfono y dice: «No era muerte súbita, era muerte lenta. Y ahora hay que repetirlo todo». Me duele el oído, siento náuseas, él se ha alejado, está frente al ventanal, observando un gran avión cubierto de plumas y le oigo decir: «¿Qué clase de pájaro es éste?». Pero viene enseguida cuando me oye gritar con desesperación: «¿Repetirlo todo?». El megáfono dice: «Lo ponía en la letra pequeña del contrato. ¿Tiene el contrato, el billete, o al menos el localizador?». «Por favor, cariño, busca el número de localizador», le suplico a él. «Déjate de bobadas», dice irritado. Y añade: «No pienso repetir nada, prefiero continuar muerto». «¡Eso lo dices porque estás muerto!», exclamo, «¡si estuvieras vivo no lo dirías!». Sonríe, dice: «Ya estamos: si estuvieras, si tuvieras…». Yo sonrío también. «Todo está bien como está. Déjate de frases condicionales», me dice. Una rabia inmensa me sube hasta el pecho contra el megáfono, que se pasea sobre el mostrador bailando y haciendo tintinear los huesos. «¡Da la cara!, todos podemos equivocarnos, nadie es perfecto, pero ¡da la cara!», le exijo. El megáfono dice que no puede, pero se ablanda ligeramente y dice: «Hay que repetirlo todo: aunque yo quisiera hacer algo, no podría, soy una operadora de la empresa subcontratada, todo viene automatizado desde la central». «¿Lo ves?, siempre pasa lo mismo, con las teleoperadoras de las grandes empresas», le digo, dando a entender que el problema es la globalización empresarial. Pero él dice: «No es una teleoperadora. Es otra clase de pájaro». En este punto me despierta la angustia. Es uno de los muy raros momentos de angustia que viviré en este viaje.

Cuando viajamos a México, el tiempo ya no pasa al ritmo lento del comienzo del duelo. De hecho, poco a poco, paso a paso, se ha

ido acelerando hasta recuperar del todo el ritmo trepidante que siempre ha caracterizado mi percepción de los días. Parece que fue ayer, pero hace ya ocho meses que vine por primera vez aquí. Fue en otoño, a raíz de la Feria de Guadalajara, y me enamoré de Querétaro. Unos amigos me habían invitado a presentar un libro y luego a regresar. Y así lo he hecho, esta vez con la niña. Aprovecho para que se cumpla su viejo deseo de nadar entre delfines, tortugas marinas y peces de colores. Se lo ha ganado. Toda su vida ha ido de aquí para allá con las gafas y el tubo de respirar bajo el agua, por si acaso. La parafernalia caribeña es ideal para los críos. Para mí resulta algo dura. Demasiado sol, demasiada arena, demasiada gente. De vez en cuando, alquilamos un taxi y cogemos la carretera que, bordeada de jungla, conduce directamente a la frontera de Guatemala, para buscar un paraíso solitario a unos cuantos kilómetros del hotel. Es fácil. En una de estas ocasiones, harta ya de ver maravillas subacuáticas, la niña se sienta en una roca a contemplarse la planta del pie. «Me encanta guardar estos recuerdos del papi», dice. «¿Qué recuerdos?», digo. «Éste», y me enseña una pequeña cicatriz en el dedo gordo del pie derecho. «Es del día que papi se bañó, en Córcega, cuando me corté el pie con una concha, ¿te acuerdas?». Sí, me acuerdo, pero no sabía que le había dejado cicatriz. «De hecho, es muy pequeña», le digo. «Eso me preocupa», dice, «¿qué puedo hacer para que no se borre?». «Pues no lo sé. Ya lo consultaré», digo.

Lo cierto es que en este viaje, no sé muy bien por qué, manifiesta un deseo inagotable de que le reconstruya la presencia de su padre, y ello a cada momento. ¿Qué estaría haciendo ahora papi?, es una pregunta que formula sin cesar a lo largo de estos días. ¿Qué diría? ¿Le gustaría el pozole? ¿Y los nopales, le gustarían? ¿Encontraría este chile demasiado picante? ¿Le caería bien esta señora? ¿Así cocinaba los frijoles? ¿Iría a buscarme el helado? ¿Qué le contestaría a este chico? ¿Tendría calor? ¿Le gustaría Mónica Sigg? ¿Se habría hecho amigo de Héctor? ¿Se bañaría en este momento? ¿Le gustaría éste de novio para ti?

Las preguntas son continuas, y no hay en ellas el menor asomo de tristeza. Es tanta la voluntad de reconstruir el padre que conoció, de hacer de ello una construcción activa y alegre, que yo siempre trato de responderle con infinita paciencia, pieza a pieza. Si sé qué

haría o qué diría, me detengo a pensar su gesto y sus palabras e intento reproducirlas con exactitud. Si no sé qué haría o qué diría, le digo que no lo sé. Y si lo sé pero no sé si es conveniente decirlo, entonces me callo. Como por ejemplo ahora.

Llevamos dos horas a lomos de un caballo. Se trata de una excursión de tres horas a través de la jungla para llegar al mar, donde se supone que la gracia está en bañarse montado sobre el animal. Personalmente pasear a caballo me resulta más bien pesado, aunque novedoso (*¡hay tantas cosas que no has hecho aún!*). Sin embargo, en medio del bochorno de la jungla y de una densa nube de mosquitos, es más que nada un suplicio. Un suplicio que en la intimidad soportaría con resignación, pero tampoco puedo gozar de intimidad. Algunos varones mexicanos tienen una curiosa manera de abordar a una mujer cuando no hay un *esposo* a la vista. A menudo, es la primera pregunta que formulan: «¿Y el esposo?», y si les dices que no lo hay, algunos se permiten hacer sugerencias del tipo: «Nada como un hombre mexicano para cuidar de una mujer», o favores del tipo de «deje que le espante el mosquito que tiene en el muslo». Me siento incómoda bajo la mirada verde gringa del charro que me da conversación mientras la niña se da la vuelta de vez en cuando y arquea repetidamente una ceja con picardía, porque últimamente le ha entrado la manía de buscarme novio. Al fin consigo ponerme junto a ella y liberarme de tener que hablar. Empieza a llover. La arena blanca se va convirtiendo en una pasta desagradable que se cuela bajo el bañador y se adhiere a la piel.

Al cabo de un rato, llueve a cántaros, y finalmente se desencadena una tremenda tempestad. Ya no sé qué resulta más incómodo, si el picor, la silla mojada o el bochorno. Empapados, divisamos la playa donde hemos de bañarnos con los caballos, algo por lo demás innecesario. Es en este preciso momento cuando la niña pregunta: «¿Qué diría, ahora, papi?».

Ésta la sé. ¡La sé! Pero no digo nada. Calma. No debo decir, por ejemplo, que estaría renegando de las tortugas de carey, no daría la medida de cómo era su padre, lo mismo se lo pasaba en grande, vete tú a saber. Sin embargo, como repite la pregunta con insistencia, quizá porque piensa que con el estruendo de la lluvia no la he oído, decido de pronto mostrarme contundente:

«No tengo ni idea. Porque lo que es segurísimo es que no estaría

aquí ni por asomo». Frunce el ceño. Me dirige una mirada, como él decía, *retadora como filo de puñal*, como si me hiciera *a priori* culpable de la decepción que le acabo de infligir. «¿Por qué no?», pregunta en tono incrédulo, y prosigue: «Ya sé que no montaba a caballo, pero ¿y si yo se lo hubiera pedido, como cuando le pedí que se bañara, en Córcega?». «Mujer, no puedes esperar que un padre haga cualquier cosa para complacer a su hija. Has de entender que cada uno es como es. Él, por ejemplo, no sabía apreciar eso de montar a caballo y dejarse acribillar por los mosquitos bajo un chaparrón de rayos… Cada uno tiene sus gustos, tú sueles decirlo siempre».

Pero no ha pasado un minuto, y ya ha encontrado una coartada para su amado padre:

«Claro, los rayos…».

«Sí, claro, a ti no te habría dejado montar, con esa amenaza de tormenta. Vamos, que no estaríamos aquí».

«¡Por Tutatis, por Beleños!», dice, cada vez más convencida, «¿cómo un padre puede dejar que su queridísima hija monte bajo los rayos, con lo peligrosos que son, eh, mami?». Tiene todo el pelo pegado a la cara, chorreante, y grita para hacerse oír: «Porque será un milagro si no nos parte un rayo, ¿eh, mami?».

«Sí, cariño», le digo, antes de estornudar sonoramente, lo que de nuevo atrae al charro, atento a nuestras pequeñas miserias: «¿Se me resfrió la señora?», dice, al tiempo que me cubre los hombros con una manta, cuyo áspero contacto sobre la piel picoteada me hace estremecer.

Llegamos a la playa. Ahora el temporal comienza a amainar. Entran a bañarse, oigo a la niña reír y reír, adentrarse un poco más hasta que el agua le llega a ella a la cintura. Yo he decidido no entrar, me quedo en la playa con algunos más, junto a un chiringuito que tiene una máquina de limonada. El charro nos ofrece un vaso a cada una. Luego llega la niña, sedienta. Él le ofrece un vaso. Ella pide más y le da otro. Acabo de apurar mi vaso cuando de pronto tengo un presentimiento (que debería ser un postsentimiento). «¿Qué es?», pregunto. «Daiquiri y pifia colada», dice él. «¿Con alcohol?», le pregunto, sorprendida, mientras la niña anda por el tercer vaso. Acaso mi sorpresa suena excesiva, pues él replica, riendo: «No se me ponga usted brava, ándele, ¡sólo es una

cantidad bien chiquita!».

No tengo espíritu caribeño, y lo cierto es que respiro cuando llegamos al Distrito Federal. Nos alojamos en Coyoacán, es domingo y estamos solas, así que visitamos la casa de Frida Kahlo, porque está cerca y no nos apetece movernos demasiado. A mi hija le impresiona mucho el rostro de Frida, su cuerpo, sus cartas, sus amores, su enfermedad, su pintura. A mí la casa me tranquiliza y sus visitantes me hacen sentir en familia: de nuevo rostros ojerosos y poco oxigenados, de nuevo gafas transparentes y graduadas. Me sienta bien este soplo de aire estancado, después de tantos días expuesta a las oxigenadas brisas del Caribe.

Pero una vez más, como sucedió en otoño, lo que verdaderamente hace de este viaje algo especial es Querétaro. Por segunda vez la ciudad me enamora. La hospitalidad y la gracia de nuestros amigos queretanos y la magia de los edificios coloniales cautivan incluso a la niña, aunque de hecho no hay para ella en este lugar aventuras excitantes comparables a las vividas en los paisajes tropicales de los pasados días. Sin embargo, la atmósfera de la ciudad no le resulta indiferente. Ni la comida, un tema que en cualquier caso siempre le resulta atractivo. Desayunamos con MS y con H en la Casa de la Marquesa, hoy convertida en hotel de lujo, antaño casa de un pariente de MS. Ella y yo tomamos un café. La niña y H, a quien ella llama Sancho Panza, se entregan a un opíparo banquete de chocolate con canela, panes de azúcar y mermelada de chirimoya, y huevos fritos con mole para terminar. Ello no es obstáculo para que dos horas después, la niña anuncie: «Tengo tanta hambre que no me puedo aguantar». Le digo que espere, que será pronto la hora de almorzar. Mientras tanto se entretiene pronunciando palabras sabrosas que habrá leído en la carta, *panquess, mamoness, rosquetess, antojitoss, escamoesss*… «¡Escamóles!», exclama de pronto, recordando que le prometí llevarla a comer larvas de hormiga que, salteadas con pimienta, cilantro y chile serrano están deliciosas. Los reclama, pero MS nos anuncia que el restaurante donde en otoño yo probé los escamóles está ahora cerrado. «Lo dejaremos para la próxima vez», le digo.

Pocas veces, cuando viajo, pienso en que regresaré al lugar con

regularidad. Así me sucedió en otoño cuando me fui de aquí, y así me sucede en esta ocasión. Apenas ha habido momentos negros, a excepción de la pesadilla que he contado. Y una pequeña tristeza, nada más que eso, el último día. Estamos en el coche que nos lleva de Querétaro a México DF, y le veo entre los nopales del paisaje, la camisa blanca flotando alrededor del cuerpo, y el gesto de llevarse la mano al bolsillo para buscar el tabaco que no encuentra. También la niña mira por la ventana. Y también debe de haberle visto —tenemos una gran sincronía mental en esta cuestión—, porque me sacude un poco y me dice: «Eh, alégrate, que viene con nosotras, ¿no ves?». Esta vez, sólo consigo emitir un sí débil. Dice: «Pero claro, tú lo que querrías es tener el alma con el cuerpo incluido».

«Sí», digo.

A continuación dice: «*Incluiiiido*, como decían en el hotel de la playa». Mira de nuevo por la ventana y dice: «Eso sería padrísimo».

Nunca mejor dicho.

A10. El último verano

Cerca del monasterio de Poblet habían pasado siempre la parte más sedentaria del verano. Eran semanas fructíferas y apacibles. Al Cometa le gustaba la casa de los abuelos de Lot, el paisaje de olivos y de almendros, el clima. Los primeros años fueron muy gratificantes. Las excursiones en busca de aceite, los paseos por la sierra con Percival, que con sus noventa años les hizo descubrir cuevas recónditas y precipicios que cortaban el aliento, los aperitivos frente al monasterio, los paseos por el claustro desierto al atardecer, la puesta de sol desde casa, contemplando las murallas, las noches frescas en la terraza tomando una copa, charlando los dos.

Con los años, algunas cosas habían cambiado: la vista a las murallas fue ocultada por una casa excesivamente alta. Percival murió. La vecina alegre enfermó y perdieron sus sonoros saludos de campanilla que marcan las horas. El último verano, aunque el Cometa se levantaba a las cinco de la mañana como de costumbre y salía a leer al jardín, ella, muy débil, ya no pasaba de camino al trabajo. Esto y el hecho de que Lot se había enamorado de Buzy, donde pensaban pasar el verano siguiente, hizo que la parte sedentaria de aquel verano no fuera tan exultante como siempre lo había sido. El cansancio físico del Cometa le provocó a Lot alguna alerta de las que se habían disipado por completo desde la enfermedad, hacía ya dos años. Sin embargo, fue un buen verano para la relación padre-hija. Subieron a Rojals e hicieron volar una cometa, pasearon por el bosque que la niña convertía sistemáticamente en fondo marino, regaron la hiedra cada atardecer, le enseñó el padre a hacer sombras chinescas en la terraza por la noche, y juntos observaron la luna con los prismáticos.

Muchas cosas fueron como cada verano: por las noches, él y Lot

se quedaban largas horas a conversar frente a las luciérnagas que revoloteaban en torno a las farolas. Hablaban a menudo de lo que leían. O escribían. De la gente. De las ventanas iluminadas que veían a lo lejos, en medio del negro bosque, en Las Masías. De *Lawrence de Arabia*, que él acababa de leer. De un par de libros que leían en común.

También estuvieron en Córcega, aquel verano. Siempre en busca de playas desiertas, no muy lejanas y que reunieran tantos requisitos como a ella le agradaba tener en cuenta, encontró un lugar muy bello donde pasaron unos días sin apenas moverse. Con los años, él había conseguido su sueño de estar más tiempo en un mismo lugar, y ella había conseguido su sueño de poder proyectar su casita en un tranquilo pueblo de montaña. Aquel verano no paró de hacer planes para la futura casa de Buzy. Leía libros de flores, revistas de jardines, de tejados, de vallas, de termitas y de productos antitermitas (no tenía aún la casa, ni el revestimiento de madera, ni las termitas que se comerían el revestimiento, pero no importaba, *si se daba el caso* de que algún día tenían termitas, ella ya sabría cómo actuar). La obra avanzaba, en su mente, a gran velocidad. Dibujaba, febril, durante todo el día. Hacía continuos gestos con la mano, la abría y la cerraba repetidamente, daba zancadas y contaba para sus adentros: estaba midiendo. Se había habituado a medir sin metro y había logrado una precisión considerable. Todo lo miraba en términos métricos: puertas, parterres, setos, fachadas.

Sólo en Córcega abandonó la concentración en sus planes. Cuando viajaba, la desconexión lo incluía todo, incluso sus proyectos más obsesivos. Y se entregaba a un reposo mental absoluto. El hotel donde se alojaban, cercano a Bonifacio, tenía como de costumbre la playa enfrente y un puesto de vigía para el Cometa. El viaje mereció la pena. En aquellos días, él hizo algo que su hija llevaba tiempo pidiéndole, algo que ella nunca olvidaría: se metió en el agua y se puso a nadar.

La relación del Cometa con la natación era curiosa. Llevaba años sin ponerse un bañador. Lot le explicaba a veces a la niña una anécdota que la familia de él contaba a menudo: cómo había

aprendido a nadar en seco. A la niña le encantaba escucharla. «Tendría unos siete años y tu padre todavía detestaba el agua, o le daba miedo, aunque tenía en la casa de al lado la piscina de su prima, donde ahora nadas tú, y él podría haber practicado allí cada día. Pero se conoce que no estaba dispuesto a meterse en el agua y hacer el ridículo. Así que durante mucho tiempo, bajó diariamente al sótano con una silla. Se estiraba encima y practicaba los cuatro estilos durante horas. No decía a nadie que iba a nadar. Pero lo descubrieron, y se rieron de él con ese argumento tan tonto que dice que una cosa es la teoría y otra la práctica. Él consideraba que si aprendía a nadar y a respirar perfectamente en seco, sólo tendría que meterse en el agua y hacer lo mismo. Y llevaba razón: cuando se lanzó a la piscina, como no había metido jamás ni un pie en el agua, y por supuesto nadie le había visto en bañador desde que tenía un año, todos creyeron que iba a suicidarse. Ya su padre estaba a punto de ir en su auxilio cuando vio, atónito, que nadaba a gran velocidad y con un estilo impecable. Y también», añadía Lot, «me han explicado algo muy curioso: al parecer, da la impresión de deslizarse por encima del agua». Esto provocaba cierto impacto en la niña: «¿Por encima del agua?». «Sí, seguramente es tan veloz nadando porque tiene los huesos muy ligeros, y eso debe de darle prestaciones como… flotantes y aerodinámicas. En fin, el caso es que no se hunde».

«¡Guau!», decía la niña, asombrada.

«O eso me han contado», añadía Lot. «Porque yo no lo he visto».

Píulix le exigía que le repitiera la leyenda una y otra vez. Y al final, inevitablemente, quería comprobarlo:

«¿Por qué no quiere nadar?».

«No le apetece».

«¿Y cuánto tiempo hace que no nada?».

«Uf, no sé».

Durante mucho tiempo, en casa de su exmujer, había nadado a diario muy temprano por la mañana, porque estaba solo en la piscina. También recordaba a menudo las noches en velero con sus amigos, nadando bajo las estrellas, como entre las mejores de su vida. Aparte de esto, detestaba las playas y las piscinas, así como tomar el sol. Y desde que tenía treinta y cinco años no se había puesto un bañador.

«¿Y si yo se lo pido, se bañará aquí?».

«No lo sé, inténtalo».

Después de hablar del tema una vez más, se fue hacia el agua con su tubo y sus gafas. Saludó en francés a dos niñas desconocidas, con el desparpajo que tenía por entonces. Y al cabo de un momento, mientras Lot tomaba el sol, la oyó seguir hablando en francés por vez primera fuera de la familia (Lot le hablaba en esa lengua media hora diaria, cuando la llevaba al colé por la mañana), y decir: «*Mon papa flotte beaucoup… mais il ne nage jamais. Jamais!*». Lot abrió un ojo y la vio zambullirse tipo delfín. Salió de nuevo a la superficie e insistió: «*Jamais!*», gesticulando rotundamente con las manitas como siempre que negaba algo.

A Lot le pareció que las otras niñas, algo mayores, se ponían el índice en la sien. Pero al cabo de un momento se interesaron por el tema y regresaron a preguntarle: «*Pourquoi?*». La niña no supo responder, explicar las propiedades de flotación de su padre en una lengua que no dominaba le debió de parecer imposible. Pero más tarde, le preguntó al Cometa:

«¿Por qué nunca nadas?». Y de nuevo se lo pidió, se lo exigió y se lo suplicó. Lot, que recordaba al milímetro los hombros morenos y protectores de su padre cuando se adentraban ambos en el mar y él la llevaba en brazos, le había dicho al Cometa muchas veces que no podía negarle a la niña este placer. Y aquel día le arrancaron una promesa: «Bueno, tal vez me bañe un día de éstos, en alguna playa desierta, en cualquier caso», llegó a decir. «¿Más desierta que ésta?», le replicó Lot. «Aquí no hay casi nadie», dijo la niña. «Y a partir de las cinco, sólo estamos nosotras dos», añadió Lot. Y, al fin, aceptó. La niña estaba exultante. Un hombre de palabra siempre la cumple, aunque no bien la haya dado ya se esté arrepintiendo de haberlo hecho. Al día siguiente, Lot compró en Bonifacio el bañador más oscuro y largo que encontró en la ciudad. El Cometa se disponía a realizar un gran sacrificio. Por extrañas cuestiones de pudor, pretendía que ni una sola mirada que no fuera la de ellas se depositara sobre su cuerpo en bañador. Y vive Dios que si lo consiguió fue porque no había ni un alma.

Por la verde colina ajardinada que descendía desde el hotel a la playa, hacia las seis de la tarde, ambas vieron bajar una figura que caminaba entre las flores con parsimonia. Era él. Pese al bañador

por debajo de las rodillas, llevaba una camisa, gafas de sol, y una toalla colgada del brazo por si necesitaba taparse más pese a los cuarenta grados de media. Era una perfecta mezcla entre el aire de mala leche de un Jack Nicholson con resaca y la pose hierática de un Jacques Tati desconcertado. De esta guisa, y aunque no había nadie en el horizonte, les pidió que aguantaran la toalla a modo de biombo mientras se quitaba la camisa y las gafas, por si alguna sardina indiscreta quería echarle el ojo. La niña le advirtió que el agua estaba helada en aquella cala, y era cierto, el contraste con el aire tan caliente de aquellos días era tan acusado que cada persona que se metía en el agua manifestaba algún tipo de estremecimiento.

Él, no. Impávido, imperturbable, sin una sola exclamación, entró en el agua, y cuando ésta le llegaba a la cintura, se volvió hacia ellas y dijo: «Espero que a partir de ahora me dejéis en paz». Acto seguido comenzó a nadar con una propulsión tan regular, con un movimiento tan uniforme, que parecía realmente que se deslizaba como un tiburón. Nadó tanto y tan veloz que Lot, que con la edad cada vez veía peor, le perdió de vista enseguida. La niña, eufórica, la tranquilizó: «Mira qué pequeño se ha hecho, allá, ¡allá!». Entonces, dio media vuelta y regresó. Salió súbitamente exultante, y sentenció: «¡El último baño de mi vida! ¡Ha sido magnífico, me siento como nuevo!».

Durante un rato se quedó en la playa, luego aceptó montar con ellas en canoa. El viento soplaba muy fuerte. La niña se enfadó porque quería remar y no la dejaban, y cuando bajaron de la canoa, a la puesta de sol, se hizo un pequeño corte en el dedo gordo del pie con una concha. No hizo falta ni poner una tirita. Y ni siquiera Lot, con su cámara oculta de atrapar recuerdos para el futuro, fue capaz de adivinar que aquel corte llegaría a tener un alto valor.

La foto mental que ella archivó aquel verano fue en Palombaggia. Una mañana radiante pasaron por aquella playa de arena blanca y aguas de cristal. Estaba totalmente desierta, y Lot pensó que al menos uno de ellos tenía que aprovechar aquella insólita belleza, la niña, por ejemplo, que siempre andaba en bañador. Nada más detenerse, la pequeña salió disparada con su tubo. El Cometa se adelantó para vigilarla. Lot se quedó apoyada en

el coche y, durante un rato, contempló a la niña pasando de izquierda a derecha, como un pequeño submarino del que sólo sobresalía el periscopio; se veía el tubo, el culo y los pies nadadores. De derecha a izquierda. De izquierda a derecha. Le veía a él, de espaldas, observando a la niña. Y entonces pensó: «¡Otra más! Otra imagen para la añoranza». Ahí sí acertó.

Sin embargo, desde la enfermedad, poseía una aguda conciencia de que cada verano podía ser el último.

Y, paralelamente, no se recreaba en una posible futura añoranza. Cada vez más, paso a paso (porque llevaba mucho retraso en eso de abandonar el futuro), el presente lo invadía todo.

Él, por su parte, tenía también sus peculiares enamoramientos en los viajes. A diferencia de ella, eran fugaces, no los atesoraba, los vivía y basta. Pero ¡con una intensidad!… Aquel septiembre tuvo uno. De camino a Cáceres pasaron dos días en Ávila. ¡Menudo idilio! En El Barco de Ávila se entregó él a una exaltación profunda. Puede que las alubias de allí contribuyeran a ello. El caso es que sintió un enamoramiento feroz, místico, que había comenzado en las murallas de Ávila y culminó en El Barco. «En este pueblo desearía pasar el resto de mi vida», aseguró, apocalíptico. Lot, como siempre que le oía expresar un deseo, y precisamente porque nunca expresaba deseos que concernieran el futuro, empezó a romperse la crisma pensando en cómo cumplirlo. ¿Alquilar allí una casa? ¿Sería factible transportar allí la casa de Buzy? ¿Quizá mejor venderla? ¿Cómo venderla, si aún no estaba ni empezada? ¿Y por qué no? ¿O bien alternar las estancias en Buzy y en El Barco? Sí, estaba decidida. Para una vez que expresaba un deseo de estar en un lugar distinto al habitual, quería hacer lo posible para que se cumpliera. Parcialmente, claro, porque durante «el resto de la vida» tenían muchas cosas que hacer, tantas y tantas… Buzy, escribir, y el trabajo, y su hija, y sí, sin duda encontrarían algún hueco libre para pasar una parte del tiempo en El Barco, aunque no fuera el resto de la vida, porque el resto de la vida es mucho decir.

En cambio, qué fácil habría resultado hacer planes, de haber sabido que el resto de la vida constaba exactamente de treinta y ocho días.

B10. Hortalizas

Como si pelara una cebolla, Jacob Magnus va levantando capas del cuerpo de una mujer, una tras otra. «Me gustaría tanto saber si puedo encontrar el alma», dice. El alma, quiere hallar. Pero al final sólo encuentra carne sanguinolenta: «La he buscado. Pero no la he encontrado», dice al final de la confesión que le conduce al patíbulo. Hans Henny Jahnn escribió *Pastor Ephraïm Magnus* en plena guerra del catorce. El editor José Corti la rescató de las tinieblas e hizo revivir a este personaje desgraciado que quería encontrar el alma y en lugar de eso cometió un crimen atroz.

No debe de ser el cuerpo lugar idóneo para buscar tal cosa. El cuerpo pertenece a la vida. Un dicho mexicano («Siguió pelando la cebolla hasta que descubrió que la envoltura era la cebolla») expresa a la perfección lo que le sucede a Jacob Magnus cuando, en el cuerpo de la mujer, busca el alma. Vale, pues. No pelemos. Pero cuando la vida acaba y con ella el cuerpo, ¿dónde queda lo que queda? ¿De dónde emana la poderosa presencia del que se fue?

Hay un efecto peculiar de los espíritus amados que a menudo se da entre los supervivientes: esa hija que no se parecía en nada a la madre y que, de pronto, tras la muerte de ésta, se transforma en ella. Él, por ejemplo: heredero, de niño y de joven, de la belleza nórdica de su madre, a partir de la muerte del padre comienza a mostrar una ligera transformación física y gestual. Gradualmente, se convierte en una copia del padre: la nariz, de proporciones justas, se hace imperceptiblemente más judía, los ojos, antes expresivos pero más castaños, se colorean de un negro palestino… ¿Interviene en esta transformación la voluntad del heredero, o bien se trata de una transformación inconsciente? Poco importa eso, el resultado es el que es.

La presencia del muerto se deposita en determinadas partes de los vivos, físicas o psíquicas, y a menudo adquiere un vigor

sorprendente. Así, cuando Picasso perdió a su interlocutor preferido, amigo y padre indulgente que era Matisse, decía a menudo: «Me ha legado sus odaliscas». Pero también más cosas. De inmediato comenzó a fundirse con su legado, y a proseguir la conversación que mantenían desde hacía años. En su pintura, por supuesto, la presencia fue poderosa. Pero también en su nueva casa se podía ver el eco de la última habitación de Matisse en el Hotel Regina. Se producen transformaciones en el vivo que permanece aquí: si antes la presencia del otro era resistente (porque estaba vivo), después parece que la presencia se queda con nosotros, abandonando su resistencia, poniéndose a nuestra disposición, y así la incorporamos con tal facilidad, con tal destreza a veces que no es raro que tantos acaben por creer en el poder de los espíritus, poder que por otro lado no tengo intención de cuestionar (el ser no tiene ley, todo es posible).

En mi interior experimento algunas de estas extrañas transformaciones. ¿Por qué, por ejemplo, yo, que me levantaba sobre las ocho a leer, me siento ahora atraída a levantarme muy temprano, como hacía él, y pese a que me resisto a ello (porque estropea mis rígidos planes horarios), debo admitir que el alba se ha convertido de pronto en mi mejor hora de trabajo? Sin ocasionarle molestias viajeras, le hemos llevado de Irlanda a Nueva Inglaterra, de Tamaulipas a San Luis Potosí. Sabemos que no ve con sus ojos las aguas transparentes de Playa del Carmen ni los castillos encantados de Macrokady, pero ¿por qué cuando en otoño, en Jalisco, doy un paseo solitario por Tlaquepaque y oigo cantar a unos mariachis y no me gustan, puedo detectar en el acto, como si yo fuera él, los defectos musicales que antes no era capaz de detectar, ni siquiera cuando él me los explicaba? ¿Por qué, en Irlanda, siento la necesidad de beber más Guiness, si no es para compensar la que él no puede beber?

Le sucede también a mi estrellita del sur, que siente cosas. Siente, por ejemplo, que cuando se instala bajo la mesa en la que él escribía, le asaltan buenas ideas o eso dice. Se ha hecho allí una casita con sus cachivaches. La granja, los caballos, los frascos, los abrevaderos, cien cosas que sólo ella sabe para qué sirven. Si alguien llega y le elogia la casita, ella le suelta el rollo de la presencia de su padre que escribía en esta mesa y el otro (en esta

sociedad donde la corrección política obliga a vivir la muerte como un tabú) se sobrecoge mientras la niña sigue hablando de la presencia de su padre (pero ¿dónde?).

Es fácil verle en lugares como éste, en casa, en la casa de las tres puertas regando la hiedra, o sentado en su silla de siempre, escribiendo (pero… ¿qué tal con el cuerpo *incluiiiido*?). Curiosamente, allí donde el cuerpo, es decir, sus gestos, su caminar, su mirada y su voz se hacen más presentes es en las palabras. Mucho más que en las imágenes. Quizá porque no éramos buenos fotógrafos, es decir, no pretendíamos con las imágenes captar ningún sentido oculto. Yo no hago buenas instantáneas, y él no soportaba posar. Así que los centenares de copias que hice las tres primeras semanas no dan para mucho, finalmente. Hace falta talento para conseguir una imagen que se mantenga viva. Y las imágenes que nosotras guardamos son pobres. Se salvan algunas: una foto en un bar de Davos, donde me está hablando a través del humo, con vehemencia. Otra del último verano, con la niña en el regazo, le está dando un suave beso en el pelo mientras mira a lo lejos, con una mirada entre serena y aterrorizada, una mirada que mira al terrible abismo de la nada, o una mirada que está viendo la totalidad, todas las cosas, el Aleph borgiano. Está a dos meses de la muerte.

Y sin embargo, estas imágenes también se van desgastando. Sólo las palabras, las páginas que él escribió, nos alegran, nos ofrecen novedades, nos permiten acceder en directo a su pensamiento. Porque la palabra puede ser revisitada y revivida: no es una lápida esculpida, no es un monumento, no es un nombre en una avenida… Es un tejido que se autorregenera, que dialoga con nosotros de un modo distinto en cada ocasión.

A menudo, su libro me es de gran ayuda. Sólo he de abrirlo por cualquier página y oigo su voz tranquilizadora. Ayer mismo me sucedió, abrí una página al azar, y le oigo citar a Deleuze, y le oigo afirmar que todo está aquí, ahora, todavía:

Si encontramos tanta dificultad en pensar una supervivencia en

sí del pasado, es porque creemos que el pasado ya no es, que ha cesado de ser. Confundimos entonces el Ser con el ser presente. No obstante, el presente no es. No es, pero actúa. Su elemento propio no es el ser, sino lo activo o lo útil. Del pasado, por el contrario, hay que decir que ha cesado de actuar o de ser útil. Pero no ha cesado de ser. Inútil e inactivo, impasible, *ES*, en el pleno sentido de la palabra: se confunde con el ser en sí. No se debe decir que «era», ya que es el en sí del ser y la forma en la cual el ser se conserva en sí (por oposición al presente, forma en la que el ser se consume y se coloca fuera de sí). En el límite, las determinaciones ordinarias se intercambian: del presente debe decirse ya en cada instante que «fue», y del pasado, que «es», que es eternamente, desde siempre, tal es la diferencia de naturaleza entre el pasado y el presente.

Para su hija, estas páginas suyas son un regalo afortunado: no hablan de botánica ni de física cuántica, no son una novela, ni siquiera un diario, que sería como una «foto fija»: el libro es él. Él y sus lecturas, es decir, él. ¿Acaso por eso nunca lo terminaba? Cuando su hija lo lea podrá decir, con todas las de la ley: «Le estoy leyendo el pensamiento». Con muchos más datos de los que yo tenía cuando lo intenté aquella primera vez en la barra del Bebop.

Escritos póstumos, poesía póstuma, voz póstuma, sexo póstumo. Jamás pensé que podía existir tanta vida póstuma. Y, al mismo tiempo, nunca había vivido el presente con tanta plenitud como lo hago ahora, ni había hecho tantas cosas distintas, ni establecido tantos vínculos. Nos ha dejado una presencia rica. Claro que él siempre manifestó cierta vocación de póstumo. En su breve diario, encuentro las siguientes palabras, otra de las tres confesiones personales mencionadas. De hecho, es la primera, y es a la vez el texto que abre el diario. En él dice que comienza el diario por razones de soledad, que no desea dar a esta palabra un excesivo patetismo, que se refiere a la soledad del que escribe, una soledad que no es triste, sino confirmación de la irreductible singularidad del individuo, de la imposibilidad que tenemos de una comunicación indiscriminada. Dice que finalmente todo contacto entre los hombres es un azar no muy distinto del mensaje hallado en una botella flotando en el corazón del Pacífico. Dice que escribir

es lanzar botellas con escasa esperanza de que alguien las encuentre. Dice que su verdadera vocación es la palabra hablada, pero que cada día se le van cerrando vías para realizarla. Que los amigos no le escuchan con la fina atención que él desearía «salvo algunas gloriosas excepciones que no sacian (cuestión de cantidad) mi sed dialogal». Dice que eso le obliga, pues, a refugiarse en la escritura, puesto que por desgracia es único y está solo.

Finalmente he comprobado que soy Único, posiblemente la berza única, pero único de todos modos. Por otra parte es absolutamente cierto que soy Póstumo: insisto, tal vez el repollo póstumo, pero póstumo en cualquier caso.

Incuestionable.

Un tejido de palabras es como una cebolla que nunca acabas de pelar. Por más vueltas que le des, podrás continuar pelando. Nunca verás en él la carne sanguinolenta. Contiene infinitas posibilidades. Es la cebolla interminable. Es lo que más se parece a un pedazo de vida. Su libro será, para nosotros, toda una cebolla.

A, B y todas las letras

Una vez más, ella empezó un nuevo libro. Hacía casi tres años que él no estaba. Por aquellos días, en algún punto de la autopista, veía a diario el anuncio de un coche deportivo en el que se podía leer: «Quítatelo de la cabeza y cómpratelo». Inevitablemente, acudían a su mente ciertas ideas. Ideas. Pero lo que deseaba no podía comprarlo. Ya lo había tenido y no lo tenía. De acuerdo. Podía vivir con ello. Podía digerirlo. Al fin y al cabo, las rachas de buena suerte acaban tarde o temprano. Pero para su hija, ¿qué no habría hecho por reelaborarle un Cometa en aquella hipotética cocina en que tantas veces había soñado? La niña no le había conocido lo suficiente, y ésta sería, a la larga, la única verdadera injusticia de todo aquel desbarajuste. Así que había que actuar. Cierto era que él estaba bien instalado en el pensamiento de los amigos, al fin y al cabo, un lugar tan bueno para instalarse como cualquier otro. Sin embargo, quizá necesitaba algo de movimiento.

Aproximadamente de los cinco a los siete años, la niña le hacía sin parar a su padre preguntas sobre su personaje preferido, a razón de una docena al día: «Y si viera esto, ¿qué diría Astérix? ¿Qué haría ahora? ¿Pediría otro trago de poción mágica? ¿Gritaría?». Ya no le quedaba ningún volumen por releer, los releía una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Pero por lo visto no le bastaban las obras completas (para ella, incompletas) que su padre le había regalado un día. Tras su muerte, ella comenzó de nuevo a formular este tipo de preguntas. Las mismas que le hacía a él a propósito de Astérix, ahora se las hacía a la madre a propósito de su padre. A razón de una docena al día. Pasaban los meses, luego los años, y las preguntas no disminuían. Le pedía a gritos un personaje. Le pedía a gritos que le hiciera un padre. Un padre de palabras.

Dicen que es difícil explicar la muerte a los niños cuando no se tiene religión alguna. Ellas no tenían más que cuatro principios sólidos, nada más. Pero tenían la ficción, que realizaba todas las funciones que necesita el espíritu: la niña había sido educada en esta creencia. Una creencia alegre, auténtica, que a nadie engaña. No necesitaban inventar superstición alguna, ni someterse a un gran sistema ideológico, cuando sabían que el *Quijote* o Madame Bovary, Hans Castorp o Holden Caulfield eran, además de inmortales, más reales que cualquier contemporáneo de ellos que hubiera existido en carne y hueso. Como consecuencia, y aunque no eran religiosas, la muerte no les afectaba tanto como a los ateos que sólo confían en los objetos de la vida exterior, los que se pueden ver con los ojos de la cara y tocar con los dedos de las manos. «Está en mi cabeza», decía Píulix. Allí tenía al Cometa. Como él mismo había tenido a Guillermo Brown y a la banda de los Proscritos. Como ella tenía a Astérix, a Obélix, a su amado Panorámix.

Lot no había dejado de tejer palabras desde que había conocido al Cometa. No le sería, pues, nada difícil tratar de convertirlo en personaje, si como personaje lo había conocido. Desde que él no estaba, salía a diario y con decisión al espacio negro, con una red espesa de palabras. En teoría, ¿qué no podría atrapar con tantos millones de combinaciones de letras, pura vida en movimiento? En la práctica, no atrapaba gran cosa: un gesto de su muñeca entre dos adjetivos, un chispazo de su mirada colgado de una coma. Esto es mucho, cuando falta el cuerpo. De vez en cuando, ella soplaba entre dos adjetivos y se levantaba una nubecilla de polvo de cometa. Se sumergió en esta misión de construcción para su hija. Ahora bien, de no haber tenido nadie a quien hacer este regalo es casi seguro que habría hecho lo mismo.

Ahora dependía de su habilidad capturar un hilo de vida. No podía quejarse por falta de personajes: el Cometa siempre había tenido madera de personaje. A ella esa transformación le costaba más. Pero no podía dejarle solo en el libro. Tenía que acompañarle. En fin, no sería tan difícil, después de todo. Y ahora menos, pues en los últimos tiempos había dejado de creer en las fronteras entre realidad y ficción.

Así que empezó un libro sobre los dos. De inmediato cayó en la cuenta de que ya no recordaba cómo era antes de conocerle. Pero hizo un esfuerzo. Y consiguió recordar a una mujer difícil. Una mujer joven a quien los hombres se le marchitaban. Era aquella maldita capacidad de su mirada para emitir calor, un calor que todo lo marchitaba, que todo lo quemaba: las ciudades donde vivía, los paisajes que miraba, los proyectos que emprendía, los hombres que amaba… Para colmo, en lugar de disimular su decepción, les decía con toda franqueza: «Te veo mustio». Hacía una cosa por primera vez y ya era como si la hubiera hecho mil veces. Empezó a pensar que nunca se liberaría de la maldición.

Y, de pronto, ¡un hombre que no se le marchitaba! ¿Cómo era posible? Poseía el frescor del comienzo del mundo, aquel hombre. Pasaban los años y él decía: «Me hago viejo», y era cierto. Pero seguía poseyendo el frescor de un comienzo del mundo. Pasaban los años y continuaba labrando su fértil cabeza, continuaba sediento de buscar el sentido. Pasaban los años y seguía revelando aquella inmensa, balsámica ternura, sin la cual el resto de rasgos de su personalidad no habría sido más que pura anécdota.

Cuando incorporaron una criatura a sus vidas, ella le oyó por vez primera pronunciar una frase que contenía un condicional compuesto. «Jamás habría imaginado», dijo.

Y eso que ella ya estaba dormida, pero probablemente el uso del condicional la despertó. Fue aquella noche, en la casa de las tres puertas. Habían llegado después de cuarenta horas de viaje desde Hefei a la ciudad de la niebla. Agotados y deshechos, habían puesto la cuna en su habitación para que la primera noche no tuviera miedo el bebé. «Jamás habría imaginado que existiera *este tipo* de felicidad», dijo él. Ella, a quien no le resultaba extraña (porque no había hecho otra cosa que imaginar a lo largo de toda su vida los diversos grados y matices de la felicidad y de la desdicha), se despertó de golpe para detectar en él una lágrima furtiva. Lo había dicho con gran emoción. «¡Lo has dicho! ¡Lo has dicho! ¡Por fin has usado un condicional compuesto!», exclamó. «Te equivocas. No he dicho: “Si hubiera imaginado que existiera…”. He dicho: “Jamás me habría imaginado que existiera”. Es una constatación, no una

quimera». «Sí, pero ha dicho: "Jamás me habría imaginado", *alezeia, alezeia*, ha caído del caballo», pensó ella, de nuevo medio dormida. Casi seguro que si él había abierto la boca era porque pensaba que estaba dormida. La niña también dormía. El Cometa todas las cosas hermosas se las decía sólo cuando estaban dormidas. O era muy hábil, o había adquirido con las mujeres una profunda experiencia: procuraba no decir nunca nada que pudiera ser utilizado en su contra.

La niña, con su llegada, había obligado a su madre a sacar la cabeza del cálido capullo en que vivía con él. Pero sólo la cabeza, nada más. Con eso bastaba. Nada del mundo la hacía salir de su refugio privilegiado. Y sólo el terror de perder el refugio ensombrecía el futuro. Las cálidas entrañas paternas se contraían de vez en cuando, como advirtiendo que un día u otro tendría lugar un parto atroz. Como advirtiendo que ningún nido, ni siquiera los conseguidos a base de muchas dificultades, es eterno. «Un día u otro», parecían decir las contracciones, «tendrás que salir al mundo. Te proteges demasiado con el fin de preservar mi protección. No te protejas tanto…». Lo decían sin decirlo: eran palabras silenciosas pero audibles. Eran las palabras de las contracciones paternas. No obstante, la última semana, una mañana temprano, él habló con claridad. Premoniciones. Lot se estremeció aquella mañana. El Cometa nunca había hablado así antes, con aquellas palabras, con palabras premonitorias.

Unos días después de aquellas palabras, atravesado por la lanza, murió. (¿Qué pasa, amor, qué pasa?).

Sólo pasaba eso. La muerte.

En primer lugar había estallado quién sabe qué placa arterial. A continuación, la lámpara de la habitación de su hermana, y después todo el resto.

Era en otoño, naturalmente. El otoño siempre había sido muy importante en sus vidas. Eran gente de otoño. Él era un hombre de

noviembre. Ni de verano, como los hombres parsimoniosos, ni de primavera, como los impulsivos que desprenden fuegos artificiales, ni de invierno, como los hombres-manta, peluches y cariñosos. Él era de otoño, un verdadero hombre de noviembre. Brusco y tierno. Vehemente y silencioso. Ni muy triste ni muy jovial, como la auténtica poesía, tocaba la cuerda del dolor en nuestras alegrías y la de la alegría en medio del dolor. Sentía la presencia de la muerte en la más alegre de las fiestas, y la del renacimiento en la más negra de las noches. Ella también era una mujer de otoño. Había muerto y renacido tantas veces… En otoño había muerto su padre. En otoño había salido su primer libro, en otoño supo que tendría una hija. Su hija había nacido en noviembre. Ellos, también. Todas las cosas buenas, todas las cosas malas habían sucedido en otoño. Y ahora, la explosión. Todos los fragmentos volando, como la ráfaga de viento levanta y escampa las hojas caídas.

Durante mucho tiempo, los fragmentos flotaron a su alrededor. Nada estaba en su lugar. Ya las cosas no estarían nunca más en un mismo y único lugar, ya habría que ir para siempre de aquí para allá para obtenerlas. Incómodo. Las hojas por los aires, como fragmentos de metralla a cámara lenta, dilataban el tiempo. Fue un tiempo largo que parecía no tener fin. Por entonces se conformaba con mantenerse anestesiada. Unas horas al día. Después, ya no se conformaba con eso. Pretendía ser de nuevo (¿cómo le llaman a eso, feliz?), pues eso, «feliz». Es que nunca tenemos bastante.

Los fragmentos empezaron a recombinarse: algunos se agrupaban. Alguno desapareció. Algunos se hicieron más importantes. Algunas eran piezas nuevas. Pero casi todo lo había heredado de él. Le había dejado un legado de lazos de afecto que ni hecho aposta le habría salido mejor.

Cuando ella acabó el libro, habían pasado tres años.

Tres años han pasado, que parecen muchos más. Qué raro. Yo imaginaba un dolor de veinte años, de cuarenta. Un dolor eterno.

Yo no imaginaba más que el infierno, después de él. Y sin embargo. No creía que la alegría pudiera volver a ser posible. Y sin embargo. A veces (he aquí un sueño que me asalta de vez en cuando y que olvidé mencionar) tengo una pesadilla: el dolor aún no ha comenzado. Vete tú a saber. A veces, pienso: *No es posible que sólo sea esto*. Pero ciertamente, y esto no es nuevo, el dolor es trabajo y elaboración, actividad y transformación. El caso es que me cuesta entender por qué las cosas han ido tan bien, y cuando digo bien lo que quiero decir es que hemos recobrado la alegría sin tener que renunciar ni un instante a su presencia. De todas formas, nunca sabré qué ni cómo habría sido este duelo en otras circunstancias.

Si, por ejemplo, no hubiera tenido páginas que llenar. Si, por ejemplo, no me hubiera obstinado en confiar, pese a todo, en el poder de la palabra. Si, por ejemplo, no hubiera hallado a mi alrededor todo este afecto inmerecido. Si, por ejemplo, él no me hubiera legado amigos, e incluso más que amigos. Si, por ejemplo, la niña no irradiara tanta luz. Si, por ejemplo, no se hubieran inventado los inhibidores de la recaptación de serotonina. Si, por ejemplo, no hubiéramos pensado tanto en la muerte que, cuando llegó (es la ventaja que tenemos los que siempre nos ponemos en el peor de los casos), ya era como de la familia. Si, por ejemplo, el duelo hubiera estado contaminado de culpa, como pasa a veces. Si, por ejemplo, me hubiera empeñado en sacar su ropa del armario.

Pero también es posible que su personalidad tenga mucho que ver en ello, y que sea él quien me ha dejado un duelo suave, ligero y considerado como era él mismo. Sería lógico. Parece natural que un pelma te deje un duelo pesado. Que una persona fría te deje un duelo gélido, que un bruto te deje un duelo brutal, un fantoche un duelo hueco y un sin sustancia un duelo insípido. Hay muertos que te obligan a huir corriendo hacia delante, otros te pisan el dedo gordo para que no puedas avanzar sin ellos. Hay muertos, en cambio, que te dejan un duelo ligero y suave como una pluma. Una carga tan fácil de llevar que nunca querrás desprenderte de ella.

«Es posible vivir sin memoria, pero es imposible vivir sin olvido», es la frase de Dubuffet que encabeza su libro sobre el olvido. El único procedimiento que he encontrado para equilibrar

memoria y olvido es convertir su presencia en mi segunda piel. Me sucede a menudo, con él: «¿Dónde está?», pienso de pronto, sin darme cuenta de que lo llevo puesto. Es como con las gafas de leer. Una las busca, imprescindibles, y de repente se da cuenta de que las lleva colgadas. Eso es, exactamente. Un recuerdo tan presente que, si bien lo miras, se parece mucho a un olvido.

INMA MONSÓ (Lleida, 1959). Estudia Filología Francesa en la Universidad de Barcelona y, más tarde, se especializa en lingüística aplicada en las universidades de Estrasburgo y Caen.

Publicó en 1996 su primera novela, *No se sap mai*, cuya traducción al castellano, *Nunca se sabe*, mereció el XXI Premio Tigre Juan en 1997. La segunda, *Como unas vacaciones*, obtuvo en 1998 el Premio Prudenci Bertrana, y el mismo año fue elegida como la mejor novela en lengua catalana por l'Associació d'Escriptors en Llengua Catalana. Su tercera novela *Todo un carácter* (Alfaguara, 2001), con un gran éxito de crítica y de público, y el libro de relatos *Mejor que no me lo expliques* (Alfaguara, 2004) —premio Ciutat de Barcelona de narrativa— la han consolidado como la gran esperanza de las letras catalanas.

Paralelamente a su actividad literaria, comienza las colaboraciones en las páginas de *El País*, y más tarde de manera regular en numerosos medios de prensa escrita, como *La Vanguardia, L'Avenç, El Periódico de Catalunya y Catalan Writing*, entre otros.